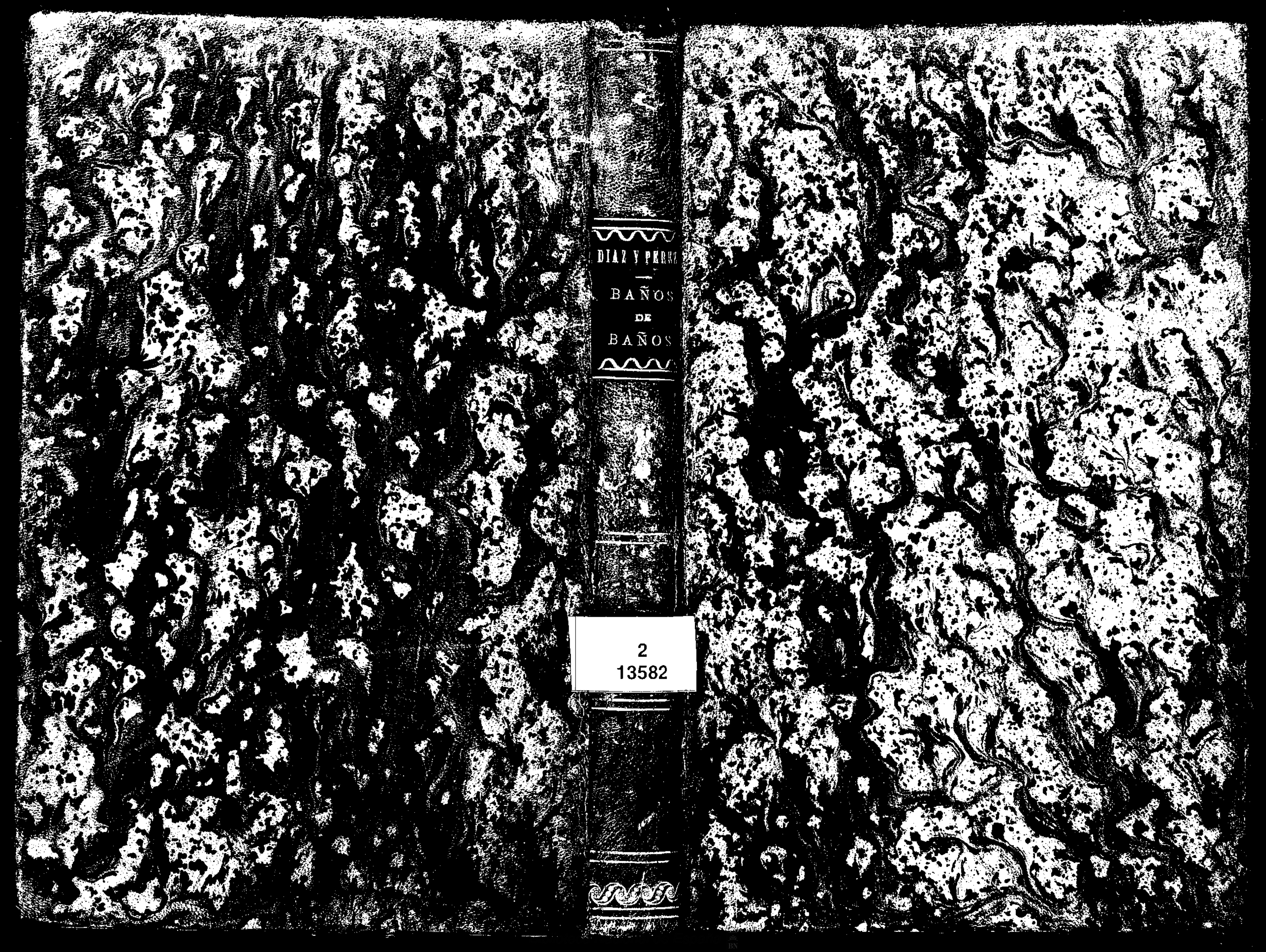
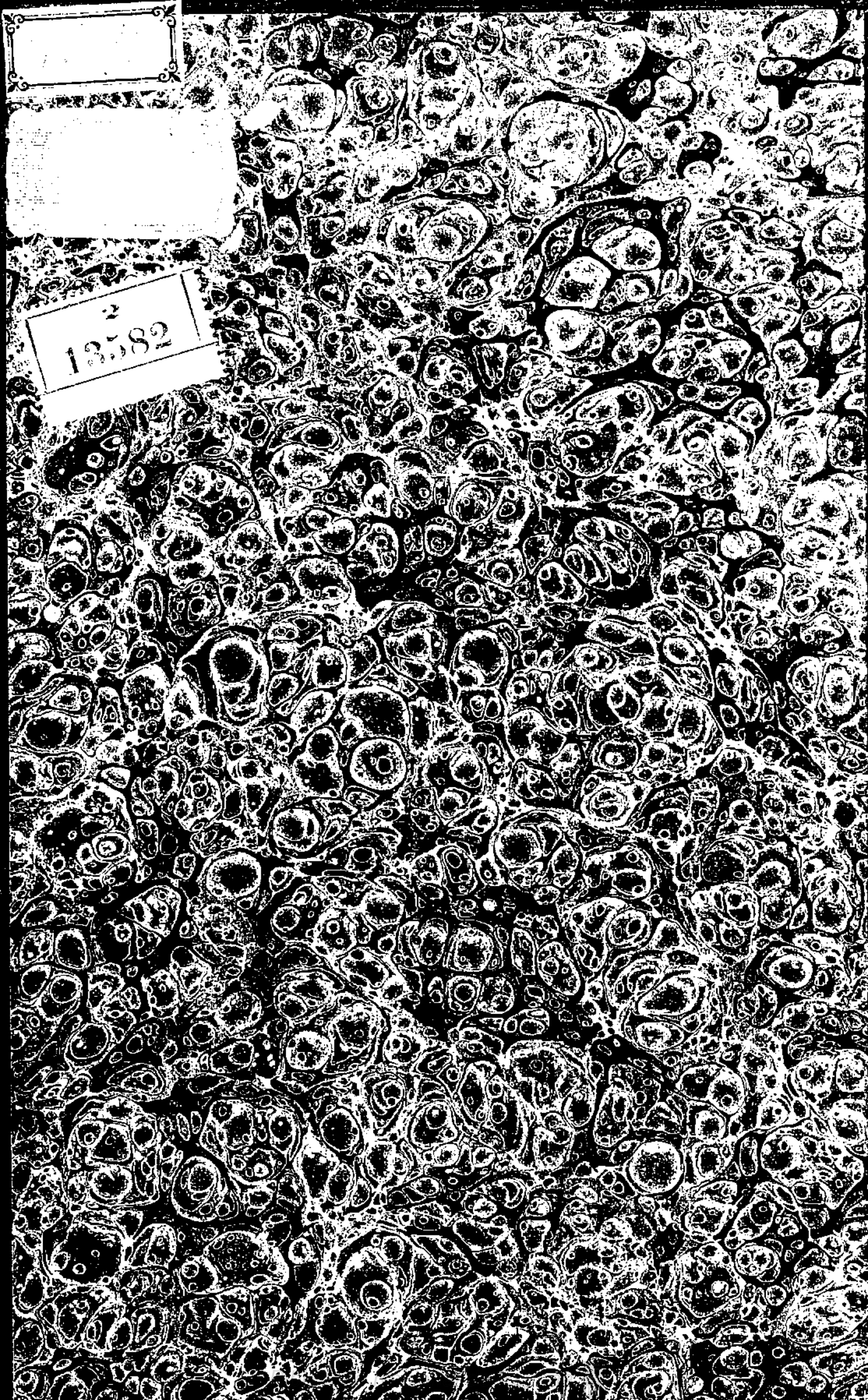

DIAZ Y PEREZ
BAÑOS
DE
BAÑOS
2
13582


2
13582

BAÑOS DE BAÑOS

(VIAJES POR MI PÁTRIA.)

POR

NICOLÁS DIAZ Y PEREZ,

CON UN PRÓLOGO

de

D. FRANCISCO CAÑAMAQUE.

MADRID:

IMPRENTA Y FUNDICION DE LA VIUDA É HIJOS DE J. A. GARCÍA,

Calle de Campomanes, núm. 6.

1880.

OBRAS LITERARIAS.

Os lusiadas, poema de Camões, traduccion española, con el texto portugués. Lujosa edicion en fólio, 9 pesetas en Madrid, 10 en provincias. Con pasta lujosa 12 y 13 respectivamente.

Las siete centurias de la ciudad de Plasencia, por A. M. Gil. Edicion lujosa, en fólio, 9 pesetas en Madrid, 10 en provincias. En pasta, 12 y 13 respectivamente.

La edad de piedra, por D. J. Catalina: 2 pesetas en Madrid, 2'50 en provincias.

El hombre terciario, por idem, 2 pesetas en Madrid, 2'50 en provincias.

Datos bibliográficos sobre la Sociedad Económica Matritense, por idem, 2'50 pesetas en Madrid, 3 en provincias.

Fantasía ó Realidad (poema), por D. A. Valdivieso, 5 pesetas.

Juan Sebastian Elcano, por idem, una peseta.

A los católicos, por U. R. Quiñones, 3'50 pesetas.

Teoría revolucionaria, por idem, 2 pesetas.

La fórmula social, por idem, 3'50 pesetas.

La chusma (dos tomos), del mismo, 2 pesetas.

Sensitiva, por el mismo, 2 pesetas.

La religion de la ciencia, por el mismo, 7'50 pesetas.

La educacion moral de la mujer, del mismo, 2'50 pesetas.

Los huérfanos, por el mismo, 3 pesetas.

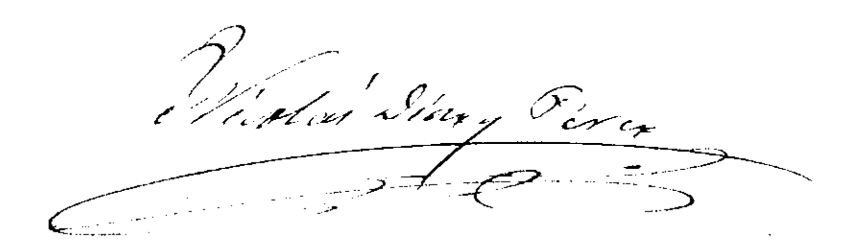
Las nacionalidades, por D. Francisco Pí y Margall, 3 pesetas en Madrid, 4 en provincias.

Coleccion legislativa de primera enseñanza (Cuatro tomos), por M. Pimentel y Donaire, 16 pesetas en rústica, 21 en pasta; 17 y 22 respectivamente en provincias.

Coleccion de abecedarios para sábanas, por Doña Walda Lucenqui, 2 pesetas en Madrid, 2'50 en provincias.

Los pedidos á todas estas obras pueden hacerse, acompañado de su importe, á D. Nicolás Díaz y Perez, calle de la Manzana, núm. 21, cuarto tercero, Madrid.

BAÑOS DE BAÑOS.



BAÑOS DE BAÑOS

(VIAJES POR MI PÁTRIA.)

POR

NICOLÁS DIAZ Y PEREZ,

CON UN PRÓLOGO

de

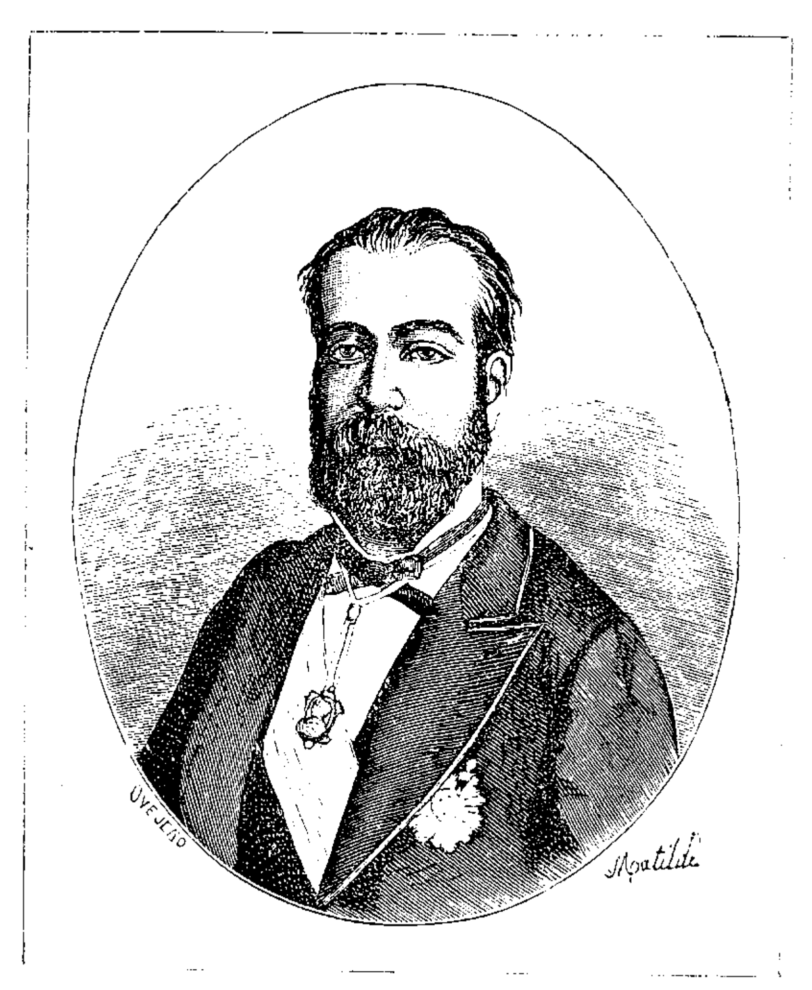
D. FRANCISCO CAÑAMAQUE.

MADRID:

IMPRENTA Y FUNDICION DE LA VIUDA É HIJOS DE J. A. GARCÍA,

Calle de Campomanes, núm. 6.

1880.



Don Nicolás Diaz y Perez.

DEDICATORIA.

AL EXCELENTÍSIMO SEÑOR DON JOSÉ DE CÁRDENAS.

Mi distinguido amigo: Recuerdo haber hablado con usted cierto dia acerca del carácter de la novela contemporánea. No estamos enteramente conformes Vd. y yo en cuanto á la mayor ó menor oportunidad de llevar á ella cierta clase de problemas; disidencia que reconoce por único motivo la distancia que en política y filosofía nos separa. Pero como á su discrecion y talento no pueden ocultarse las ventajas de la novela que instruye, sobre la que meramente entretiene y recrea, en cuyo punto nuestro acuerdo es perfecto, sírvase usted aceptar, con la cortesía y benevolencia de que tantas pruebas me ha dado, la dedicatoria de BAÑOS DE BAÑOS; libro que si no es digno de Vd. por su forma, como mia, modesta, tal vez lo sea, así al ménos lo considero, por el buen deseo que inspiran todas y cada una de sus páginas.

Generoso protector Vd. de las letras, á las que tantos servicios ha prestado y presta desde la alta posicion que ocupa, no vacilo en dedicarle este libro; dándole un nuevo testimonio de mi consideracion y aprecio.

Las novelas de puro entretenimiento no enseñan nada, cansan el espíritu ménos entusiasta y roban el tiempo á los pocos lectores que cuentan las que se publican en España; y la novela científica, cuya lectura por más que pueda ser instructiva si tiene el alcance de las de Camilo Flamarion, suele hacerse árida y hasta enojosa, no es tampoco para la mujer española, por lo general educada tan solo para la familia, para la modesta pero honrada, vida del hogar.

La novela ha de tener un fin más elevado que el de entretener; ha de tener algo de ciencia, muy poco, lo necesario para hacer agradable y fructífera la instruccion que proporcione su lectura, revistiéndola con la galanura del estilo,

con el colorido de las descripciones, y cuando se hace necesario con el interés de la trama.

Debe aspirarse por quien pueda—yo me confieso incapaz para tanto—reunir al ingénio de Cárlos Dickens, el mejor novelista inglés, la ciencia de Julio Verne, el escritor de moda, para dar así libros que instruyan y deleiten. Pasaron los tiempos de la novela político-social que envenenó por largos años las pasiones del pueblo con elucubraciones á cuál más apasionadas; y las históricas no han hecho gran suerte, sin duda porque son pocos los ingénios privilegiados que pueden escribir obras como *El cocinero de S. M.* y *Men Rodriguez de Sanabria,* ó como *Florinda ó la Cava*, las dos primeras de nuestro amigo el eminente poeta y novelista Fernandez y Gonzalez, la otra de mi querido camarada D. Juan de Dios de Mora, antiguo soldado de las letras robado á la novela española por la política y el periodismo, que han segado tantas flores al Parnaso y á la literatura pátria.

He procurado—¿por qué no decirlo?—componer este libro con sujecion á dichos principios y reglas. Ciertamente que no lo habré conseguido. Es empresa muy alta para pluma tan modesta como la mia. Estimo, sin embargo, que su lectura gana en utilidad lo que pueda perder en galas y estilo.

Acepte Vd., pues, esta dedicatoria con benevolencia, cual lo desea su afectísimo amigo y seguro servidor

Q. B. S. M.

Nicolás Díaz y Perez.

Madrid 30 Octubre 1880.

PRÓLOGO.

Ha dicho un amigo mio—el erudito escritor y Académico de la Historia D. Cesáreo Fernandez Duro—que un libro sin prólogo es como una comida sin sopa; y por abundar, sin duda, en esta donosa afirmacion el Sr. Diaz y Perez, elígeme á mí para que haga y dé al público la sopa de la sabrosa comida que ofrece hoy al lector en este nuevo libro de su diestra y fecunda pluma. Mucho he resistido semejante inmerecida predileccion; que no soy yo quién para apadrinar con mi pobre firma una obra de ingenio que por sí sola se apadrina y presenta. Empero como rechazar la exigencia del Sr. Diaz y Perez fuera inexplicable ingratitud, doy de lado á los reparos de mi escrúpulo accediendo reconocido á su distincion, y entro, sin más exordio, á servirle la sopa literaria que para su libro desea.

***

Baños de Baños es una novela. Disertemos, pues, aunque sea brevemente, acerca de la novela.

Así como es—ó debe ser—el teatro la escuela de las buenas costumbres, de la propia suerte esti-

mo yo que la novela contemporánea, tomando de la realidad su argumento y de los recursos de imaginacion sus tonos y colores, sin que en aquel se llegue al naturalismo antipático, si no repulsivo, de Zola, ni en éstos al capricho arbitrario de una fantasía sin límites, debe responder en su fondo y aun en su forma á un pensamiento determinado cuyo fin no sea otro que el de instruir y deleitar. Ha de ser la novela, á mi juicio, una enseñanza, un consejo ó una advertencia; mas de modo tal escrita y en su exposicion, trama y desarrollo dispuesta, que en la totalidad se confundan lo útil y lo agradable, lo verdadero y lo ingenioso, llevando como de la mano al lector á la conclusion que se quiere sin que su curiosidad se fatigue ni su deseo de aprender se malogre. Antes que un pasatiempo más ó ménos divertido, debe la novela ser el lienzo donde un hábil pintor trace tal ó cuál escena de la vida, ya para presentarla, si es buena, como ejemplo, ya para condenarla y prevenir sus peligros si es de aquellas que merecen la censura.

La novela por la novela, esto es, la novela estéril que se ciñe á distraer el ánimo con amoríos abundantes en peripecias de intrigas, infidelidades é inconsecuencias, novela que tanto estrago ha hecho en el buen gusto literario y aun en la moral de las gentes sencillas, no solo no responde á las necesidades de nuestro tiempo, sino que debe ser desterrada por siempre del campo de la amena literatura. Ya se me alcanza que los tales, semejantes en esto á los pintores que ignorando la historia

empleaban sus talentos en reproducir milagros, apariciones ó imágenes de santos y santas, no sabiendo hacer otra cosa se dedican á los dramas tremebundos que ninguna instruccion requieren, ó lo que es peor, á la novela insustancial, sin contrastes ni enseñanzas, que, á vuelta de algun chiste de dudosa correccion, envenena el alma de las personas incautas que toman su lectura por pasatiempo y acaban por inficionarse de su espíritu corrompido y corruptor.

Hay que declarar guerra decidida, guerra sin tregua ni cuartel á esa polilla de la novela que, sobre ser perniciosa, hace competencia temible á las producciones de los verdaderos ingenios; hay que perseguirla hasta en su baratura, condicion que no influye poco en sus éxitos, y dar al público buenas novelas y baratas; hay que resucitar los dias esplendorosos de la novela española sin perder de vista que las exigencias del lector son otras y la mision del novelista en nuestro tiempo muy diversa.

Paul de Kock—no quiero descender á nombrar sus desdichados imitadores—debe ser combatido con Walter Scott, Dickens, Balzac, Victor-Hugo, Valera, Fernandez y Gonzalez—en sus comienzos—Alarcon y Perez Galdós. Julio Verne, sobre todo, estimo yo que es el tipo más acabado del novelista moderno. El mismo Pereda, con ser tan ultramontano y, por consiguiente, tan poco simpático á mis opiniones, puede servir de modelo, en su forma, á los que á la novela se dediquen. Y que la novela que prefiero no está reñida con los donai-

res, agudezas y atrevimientos de cierta índole, pruébanlo los dos primores de filigrana intitulados *Pepita Jimenez* y *El sombrero de tres picos*. Ellos son el testimonio más concluyente de que puede ponerse picante en las novelas sin que corran por eso el azar de ser confundidas, careciendo de la gracia que en toda ella rebosa, con la *Vida y aventuras del pícaro Guzman de Alfarache*, especie de patron, en su carácter más inadmisible y deshónesto, de no pocos novelistas que á la sombra de lo humorístico pasan el contrabando de lo inmoral.

En esos distintos géneros de la novela que con tanta gloria cultivaron unos y cultivan otros de dichos escritores, han de inspirarse los que seguirlos pretendan, de modo alguno en la novela frívola é insípida que tan injustamente hace sudar á las prensas. No deben, sin embargo, caer, huyendo de este escollo, en el de la novela socialista de Eugenio Sue, cuya breve duracion es la mejor crítica que de ella puede escribirse. Pasó tambien la novela de capa y espada. Las pastoriles, picarescas y fantásticas tampoco tienen razon de ser en nuestro siglo; como han muerto en poesía la bucólica, la epopeya, el género épico-heróico y la tragedia. Los moldes de hoy son otros enteramente nuevos. Más alto el nivel intelectual de las Naciones y en el panteon de la historia los antiguos ideales, las obras del novelista contemporáneo han de corresponder al carácter, la índole y el sentido de su época si no quiere vivir en ellas y por ellas lo que vive la flor: un dia.

No es esto ciertamente que entre la novela insípida que excluyo y la llamada *social* que algunos cultivan, opte por esta última. Distingamos para no confundirnos, pues la palabra *social* aquí empleada se presta á muchas interpretaciones.

Si por novela social se entiende la que trae á la crítica y la controversia verdaderos problemas ataviados con las galas del estilo y el ingenio, problemas cuya solucion está en la conciencia pública ó en la de los doctos, y se escóje como instrumento la novela para hacerlos más fácil á todas las inteligencias y extender, por lo tanto, la necesidad de resolverlos, claro es que quizá sea esta la novela que yo estimo preferible á las demás, aun á las de mero ingenio siquiera sean correctas é irreprochables. Esa novela, la que enseña, aconseja ó advierte; la que penetra en todas partes con los atractivos de su forma amena y consigue el recreo del ánimo á la par que la reflexion, y gana las conciencias, y suma voluntades del lado de lo útil y lo equitativo, y prepara lentamente por el pensamiento mudanzas y reformas que de la simpatía pasen á las costumbres y de las costumbres á la ley, tal novela, digo, es la mejor; y si no es otra la llamada *social*, partidario, y muy decidido, soy de ella.

Pero si por novela *social* se entiende—y muchos no le dan otro alcance ni otro sentido—la que nos presenta invariablemente el contraste de un ciudadano muy liberal, muy sabio, muy virtuoso, muy patriota, que en una húmeda y estre-

cha bohardilla se muerde los codos de hambre, tirita de frio en verano y padece persecucion de la justicia por sus ideas niveladoras y de fraternidad universal,—tema tan explotado que más que lástima antipatía invencible produce—y de otra parte un pícaro Marqués, reaccionario de siete suelas, que vive espléndidamente con las rentas que sus padres le dejaran ó él por sí adquiriera, que tiene constantes deliquios con las hermosas, gasta coche y viaja por el mundo cuándo y cómo le place, sin que á piedad se mueva su corazon de granito y reparta un dia de buen humor entre los pobres del barrio las onzas que posee hasta quedarse sin un maravedí, con cuya conducta es indudable—para el autor de la novela—que ganaria la gloria de abajo y la de arriba, dando así principio la suspirada redencion de los hombres libres; si por novela *social* quiere significarse este género tremebundo de los literatos patibularios y sombríos, desde luego soy enemigo de ella y la denuncio al sentido comun como perturbadora de la peor especie, pues sobre querer que todo el que es rico dé su dinero al vecino, quita el sueño á los incautos y puebla de negras visiones el entendimiento de los hombres sencillos y de buena fé.

No, no es esta la novela de nuestros dias, y á desterrarla pronto y de cuajo debe tender la crítica séria, entendida y meditada.

Enhorabuena que el escritor, tomando por medio de propaganda la novela, exponga sus ideas y combata bajo dicha forma las injusticias, no pocas

por desgracia, que de hecho y de derecho existen. Tal es su mision en este siglo, cuyos ideales, aún no bien definidos, no son otros, á mi juicio, que la instruccion y la libertad. Pero debe hacerlo templadamente, sin ódio de clases, sin furores sociales ó políticos, sin esa inquinia sistemática que antes quita la razon que la dá. Cierto que solo un Cervantes puede matar con su risa los libros de caballería, como un Voltaire quebrantó con su ridículo el fanatismo. Es indudable, y que á los que se proponen hoy inundar de luz y armonía la vida mediante el instrumento de la novela filosófico-social ó social-filosófica no ha de exigírseles lo que no tienen; mas como no es ménos indudable que *gutta cavat lapidem, non vi sed sæpe cadendo,* trabajen, trabajen sin cesar, ofendiendo lo ménos posible; pongan en su paleta colores suaves; den á sus cuadros tonos de luz, no de sombra cuya pavura ahuyenta; insinúen con arte, pinten bien los caractéres y las situaciones, y sin necesidad de que recurran á los medios que censuro, conseguirán paulatinamente, que de un salto es quimérico, el fin loable que persiguen.

Tal es el concepto que tengo de la novela contemporánea. No debe ser vana ni terrorífica, antes bien, plácida, instructiva y deleitosa, cual Horacio—y perdóneseme que eche mano de apoyo tan gastado—la define. Revuelto anda nuestro siglo y como que no acaba de fijar sus ideales, por lo que la novela ha de resentirse del mismo mal. Está fuera de toda discusion. Hay, sin embargo, tantos

elementos para la buena novela, que con solo querer y dirigir acertadamente su pensamiento pueden los escritores que cultivan este género de la literatura elevarse hasta la alta cúspide en que se confunden, rodeados de una esplendente aureola de luz, con los grandes reveladores de la humanidad: los poetas.

*
* *

Ahora bien; la novela del Sr. Diaz y Perez reviste principalmente el carácter instructivo que prefiero. Es un viaje ameno que se hace sin sentir llevado de la mano del autor, cuyos varios conocimientos campean en este libro, el mejor, á mi entender, de cuantos ha compuesto en su vida laboriosa de escritor.

Baños de Baños no se parece en nada á la tan conocida novela francesa *Baden-Baden;* en ésta se exhiben cuadros de libertinaje, escenas de juego, suicidios de gomosos arruinados y mujeres que dan su belleza al que más pródigamente la paga: en Baños de Baños, cuyo contraste con *Baden-Baden* ha sido, tal vez, uno de los propósitos del señor Diaz y Perez, demuéstrase que la vida de los placeres honestos no está reñida con la más escrupulosa moral, y que puede darse al espíritu todo linaje de esparcimientos y á la materia toda suerte de regalos, sin que la jóven pierda su virtud, el acaudalado sus rentas, ni el *touriste* su honor y con el honor la vida.

Hay en las páginas de que consta esta novela, más útil y recreativa que las que hoy al pormenor se estilan, caractéres ejemplares y bien pintados, como el de Dolores y el de Rafael. Tiene, sobre todo, BAÑOS DE BAÑOS una finalidad—como se dice en filosofía—que hace justicia al buen deseo de su autor, es á saber; probar la influencia que la mujer, cuando á sus prendas morales reune la de una regular instruccion, ejerce incontestablemente sobre el hombre.

No estoy de acuerdo con algunas apreciaciones artísticas y políticas que en BAÑOS DE BAÑOS apunta, con la resolucion propia de su genialidad, el Sr. Diaz y Perez, de cuyas ideas me separa un cuasi abismo: de *reaccion*, segun él; de *órden*, segun yo. Pero como lo cortés no quita nada á lo valiente, concluyo aquí felicitándole por el desempeño de su obra, que sin pretensiones de clásica es, sin embargo, útil y agradable.

Francisco Cañamaque.

BAÑOS DE BAÑOS.

(VIAJES POR MI PÁTRIA.)

CAPÍTULO I.

De cómo sabe meditar un español.

Los cristales de nuestro cuarto están húmedos.

La pluma se nos cae de la mano.

La nostálgia ahoga nuestro debilitado espíritu, y una tristeza profunda, opresora, casi crónica, embarga nuestro perturbado cerebro.

Sin darnos cuenta de tal estado, moviendo y removiendo una y mil veces los candentes leños que chisporrotean á nuestros piés, cantamos, murmuramos mejor dicho.

¡Qué triste está la noche;
qué triste el dia!
¡Tristes son los suspiros
del alma mia!...

Y haciendo con el dedo *eses* sobre los empañados cristales del balcon del sombrío gabinete, veíamos correr por la calle á los chicos de la vecindad tocando los tambores y las carracas, y moviendo entre sus manos

2



los panderos, al son triste y monotono de la consabida cancion:

La noche-buena se viene
la noche-buena se va;
tengo á mi amor ausente,
¡sabe Dios si volverá!

La Navidad tiene de triste, como la decrepitud, toda la fisonomía de un pasado que no vuelve. Un año que nos atropella, doce meses que cruzan sobre nuestra vida llevándonos un caudal de ilusiones, un puñado de amigos, y algun pedazo de nuestra alma... ¡Quién sabe... cuántas cosas buenas podemos perder cada vez que se aproxima una Navidad!

Pero Madrid, el Madrid alegre en la primavera, el Madrid risueño en el verano, es triste, oscuro y sombrío en invierno. Sus paseos solitarios, los árboles desnudos, los campos cubiertos de nieve. Ni un pájaro cruza por el espacio, y los dorados rayos del luminoso astro apenas si se atreven á romper por entre la blanca nieve y la parda neblina que cubren el espacio.

Las gentes corren por las plazas y las calles sin mirarse. Las puertas están cerradas. Los cafés solitarios y solitarios tambien los teatros. ¡Qué espantosa soledad!

Reflexionando friamente sobre las tristezas del invierno desde un piso cuarto de la Plaza de Oriente, veíamos caer los copos de nieve uno tras otro con pertinaz repeticion.

Los árboles blancos, blancos los salientes del Palacio, blanco el caballo aprisionado por las verjas férreas y circulares de la plaza, y más blancos aun los Reyes petrificados que se elevaban sobre humildes pedestales; todo ello presentaba á nuestra vista un aspecto des-

consolador. ¿Para qué tanta nieve? ¿Quién puede vivir con tanto frio? ¿No sería mejor una eterna primavera?

¡Ay!... ¡Qué buena es la primavera! El Retiro, nido de jóvenes primorosas, de alegres niñas que vivifican la vida del ménos creyente y animan á todos los espíritus tristes; el Retiro es el pulmon que tienen los 417.000 habitantes de Madrid, que desde el romper el alba hasta bien entrada la noche acuden á sus jardines, recorren sus parques, beben en sus cristalinas fuentes, corren y juegan, saltan y rien, buscando contraste entre la vida triste que ofrece esta bulliciosa corte en los dias de invierno y los dias de Abril. Decia muy bien un amigo nuestro: la primavera es la aurora de la vida.

Sin embargo, hay á quien le gusta el otoño por las tintas pardas del cielo de Octubre y por la caida de las hojas, que tambien se ve en ello algo de poesía; pero estos que así sienten se olvidan de lo que ha dicho un poeta, hablando del otoño, que

Larga la noche, pesaroso el dia,
llora la brisa en dolorido acento;
el sol va triste, y tras su paso lento
muere la tarde nebulosa y fria.
La luna yace tras la nube impia,
que, negra, escala su azulado asiento;
y roto el cielo, al rebramar el viento,
el agua inunda la floreste umbría.

Así es el otoño; transicion entre el verano y el invierno: mitad triste y mitad alegre, pero todo sombrío, como el principio de la muerte...

Pensando y discurriendo así, la nieve caia en gruesos copos, y una sábana inmensa cubria á Madrid entero. Parecía este gran pueblo á un cadáver envuelto en su blanco sudario; á un fantasma que sale del sepulcro para amedrentar á los vivos.

Al que ha nacido en el Mediodía, mecida su cuna bajo el sol dorado que cubre el cielo alegre de Extremadura, Madrid en el invierno le mata.

Pensar dejarlo en Diciembre, no es pensar un disparate; al contrario, es pensar muy cuerdamente, es pensar como un hombre.

Metimos más leños en las ascuas; volvimos á hacer nuevas *eses* con el dedo sobre el cristal; cruzaban los chicos la calle golpeando en sus atronadores instrumentos y cantaban una y otra vez como si temiesen olvidar la cancion:

La noche-buena se viene
la noche-buena se va;
tengo á mi amor ausente,
¡sabe Dios si volverá!

Vamos á que nos traigan el almuerzo y dejaremos á Madrid hasta Abril, el mes de las flores y de los pájaros, nos decíamos, agitando entre las manos el cordon de la campanilla, con deseos de romperlo, para que viniesen más pronto.

A todos nos gusta mandar con energía, y sobre todo si estamos contrariados ó bajo el peso de algun aburrimiento.

¿Por qué esta soberbia tan poco justificada?

CAPÍTULO II.

La fatal costumbre de la moda.

Nos levantamos de la mesa despues de haber almorzado como un estudiante ó poco más, y nos preguntábamos: pero ¿á dónde ir? ¿Dónde pasar el invierno alegre, sin que el reuma ni el catarro nos atormente? Y una voz interior respondia en nuestra conciencia: ¡Al extranjero!

Esta es la voz general que en todas partes responde á cualquiera que repita nuestra pregunta y consulte dónde puede pasar una temporada fuera de su casa.

Se ha introducido en nuestro país, desde algunos años á esta parte, una que podíamos llamar fatal manía de imitacion á todo aquello que ménos nos conviene imitar, á todo aquello que ménos nos puede colocar al nivel de las naciones más adelantadas.

En lo que llevamos ventaja, pues, á otros pueblos es en la imitacion de los usos y costumbres á la última moda, en los trajes y en otras mil frivolidades que nos importan del extranjero los que, desdeñando esta hermosa y envidiable España, traspasan los Pirineos, empujados por ese torbellino periódico que se denomina *veraneo*.

Nuestros compatriotas, al revés de los demás habitantes del mundo, todo lo encuentran preferible en ex-

traña tierra, todo lo hallan superior en las orillas del Sena, por ejemplo, ó en las del Támesis, el Arno, el Tíber, etc., etc. En cambio todo lo bañado por el turbulento Tajo, por el pintoresco Ebro, por el encantador Guadalquivir es detestable, rancio, falto de ese brillo fascinador que diz tiene cuanto se produce y elabora por allende.

Si se habla de baños minerales, ni Baños de Baños, ni Alhama pueden competir con Badem-Badem, ni Archena con Spa, ni Arnedillo con Aguas-Buenas, ni las Caldas con Ems, ni la Puda con Wiesbadem, ni Panticosa con Hombourg, ni otros mil que poseemos excelentes y sin rival, con otros mil que existen en Alemania, Francia é Italia, y que, solo por ser extranjeros, tienen la virtud de atraer á muchos españoles entusiastas de todo lo que existe fuera de su país, gracias á esa extranjeromanía de que se hallan poseidos.

Si de los baños minerales pasamos á los de mar, sube de punto la excelencia de los puertos vecinos. Biarritz. Marsella, San Juan de Luz y otros muchos encierran en su seno lo más florido y lo más acaudalado de nuestra aristocracia; en cambio San Sebastian, Castro-Urdiales, Lequeitio, Comillas, Vigo, Pasajes, Zarauz y otros que seria prolijo enumerar yacen casi todos los años en apacible calma, sin que vaya á alterar la quietud de aquellos amenos sitios esa falanje de españoles ricos y poderosos que toman por asalto los baños franceses y derraman en ellos el oro á manos llenas. ¿Cómo se explica tanta indiferencia, tanta ingratitud, tan escaso amor pátrio? Solo la fatal manía de *extranjerizarse*: solo la potente y veleidosa moda, capaces son de borrar en nuestros compatriotas todo sentimiento de simpatía y predileccion hácia sus seguros y envidiables

puertos, sus baños minerales famosos y eficacísimos, sus campiñas amenas y pintorescas, su suelo, en fin, del que naturaleza es pródiga y cariñosa madre. ¿Qué motivos justificados, qué esperanzas de bienestar pueden llevar lejos de este país á personas perfectamente conocedoras de él, perfectamente enteradas de sus excelencias, convencidas de sus ventajas sobre otras tierras en lo que respecto á cielo, temperatura, baños, jardines, y todo, en fin, cuanto para el placer, más que por la salud, van á buscar en climas extraños? Solo un espíritu de ridícula imitacion, solo un despego incomprensible á los pátrios lares, solo el incalificable *¡qué dirán!* de esa gente que tiene el orgullo por divisa y la fatuidad por emblema son las causas de tan singular fenómeno.

Hagamos ahora un rápido cálculo de los productos que por el concepto de *veraneo y otros excesos* ingresan cada temporada en el bolsillo del industrial extranjero, y se comprenderá claramente lo que España tiene que agradecer á muchos de sus acaudalados hijos.

Fíjese el número de veraneadores españoles en 2.000, cifra exígua por demás, cuando es probable que pasen de 5.000 entre señores y servidores; calcúlese la ausencia en solo cuatro meses, y eso que nos consta que exceden de 200 familias las que por gusto viven fuera de España todo el año, y pongamos un gasto necesariamente voluntario de 250 rs. por cada uno al dia: hemos dicho cuatro meses, ó sean ciento veinte dias próximamente, y á doce duros y medio por dia nos dará un respetable total de gasto de 60 millones de reales, sin contar la adquisicion de trajes, telas, muebles, alhajas y otros objetos que, por ser extranjeros, deben ser mejores que cuanto hay en España.

Es decir, que solo en la temporada de baños, y cal-

culando en 2.000 el número de bañistas, salen de la Península 60 millones de reales que se gastan en las fondas y en los ferro-carriles, y otros 60 millones empleados en ropas, muebles y joyas, ó lo que es lo mismo, 120 millones que bien podian gastarse en España muy á gusto de nuestros pobres y desvalidos industriales, protegidos solo, y casi sostenidos hoy, por la clase media.

Si á tenor de lo expuesto comenzásemos á reseñar las cantidades enormes que nuestros modernos Cresos envian fuera de España para alhajar sus palacios, vestir sus familias, montar sus trenes y decorar sus vastísimas habitaciones, es más que posible que el total de ellos ascendiese á algunos centenares de millones anuales, millones que empleados en la industria española darian al país más vida social que la que tiene, proporcionarian más trabajo, despertarian el estímulo en los artistas, y harian figurar á nuestros productos dignamente al lado de los más perfeccionados y económicos que América, Inglaterra y Francia exponen en esos grandes torneos de laboriosidad y de inteligencia humana llamados por antonomasia Exposiciones universales.

¿Qué idea formarán de nosotros los extranjeros al oir á un español denigrar y despreciar los productos de su país, al verle preferir lo extraño á lo suyo, al contemplarle indiferente y excéptico ante el atraso de sus manufacturas?

Algo de esto ha sucedido en la reciente Exposicion de París para vergüenza nuestra, algo y mucho de esto suele ocurrir bastantes veces en esa misma capital, ya en salones aristocráticos, ya en círculos científicos donde un bastardo orgullo ha arrastrado á algunos de nuestros compatriotas á proferir censuras que nunca debieron salir de sus labios.

Pero no es esto la más deplorable; no es esto lo más peregrino. Mientras nuestros vinos y nuestras lanas y otros productos riquísimos de nuestro suelo parece que son relegados al olvido ante los vinos y los productos de otros países, el audaz, el laborioso, el inteligente extranjero penetra en España, compra vinos de todas clases, compra lanas de todas calidades, lo compra todo muy barato, y una vez en su país trasforma el vino español en Champagne, Burdeos, etc., etc., y con la lana fabrica telas exquisitas, y así, todo cuanto bueno produce nuestro feraz suelo, lo trabaja y perfecciona para volver á vendérnoslo como producto extranjero y para hacérnoslo pagar á elevadísimos precios. Y en esto hacen perfectamente. Ellos ven la riqueza de nuestro suelo, saben que producimos mucho, que no lo sabemos aprovechar, que abandonados y ociosos no damos un paso en la perfeccion manufacturera, y se aprovechan lindamente de lo nuestro para hacerse ricos y darnos al propio tiempo una leccion soberana de laboriosidad, génio, actividad, audacia... No tenemos valor para seguir adelante.

Es preciso despertar, despertar de este letargo que acaba con nuestras fuerzas; es necesario que formemos parte de ese concierto europeo de la industria y de las artes; es preciso, si queremos ser algo, si nuestra Pátria ha de ocupar en el mundo el puesto que le corresponde, es preciso, repetimos, que todos nuestros industriales y agricultores, todas las entidades de posicion y de dinero, cual un solo hombre, rompan para siempre con las preocupaciones, las rutinas y las miserias que nos dominan y nos abruman, y que de seguir abrumándonos y dominándonos de tan cruel manera, pondrian al país al nivel del pueblo más ocioso y degenerado.

Al llegar aquí en nuestro soliloquio, fuimos interrumpidos por Rafael, el amigo más íntimo y el que goza en casa del cariño de la familia, que nos saludaba preguntando:

—¿Qué haces?

—Pensar.

—¿Pensar con el frio que sopla Guadarrama? ¿Pensar con la nieve que cae?

—Yo creo que puede caer mucha nieve mientras los hombres discurren.

—¿Pero tú sabes cómo está esa Puerta del Sol? ¿Cómo está la calle de Alcalá? No se puede dar un paso por ninguna parte, y acaban de fijar el bando para que no circulen carruajes.

—¿Y qué tiene que ver todo esto para que yo no pueda estar aquí pensando, frente á esta chimenea, moviendo los leños que no quieren arder?

—Tiene, porque con el frio se entumecen los sentidos y no hay más deseos que de dormir.

—Habrá quien duerma con el frio, no lo niego; pero tampoco me negarás que hay quien reflexione. Precisamente el país más pensador es el Norte, donde la nieve es eterna, mientras donde más se duerme es en América, la pátria del calor sofocante.

—Cierto, cierto; pero ¿tú has visto un invierno más frio que el presente, ni más templado que el anterior?

—En efecto, el invierno del 77-78 ha sido el más templado en toda esta década. Como en 1719, el mínimun de temperatura acaeció en Noviembre y en Marzo: el 10 de Noviembre la temperatura descendió á 6°; el 28 de Marzo á 7° en el parque de Saint-Maur, punto donde el Sr. Renou estableció su observatorio. Las fechas de 11 de Noviembre y la de 11 de Marzo se encuentran con

frecuencia entre los períodos frios; pero es muy raro que el mínimun de toda la estacion fria ocurra en esos meses: desde 1825 no habia llegado á Marzo. Tambien es excepcional que Marzo presente el medio mensual más bajo de todo el invierno, como ha acontecido en 77-78. El único ejemplo que se puede citar es el de 1764.

Compulsando el Sr. Renou numerosas observaciones hechas desde 1407, ha llegado á deducir que los grandes inviernos frios se reproducen al fin en un período de cuarenta y un años. Los grandes frios, segun su teoría, se agruparian alrededor de un invierno central, y existiria al ménos un intervalo de veintidos años sin invierno riguroso. Los inviernos frios principales bajo este concepto serian los de 1870, 1830, 1790, 1748 y 1709.

Por el contrario, algunos años despues del invierno principal del período frio, sobrevendrian inviernos extraordinariamente templados. Un caso seria el de 1877.

El invierno de 1877 corresponderia á los de 1796 y 1834. La regularidad constante de este período hace muy probable, segun el Sr. Renou, un invierno riguroso; de aquí el frio excesivo del año actual.

—Basta, basta de fechas, y conformémonos con sufrir el frio que venga.

—Sí, pero desde otra parte que no sea Madrid.

—¿Piensas viajar ahora?

—Sí.

—¿Con la nieve?

—Sí.

—¿A dónde te refugias? Por todas partes encuentras los rios desbordados, las montañas blancas, los caminos cortados y...

—Hablaremos mañana: necesito pensarlo.

CAPÍTULO III.

De cómo se prepara una expedicion.

Bien temprano era cuando Rafael abrió las puertas del balcon de nuestro dormitorio gritando:

—¡Chico, chico!... mira la nieve allí enfrente... En la calle de la Montera hay media vara... Hoy no andan ni aun los coches del tramvía.

—Buena noticia para mí, que aborrezco el frio. Mira. Rafael, si hay lumbre en la chimenea, y dí á la criada que traiga leña. Presumo que hoy tampoco salgo de casa.

—¿Pero no te vistes?

—Necesito las zapatillas y la bata... Dámelas, que están en el sillon de allí fuera.

Y Rafael hacia contento el papel de fámulo por el deseo que tenia de verme en pié.

Apenas lo estuve, me acerqué al balcon del despacho, levanté la punta de los visillos y ví que la nieve habia cesado.

Una neblina baja, húmeda, semi-nieve y semi-agua, cerníase entre el viento sutil que soplaba de Guadarrama.

La niebla mueve á la meditacion, y la melancolía provoca al discurso. Un amigo nuestro decia que la niebla y la melancolía, que tanto se asemejan bajo diversos aspectos, se diferencia en uno solo. La niebla reduce los horizontes del mundo sensible, y la melancolía agranda las horizontes del mundo físico. La melancolía nos da, pues, lo que la niebla nos quita. La niebla y la melancolía, como se ve, se completan. La melancolía es un estado de la conciencia, y la niebla es un estado de la atmósfera; así no comprendemos la niebla sin la melancolía, ni la melancolía sin la niebla, como no se concibe el espíritu sin la materia, ni la materia sin el espíritu, ni la luz sin los rayos y los rayos sin la luz. Pensando en la melancolía y en la niebla, tomaba yo asiento en mi cómodo sillon frente á Rafael, que observaba la alegría de la gata jugando con sus hijos, y dando así expansion al cariño de madre gozosa, que tambien los animales sienten goces, como sufren el dolor, porque tienen vivas todas las pasiones como las tiene todo sér racional.

La criada habia venido á romper aquel cuadro silencioso entrando en la habitacion con gruesos leños en las manos y cantando á usanza de su país, que es Miguelturra:

Ausente de tu vista
mucho más vivo,
porque cada momento
se me hace un siglo.
Pero, mi dueño,
más que vivir ausente,
morirme quiero.

Agitó el fuelle entre sus manos, removió las áscuas ya casi consumidas, puso más leña nueva y se marchó de la habitacion cantando otra vez:

Si me muero en tu ausencia,
será preciso
que los aires se partan
á darte aviso.
Porque sin duda
me servirá tu pecho
de sepultura.

—En el pecho de tu doncella, exclamó Rafael, no se siente la nieve.

—¿Por qué?

—Por el concepto de sus cantos. ¿No los oyes? Son el amor vivo, pasionario, de un alma encendida.

—¡Quién sabe!... Las muchachas cantan, y pocas dicen lo que sienten ó sienten lo que cantan.

—Tambien es verdad.

—Pero, Rafael, hemos de hablar hoy de algo sério, de una novedad que nos dé alegría, de algun viaje. ¿No te gusta viajar?

—Seguramente.

—¿Para el Norte, ó para el Mediodía?

—Me es indiferente; ya sabes que hago todas las cosas sin darme cuenta.

—¡Qué barbaridad!... ¡já, já, já!

—Ni más ni ménos. Yo no soy como tú; ni me tomo el trabajo de estudiar el pró y el contra en todas las cuestiones, ni me paro en pequeños detalles. Tengo mis caprichos, cierto, pero son inocentes, no como los tuyos, que son detestables: correr caballos, ser Presidente del Tiro del Pichon, recibir á los amigos en la Cervecería inglesa y atormentar á las chicas en el Prado y Recoletos. Todo esto es más sensato que llenar cuartillas para que lean los desocupados; leer cien veces un libro viejo hasta quedarse ciego, ó ir á clasificar los descubrimientos que acá ó allá aparecen para mar-

tirizar á los eruditos y volver locos á los aficionados de antiguallas.

Yo miraba de hito en hito á Rafael y lo veia bien, lo veia como siempre, con 13 millones de capital, sin saber casi leer ni escribir, con un título nobiliario y sin otras pretensiones que las de un pobre cadete de caballería. Lo miraba de hito en hito, repito, y le contesté:

—Respeto mucho tus aficiones y tus propósitos, que hoy por hoy no hemos de entrar en una discusion de escuela, ni en controversias de principios. Mis deseos están condensados en que me respondas á la siguiente pregunta: ¿Quieres emprender conmigo un viaje?

—Sí.

—¿Puedo contar contigo para una expedicion de invierno?

—Sí.

—¿Sin condiciones, sin saber cómo, ni por dónde, ni para qué?

—No pregunto nada... Si buenamente me lo quieres decir antes, bien. Yo de todos modos te acompañaré.

—Pues vamos á Baños.

—¿A Baños en Diciembre?

—A Baños, alegre villa de la provincia de Cáceres, donde están las famosas aguas termales-sulfurosas, tan recomendadas para los reumas y las enfermedades de la piel.

—Yo creo que tú estás loco... ¡Baños en Diciembre, y baños buenos en España, es tanto como dos desatinos!

—¡Desatinos!

—Como los baños de Suiza, como los de Alemania, como los de Francia no los hay en España. Y la prueba es que ninguna persona *decente* acude á los estableci-

mientos balnearios de nuestro país y tiene que ir á tomar las aguas á los del extranjero.

—Estas son preocupaciones tuyas, preocupaciones de los que viven en España mirando siempre á los Pirineos. Por otra parte, el reuma es enfermedad de invierno, y en el invierno hay que combatirla, cuando tenemos aguas tan buenas como las que nos ofrece Baños, clima tan dulce como nos brinda Baños, aire tan puro como tiene Baños y alimentos tan buenos como los que hay en Baños. Los que nada encuentran bueno en su Pátria, á los que todo les parece bien fuera de ella, Baños de Baños no es más que un lugar inculto, y sus aguas no tienen ninguna virtud medicinal. Conste que marcho esta noche.

—Y yo contigo.

—Medítalo bien, Rafael.

—No medito nada; no tengo el maldito vicio tuyo de meditar. En este momento marcho á casa á preparar el equipaje. ¿A qué hora partimos?

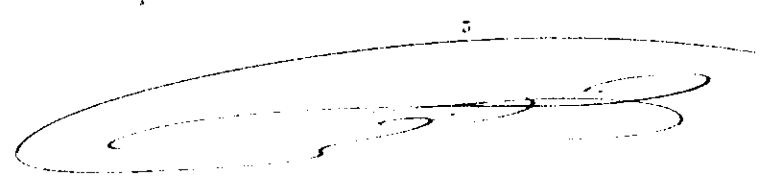
—A las tres y media de la administracion de la Puerta del Sol; á las cuatro de la estacion del Norte.

—Adios, hasta luego.

—Adios.

Rafael partió como un rayo, tarareando por lo bajo su copla favorita, la popular cancion del famoso trovador del Baron de la Castaña:

Y en Albarracin,
cierto serafin
de belleza extraña,
juró serme fiel;
por más que juró,
por más que lloró,
me dió la castaña
por cierto doncel...



¡Qué hombres tan felices son estos que viven sin darse cuenta de lo que ven y oyen á cada paso!

¡Rafael, pobre Rafael! ¡Uno de tantos jóvenes que viven porque viven, que comen porque comen!

CAPÍTULO IV.

De quién era Rafael, un héroe de este libro.

Hay en Madrid, como en otros muchos grandes centros de poblaciones populosas, un número de jóvenes que nacen, viven y crecen sin saber para qué han venido á este mundo. Apenas tienen siete años y se hacen dar *Don* por todos los criados de la casa; tienen un profesor particular que les enseña el francés y el latin; á los quince años obtienen el título de bachiller sin haber pisado diez veces las clases del Instituto, y á los veinte son abogados y doctores, sin haber conocido, más que de oidas, á los profesores de la Universidad. Bien que saben montar á caballo, concurren frecuentemente al Circo gallístico de Santa Bárbara, y todas las tardes acuden al tiro de pistola de la Fuente Castellana. Hablan de toros como podria hacerlo Frascuelo; tienen coches cómodos para todas las estaciones del año; abono en el Real; turno en Apolo, y se dejan ver los dias de *moda* en todos los espectáculos... ¿Quiénes son estos jóvenes tan elegantes? Pues los amigos de Rafael; Rafael mismo, que parece una persona fina, instruida, de talento, y que apenas puede redactar una

carta, si no se la dicta otro y se la corrijen despues; Rafael mismo, que tutea á las duquesas, que se permite confianzas con las marquesas y que se oye llamar de todo lo más elegante de Madrid *guapo, oportuno, gracioso* y... hasta muchacho de talento.

Rafael no sabe lo que es tener talento, como no lo saben sus amigos, para quienes ese don nada representa y nada vale. Ellos creen tenerlo por cuatro frases, muchas veces cuatro groserías insulsas, que han aprendido en Baden-Baden ó en París. El talento no es el conjunto de palabras más ó ménos agudas, rebuscadas por cualquier pedante ó aprendidas de un majadero. El talento es una série de dones naturales ó sobrenaturales con que nacen algunos séres privilegiados por la Providencia; es, ó son, mejor dicho, los dones intelectuales, como ingenio, capacidad, prudencia, etc., que resplandecian en Cervantes, que sobresalian en Lope de Vega, que brillaban en Tasso y que siempre tuvo Calderon, como Camoens y Ariosto. ¿Por qué era Rafael así? ¿Por qué son como él tantos jóvenes de nuestra mejor sociedad? La educacion que reciben en la infancia y el ejemplo que ven en sus mayores, en cuantos les rodean y en cuantos les hablan, todo imprime en el corazon de nuestros elegantes jóvenes ciertos humos *extranjeriles*, cierta pedantesca frivolidad que semeja sencillez, cuando en realidad no es otra cosa que ignorancia.

Se confunde entre nuestros aristócratas la educacion con la instruccion. Este es el mal. Ellos quieren que sus hijos aprendan á montar, que guien un coche *chapurren* el francés, saluden con afectada elegancia y coman con estudiada forma, y ya le consideran hombre instruido y capaz de lanzarse á la vida del gran mundo...

A estas inocentes meditaciones estábamos entregados, despues de haber puesto en órden nuestro equipaje, cuando oimos á Rafael que subia las escaleras de nuestra casa tarareando:

Cuando voy por la calle
de mi paloma,
hago una paradita
por ver si asoma.
Dame un poco de agua
fria ó caliente,
no por la sed que tengo,
sino por verte.

Un campanillazo descomunal hizo gritar á la doncella, y murmurar á los demás domésticos de casa.

—Son las tres y media, exclamó Rafael, sin otro saludo.

—Ya lo sé, camarada.

—¿Tienes el equipaje pronto?

—Está arreglado.

—¿Partimos?

—Cuando gustes.

Y descendimos las escaleras, nos colocamos en un coche, mientras los mozos de cuerda conducian los mundos, los bastones y las sombrereras.

Rafael se encargó de facturar y sacar los billetes. Conversando con los mozos de la oficina, mientras le despachaban los talones y billetes, notó Rafael, sin darse cuenta al pronto de lo que representaba el hecho, que le daban un tiron del bolsillo del chaleco, y se encontró en seguida sin reló. Turbado en el primer momento y temeroso luego de que, aunque diese voces, nada conseguiria, se calló y se encaminó á la puerta, y allí, en medio de las personas que estaban agolpadas para salir, reparó que álguien le ponia algo en la mano,

é instintivamente la apretó y se quedó con el objeto... ¡Era su propio reloj!

Es sabido que los rateros hacen pasar los objetos que hurtan á manos de alguno de sus compañeros de oficio que se encuentra en el mismo lugar en donde han cometido el hurto. El que lo robó á Rafael trataria de hacer la antedicha operacion y equivocaria el sujeto, entregando la alhaja á su verdadero dueño, en vez de darla á alguno de los perillanes preparados para hacer el cambio de manos.

Cuando Rafael, aturdido por este doble escamoteo, contaba el lance, camino de la estacion, le contestábamos sonriendo de la broma:

—Para completar este bonito cuadro, no falta más sino que te prendan los agentes de la autoridad, se incauten del reloj y lo devuelvan al ratero.

Rafael, con el ejemplo anterior, se abrochaba el gaban mientras paseábamos por el anden de la estacion, esperando la hora de partir. Tenia miedo por su reloj, no sabemos si á los rateros ó á que fuese sorprendido por los agentes de la autoridad, con el cuerpo del delito encima.

Paseábamos y volvíamos á pasear de un extremo á otro el anden, cuando cruzó por delante de nosotros un empleado del ferro-carril que vestía blusa y gorra baja con visera, ostentando sobre su pecho una cruz. El empleado apenas nos reconoció se quitó la gorra.

—¿Quién es ese hombre? preguntó Rafael.

—Juan, mi antiguo criado de confianza.

—¿Lleva una cruz sobre la blusa?

—Sí, el distintivo más honroso que puede llevar un hombre. Juan era en 1870 guarda-agujas de esta línea, y daba el servicio en la estacion próxima al Es-

corial, en el empalme de dos vías. Un dia estaba en su punto con la palanca en la mano, pues se habia dado la señal de aproximarse un tren: este se hallaba solo á algunos segundos de distancia del empalme, cuando el guarda-agujas, volviendo la cabeza, ve á su hijo que estaba jugando sobre los rails. Héroe de su deber, el padre toma una resolucion sublime y dolorosa.—«Echate en tierra,» grita á todo riesgo al niño con voz desesperada.

En cuanto á él, permaneció en su puesto. El tren pasó por la vía que le correspondia... Se habian salvado más de mil viajeros ¡pero el pobre niño! Loco el padre corre para recoger su cadáver... ¡Pero qué alegría la suya! El niño habia oido y ejecutado al pié de la letra la recomendacion paternal: echado en tierra, habia pasado el tren sobre él sin tocarle en uno solo de sus cabellos. Al dia siguiente el Rey, no, que entonces no teníamos Rey, el Presidente del Poder ejecutivo, mandó llamar á Juan, y él mismo le colocó en el pecho la medalla del valor civil que lleva sobre su blusa con mucho orgullo.

Al llegar aquí, Juan, objeto de nuestra conversacion, gritaba con voz descomunal:

—¡Señores viajeros... al tren!!!

Y entramos en nuestro departamento y seguimos la suerte del tren, que comenzó á moverse como una enorme serpiente.

CAPÍTULO V.

De cómo principia la expedicion.

Corria el tren á buen paso, rompiendo la niebla del invierno que en los momentos crepusculares se extiende por todas partes. El humo de la máquina apenas se distinguía en el espacio. La noche, porque noche era ya á las cuatro y media de aquel dia, se presentaba triste. Rafael se soplaba las uñas y cambiaba algunas frases con la única viajera que iba en nuestro departamento, mientras yo, soñoliento y contrariado por frio tan molesto, me envolvia en la capa y encendia un puro, como si el tabaco pudiese matar nuestra nostálgia. El cigarro es un gran recurso para la mitad de los españoles.

—¿Cuándo llegaremos al Escorial? preguntaba la viajera, como deseosa de entablar conversacion con alguno de nosotros.

—A las seis y treinta minutos, respondió Rafael.

—¿Es uno de los monumentos más grandiosos de España?

—El monasterio de San Lorenzo sí, que el pueblo no tiene nada que llame la atencion.

—El monasterio, se entiende, no hablaba del pueblo.

—El monasterio, señora, es lo mejor que tiene España; es una maravilla que no tiene igual en el mundo.

La viajera se sonrió y miró de hito en hito á Rafael. Leia en su cara tal vez que era un majadero, ó quizás le reconociese un sabio. No se puede penetrar en el pensamiento de una mujer sin equivocarse. En cambio, la mujer fácilmente acierta cuando juzga de los hombres. Su penetracion, su instinto investigador es más superior que el del hombre.

—No conozco el monasterio del Escorial; pero por muy grandiosa que sea esa obra, replicaba nuestra viajera, no creo que sea la maravilla primera del mundo.

En los pueblos viejos, y en Europa con especialidad, se exagera lo poco bueno que tienen. Y es porque no conocen en Europa las grandezas que encierra la América del Norte, donde unas generaciones de jóvenes gigantes han creado verdaderas maravillas.

—Como la del Escorial, imposible, exclamó Rafael.

—Repito que no la conozco, añadió nuestra viajera; pero desde luego puedo decir á Vd. que las maravillas más grandes de la tierra están en América.

El valle más grande del mundo es el de Mississipí, que tiene 5.000 millas cuadradas, y es una de las regiones más fértiles del globo.

El paseo más grande del mundo es el del Felimoor Park de Filadelfia, que tiene un área de 2.900 acres.

El mercado más grande de trigo es el de Chicago.

El lago más grande es el de Luke Superior, que tiene 480 millas de largo con 1.000 piés de profundidad.

El ferro-carril más grande es el del Pacífico, que tiene una longitud de 30.000 millas.

El puente natural más grande es el de Cedar-Greek-Virginia; tiene una altura de 250 piés sobre el nivel del agua y un ancho de 80.

La masa más grande de hierro que existe en el mundo es el cerro de este metal, en Missouri, que tiene una altura de 350 piés y una circunferencia de dos millas.

El acueducto más grande es el de Creton, en Nueva-York; tiene 40 millas y media de longitud, y costó 12 millones y medio de pesos.

Las cataratas más notables y que mejor manifiestan el poder de Dios son las del Niágara, á las cuales tantos trovadores han dedicado sus cantos, y donde tantos pintores se han desengañado al querer imprimir en la tela la imágen de la catarata.

El jardin más bello, el parque más perfecto es el Central Park, de Nueva-York.

El túnel más grande del mundo es el que atraviesa el monte Thabor por la garganta del Tejus y que deja muy atras el monte Cénis, á pesar de conocerse por este nombre aquella soberbia galería que mide 12.232 metros de largo. La entrada de este túnel, del lado de Italia, 1834. La diferencia del nivel es, pues, de 132. La galería sube suavemente durante 4.000; á partir de esta distancia se alza bruscamente y sube casi en vertical 2.969 sobre el nivel del mar. Este es el punto culminante, que se halla, no en medio de la galería, sino algunos centenares de metros más próximos á la entrada francesa que á la italiana.

La línea telegráfica más grande que se conoce en el globo es la Siberiana, que desde San Peterburgo llega ya á la desembocadura del rio Amour, en las fronteras ruso-chinas y Viadivostok, que ha unido ya el litoral

del Báltico con los puertos de Shanghai y Hong-Kong. El 28 de Noviembre de 1870 se trasmitió el primer despacho por esta vía telegráfica, de unas 1.600 leguas de extension.

Estas son maravillas útiles, necesarias, convenientes á la humanidad... y todas están lejos del Escorial.

Rafael oia hablar á aquella señora y no acertaba á abrir la boca. Y no porque hubiese oido grandes cosas, sino por la entonacion, por el estilo, por la gravedad, por el aplomo con que hacia sus afirmaciones la viajera.

Verdaderamente, la mujer tiene más encantos que el hombre, y sobre todo cuando habla, si sabe hablar bien, como les sucede comunmente á las alemanas. La mujer española no sabe hablar, sabe razonar, sabe amar, sabe ser modesta, sabe ser madre. Muchas veces y en muchas ocasiones hemos estudiado á la mujer europea, y la verdad, entre la francesa, la inglesa y la española observamos enormes diferencias. Podemos repetir aquí, como resúmen de nuestras observaciones sobre la mujer, que la francesa se casa por cálculo, la inglesa por costumbre, la española *por amor*.

La francesa ama toda la luna de miel, la inglesa toda la vida, la española *eternamente*.

La francesa enseña á su hija á bailar, la inglesa á rezar, la española á *guisar*.

La francesa tiene gracia, la inglesa inteligencia, la española *sentimiento*.

La francesa se viste con gusto, la inglesa sin gusto, la española *con modestia*.

La francesa charla, la inglesa habla, la española *razona*.

La francesa es superior por su lengua, la inglesa por su cabeza, la española *por su corazon...*

Aquí íbamos en nuestras consideraciones acerca de la mujer, cuando el tren paraba bruscamente. Estábamos junto á Villalba, y habíamos dejado atrás á Pozuelo, Las Rozas y Torrelodones, sin darnos cuenta de que aquellos lugares estuviesen habitados por otros séres que el mozo de la estacion férrea. ¡Qué espantosa soledad así que el tren desapareció de la estacion de Madrid! Partimos de Torrelodones con ese recogimiento triste que imprime en nuestro espíritu el recuerdo de los muertos. Y era que aquella estacion, desierta de todo alma viviente y alumbrada por un farolillo de mala muerte, nos pareció un cementerio, un pueblo habitado por cadáveres. ¡Contrastes de la vida! En Madrid, animacion, bullicio, locura; en los pueblos próximos á la corte, soledad, silencio eterno.

Llegamos al Escorial, cuando un grupo de aldeanos invadia la estacion. Eran los quintos que esperaban el próximo tren para venir á Madrid. Sus parientes y deudos les rodeaban con la cara triste y el alma comprimida de dolor. ¡Cuántas lágrimas representaba la partida de aquellos jóvenes, que dejaban la aldea por la vida vagabunda del cuartel y de la muralla!...

Pero los quintos no mostraban aparentemente contrariedad alguna. Dos de ellos rasgaban sus guitarras, mientras cantaban otros:

Es sombra lo pasado,
niebla el futuro,
relámpago el presente...
la vida es humo.
Si bien se advierte,
no hay cierto en este mundo
más que la muerte.

Una enorme bota de vino pasaba de unas á otras manos, recorriendo bien pronto la de todos los allí re-

unidos, mientras volvia á oirse cantar las mismas voces:

No supe qué era ausencia
  hasta no verte,
y ahora digo que quiero
  mejor la muerte.
  Pues en muriendo,
se acabarán mis penas
  y sufrimientos.

Rafael y yo entramos en un coche, donde habia más de veinte personas, y nos dejamos conducir al pueblo.

Los de las guitarras continuaban rasca que rasca en las cuerdas... Desde bien lejos les oíamos cantar:

Me preguntó un amigo
  lo que eran celos;
no sabe el bien que tiene
  con no saberlo.
  De buena gana
trocára yo mi ciencia
  por su ignorancia.

A pesar del frio que se dejaba sentir, aquellas pobres gentes estaban en mangas de camisa, ni más ni ménos que si se gozaran del calor de un dia de Agosto.

Rafael conversaba con la viajera que vino con nosotros de Madrid sobre los hoteles del Escorial y las primeras impresiones que recibe el viajero así que entra por las calles del pueblo.

Es la conversacion favorita de todo el que viaja, querer conocer las mejores fondas y todo lo más notable del pueblo á que se encamina.

CAPÍTULO VI.

De cómo el lector conoce San Lorenzo del Escorial.

El monasterio del Escorial es un edificio sobre el cual se han dado las más encontradas opiniones. Para los que no han recorrido la Italia, cuna del arte; para los que no conocen Roma, nido de creaciones gigantescas; para los que no han estudiado las maravillas que el hombre ha creado en todas las edades, el monasterio de San Lorenzo es una obra colosal. Y la verdad es que el edificio en sí desmiente á todos los que tal dicen. El arte griego con su mitología fantástica, que hasta Rafael tuvo que llevar al misticismo de sus cuadros; la civilizacion romana con su antiguo paganismo; el grosero materialismo de los pueblos de Oriente con sus deslumbrantes bellezas; el ojival arabesco, y el calado minucioso que tanto predomina en el gótico, nada de estos encantos puede el artista encontrar en la obra que trazara en 1563 Juan Bautista de Toledo y terminara veinte años más tarde, en el de 1584, su discípulo Juan de Herrera.. El ejemplo que á estos dos arquitectos ofrecian la catedral de Sevilla y los monumentos de la

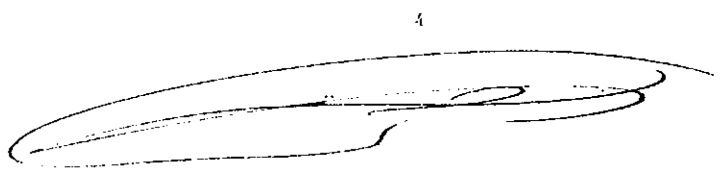
hermosa Granada; el que les brindara la catedral de Córdoba y los templos de Avila, ya que no quisieran ir á buscar en Italia modelos que imitar, debieron haber influido en el ánimo de los autores de San Lorenzo para dar á su obra un aspecto más artístico. Críticos hay que ven en esta falta un carácter de la época que distingue en España á los Príncipes de la casa de Austria. Felipe II, con especialidad, que es el que más caracteriza á los suyos, era sombrío, taciturno, avasallador, como todos los Monarcas del siglo XVI, y por su idiosincracia poco afecto á las expansiones del génio á que son tan dados los artistas y poetas, con quienes vivieron más inmediatos los Príncipes Borbones. Hasta Cárlos V, todos los Reyes de Castilla y Leon habian, en más y en ménos, rendido gran amor á lo bello.. Alfonso el Sábio y D. Juan II ejemplos dieron de condicion de artistas. La época caballeresca de los torneos y de los juegos florales terminaron casi con la muerte de Isabel la Católica. Inaugúrase, pues, una época nueva en el siglo XVI, y esta evolucion movia el sentimiento de los hombres que daban vida al pueblo español en aquellos tiempos. Los poetas fundan la escuela del gran teatro clásico español; los pintores rompen la rudeza plástica de los primitivos coloristas para seguir á Juan de Juanes, y los arquitectos sueñan con un órden nuevo, mejor dicho, con un estilo propio. Y aquí está justificada la característica obra del Escorial, reflejo vivo de los tiempos de Felipe II. El célebre monasterio mandado hacer por Cárlos V para panteon de sus descendientes, y dedicado por su hijo á San Lorenzo, en cuyo dia del año 1557 se ganó la famosa batalla de San Quintin, es un mónstruo disforme de piedras que han sido trasladadas de las sierras próximas, y agrupadas unas sobre otras, for-

mando ángulos rectos y polígonos perfectamente alineados. Lo mismo puede ser aquella obra monasterio. que cuartel ó que hospital. Nada determina en su aspecto exterior el destino de aquel edificio. Lo contrario de otros, donde el más pequeño de sus detalles denuncia el objeto para que fué creado. Nadie que recorra la Alhambra de Granada deja de adivinar que aquel suntuoso edificio fué la morada de los Reyes descendientes de Mahoma; nadie que pase por las inmediaciones de la catedral de Sevilla duda de que aquella famosísima obra está dedicada á la religion católica: un fragmento, un capitel, la punta de una aguja ó el remate de un cimborrio denuncia, cuando el autor de la obra ha sabido imprimirle su carácter, lo que pueda ser ella, lo que vale. Por un pié pequeño, por una voz suave y candorosa se reconoce á una divinidad soñada por Rafael. Es la ley fija, ineludible que nos explica Cuvier. Jesús decia con una intuicion que le era propia: *mira al árbol para conocer su fruto.*

San Lorenzo del Escorial desmiente todos estos aforismos. Nadie sabe, mirándolo por de fuera, lo que es aquel edificio, grande por lo que guarda, hermoso por las riquezas que atesora, bello por la multitud de los recuerdos artísticos que encierra dentro de sus muros; pero malo por su aparente conjunto, frio como el monarca que dirigiera aquella obra, y sin gusto alguno en sus detalles y conclusiones, sin otro carácter que el decayente estilo que soñaron sus autores, y que por su propia deformidad no llegó á formar escuela, como no podia formarla en el pueblo español, donde han dejado profundas huellas las civilizaciones pasadas, en sus monumentos, que son la historia viva de todos los pueblos.

Para saber lo que vale el monasterio de San Loren-

4



zo, hay necesidad de visitar su interior, recorrer sus galerías, su templo, sus cláustros, los panteones y las capillas. Pero el artista puede ver en todo el monasterio un buen museo mejor que un gran templo. Todos los pintores y escultores que tenia Europa desde Felipe II hasta Cárlos IV, tienen allí preciosos frescos, tablas primorosas, lienzos de primer órden, cobres excelentes y esculturas notables. Desde los cuadros de Lucas Jordan hasta las colosales estátuas de los cuatro Profetas que adornan la portada principal, todo es digno de conocerse. Tibaldi pintó los frescos del cláustro principal: las batallas pintadas por Granello y Fabricio, y con especialidad la dada en *Higueruela* son sorprendentes.

Contemplábamos con algun entusiasmo estos frescos, cuando bajando la vista á los zócalos quedamos sorprendidos ante una profanacion escandalosa. Toda la parte inferior de aquellas preciosas pinturas está deteriorada. Manos aleves, espíritus estúpidos han estropeado las pinturas para inscribir con puntas de cortapluma, con lapiceros, nombres y fechas. El jóven almibarado que viaja en primera y acompaña á la hija de una marquesa, escribe sobre el mejor rasgo de una figura trazada por Tibaldi: *Manuel Sanchez del Cid y Rosa Laura.* El ex-gobernador, el jefe de negociado, el capitalista, todos los pedantes que han visitado aquel lugar no regresan á su casa sin dejar recuerdo íntimo de su estada en el monasterio. Por supuesto, que allí se encuentran nombres tan célebres como José Sanchez, Manuel Perez, Antonio Suarez, Pedro García; notabilidades que se exhiben entre el Prado y la Castellana.

Estas huellas bárbaras se encuentran tambien en las puertas de caoba y de ébano del coro y de la sacristía.

Un viajero ha trazado con lápiz estos tres pésimos versos:

> Todos los que aquí vinieren
> son unos solemnes tontos
> si en este sitio escribieren.

El remedio es peor que la enfermedad.

Una señorita ha dejado en la pared que forma el hueco de una ventana este delicado pensamiento:

> La vida de la virtud
> es vida de gran consuelo:
> si espinas siembra en el mundo,
> flores recoge en el cielo.

Yo pensaba, leyendo estos versos, que debió mejor escribirlos en las paredes de su casa ó sobre la puerta de su alcoba.

Por supuesto, que estas profanaciones se las cuelgan á las pobres gentes del pueblo que entran á visitar el monasterio abriendo una boca descomunal y salen de él cerrando los ojos. No hay para qué decir que el pueblo, talmente la gente llamada del pueblo, entra allí con cierto recogimiento que apenas si se atreve á pisar fuerte, y por lo comun ninguno sabe trazar una *A* porque les estorba lo negro.

La aristocracia de moda, ese diluvio de señores jovencitos que no caben en ninguna parte, pasan las épocas del estío en el Escorial alegres y contentos y todos estrechamente unidos por los lazos de la más franca, de la más expansiva amistad. Paseos matutinos á la *Casita de Abajo* ó á *Las Arenitas*; citas, escenas y aventuras en los alrededores de la *Fuente de los Capones*; expediciones en lindos y traviesos borriquitos en que pasa mucho de lo que pinta Paul de Kock en sus novelas; paseos *au clair de lune* delante de la Lonja; funciones

teatrales muy animadas, bailes, serenatas, y de cuando en cuando... arañando los zócalos de Tibaldi, ó mutilando las esculturas que están á su alcance, para decir despues que á las gentes del pueblo no se les debia dejar entrar en el monasterio si se quiere defender las preciosidades que en él se guardan de profanaciones escandalosas perpetradas por la populachería que todo lo invade.

Haciendo algunas consideraciones sobre este mismo tema, y cuando la luz se iba escondiendo por las sierras vecinas, abandonábamos el monasterio en direccion al hotel de Miranda, seguros de encontrar á la mesa algunos comensales con quienes conversar un rato y pasar así hasta la hora de partir.

Es el comedor del hotel un paralelógramo regular, cortado en el centro por una mesa larga y angosta, adornada de platos, fruteros, botellas y jarrones de flores. Tiene alegría aquel comedor por lo espacioso y bien alumbrado. Rafael, muy arrimadito á la viajera que nos acompañó desde Madrid, nos aguardaba comiendo aceitunas sevillanas, mientras su compañera sacaba del plato, con la punta del cuchillo, ruedas de salchichon.

Frente á esta jóven pareja se sentaba otro señor de aspecto desagradable, y á quien París entero acababa de aplaudir con loco frenesí: era el célebre doctor Carver.

En compañía de estas tres personas me preparaba á dar principio á la comida.

CAPÍTULO VII.

Lo que se sabe en una comida.

Antes de que pasemos á los detalles de nuestros dos viajeros, hemos de decir al lector quién era M. Carver. No ha escrito ningun libro, ni es una celebridad científica; su fama nace de ser considerado como el mejor tirador del mundo. Cuando era jóven fué educado por los indios dakotas, y ha vivido entre ellos por espacio de más de seis años.

A los nueve comenzó á matar pájaros al vuelo con una carabina, y era tal su destreza, que los dakotas le consideraban como un ser sobrehumano. Rara vez erraba el tiro, aun cuando estuviese á caballo, y mataba los búfalos y los animales salvajes colocando la carabina en la cadera, sin apuntar nunca con los ojos, ya se encontrase la res parada ó en movimiento.

Despues de haber abandonado á los dakotas, acudió á las partidas de tiro de San Francisco, y sus hazañas resonaron bien pronto en toda la costa del Pacífico. Uno de sus hechos más extraordinarios, que tuvo lugar en Ockand (California), consistió en romper á diez pasos 2.000 bolas de cristal, á excepcion de siete.

Otra vez rompió sucesivamente 50 bolas de cristal montado en un caballo que no tenia costumbre de oir los disparos de fusil. El caballo iba al galope.

Arrojada una bola á 20 ó 30 piés de altura en el aire, carga y descarga su fusil dos veces antes de que aquella caiga y la rompe al tercer tiro.

Rompe una bola de vidrio lanzada en direccion de su cabeza por un hombre colocado á 30 metros. Lo mismo hace con bolas arrojadas al aire á cada lado suyo: arroja dos bolas, rompe una; vuelve á cargar la carabina y rompe la otra antes de que llegue al suelo.

En Logansport ha roto bolas de vidrio montado á caballo y mientras éste saltaba una barrera de cuatro piés de altura. El doctor Carver afirma que puede tirar segun el sonido lo mismo que con arreglo á la vista. Para probarlo se hizo vendar cierto dia los ojos y envió una bala á una campanilla que sonaba detrás de él. Dice que no puede dar explicacion alguna acerca de su puntería, y declara que esta facultad existe en él desde que tiene uso de razon.

M. Carver es todo un héroe de teatros y de circos, donde se exhibe, haciendo la fortuna de muchos empresarios.

Este era nuestro comensal á la mesa del Escorial. Rafael miraba á tan extraño personaje con sincera admiracion. Él, que no habia podido matar ni un conejo en los cotos Reales, ni habia dado caza más que á algun pajarillo de los que anidaban en los árboles de su hotel en la Castellana, envidiaba la suerte afortunada de M. Carver.

Por supuesto, que como los comensales estábamos en número tan exíguo, la comida era triste y apenas si en nuestra conversacion sabiamos salir de las bellezas

del monasterio y de la diestra certería de M. Carver. Como era de rigor, hablamos del pescado que nos servian á la mesa, traido pocas horas antes de las costas cantábricas; de las perdices escabechadas, cogidas en los montes cercanos; de la leche tan rica que dan las cabras y ovejas del país; pero como irresistible fatalidad, volvíamos otra vez á las pinturas, á las esculturas, á los frescos del monasterio y á la certera puntería de M. Carver.

El monasterio del Escorial tiene para todos los gustos.

—Es muy bonito, decia Rafael.

—Es muy grande, exclamaba M. Carver.

—Es muy triste, interrumpia la viajera,

Esto, es, tres conceptos distintos á que en realidad se presta la obra del monasterio: bonito y bello por el conjunto artístico que guarda en su interior; grande en su trazado y en sus proporciones disformes; triste en su aspecto, y más aún en los detalles arquitectónicos.

—El monasterio se ve en un dia, sigue hablando la jóven dama: pero estas campiñas, las sierras que encierran estos estrechos horizontes y las plantas que viven entre los peñascos de todas estas montañas no se estudia en muchos años. Aquí, bajo este cielo triste, se da una *flora* privilegiada por su variedad amena y por su aplicacion á la terapéutica. En dos horas que he recorrido las faldas de esta sierra que vemos allá enfrente, he podido anotar en mi álbum más de 80 plantas raras, todas originarias, ninguna, por consiguiente, exótica. Por otra parte, aquí tambien se puede estudiar la pizarrosidad que adquieren las rocas de sedimento y aun las volcánicas, por el tiempo y la accion de los agentes, sobre el proceso de tal trasformacion. En la planicie de la sierra he encontrado trozos de *calamites* fósiles, y

debajo de las nieves eternas que cubren las rocas pueden aparecer agentes vivos que la naturaleza sostiene en vigorosa actividad para enseñarnos que nada muere. Porque es sabido que allí donde la vida parece que acaba, allí donde la muerte comienza, da principio la procreacion y otra série de vitalidades que se suceden con pasmosa regularidad...

Hablaba la bella jóven mientras M. Carver nos dejaba sin comida; Rafael permanecia electrizado por su espectacion magnética, y yo intentaba retener las palabras de aquella mujer para ordenar despues algunas ideas que me diesen el concepto de quién podria ser aquel prodigio de talento con enaguas.

El concepto que tenemos en España, y aun en la Europa meridional, de lo que debe ser una mujer, nos hace caer en la admiracion cuando oimos hablar á alguna como lo hacia nuestra comensal. La instruccion se considera como secundaria entre nosotros y hasta se le niega á la mujer la facultad que tiene para aprender como el hombre las ciencias y las artes libres.

Una mujer que sabe las ciencias naturales y habla de fósiles, y de geología, y de la flora, y hasta de la fáuna de un país, y apunta las variedades de plantas y dibuja los caractéres peculiares de cada una, es un sér extraño entre nosotros, un sér fenomenal que no acertamos á comprender aun viéndolo y tocándolo por nosotros mismos.

¿Quién era esta mujer? ¿Por qué estaba entre nosotros?

Al levantarnos de la mesa nos repetíamos una y otra vez estas dos preguntas, y nuestra curiosidad no se satisfacia. Rafael se acercaba á nuestro oido murmurando:

—Esta mujer es mucho hombre. La admiro por lo que sabe.

—Pero ¿quién es?

—La hablaré y sabrás cuanto deseas.

En tanto nos dirigimos á la estacion para tomar el tren y proseguir nuestro interrumpido viaje.

A las seis y cuarto partíamos del Escorial en compañía de Rafael y de nuestra compañera de viaje. M. Carver se quedó esperando el tren que debia llevarle á Madrid, donde le aguardaba un público impresionable que habia de aplaudir frenéticamente su certera puntería, con gran contentamiento de Arderius, el afortunado empresario del teatro de Rivas.

CAPÍTULO VIII.

Dolores Walke, la heroina de este libro.

La ciudad de Strasburgo es uno de los pueblos más notables de cuantos baña el triste Ill. Tiene 100.000 habitantes, y sus pintorescas casas reciben las brisas del caudaloso Rhin. Pueblo culto, cuenta con tribunales de justicia y de comercio, es cabeza de obispado y de provincia, tiene una Universidad con facultad de ciencias, medicina, filosofía y letras; una escuela industrial, otra de farmacia; bibliotecas públicas con más de un millon de volúmenes; fábrica de fundicion de cañones; arsenal, museos, jardin botánico y otros centros de cultura muy notables. Pero lo que se admira dentro de la poblacion es su famosa catedral, de estilo gótico, principiada en 1015 y terminada en 1225. Su torre mide 160 metros. «Tocan sus agujas al cielo,» como dijo al verlas cierta tarde Alejandro Dumas. Despues de la catedral de Strasburgo no puede verse ninguna otra mejor en el mundo. Sus ventanas son nidos para ángeles, y sus filigranas parecen hechas por los plateros de Córdoba en el siglo XV, ó por los artistas árabes de la córte de Boabdil. Además de estas lindezas, guarda Stras-

burgo recuerdos históricos muy notables. Llamóse en tiempo de los romanos *Argentoratum*, y fué uno de los mayores centros de actividad que los legionarios de Augusto conocieron en las Gálias. Los bárbaros se apoderaron de ella; Atila la asoló, y Clodoveo se la arrebató á los alemanes. Formó parte del reino de Austrasia, y mucho más tarde se constituyó en centro de una República independiente, hasta 1681 que la conquistó la Francia, haciéndola Luis XIV una de las plazas más fuertes de Europa. En la torre de su catedral colocó el famoso Ben-al-Benzar, á mediados del siglo XIV, el primer reloj mecánico, á cuya obra debió el morir sin ojos y quemado por hechicero y brujo.

En esta hermosa ciudad habia nacido en 1851 Dolores Walke, de un marino que viajaba por las costas de Escocia, y de una señora alemana nacida en Maguncia, aunque criada en Colonia, la pátria de Rubens y de Cornelio Agripa. No hemos de decir aquí que esta Dolores Walke era nuestra comensal en el Escorial, y la botánica que tantos encantos tenía para Rafael, no ménos que para nosotros. Desde luego que el lector lo habrá adivinado. Pero entremos en los detalles de esta ilustre viajera, para que el lector sepa ya con quién tiene que habérselas en este libro.

Dolores Walke habia sido educada por su madre hasta los ocho años. Las primeras letras las aprendió, como las labores domésticas, en el hogar, sin otra institutriz que su cariñosa madre. A los nueve años se matriculó en la segunda enseñanza y repasaba lenguas latinas con un profesor italiano, catedrático del Seminario. La atencion de la jóven Dolores se fijaba más en los estudios de la naturaleza que en los de las letras. No obstante, alternaba con la educacion literaria su ins-

truccion artística, neutralizando los pasmosos adelantos que lograba estudiando la filosofía y la literatura, con la música, el dibujo y colorido. Pero, á la verdad, Dolores Walke se ensimismaba con la botánica. La historia natural le absorbia mucho tiempo. Las arañas, las mariposas, los gusanillos, los peces, los insectos, las flores, en fin, le entretenian. Unos cristales de aumento, un microscopio en sus manos era tan usual y corriente, que apenas si apartaba la vista de él. La mujer parece que nace destinada á la curiosidad. Todos los fenómenos que despierta el mundo creado hallan en ella gran admiracion. Por eso la astronomía y los estudios naturales se prestan tanto para que la mujer haga sin esfuerzos grande gimnasia intelectual. Dolores Walke recogia cuidadosa en vasos de cristal los gusanillos que vivian parásitos en las plantas de su jardin, y observaba diariamente la metamórfosis por que pasaban. Así como otras jóvenes tienen aficion á la *filotelia*, á la *timbromanía* y á la *calcomanía*, Dolores coleccionaba sus mariposas, las rotulaba, clasificándolas minuciosamente, y completaba su curiosa aficion con cajas de insectos que recogia entre los arriates de su jardin ó en las orillas del Ill y del Rhin. Con estas aficiones, y al terminar sus estudios en la segunda enseñanza, se matriculó en las primeras asignaturas de la facultad de ciencias, á la vez que en las de farmacia.

En Alemania esto no causa extrañeza. Estudiaban con Dolores hasta 19 jóvenes más, y todas ellas, al decir de los profesores, con bastante aprovechamiento. Es la instruccion en la mujer el freno más eficaz para apartarla de las frivolidades que tanto esterilizan sus mejores facultades intelectuales. Y como fin social, la instruccion eleva á la mujer y la redime de todos los

males que le da la ignorancia, incluso el de la miseria, que es el que la conduce por el camino del deshonor.

No somos amigos de que las mujeres sean *doctoras*. Queremos solamente que la que puede ser mañana esposa y despues madre, tenga la instruccion precisa para hacer la felicidad del hogar, con la discrecion y la gracia de una señora ilustrada. Esto nos bastaria para levantar la sociedad del mal que la ahoga, del mal que la corroe. La madre, la esposa, que es la llamada á formar la familia, no debe ser una mujer vulgarísima que desconozca los principios fundamentales de la higiene, que tanto necesita para cuidar de la vida de sus hijos. Por otra parte, la esclavitud en que les sumerge la ignorancia, hace á veces que caigan en el crímen las que de otro modo hubiesen muerto honradas y bendecidas por sus descendientes. Además, la virtud, el bien, tampoco se puede practicar con gran acierto sin tener una esmerada instruccion.

La madre de Dolores Walke lo comprendia así, y queria que su hija fuese un modelo de jóvenes, bien instruida y bien educada á la vez. Ella era la que más le impulsaba al estudio, y como si temiese algun rezagamiento, todos los dias la obligaba á repasar sus libros antes de la hora de clases en la Universidad. Con tan buen método, Dolores Walke terminaba la carrera de ciencias á los veinte y un años, y á los veintidos era ya tambien licenciada en farmacia.

La posicion de su padre le permitia vivir con alguna comodidad, pues tenía para su hija y ella una renta de 10.000 francos, que para una familia que no tiene coche, ni caballos, ni conoce los dias de *moda* en los teatros, ni estrena cada dia un vestido, y solo conoce las necesidades justas y racionales en una prudente ambi-

cion, sobraba dinero para vivir bien y no escasear de lo más preciso. Cuando el dinero no se gasta mal, parece que vale más, ó lo que es igual, que aprovecha. Dolores y su madre, sin otro protector ni guardian que sus álbums y algunos libros de memoria, emprendieron en 1872 una peregrinacion científica por toda Europa. En París vivian cuando en 1876 comenzaron á recorrer la Italia. Pompeya y Herculano los detuvieron todo un año. Los monumentos desenterrados despues de diez y nueve siglos; los restos vivos de la civilizacion pasada; el pueblo griego casi extinguido y el romano en todo su vigor, se estudia en estas dos ciudades, visitadas por las celebridades del mundo. Dolores enriqueció su álbum con las mejores vistas de Pompeya y Herculano.

En 1877 pasaron á Suiza para conocer las bellezas del pueblo helvético. Sus cascadas, sus montañas gigantescas y eternamente nevadas, sus ciudades reflejadas en los mil lagos de aquellos sombríos valles, entretenian agradablemente á Dolores y á su madre. Cansada ya ésta de viajar, desde Friburgo partió á Colonia para unirse á sus hermanas, mientras Dolores continúo su viaje por el Mediodía. Francia, Italia, España y Portugal ofrecen un mundo nuevo, un horizonte desconocido á los hijos del Norte de Europa.

Dolores Walke llegó á Madrid en los primeros dias de Enero de 1877, y desde el primer momento mostraba disgusto por la mala impresion que le produjera la corte de España. Ella viajaba para estudiar, para aprender, para saber, y Madrid no es ciertamente un centro que ofrezca grandes cosas á la investigacion de los sabios. Sin embargo, Dolores pasaba largas horas en el Museo de Pinturas y en el Arqueológico; copió varias

plantas y multitud de aves de la coleccion del Pacífico que se guarda en el Botánico, y estudió raros ejemplares y extrañas cristalizaciones que en diversos órdenes de la naturaleza le ofreció el Museo de Ciencias naturales.

Cuando conoció todo lo que Madrid guarda en sus Museos pasó á Toledo, despues á Segovia y más tarde á Sevilla, Granada y Córdoba. Habia regresado de su expedicion por las provincias andaluzas, cuando decidió conocer el Escorial y visitar tambien á Avila.

Esta, para nosotros feliz coincidencia, hizo que emprendiese su viaje en el mismo departamento en que nosotros lo hacíamos, y con tan buena estrella, que antes de llegar al Escorial, Rafael era amigo de Dolores y Dolores amiga de Rafael.

Cuando éste me contaba todas estas noticias íntimas de Dolores, la tarde que partíamos del Escorial, me añadia con cierto misterio:

—Me parece que Dolores es una mujer extraordinaria. Estudiado su fondo, es un ángel. Conversando con ella, es un sabio. No he visto en España mujer que se le parezca. Sabe más que nosotros dos juntos.

En efecto, Rafael no exageraba, Dolores Walke era todo lo que él decia y algo más que no habia dado á conocer ó no pudo comprender nuestro amigo. Acostumbrado él á las frivolidades de sus amigas, que apenas si hablan más que de los vestidos que estrenan ó de los que llevan otras; que no conocen nada de su pátria, ni aun el idioma, pues hasta prefieren el extranjero al suyo propio; que viven en España mortificadas por la pena de no tener casa en París y hotel en Baden-Baden; que apenas si conocen la historia de la literatura, ni de las glorias españolas, como tampoco las conocia él;

acostumbrado, repetimos, Rafael á tratar con nuestras jóvenes, en su mayoría de una instruccion bastante descuidada, Dolores Walke aparecia ante su vista como un sér sobrenatural. Por lo mismo que él carecia tambien de instruccion y se encontraba frente á frente de una jóven que la tenía muy sobrada, y le fascinaba además por su hermosura y las gracias que la distinguian, Rafael comenzó como á sentirse un tanto humillado al lado de Dolores, como lo está siempre el hombre cuando se coloca junto á una mujer que sabe más que él.

Esto, que era natural y lógico, trajo un desenlace muy particular, como sabrá el lector más adelante. Por ahora nos hemos de conformar con seguir paso á paso las peripecias de nuestro viaje. ¿Por qué anticipar los hechos?



CAPITULO IX.

Avila de los Caballeros.

A las seis y trece minutos de la noche partimos del Escorial con impresiones agradables y recuerdos muy diversos.

Rafael se encontraba preocupado por la confusion que en su mente le produjo Dolores Walke. Él sentia cierta fuerza de atraccion hácia aquella jóven, de la cual le separaba, por su educacion, una enorme distancia, que jamás podria salvarse, y ménos en él que no tenia amor al estudio, y habia disipado sus primeros años en cacerías, carreras de caballos, y en hacerse presentar en todos los centros que sus amigos llamaban de buena sociedad.

Meditando en estas cosas Rafael, durmiendo Dolores, y fumando yo un vegetal que parecia tabaco de la Habana, pero que muy bien podria ser de Santander ó de Córdoba, pasaba el tiempo, mientras el tren seguia su acelerada marcha en una noche en que el agua caia á torrentes. Robledo es la primera estacion despues del Escorial; siguen las Navas, Navalperal y Avila, término de nuestra expedicion por entonces. Un coche nos condujo por recto camino á la poblacion.

Pocos momentos hacia que habia cesado el agua. La luna, la clara luna de Enero lucia sobre los viejos torreones, sobre los parduscos muros de Avila. La soledad que reinaba por aquellos sitios, la hora, el momento, la perspectiva que ofrecia á nuestra vista la antigua ciudad bañada por los blanquecinos rayos del astro plateado, nos hacia soñar con los tiempos de la Edad Media. Dolores Walke, que tambien observaba este cuadro, saliendo de sus meditaciones, preguntaba:

—¿Por dónde van los pecheros? ¿Y la gente de á caballo? ¿Estamos cerca del cuartel real?

Y en efecto, las sombras que proyectaban los árboles parecian guerreros armados de lanza y rodela; las voces de pastores y zagales tenian alguna semejanza á la gritería que precede siempre á la gente de guerra; y el sonido de las esquilas y el eco del caracol que llamaba al ganado que pacia en el cercano monte, nos hizo soñar con pecheros que salian del castillo para reclutar peones que defendiesen el derecho del señor.

El feudalismo ha impreso huellas inextinguibles en casi todas las ciudades españolas. Aquí, donde la conquista, la ley del más fuerte, ha imperado tántos siglos, los recuerdos señoriales son eternos, como eterna es la ley de la historia.

Precisamente Avila de los Caballeros es rica en tradiciones y recuerdos pasados. Asentada en las orillas del rio Adaja, presenta cierto aspecto de antigüedad legendaria. Es una anciana, miserable, haraposa que aun puede, no obstante, mostrar alegre sus grandezas pasadas. El templo de San Vicente y su catedral son un conjunto de preciosidades artísticas, que admiran todos los inteligentes. Calles tortuosas y estrechas, edificios ruinosos, palacios destruidos, torreones y almenas

cuarteadas; esto es lo que hoy ofrece Avila á todo viajero.

En la más remota antigüedad fué varias veces ganada por los árabes, y otras tantas conquistada por los cristianos.

En 1110 la sitiaron los musulmanes, y una mujer varonil, la famosa Jimena Blazquez, puesta al frente de los habitantes, sostuvo el cerco, hasta que aquellos desistieron de su empeño,y se retiraron acosados por las valerosas huestes de la Blazquez. La conquista de Zorita, llevada á cabo por un puñado de avileses, y la de las Jarras de Sevilla por otros 300 que los imitaron, muestran que los hijos de Avila son héroes.

En 1273 celebró dentro de sus muros Córtes generales el Rey D. Alfonso X, y más tarde representó este pueblo un papel importante en los disturbios promovidos con motivo de la privanza de D. Alvaro de Luna, á mediados del siglo XV.

En 29 de Junio de 1520 se reunió en la Sala capitular de su catedral la Junta de los Comuneros, presidida por Pedro Laso, y un tundidor de lana llamado Pinillos sentado en un banco en medio, con una varita, dirigia sus operaciones.

Hablando de estas y otras noticias históricas de Avila, parábamos á la puerta de la fonda, donde nos esperaba una mesa surtida de botellas y un rico café. Dolores Walke comenzó á saborearlo, y servia á Rafael su taza diciendo:

—¡Excelente moka!

Rafael, aturdido por el movimiento de trepidacion experimentado en el coche, no se daba cuenta de nada. Pensaba en dormir pronto y en no despertar hasta bien entrada la mañana. Cuando se viaja en invierno

con mucho frio, despues de un dia de agua y nieve, la cama repone el espíritu decaído por la nostálgia. Dolores Walke volvia á exclamar:

—¡Excelente moka!... ¡Rica manteca!... y la extendia con la punta del cuchillo sobre el pan tostado.

—Manteca del país, respondió Rafael.

—O americana tal vez, añadió Dolores.

—Americana no puede ser.

—¿Por qué?

—Porque es de vacas, y no es posible que venga aquí manteca de tan lejana region, cuando tanta tenemos en España.

—Eso es un error, respondió Dolores Walke. Desde el año 1851 que América importa en todos los pueblos de la vieja Europa grandes cantidades de manteca salada, que proviene de las inmensas piaras de cerdos que se crian en los Estados-Unidos, siendo Chicago la ciudad de América, y casi puede decirse del mundo, donde en mayor escala se dedican á la preparacion y comercio de carnes saladas, pues hay en ella más de cuarenta compañías que explotan esta industria, de las cuales treinta pueden salar diariamente dos mil quinientos tocinos.

Para la salazon de la carne de tocino verifícanse mecánicamente todas las operaciones. Los cerdos son encerrados en un reducido patio en el que hay una pequeña abertura, por la cual pasa el animal resbalando sobre un plano inclinado; allí es atado por las patas y suspendido por una cadena que lo arrastra, y al pasar por un punto determinado, lo degüellan: un poco más lejos sufre la frotacion de unos grandes cepillos, que con ayuda de un gran chorro de vapor, despojan el animal de todas sus cerdas. Terminadas estas operaciones, lo desatan, lo abren, y por medio de grandes chorros

de agua caliente, le despojan de todo lo que no se piensa aprovechar; de allí pasa á otra pieza donde la carne se enfria; ésta la cortan en pedazos que se clasifican, y más tarde los salan y encierran en barriles para expedirlos á cualquier parte del globo, y sobre todo á Inglaterra, donde se hace un gran consumo de tales carnes.

Todas estas operaciones se verifican con una rapidez extraordinaria, y solamente en Chicago se sacrifican, durante los meses de Noviembre y Diciembre, 1.500.000 cerdos, para cuya industria tiene empleados unos 6.000 obreros.

La cuarta parte de la manteca que se consume en Europa es procedente de estos cerdos muertos en Chicago.....

Habiamos vuelto á llenar de nuevo las tazas mientras oímos á Dolores hablar de la manteca, del café, del té y de las pastas inglesas, con una inteligencia propia de un gran repostero de París. Y era que Dolores habia aprendido de todo y sabia de todo. Su instruccion no era solamente científica. A par de la que habia recibido en la Universidad, estudiaba el movimiento industrial de la época, las costumbres de cada país y las condiciones de cada pueblo. Gracias á esta instruccion enciclopédica, Dolores podia estar siempre bien en todas partes y entre todas las gentes.

A las diez el sueño nos molestaba á los tres viajeros. No he de decir aquí que nos fuimos á dormir.

CAPÍTULO X.

El Rey D. Enrique IV.

A las diez de la mañana entraba en el comedor Dolores Walke, y dejando el sombrero sobre una silla, nos dijo en alta voz:

—Vengo de ver el sepulcro de Alonso Madrigal y el convento de Carmelo, fundacion de Santa Teresa de Jesús, la autora de *Las Moradas*, libro que escribiera en Segovia.

—¿Quién es Madrigal? preguntó Rafael.

Dolores miró con extrañeza á su jóven amigo, y replicó con cierta viveza:

—*El Tostado*, el escritor místico más notable que tuvo España en su siglo. Nadie hasta el dia, ni aun el mismo Lope de Vega, le ha igualado en fecundidad prodigiosa y en ingenio piadoso. Habia nacido en esta ciudad, como Teresa de Cepeda y Ahumada, poetisa distinguida, génio aún no comprendido, y á quien se conoce por Teresa de Jesús entre los escritores y por Santa Teresa entre los místicos...

Hablaba Dolores con tanta discrecion, describió tan gráficamente los templos de Avila, sus calles principales

y el aspecto de la ciudad, que no nos cansábamos de oirla. Cuando principiaban á servirnos el almuerzo, Dolores reclamó nuestra atencion, y comenzó á contar la siguiente historia, como pudiera hacerlo George Sand:

—Un dia de los primeros del año 1465, atravesaba un elegante y gallardo caballero la espesa muchedumbre reunida frente al palacio del Rey D. Enrique; y tanto la riqueza de su vestir, como la grave apostura de su continente demostraban el alto sentimiento de dignidad é importancia que le poseia. Abríanle paso todos los cortesanos; postrábanse ante él todos los humildes pretendientes de los favores reales, oyéndose por doquiera las mayores alabanzas y encomios, dirigidos á favor del obsequiado valido.

—¡Es el Conde de Ledesma! repetian los palaciegos con admirable respeto; y hasta algunos pocos que no le conocian parecia que se hallaban penetrados de la más profunda veneracion hácia el confidente de la soberana princesa. Pero el Conde apenas mostraba apercibirse de semejante homenaje, recibiendo los acatamientos de aquellos miserables como un tributo justo y legítimo, por el cual en nada debia excitarse su reconocimiento.

Junto á la puerta principal del palacio habia un grupo compuesto de tres caballeros, cuya traza les señalaba por personajes de alta importancia. En cuanto vieron éstos que se aproximaba el Conde, dieron tregua á sus coloquios, tomando al momento sus semblantes una manifiesta expresion de rencor.

¡Héle aquí! exclamó cautelosamente uno de los hidalgos. ¡Aquí está este perverso advenedizo, este abominable gusanillo!

—Silencio, señor de Benavente, respondió otro... Todavía no ha llegado el momento de mostrar nuestra indignacion.

El Conde de Ledesma irguió orgullosamente la frente al acercarse á este grupo, puesto que si bien sabia que no podia prometerse de él iguales sentimientos que de las innobles turbas que poco antes le festejaran, enseñárale la experiencia á arrostrar el desdeñoso talante de sus enemigos, pagando con usura sus insultos. Verificóse, pues, una escena muy digna de llamar la atencion de un observador desinteresado: el Conde y sus enemigos tomaron á cual más un expresivo aspecto de arrogancia, lanzándose mútuamente ciertas miradas, en las que se pintaba sin rebozo el recíproco ódio, desdén y deseo de venganza que animara á todos ellos.

—¡Insolente!... ¡advenedizo!... ¡menguado!... murmuró el Conde de Benavente, ya que hubo pasado el execrado favorito... ¿Será posible que los grandes y prelados de Castilla toleren con paciencia la dominacion de este miserable?

—En efecto, respondió D. Pedro Giron, Maestre de Calatrava; es vergonzoso el sufrimiento con que se aguantan la insolencia y desmanes de este miserable aventurero.

—Todo vendrá á su tiempo, razonó el Conde de Palencia: los negocios van tomando un aspecto muy favorable; es de esperar que tanto la arrogancia de este mal llamado Conde de Ledesma, como la debilidad del Rey y la escandalosa vida de la Reina, alcanzarán muy en breve la debida recompensa. Supongo que no faltareis á la reunion de esta noche en la posada del Arzobispo de Toledo: allí están convocados todos los grandes de Castilla.

No faltaremos, respondieron Benavente y Giron: y despues de haberse dirigido algunas palabras, separáronse los tres hidalgos.

Este Conde de Ledesma, tan acatado de las turbas como abominado de los grandes, era hombre de baja condicion. Conocíasele antes de que obtuviera el título de Conde bajo el nombre de D. Beltran de la Cueva, y gracias á su diestra y mañosa conducta habia sabido ascender desde una posicion bastante subalterna al pináculo del favor real, logrando un grado de valimiento comparable en cierto modo con el que alcanzara en el anterior reinado el malogrado Condestable de Castilla. Sin embargo, solo en esto tenia un punto de contacto con el magnánimo D. Alvaro de Luna, puesto que D. Beltran no poseia ninguno de los conocimientos y prendas que tanto distinguieran á aquel, y nunca pudiera presentar á su soberano un conjunto de servicios tan esclarecidos como lo prestados por el Condestable.

Todos los merecimientos del de Ledesma se reducian al uso de una desmedida adulacion, cuyos lisonjeros halagos le valieran su elevacion á confidente y ministro del Rey; y á sus atractivos personales que le captaran la benevolencia de la Reina, la cual, siguiendo los desordenados impulsos de su corazon, no habia vacilado en abandonar los miramientos que debia á su honra, admitiendo en la mayor privanza al favorecido D. Beltran.

Estos eran los cimientos de la grandeza del Conde de Ledesma, y por estos detestables servicios lograra el grande y no merecido favor de que ahora gozaba. Pero lo que habia más de singular en este caso es que la rápida elevacion de este privado fuese obra de aquel mismo D. Enrique, que en vida de su padre el Rey Don

Juan fuera siempre apoyo de los conjurados contra las demasías de D. Alvaro de Luna, personaje incomparablemente más merecedor y respetable que este indigno ídolo de la debilidad de un soberano y de los vergonzosos amores de su esposa.

Sabido esto, nadie extrañará que toda la grandeza castellana estuviese declarada contra el favorito, mayormente cuando muchos de los principales magnates tenian de él agravios particulares. El Arzobispo de Toledo y el Marqués de Villena habian sido separados de la Real persona para ceder su lugar á D. Beltran, el cual acababa de ser colocado al frente de los negocios del Estado, concediéndosele el título de Conde de Ledesma con otras riquezas y distinciones.

Tenia D. Enrique multitud de defectos, y apenas poseia alguna que otra rarísima prenda que pudiera paliarlos. Incapaz de dirigir las riendas del Estado por su excesiva indolencia y nulidad, entregóse al primero que supo halagar su espíritu, originando con su indolencia una larga série de desgracias y trastornos en el Reino cuyo gobierno le encomendara la Providencia.

Aconteció el alumbramiento de la Reina, la cual dió al mundo una niña, á quien se llamó Doña Juana. Pero como desde el mismo instante consideraron todos á aquella Infanta hija adulterina de D. Beltran, por este motivo la asignaron el feo mote de la *Beltraneja*, bajo el cual fué conocida desde entonces. Sin embargo, á pesar de la pública voz y fama, empeñóse el Rey en hacer reconocer á Doña Juana como heredera de su Corona, cuya imprudente medida fué la señal del general levantamiento de todos los grandes y potentados del Reino.

La noche no habia cerrado aún del todo, cuando ca-

balleros y prelados acudian á la cita del Arzobispo de Toledo. Reunidos los congregados, pronunciáronse varios discursos, en los cuales el resentimiento aumentaba los fuegos de la elocuencia; sin embargo, era inútil todo auxiliar cuando la conviccion se mostraba tan unánime, y ciertamente no habia necesidad de inflamar el ánimo de unos hombres agitados ya por las pasiones más fuertes. Quizás nunca se viera una asamblea en que reinase más armonía en punto á las intenciones; pero al propio tiempo ménos conformidad con respecto al mejor modo de llevarlas á cabo. Abogaban unos por la adopcion de medidas violentas; rechazaban otros este parecer, originándose de esta encontrada lucha de opiniones diversas, una confusa y turbulenta algarabía.

En este estado, apareció en la sala donde se celebraba la junta un personaje de traza noble y severa, cuya presencia ejerció el saludable influjo de restablecer la tranquilidad entre los asistentes. Todos los ojos se dirigieron al punto sobre el recien llegado, quien encaminándose hácia el estrado donde se hallaba el Arzobispo de Toledo, tomó asiento á su mismo lado con muestras de reconocida superioridad. Ahora bien, el hombre que habia operado este súbito cambio en los espíritus era el Marqués de Villena, varon muy famoso en toda España, tanto por su manifiesta ambicion, como por su grande talento y saber.

Privado el Marqués del favor del Rey, merced á los manejos del Conde de Ledesma, jurara eterno é implacable rencor á su rival, mostrándose, como puede suponerse, uno de los miembros más activos de aquella temible liga. Móvil de todas las maquinaciones y tramas dirigidas contra el detestable favorito, convocara el Marqués por medio del Arzobispo la presente reu-

nion, seguro ya de antemano de la buena acogida que debia alcanzar el plan de operaciones que iba á proponer. Llevado, pues, de la conviccion de su superioridad é importancia personal, dirigió al momento la palabra á los conjurados, hablándoles en los siguientes términos:

—Nobles señores y amigos, ha llegado por fin el instante, no diré si feliz ó adverso, en que debemos poner en planta un proyecto, el cual hace largo tiempo que me ocupa en mis vigilias. La ciega prevencion del Rey y los desmanes de su indigno favorito exigen ya de nosotros semejante proceder. No creais que me anime un mezquino resentimiento personal, nada de esto; trátase aquí solo del bien general de nuestra Pátria, bajo cuyo concepto espero que prestareis un poco de atencion á mis palabras.

Ante todas cosas es preciso enviar al Rey una diputacion compuesta de los principales personajes del Reino, para que en nombre de toda la Nacion le hagan presente las desgracias que la afligen y el urgente remedio que exigen sus males, los cuales nunca podrán cesar sin la separacion de D. Beltran de la Cueva, ahora llamado Conde de Ledesma, no solo de los empleos que obtiene, sino tambien de la privanza del soberano, Este será el primer punto de reclamacion. El segundo ha de ser la formal promesa del Rey de excluir á la *Beltraneja* de la sucesion á un Trono del cual la aleja la ilegitimidad de su nacimiento. Si D. Enrique se empeña en negar estas dos importantes demandas, inútil será insistir acerca de otros puntos de menor cuantía, y en tal caso ya no habrá otro partido que el de negarle el uso de la potestad Real.

—Mas ¿cómo se logra? preguntó impaciente Giron.

—Haciendo cuanto en nosotros quepa para colocar al Infante D. Alfonso en el Trono de D. Enrique, respondió el de Villena con una fria sonrisa.

—¡Qué decís! exclamó el Marqués de Santillana lleno de asombro... ¿Creeis acaso que pudiera surtir efecto una empresa tan arriesgada? ¿Acaso tomaria la Nacion parte en esta atrevida rebelion?

—Esperad, esperad, dijo el Marqués de Villena. Habeis de haceros cargo de que no estamos aquí para examinar la gravedad de los remedios, sino para buscar uno que pueda aplicarse á nuestros males. Desde luego estoy convencido de que no lograremos nuestro intento sin tener algunos tropiezos; pero pónganse todos la mano en el pecho, y digan si puede haber situacion más triste y dura que la que en el dia oprime á los nobles castellanos. ¿Por ventura, es cuestion que tan pocos sacrificios se merezca la de salvar nuestras vidas y fortunas, librando á la propia sazon á todo el Reino de manos de un vil advenizo, amante de una Reina sin pudor? ¡Castellanos! esto no puede ya soportarse. Los tiempos de la dominacion del Condestable de Luna lo fueron de gloria en comparacion de éste en que vivimos. Ahora bien, si aquel gran hombre, á pesar de los servicios prestados á la Nacion, fué considerado digno de muerte por sus usurpaciones y excesos, ¿qué no merecerá ese vil favorito, ese azote de Castilla, ese insolente privado, oprobio del Reino entero? No es posible que difiramos un solo instante empresa tan necesaria; las cosas han llegado á su término, y si son impotentes nuestros medios de persuasion, no hay otro arbitrio que recurrir abiertamente á la fuerza de las armas.

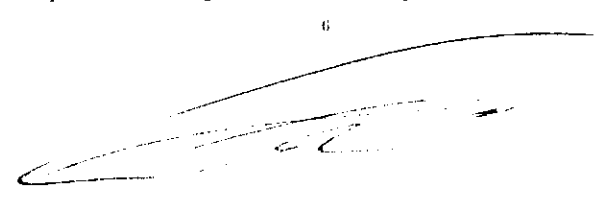
El discurso del Marqués de Villena fué pronunciado con la mayor vehemencia y calor, la que no deberá

extrañarse sabiendo ya que era el enemigo más encarnizado del favorito Real. En efecto, su alma ambiciosa y arrogante no podia ver sin grave encono los progresos que á sus expensas habia hecho D. Beltran, siendo muy natural su deseo de dar principio á una pugna que podria traerle de nuevo el perdido favor que un dia le dispensara el soberano. Pero de todos modos, aun en el caso de que D. Enrique no accediese á las reclamaciones cuya exposicion habia hecho á los conjurados, quedábale aún al Marqués la esperanza del entronizamiento del Infante D. Alfonso, cuya gratitud no podia serle dudosa bajo ningun aspecto.

Sin embargo, no todos los conjurados pensaban como el Marqués. Tanto el reinado anterior como el presente pudieran haberse llamado épocas de favoritismo y cábala, y así no dejaban muchos de deplorar los males que agobiaban al Estado, deseando en lo íntimo de su corazon una reforma que pusiera coto á tales demasías. Bajo este supuesto, habiendo sido aprobada la proposicion de Villena, gracias al artificio con que supiera encubrir el interés personal que le animaba en este punto, nombróse en el acto la Comision que debia presentar al Trono las quejas de los Grandes de Castilla. Componíanla el Arzobispo de Toledo, los Condes de Alba y Benavente y algunos otros miembros influyentes del Estado; pero por lo que concierne al Marqués de Villena, tuvo la astucia de evitar todo compromiso, eludiendo el tomar parte en un acto de que era el verdadero autor.

La mañana siguiente pasó la Comision á desempeñar el encargo que le fuera cometido, y presentándose solemnemente en Palacio, explicó los motivos de su embajada con tono respetuoso aunque decisivo. Al prin-

6



cipio se mostró el Rey indignado de la presuncion de una grandeza que de tal modo intentaba dictarle leyes: pero la actitud firme y resuelta de los diputados, excitó en breve otros sentimientos en su alma débil y apocada. Manifestáronle los emisarios con expresiones muy enérgicas los excesos que se cometian en la administracion de justicia y los males que sufria la Nacion por el despotismo vil del indigno favorito, añadiendo despues de estos lamentos otras muchas quejas de menor importancia.

La traza intrépida y hostil de los diputados hizo entrar al receloso monarca en una especie de negociacion que por el momento pudo desarmar á los descontentos. Con este objeto declaró que tomaria muy en cuenta los artículos que se le habian expuesto, resultando despues de las conferencias habidas entre las dos partes un convenio en que se estipulaba que el Rey pondria en libertad á los Infantes D. Alfonso y Doña Isabel; que el primero seria reconocido heredero del Trono, pero bajo la condicion de casarse con la Infanta Doña Juana, llamada la *Beltraneja*, luego que ésta hubiese llegado á una edad á propósito; y por último, que seria separado el Conde de Ledesma del alto destino que ocupaba en Palacio.

Desde este instante pareció que iba á establecerse una perfecta armonía entre el Rey y la grandeza. El Infante D. Alfonso salió de su prision sin pérdida de momento, realizándose de este modo la primera parte de lo pactado; pero no se mostró el Rey tan celoso en el cumplimiento de los demás puntos del convenio. Fuérale éste arrancado por la imperiosa ley de la necesidad, y ya que se habia conjurado la borrasca, halagábale el engañoso pensamiento de poder faltar impu-

nemente á sus empeños. Así, pues, el Conde de Ledesma no fué removido, y su administracion se hizo aún, si cabe, más dura y escandalosa que antes, originándose con sus excesivos desmanes nuevo encono en los ánimos, por desgracia ya sobradamente irritados.

A la sazon tomó la liga de la grandeza un aspecto más imponente y hostil, pues exasperados todos con la falta de palabra del Rey, y plenamente convencidos de que el de Ledesma únicamente podia ser derrocado por la fuerza de las armas, trataron de recurrir á este partido extremo.

En estas coyunturas entabló el Marqués de Villena una secreta negociacion con el Infante D. Alfonso, á quien se queria obligar á aceptar la Corona de Castilla, que todos los Grandes del Reino trataban de adjudicarle.

—¿Y qué puede conteneros? decia al Infante el de Villena... ¿Ignorais que es la voz de una Nacion ultrajada la que os llama á un Trono hoy dia mancillado? Aceptad, señor, nuestra proposicion, y todos los castellanos bendecirán un suceso tan glorioso y placentero.

Convencido D. Alfonso, aceptó la Corona que se le ofrecia. Sabido es cuán raras veces suelen resistir á sus halagos los mismos lazos del más estrecho parentesco; pero si hubo nunca rebelion que tuviese visos de legitimidad, fué sin duda alguna la que ahora se tramaba. Muchos de los conjurados se hallaban realmente animados de un sincero y verdadero patriotismo, puesto que no todos participaban de las miras ambiciosas del Marqués de Villena.

Advertidos los de la liga del buen resultado que obtuvieran las instancias de Villena para con el Infante, desecharon ya todo miramiento, declarándose á la faz

del dia contra el rey y su favorito. La lista de los conjurados habia aumentado de tal modo, que apenas podia citarse á un noble de influencia que no estuviese en ella. Los espíritus estaban muy irritados, tanto por los excesos de este reinado, cuanto por los cometidos en el anterior. Habia llegado ya el momento de estallar. La Corona del Rey de Castilla vacilaba sobre sus débiles sienes. Sin embargo, como á pesar de la conocida flaqueza moral del Rey era de suponer que haria éste alguna resistencia antes de abandonar su diadema, quedó acordado que se procediese inmediatamente á su deposicion, en vez de contentarse con vanas y estériles declamaciones.

Bajo este punto se convocó una asamblea general de la Nacion, la que debia tener efecto en las llanuras de Avila, no lejos del Adaja, invitándose especialmente para su asistencia á todos los Prelados y personajes de valimiento del Reino. Al mismo tiempo se levantó con gran presteza un cuerpo de tropas formado de los descontentos y sus parciales, con cuyas providencias ya tomadas tratóse de llevar á cabo el plan antes concertado.

Levantóse un inmenso tablado junto á los muros de esta ciudad que daban frente á la catedral, y en él se colocó un magnífico trono, suntuosamente adornado y decorado con armas de Castilla, á imitacion del verdadero trono de D. Enrique. Encima fué colocada una estátua que representaba á este Monarca, vestido con manto real y ceñida la corona. En sus manos tenia la espada de la justicia y el cetro soberano, quedando representados cual convenia todos los demás atributos de la régia potestad. Rodeaba por fin á este aparato una numerosa tropa de soldados, entre cuyas filas ondeaba

el pendon de Castilla, luciendo además las particulares divisas de los nobles conjurados.

Habíase reunido una inmensa multitud para presenciar el espectáculo que iba á ofrecerse. Circulaban por todos los corrillos propósitos muy extravagantes con respecto al desenlace de aquella escena; pero todos se extrañaban de que no figurase tambien la imágen de D. Beltran juntamente con la de D. Enrique. Llegada por último la hora de la cita, reuniéronse los conjurados, entre los cuales figuraba el Infante D. Alfonso, y al son de mil belicosos instrumentos salieron de la catedral, despues de los Oficios divinos, dirigiéndose con gran acompañamiento hácia el lugar de la ceremonia, subieron al tablado el Arzobispo de Toledo y otros prelados, acompañados de los Condes de Palencia, Benavente y otros magnates de gran valía, precedidos de gran número de heraldos y alguaciles. Los demás caballeros se colocaron espada en mano alrededor del tablado, poniéndose á cierta distancia los soldados, con objeto de contener á la muchedumbre que se empujaba para coger puesto. Tocaron los clarines y atabales como para llamar la atencion de la asamblea, y habiendo sucedido un profundo silencio, presentóse un pregonero gritando desde los últimos peldaños que conducian al tablado:

—«¡Castellanos, grandes prelados, ricos-hombres, hidalgos y plebeyos de Castilla!... ¡Escuchad, atended todos la declaracion que voy á haceros!... El Rey Don Enrique IV de Castilla se ha hecho indigno de la Corona, que deshonra con sus crímenes, en cuya vista place á Dios por la empresa de cuantos se hallan animados del noble deseo de mantener la prosperidad del Reino, que sea desposeido del elevado puesto que tan

mal sabe ocupar. Primeramente, dicho Rey es indigno de ceñir una corona cuyo peso no puede resistir, puesto que es el funesto D. Beltran de la Cueva quien á su vez gobierna y oprime con su tiránico despotismo á esta Nacion desventurada. Ahora bien, ya que el Rey no puede soportar el peso de la diadema, es muy justo que sea colocada en una frente más capaz de poderla ceñir!... ¡Caiga, pues la Corona de Castilla de las sienes del Rey D. Enrique IV!...»

Aquí se detuvo el pregonero, y acercándose en tanto el Arzobispo de Toledo á la imágen del Rey, quitóle la corona de la cabeza al estrepitoso son de los aplausos de la muchedumbre. El prelado volvió despues al lugar que antes ocupaba, é inmediatamente prosiguió su lectura el pregonero:

—«En segundo punto, el Rey D. Enrique de Castilla no merece llevar la espada de la justicia, puesto que tanto descuida su recta y cabal administracion, permitiendo que los apasionados sentimientos de algunos hombres venales la ejerzan con mengua del honor é interés comun de todo el Reino... Ahora bien, ya que el Rey no sabe dirigir la administracion de este importante ramo, es muy justo que pase esta espada á otra persona que sea más digna de llevarla... ¡Pierda, pues, este emblema de la justicia el Señor Rey D. Enrique el IV.»

El pregonero volvió á guardar silencio. Entonces se levantó el Conde de Palencia, y dirigiéndose á la estátua, arrancó con muestras de indignacion la espada que tenia en una mano. Nuevamente resonaron los aplausos de los espectadores, y restablecido ya el silencio, continuó el pregonero del modo siguiente:

—«En tercer lugar, el actual Rey de Castilla es in-

digno de empuñar el cetro, puesto que su flaqueza, prodigalidad é indolencia se avienen mal con las prendas que deben distinguir á todo Príncipe... ¡Quítese, pues, al Rey D. Enrique el cetro que tan mal sabe regir!»

El Conde de Benavente imitó el ejemplo de los dos magnates que le precedieran, y arremetiendo á la estátua, arrancóla el cetro que llevaba en la otra mano. Luego que hubo cesado el tumulto de las turbas, concluyó el pregonero su lectura hablando del modo siguiente:

—«Por último, el Rey D. Enrique de Castilla no es merecedor de sentarse en un trono cuyo lustre tanto ha mancillado con sus vicios y torpezas. Tampoco puede permitir Dios que lo ocupe una Princesa ilegítima, vergüenza y oprobio de la majestad real... Ahora bien, siendo su verdadero heredero y sucesor el nobilísimo Infante D. Alfonso, es muy justo que ascienda éste al trono que aquel ha perdido, y del cual ahora será vilmente arrojado.»

Al momento se ejecutó este extremo, pues apoderándose D. Diego Lopez de Zúñiga de la estátua real, arrojóla con gran fuerza á los piés del trono. Al mismo tiempo fué mostrado al público el Infante, y á las voces de: «¡Castilla! ¡Castilla por el Rey D. Alfonso!» fué proclamado en el propio sitial que antes ocupara la destituida imágen de D. Enrique, entre universales gritos de aclamacion y alegría.

Acto contínuo prestaron homenaje al Infante en calidad de Rey todos los grandes congregados, incluso el Marqués de Villena; y habiendo montado despues Don Alfonso en un hermoso caballo, dióse á correr por las principales calles de Avila, escoltado de todos sus parciales y de una numerosa muchedumbre.

Luego que llegó á noticia de D. Enrique este acto de tan inaudita audacia por parte de sus grandes, pareció salir de su natural apatía, llevado del ardiente deseo de reprimir aquel desman. Afirmáronle en esta resolucion los consejos de Beltran, y persistiendo más que nunca en su propósito de legar el Trono á la *Beltraneja*, reunió un numeroso cuerpo de ejército con objeto de oponerse á los confederados.

Despues de una série de operaciones militares bastante acertadas, dieron vista los realistas á las huestes del Infante junto á Olmedo, y allí fueron éstas completamente derrotadas. Pero no decayó el ánimo de los descontentos con tan terrible revés, ni aun con la insigne desgracia que poco despues sufrió su bando con la pérdida del Infante D. Alfonso, el cual falleció al cabo de muy poco tiempo despues de su mentida coronacion. Persuadidos los conjurados de que los derechos del difunto Infante habian pasado á su hermana Doña Isabel, dirigieron una solemne diputacion á esta Princesa, rogándola que aceptase la Corona de Castilla; pero Doña Isabel se negó á sus pretensiones, con grave sorpresa y disgusto de los confederados.

—¿Es posible, señores, exclamó la Infanta; es posible que olvideis de tal modo vuestros deberes hasta llegar al extremo de proponerme la usurpacion de la Corona de Castilla? Sabed que mientras viva D. Enrique, nunca podré dar mi apoyo á ningun proyecto contrario á sus derechos soberanos. Cuando haya muerto el Rey, será ya caso muy distinto: solo entonces consentiré en reclamar el Trono, que en efecto me pertenecerá de derecho.

Esta manifestacion decidió á los conjurados á que depusieran las armas, entrando en negociaciones con

el Rey para que reconociese por heredera del Reino á la Infanta Doña Isabel. Felizmente se realizaron estos deseos, y habiéndose proclamado un olvido general de todo lo pasado, volvieron á prestar juramento de fidelidad al Rey todos aquellos que habian abrazado el partido de la rebelion, comenzando desde entonces una época de aparente paz y concordia entre el Príncipe y sus vasallos.

No hay por qué encarecer el furor de la Reina y del caido Conde de Ledesma, cuyos intereses quedaron tan perjudicados con esta reconciliacion. Pero la mala suerte de Castilla quiso que ya que los grandes se vieron libres del horror que les inspiraba el detestado favorito, comenzaron á cobrar celos de la pujanza que adquiria uno de sus mismos aliados, el famoso Marqués de Villena, originándose de esta rivalidad nuevas maquinaciones é intrigas, contrarias siempre al reposo y prosperidad de la Nacion.

Poco tiempo despues de estos sucesos murió en Segovia el Rey D. Enrique, quien antes de espirar permitió que le visitaran la Infanta Doña Isabel y su esposo el Rey D. Fernando de Aragon; pero como si quisiera dar Enrique otra muestra de la singular inconstancia que le caracterizaba, declaró con general sorpresa heredera del Trono á la *Beltraneja*.

Fué D. Enrique IV el último descendiente masculino del célebre Enrique de Trastamara. A pesar de los esfuerzos con que algunos apologistas han querido vindicar su memoria proclamándole Príncipe manso y piadoso, no es posible disimular los graves daños que trajo al Reino su excesiva indolencia, causa principal de las escandalosas escenas que alteraron con tanta frecuencia la tranquilidad y sosiego de Castilla.

Tal fué el desenlace de la tragedia que hace casi cinco siglos tenia lugar en las inmediaciones de esta ciudad.

La tradicion ha vestido estos sucesos con los ropajes de la fábula y de la fantasía caballeresca de nuestros poetas.

Las crónicas, por su parte, han retratado todos los detalles del suceso, y á la verdad Dolores, por la relacion que hizo de los mismos, dió muestras de conocer perfectamente la historia.

CAPITULO XI.

De cómo se adivina el alma.

Apenas acabó Dolores Walke la narracion anterior, Rafael, que la habia oido con la boca abierta, repetia una y otra vez:

—Sabe Vd. más historia que Moreno Nieto y que el mismo Castelar.

Para él éstos eran en el mundo los más sábios, sin duda por unas cuantas lecciones que les habria oido en la Universidad Central. La jóven se sonrió por la comparacion, propia de un escolar madrileño; y consultando su reloj, preguntó:

—¿A las doce parte la diligencia para Béjar?

—A las doce y media, replicó Rafael.

—Béjar ¿es pueblo fabril?

—El más notable de Castilla en la industria lanera.

—Y Baños, ¿es pintoresco?

—Parece un pueblo de la Suiza, le respondimos sin vacilar.

Rafael se sonreia, viendo en nuestra respuesta alguna exageracion.

—Pues necesito media hora para pensar y decidir si acompaño á Vds., dijo Dolores.

Las mujeres alemanas piensan y piensan mucho.

Dolores no se decidia tan á la ligera por la cosa más insignificante. Estudiaba el pró y el contra. Sabia lo que hacía, á dónde iba, y nunca pasaba de donde se proponia llegar. Una española, una francesa, una italiana, se decide al momento. Piensan las mujeres del Mediodía con el corazon. Las del Norte piensan con la cabeza. Discurriendo bien, la cabeza es para pensar y el corazon para sentir.

Rafael habia hecho indicaciones á Dolores para que continuara su viaje á Baños y estudiase en los pueblos extremeños las costumbres del país, al par que su campiña, su vejetacion y las condiciones geológicas que le componen. Dolores se limitó á contestar:—Lo pensaré.—La potencia ó facultad de pensar estaba muy desarrollada en ella; y lo mejor es que pensaba bien en todo y con criterio propio daba su opinion cuando se la pedian, decia cuanto sabia, sin afectaciones ni pedantería. Sin embargo, tenia el talento de ocultar lo que ignoraba; y esto le valia el aparecer con más instruccion ante los ojos de quien la trataba.

A las dos de la tarde, y cuando la nieve caia en gruesos y continuos copos, recorriamos las calles de Avila, y visitábamos algunos de sus más importantes edificios. La tristeza de aquella tarde, el aspecto antiguo que presenta todo Avila, sus calles estrechas y tortuosas, sus paseos cubiertos por una enorme sábana blanca, las gentes paseando por aquellos portales de piedra berroqueña, encapotadas y cubiertas hasta los ojos, las campanas de las iglesias agitando sus lenguas de bronce para llamar á los fieles al templo, todo, en fin, nos hacia recordar tiempos pasados que no volverán, y que para recordarlos hay que salir de Madrid

y recorrer esos pueblos que, como Avila, aún no han podido mudar la faz que le imprimieron en la infancia sus antiguos señores.

Dolores contemplaba todo, admiraba con extrañeza singular cuanto veia aquella tarde, y su pensamiento puro, angelical, no le daba voluntad para decidir. Rafael, por el contrario, no discurria, no sentia, y era materia dispuesta para todo. El que siente, el que piensa, el que puede dar cuenta de su existencia con razon del ser á que corresponde, puede decir que tiene alma. A Rafael no se le habia ocurrido jamás que la pudiese tener, y aunque algunas veces negaba el tenerla, como toda criatura racional tenia tambien su pobrecita alma. Alma, espíritu, conciencia, razon, inteligencia, todo viene á significar lo mismo; con dichas palabras nos referimos siempre al «sér» que hay dentro de nosotros, independiente, libre y en el cual nos mostramos como realidad pensante.

Se llama alma en cuanto anima y vivifica; espíritu, con relacion á su esencia; conciencia, en cuanto se conoce á sí mismo; razon ó inteligencia, en cuanto á su actividad.

Nuestra alma es siempre la misma, idéntica; nos da el primer vagido de la vida y con ella revivimos como inteligencia más allá del sepulcro.

Cada siete años renovamos completamente esta andrajosa envoltura que se llama cuerpo, desde la cal de nuestros huesos hasta las fibras del cerebro, pero el alma permanece la misma: es una siempre, inmutable, eterna.

No es que el alma es nuestra, ni que se nos ha entregado para hacer este ó el otro uso de ella: el alma somos nosotros mismos, es el «yo.»

Eso que se reconoce, se examina y se juzga en la conciencia: eso es el alma. Eso que no nos deja dormir, aun que tengamos dinero, aun que tengamos salud, aun que hayamos cenado bien, aunque sea muy buena y esté bien mullida la cama: eso es el alma. Eso que se enamora de la virtud y aborrece la hermosura deshonesta: eso es el alma. Eso que languidece como una luz, cuando la tristeza, ó la pena, ó la pasion la consume: eso es el alma. Eso que va á todas partes y vive en todos nuestros recuerdos: eso es el alma. Lo que nos dice cuando hemos obrado bien y cuando hemos obrado mal, y jamás nos engaña: eso es el alma.

Lo que lleva en nosotros la idea humana y la del bien, de un modo tan absoluto, que aunque todos los hombres atestiguaran lo contrario, no nos convencerian: eso es el alma.

Lo que se llena de infinita alegría en nosotros cuando hacemos una obra buena; lo que se conmueve á la vista de un cádaver; lo que nos hace rezar en el cementerio; lo que nos levanta hasta el cielo sobre las miserias de la vida; lo que nos hace mirar á los hombres como hermanos; lo que pide en nosotros libertad é igualdad ante Dios y ante los hombres: eso es el alma.

Todo lo que no es apetito carnal; lo que no es hambre, lo que no es sed, lo que no es sueño, lo que no es dolor, todo es espíritu.

El alma tiene una vida particular; tiene sus grandes necesidades y sus horribles enfermedades. Lo mismo que las plantas buscan el agua, y el pulmon busca el aire, el alma busca la verdad.

El alma necesita del amor en todos sus grados: desde el divino de Dios hasta el tierno de la mujer y de los hijos. El alma sufre la anemia de la ignorancia, la con-

suncion del hastío, la ceguera de las pasiones. Hay almas dormidas; almas raquíticas; almas pobres; almas bajas: hay, desgraciadamente, hasta almas muertas. Así era la de Rafael, muerta á las sensaciones del espíritu.

La lucha entre el cuerpo y el alma constituye la vida. El cuerpo, como de tierra, ama las cosas terrenales; el alma, como soplo de Dios, aspira á lo celestial; aquel adora el becerro de oro; ésta adora la ley que dicta Dios sobre el Sinaí; aquél cae, ésta se levanta. Bien dijo el poeta:

«Aquí, para vivir en santa calma,
O sobra la materia, ó sobra el alma.»

Pero no: el alma es más poderosa que el cuerpo y á él se le impone y le domina por una fuerza incontestable, invencible, que traslada los montes: por la fuerza de la voluntad, que es una de sus principales potencias.

A estas meditaciones estábamos entregados cuando Dolores aparece en nuestro cuarto mostrándonos unos apuntes que habia tomado con lápiz, sobre las hojas de su álbum: eran las portadas exteriores de San Vicente, el templo de lo más antiguo y más artístico tambien que tiene Avila.

Dolores era cariñosa, amable y discreta. Sus encantos le daban cierto respeto que los españoles no siempre acostumbran á guardar á lo bello. Contemplábamos el dibujo con toda detencion y conversábamos amigablemente con su autora.

—¿Cuántas leguas hay á Béjar?—dijo Dolores.

—Catorce.

—¿Habrá carretera buena?

—Excelente.

—¿Campiña agradable?

—Eso no importa; la hemos de cruzar casi de noche.

—Me decido á ir con Vds.

Y Dolores salió de nuestro cuarto llevando entre sus manos el libro de dibujos.

No sé por qué alegró nuestro espíritu la decision de aquella jóven. La conociamos de muy pocos dias, y sentiamos por ella cierto cariño que solo puede engendrar una larga y sincera amistad. ¡Ah! es que la virtud, juntamente con el talento, tiene mucho atractivo. Una jóven discreta, simpática, afable y con talento manda en el corazon de cualquier hombre por indiferente que éste sea á la amistad, y manda en absoluto, como dominaba Dolores en el de Rafael y casi en el nuestro.

Rafael saltaba de contento al conocer la decision de Dolores.

Hizo el equipaje con precipitacion y salió á tomar los billetes, mientras leíamos *La Correspondencia*. Pocos minutos despues entraba en nuestro cuarto, gritando:

—¡Tres billetes de la diligencia!... ¡Podemos ir juntos, en el interior y solos! Voy á decirlo á Dolores.

Y salió recitando aquellos bonitos versos de nuestro querido amigo y maestro D. M. de los Santos Alvarez, que todos los jóvenes aprendimos á los catorce años:

«Bueno es el mundo, ¡bueno; ¡bueno! ¡bueno!
como de Dios al fin obra maestra,
por todas partes de delicia lleno,
de que Dios ama al hombre hermosa muestra.
Salga la voz alegre de mi seno
á celebrar esta vivienda nuestra:
¡Paz à los hombres! ¡gloria á las alturas!
¡Cantad en vuestra jaula, criaturas!»

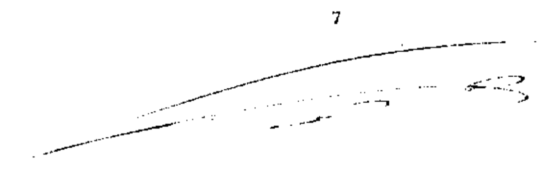
El hombre manifiesta siempre las impresiones que recibe en su espíritu.

CAPÍTULO XII.

El wagon y la diligencia.

Lector, ¿has viajado en diligencia? ¿Has entrado alguna vez en esos coches desvencijados, rotos, sin cristales y guiados por un insolente mayoral? ¿Sabes, en fin, lo que es una diligencia? Figúrate con unos zapatos que te están muy pequeños, con una americana que te ajusta debajo del brazo, con un cuello de camisa que intenta ahogarte, y para mayor placer, que te meten en un saco donde te doblan en varios trozos. Pues así, ni más ni ménos, tienes que ir en una diligencia. Te duele desde los piés hasta las narices; te prensan como sardina en barrica; te magullan como á torero aficionado que corre poco y ve ménos.

Cuando no se ha viajado más que en wagones de ferro-carril, la diligencia parece una caja de violin... ¡Qué horror infunde hoy la presencia de una diligencia! Y si es como la que hay para viajar entre Avila y Béjar, más aún. Aquella, más que caja de violin, parece caja de muerto... Entrábamos en ella, nos acomodábamos como mejor podíamos, y á las doce y media partió, dando mil vaivenes, por las calles de Avila en di-



reccion á la carretera de Béjar. Cerramos todas las ventanillas, nos arropamos hasta los ojos, y sin embargo teníamos más frio que el que puede experimentarse en los ventisqueros del Guadarrama.

El primer pueblo que se cruza es Muñogalindo, detrás La-Torre y despues Villatoro, donde se cambia de tiro, beben los zagales y comparsas unos cuantos vasos de vino tinto del país, echan varios tacos al aire libre, por todos los santos del cielo, y arrean para Casas del Puerto.

El nuevo zagal es un cantor de primera. El que nos dejó en Vilatoro no era aficionado, ó no queria que admirásemos su gracia. Su compañero, por el contrario, no llevaba trazas de cerrar su boca en toda la noche. Por supuesto á cada copla, que solia repetir dos y aun tres veces, sin duda para que la aprendiesen los viajeros que conducia su vehículo, empinaba de lo lindo la bota. Y como no ocurria ningun incidente que llamase nuestra atencion durante el viaje, seguíamos todos los movimientos del conductor. Sus coplas más favoritas eran las siguientes:

¡Desgraciado labrador
que siembra y no coge trigo!
Más desgraciado soy yo,
que no puedo hablar contigo.
Tengo pasadas más penas
desde que te conocí,
que pasó la Magdalena
cuando se fué á convertir.

—

¡Ay de mí que me han quitado
una rosa, siendo mia,
y la veo en otras manos
marchita y descolorida!

Nacimos para querernos,
con mala estrella nacimos;
ni tú puedes olvidarme,
ni yo olvidarte consigo.

No dejaban de tener su poquita de filosofía estas dos coplas, que apuntamos en nuestra cartera para recuerdo de aquella noche malhadada.

A las tres y media llegábamos á Piedrahita. La diligencia apenas se movia. A pesar de los cinco caballos que tiraban de ella, el vehículo podia más que las pobres caballerías. Así podia decirse que aquella diligencia no era tal, ni mucho ménos. Diligencia quiere decir «carruaje de mucha capacidad, de cuatro ruedas y dividido por lo comun en tres departamentos interiores además del cupé.» Se llama diligencia por la rapidez con que en ellas se viaja, comparándola con la de los anteriores medios de locomocion, y nuestro idioma comprende en su nombre celeridad, prisa, rapidez y movimiento. Claro es que al vehículo en que caminábamos podria llamársele todo ménos diligencia.

Seguíamos caminando como entre dos llanos de la Siberia. Habíamos dejado á Piedrahita; la habíamos cruzado de extremo á extremo. Sus calles son estrechas, su plaza triste. No tiene monumentos ni recuerdos importantes para el viajero. Como Muñogalindo, La-Torre, Villatoro y Casas del Puerto, hay que pasar por Piedrahita muy de prisa.

Con tan pobres incidentes, la noche se nos hacia interminable. Rafael roncaba admirablemente. Dolores descansaba en apacible sueño. En tanto, el mayoral continuaba cantando por tercera ó quinta vez desde Piedrahita:

En la espesa arboleda
canta risueño

el pajarillo ufano
de amor contento.
Feliz si quiere
y puede en la enramada
cantar alegre.

—

Son los amores, niña,
penas del alma,
que á tus ojos pudieran
robar la calma...
Dulces son, bellos;
más los quisiera tristes
que no contentos.

No sé qué tienen los hombres del pueblo en esto de hacer cantares. No los hacen mejores los poetas más inspirados. Es peculiar en los labriegos, en los hombres de las montañas y en los que pasan los años en los caminos y en las posadas, improvisar cantares que cada uno puede muy bien ser un libro perfectamente acabado; mejor dicho, un poema.

Reflexionando íbamos sobre el delicado pensamiento que encerraba cada uno de estos cantares, cuando el mayoral volvió la cabeza hácia el interior del coche, y dando con la punta de su tralla sobre los cristales, exclamó:

—Señorito, ya cesó la nieve y va aclarando.

En efecto, iba rompiendo el dia. La curiosidad nos hizo fijar la vista en el horizonte que aparecia ante nosotros. Sierras lejanas, blancas como el sudario de un cadáver; árboles sin hojas y troncos blanqueados; rediles de ovejas vigiladas por hermosos mastines; toradas de bravos bichos que pacian bajo los árboles. Rompia aquel frio panorama un largo puente, alto como el de Mérida, sólido como el de Badajoz y majestuoso como el de Alcántara, terminado el cual se alzaban unos mu-

ros feudales que intentaban llegar al cielo. Las almenas, los torreones, las avanzadas que en otros tiempos eran atalayas para vigías, todo ello, visto al escapar la noche, en el momento que quiere apuntar el dia, ofrece un conjunto maravilloso.

—Es más bonito que el castillo de Guadamur, dijimos al verlo.

—Es más pintoresco que el de Moutrichard, exclamó Dolores.

En efecto; los muros que teníamos á nuestra vista eran más elevados que los del castillo de Angers, y más poéticos que los del Polán.

A medida que nos acercábamos, el panorama se agrandaba á nuestra vista, y los efectos que aquel producia en nuestro ánimo eran indescriptibles.

Toledo, mirado desde el circo Máximo, no era más encantador.

Pasamos el puente y penetramos por las calles del viejo castillo feudal.

Era Puente-Congosto. El aspecto de sus casas, los fronteros redondos, las ventanas con columnas en el centro, los balcones cubiertos por aleros descomunales, los faroles iluminando á las imágenes que habia en las esquinas de las calles, la soledad que reinaba en aquel momento, todo, en fin, cuanto rodeaba aquel cuadro tan original nos hizo recordar cómo vivieron nuestros antepasados, abstrayéndose de la vida comunicativa, de la vida de paz y prosperidad que traen en sí los tiempos modernos.

Dolores, mientras Rafael continuaba dormido, nos invitó á que entráramos á pié por el pueblo, no tanto por desentumecer nuestras piernas, cuanto por contemplar mejor el aspecto tan extraño que ofrece Puen-

te-Congosto á los espíritus investigadores de la época presente.

A la salida del pueblo montamos en la diligencia y partimos para Santibañez de Béjar, Sorihuela, Vallejera, Palomares y Béjar, donde habríamos de descansar algunas horas. Es Santibañez un pueblo pequeño, como Sorihuela, Vallejera y Palomares, donde apenas viven 150 vecinos, de la pobreza que les da aquel suelo tan malo, que apenas quiere producir lo que el hombre le da y el cielo le presta con generosa solicitud y prodigiosa regularidad en casi todas las épocas del año.

A las doce y media comenzamos á ver un gran grupo de casas, blancas como palomas, que nos anunciaban la existencia de Béjar. A medida que avanzábamos, el pueblo se dilataba á nuestros ojos. Es Béjar, juzgada por su exterior, un pueblo principal. Extendido sobre una sierra de extensa base, presenta un frente que acusa una poblacion numerosa. Sus torres altas y cuadradas; sus edificios espaciosos con multitud de ventanas y balcones, en cuyos cristales los rayos del sol vibran mil reflejos diversos, Béjar halaga desde fuera al viajero y le invita á recibirlo en su seno con generosa sonrisa.

A la una de la tarde parábamos en la Corredera, treinta pasos de la casa en que habíamos de descansar.

Algunos metros más arriba se encuentra la puerta llamada de D. Alfonso, en recuerdo al Rey cristiano que ganó á los infieles la ciudad. Era antes una puerta de sillería berroqueña, grande, alta, con basamentos para columnas estriadas y cornisamentos romanos. La entrada era aparente para un pueblo como Béjar, de antigua historia y de recuerdos tradicionales, mayormente en el período de la Reconquista.

Pero la puerta histórica habia desaparecido pocos dias antes, bajo la accion demoledora de la piqueta. El Ayuntamiento, como si aquella obra denunciara algun acto vergonzoso para la ciudad, mandó destruirla bajo el frívolo pretesto de ensanchar la calle. ¡Es como aquel hijo que mata á su padre para vivir más holgado en su casa!

CAPÍTULO XIII.

Béjar es el Manchester de las Castillas.

Es Béjar un pueblo antiguo cuyo orígen se remonta á los primeros tiempos de la dominacion romana. Rico por los centros industriales que en él viven, tiene cierto aspecto peculiar que le hace agradable para cuantos le visitan.

Apenas terminamos la comida, salimos á dar una vuelta por sus calles principales y por sus plazas, y á las cinco nos retiramos á descansar sin haber recogido ninguna impresion nueva en nuestra visita por la ciudad.

No tiene Béjar edificios notables, ni templos suntuosos, ni palacios como los de Salamanca, ni fábricas tan notables como las de Manchester. Hay, sí, alguna animacion en sus calles, cierto aspecto en los que transitan por ellas y un sello especial en lo que se ve por toda la ciudad, que revela el trabajo que da ocupacion á la mayoría de sus moradores.

El ruido de los telares, el olor á la lana y á los tintes declara evidentemente que los tejidos finos entretienen á una gran fabricacion. Se calcula que habrá en Béjar

150 fabricantes y hasta 16.000 operarios. El número de husos en movimiento constante en estas fábricas es muy respetable. Este centro productor, como otros de Cataluña, son los únicos que tiene España; y por muchos husos que se cuenten en todos ellos no llegaria á la décima parte de los que tienen los centros fabriles de América, el pueblo del porvenir.

Se calcula que sube á 9.900.000 el número de husos en actividad en los Estados del Norte de América y 600.000 en los del Sur, ó séase un total de 10.500.000. De los 68 millones de husos empleados en el hilado del algodon el año de 1876, los Estados-Unidos en números redondos contaban con 10 millones, y la Gran Bretaña con 40 millones.

En España contamos con 2.360.000 husos, en su mayoría al servicio de los hilados de lana, en cuya produccion tampoco puede sumarse España á otros pueblos sin reconocer antes su lastimosa inferioridad. En 1876 la produccion de la lana en los Estados-Unidos fué de 200 millones de libras; en Inglaterra, Irlanda y Escocia 162 millones; en el resto del continente europeo 463 millones; en Australia 350 millones; en Buenos-Aires y Rio de la Plata 207 millones, haciendo un total de 1.382 millones de libras, alcanzando la produccion de todo el globo 1.419 millones, cuyo valor se calcula en 450 millones de pesos.

Es la lana una de las materias que mayores rendimientos puede dejar al ganadero. La época en que comenzó á usarse, data desde los primeros tiempos de la Grecia. La lana es el vellon ó pelo de la oveja y del carnero. La hay de tres clases: fina, que es la de las ovejas merinas, y sirve para hacer los paños y demás tejidos finos; de inferior calidad, que dan las ovejas riberiegas,

de que hacen paños más gruesos, bayetas y tejidos de este género, y más inferior aun, de las ovejas churras, que es la más tosca, grosera y de pelo más largo, y sirve para paños bastos.

Si fuésemos á recorrer la historia de este ramo de tan pingüe riqueza en todas las Naciones de Europa y América, preciso seria que diésemos á este capítulo más dimensiones de las que tiene nuestro libro.

En tiempos no muy remotos nuestras lanas fueron tan celebradas y tanto se extendió la fama de ellas, que durante muchos siglos no encontraron competencia en los principales mercados de Europa.

El año 1765 salieron de España para Alemania por vez primera las mejores ovejas y moruecos trashumantes de las cabañas que gozaban de mayor nombradía entre nosotros. Autorizada por el Gobierno su extraccion, y como si en ella se interesase el crédito nacional, se puso una escrupulosa diligencia en la eleccion de las castas, y se prefirieron aquellas que desde muy antiguo pasaban por las más bellas del mundo y producian las lanas más finas y codiciadas.

Creian nuestros antepasados, y de esta opinion se ha participado hasta los presentes dias, que las cualidades de las lanas aquí producidas dependian absolutamente de las condiciones de nuestro clima y de nuestro suelo. Llevados de esta errónea creencia, no se cuidaron de estudiarlas ni de mejorarlas, en la persuasion de que tales tentativas no tendrian resultados para el porvenir. Una triste experiencia ha hecho ver cuán equivocados estaban.

Mientras nosotros permanecíamos indiferentes por la emigracion sucesiva de nuestras merinas, los extranjeros se esmeraban en allegar cuantos cuidados eran

imaginables para conseguir una aclimatacion ensayada con incertidumbre y desconfianza, pero que halagaba, sin embargo, grandes esperanzas, sin descuidar el exámen fisiológico de los ganados, la observacion constante de sus propiedades físicas y una escrupulosa diligencia en prevenir y satisfacer sus necesidades. Así fué como el arte y la experiencia, de descubrimiento en descubrimiento, y de conquista en conquista, determinaron las condiciones de los sementales, supieron elegir los pastos, calcular las influencias atmosféricas sobre la especie, aprovecharlas hábilmente, escoger y cruzar las razas, afinar, en fin, esos codiciados vellones de Soria, Leon y Segovia, tan largo tiempo deseados en vano por los pueblos manufactureros.

La triste experiencia para nosotros nos enseña que ya no se encierran en pequeñas regiones, ni se limitan á benignos y determinados climas, la prosperidad y crianza del ganado lanar; tenemos el ejemplo en nuestras merinas connaturalizadas en las llanuras de Silesia, en los pastos de Bohemia y Hungría. Aun entre los hielos de Noruega se propagan y prosperan aquellas razas escogidas y procedentes de las cabañas del Duque del Infantado, de los Condes de Montarco y Campo-Alange, y del Escorial, el Paular y Guadalupe. Con igual éxito consiguió Dauventon en regiones ménos rigurosas, y despues de ensayar siete distintas castas de moruecos y ovejas, una lana finísima, mientras que un solo morueco de los rebaños de Raimbouillet vale hoy más de 1.000 francos. Pero la generalizacion de la raza merina de España, la bondad que el arte le ha procurado, se consiguieron solo lentamente y despues de sesenta años de experiencias, costosos sacrificios y asíduos cuidados, porque no de otra manera se someten

los procedimientos de la naturaleza á las exigencias de la ciencia, que, sin forzar sus leyes, las convierte en dócil instrumento de sus admirables creaciones.

Por no haber seguido nosotros el método progresivo que los ganaderos de Raimbouillet inauguraron á fines del siglo anterior, nuestras lanas han perdido notablemente, hasta el punto que valen bastante ménos que las sajonas y aun que las noruegas y las bohemias.....

Entregados estábamos á estas consideraciones, cuando Rafael nos sorprendió con la noticia de que al siguiente dia habríamos de recorrer algunos establecimientos fabriles, porque así lo deseaba Dolores. Era la primera vez que Rafael daba muestras de querer emplear el tiempo con alguna utilidad, y aún no se movian sus deseos por iniciativa de su espíritu, que ya esto seria mucho en él, que siempre estaba dormido á cualquier investigacion provechosa.

Nos íbamos á acostar y se despedia Rafael diciéndo:

—Mañana veremos algunas fábricas. Me lo ha pedido Lola por favor, con esa bondadosa amabilidad que tienen sus preciosos ojos, sus ojos angelicales.

Y en efecto, los ojos de Dolores eran sorprendentes, como lo son todos los de las jóvenes discretas que, como ella, son simpáticas y hermosas.

Unos ojos negros son heróicos; azules, angélicos; entornados, signo de afabilidad; fijos, de meditacion; ligeramente húmedos, de regocijo; sanguinolentos, de ira; pardos, de indiferencia; pequeños y vivos, de actividad; salientes, de elocuencia.

«Dame tu amor ó me mato,»
dicen unos ojos negros;
y dicen unos azules:
«dame tu amor ó me muero.»

Los ojos de las mujeres han atormentado de contínuo á muchos poetas. Rafael, sin serlo, soñaba todas las noches con los de Dolores. ¡Eran tan hermosos!

Nadie, en realidad, puede estar libre de soñar con los ojos de una mujer hermosa.

CAPÍTULO XIV.

Una comida en el campo.

Rafael no ha dormido en toda la noche. La cama un poco dura, y los ojos de Dolores mayormente, le habian tenido en un insomnio de ocho horas mortales. Dolores, por el contrario, habia dormido tranquilamente, en la esperanza de que al despertar le aguardaba un dia agradable.

No sé qué tiene el sueño en nosotros, que siempre refleja el sentimiento que domina á nuestro espíritu.

Todos tenemos reglas fijas en el tiempo que disponemos para descansar.

Los malvados, por ejemplo, duermen dos horas.

Los ambiciosos cuatro.

Los enamorados media.

Los usureros cinco.

Los tontos catorce.

Los hombres que no tienen la conciencia tranquila gozan de un sueño corto y agitado; ninguno llega á descansar seis horas.

El hombre honrado duerme tranquilamente el sueño sosegado de los justos.

Calígula no dormia más de tres horas, y, como Neron, era siempre despertado por la pesadilla.

El gran Scipion, despues de sus victorias, era uno de los primeros dormilones de Roma.

El sueño del malvado es el temor, el castigo.

El del niño, la inocente alegría.

El del justo, la gloria.

El de los ángeles, el amor.

El de los amantes, el cielo purísimo de Mayo.

Hemos dicho que Rafael habia pasado una noche de insomnios, y debimos haber dicho que habia dormido como un enamorado; así es, que apenas era de dia cuando abandonó la cama para preparar la expedicion que habíamos de emprender despues de sorber un chocolate.

Se trataba de salir fuera de Béjar; queria Dolores conocer la fábrica de papel y las de paños que están á orillas de *Cuerpo de hombre*, rio que lame los cimientos de las casas de la ciudad.

A las nueve de la mañana pasábamos á buen andar por la carretera de Candelario. La mañana estaba triste. Aquella campiña agreste, formada por un suelo accidentado de tierra gredosa, donde viven miles de corpulentos castaños; aquella campiña, repetimos, enfriaba el alma del espíritu más sereno. Una densa niebla se extendia sobre las orillas del estrecho *Cuerpo de hombre*. Los árboles sin hojas, la nieve cubriendo todas las alturas de las cercanas sierras, el aire sutíl y húmedo agitando nuestro ropaje y las aves de invierno cruzando mudas por aquel gran horizonte, nos hizo pensar, y aun creer en un viaje por el polo-norte.

A las diez ménos cuarto cruzábamos el puente de Candelario y seguíamos á la derecha en direccion á la

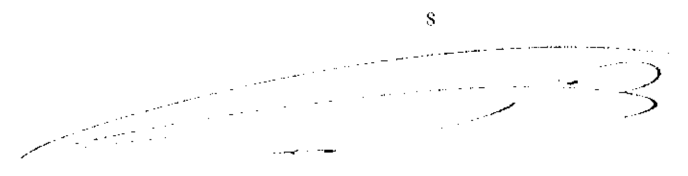
fábrica de papel, uno de los productos más notables que la industria ha creado para el hombre, y que se remontaá los primeros dias del mundo.

Escritores de varias naciones convienen en que el uso del papel es antiquísimo en el Asia. En China se ha usado desde un tiempo inmemorial, siendo la seda uno de sus ingredientes, por cuyo medio daban al papel una finura exquisita. En Egipto se fabricaba de la planta llamada *papirus*, especie de caña que crece abundantemente en las orillas del Nilo. Las fábricas más principales estaban en Menfis y constituian un ramo de comercio muy importante, particularmente desde que principió á florecer la literatura entre los romanos. Por la disolucion de este famoso Imperio cesó toda comunicacion con Egipto, y el papel vino á ser tan escaso, que casi llegó á perderse su uso.

Al papel hecho de la caña de Egipto sucedió la fabricacion de otro papel hecho de algodon, muy superior al primero; pero cuándo y dónde principió la manufactura del papel de algodon fué materia de disputa, hasta que por la traduccion de algunos escritos arábigos quedó averiguado por la unánime relacion de varios escritores que la primera fábrica estuvo en Samarcanda sobre el año 706. Muhamad-Algaceli lo refiere del modo siguiente:

«En el trigésimo año de la Hegira un tal José Ameu »fué el primero que hizo papel de algodon en Meca, y »de él los árabes aprendieron su fábrica y su uso.»

Pero la controversia fué despues continuada sobre su primera introduccion en Europa, ya hecho de algodon, ya de lino, ya de trapos, lo que es de poca consideracion. Montfaucon la atribuye á la ciudad de Damasco, refutando á los que suponian su primera fábrica en Gre-



cia. Escaligero y Meerman contienden que su primera fábrica en Europa fué en Alemania, mientras que Maffei y Tiraboschi pretenden este honor para Italia: y la muestra más antigua de este papel, citada por los mencionados autores, es una carta de Joinville á San Luis de Francia en 1270. Pero estos autores, ciegos de preocupacion por su Pátria, se olvidaron de consultar los archivos de otras naciones; pues en España está preservado en Barcelona el tratado de paz concluido entre Alfonso II de Aragon y Alfonso IX de Castilla, hecho y ratificado en 1178; y en los archivos de Valencia existen los *Fueros* ó privilegios concedidos á aquella ciudad por el Rey Jáime en 1251, con otros muchos ejemplos del uso del papel en España un siglo antes que en otra cualquier parte de Europa, segun sostiene D. Gregorio Mayans.

La verdad es que el uso del papel fué introducido en España por los árabes en el siglo VIII, compuesto al principio solo de algodon, y que por la escasez de esta planta los valencianos se sirvieron del lino y cáñamo, abundantes en aquel país, y que las primeras fábricas estuvieron en Játiva, llamada ahora San Felipe, como se halla en los escritos antiguos de Edrisi. Este autor dice hablando de Játiva: «En este pueblo se hace el excelente incomparable papel.» El modo de fabricar este papel en Valencia y Cataluña no pasó á Castilla hasta el reinado de Alfonso X el *Sábio*, en 1252, y de allí, como está ahora averiguado, pasó progresivamente á Francia, Italia, Inglaterra y Alemania. Los manuscritos arábigos conservados en el Escorial, de data muy anterior á los castellanos, están escritos en papel tan lustroso como raso, y adornados con pinturas de colores muy brillantes.

No son hoy las fábricas de papel lo que eran en tiempos pasados. La mecánica ha trasformado la faz de todas las antiguas industrias. El papel de tina apenas se conoce hoy, y el trapo dejará muy pronto de emplearse como su principal componente. La madera, los árboles enteros, los bosques son trasportados á las calderas, donde, por auxilio de la química, se hace pasta para llenar al mundo de papel de todos tamaños, de todos colores y de todas clases. Una de las fábricas que funcionan en Bélgica da más papel en un dia que todas las fábricas papeleras del siglo XVI en dos meses.

Cuando entrábamos en la fábrica de Candelario comenzó á nevar. Dolores admiraba el panorama tan bello que ofrecia en aquel momento la campiña que nos rodeaba. Rafael acariciaba á los perros que guardaban la fábrica, algo incomodados por las molestias que les ocasionaban unos arrieros que cargaban á la puerta. Los amigos de Rafael nos esperaban con la mesa puesta y la sonrisa en los labios. Jóvenes ricos, hijos de las familias más pudientes de Béjar, contentos se daban cita en aquel lugar para obsequiar á un antiguo camarada de la Universidad.

Recorrimos inmediatamente todos los departamentos de la fábrica, examinamos los motores de agua, la maquinaria, los lavaderos, los blanqueadores y los almacenes de trapo y apartado, el depósito, y bajamos despues á ver confeccionar el papel, vaciándose líquido sobre las telas metálicas, arrollándose despues á un cilindro de madera y saliendo por minutos totalmente seco y confeccionado para cortarse y empaquetarlo en el almacen.

Es la fábrica de Candelario muy pobre y del sistema primitivo, de poca potencia y manejada por gentes no

muy duchas en la mecánica. Basta, sin embargo, para llenar la necesidad de aquellos pueblos, que otra cosa no quieren de ella sus propietarios.

Dolores vió todos los más ligeros detalles de la fábrica; la encontró tan modesta, que se admiraba cómo podria producir aquella pequeña industria para sostener una fabricacion tan mal comprendida. Rafael en tanto habia cogido una escopeta y habia ido con sus amigos tras las aves-frias que persiguen á los pececillos de la ribera que baña la fábrica.

A las doce nos sentamos á la mesa. Estábamos frente á dos grandes ventanas, de donde se divisaba claramente Candelario, situado á un kilómetro no completo de la fábrica. Dos grandes chimeneas llenas de gruesos y candentes leños teníamos á los costados del comedor. La vista se extendia hasta un rádio de más de 10 leguas, donde se divisaban multitud de pueblecitos.

Dieron comienzo á la comida la sopa de fideos y el puré de cangrejo. El histórico cocido del país, con morcilla y chorizo de lomo, jamon, gallina y oreja de cerdo, fué en primer término lo que nos servian con admirable delicadeza. Los amigos de Rafael quisieron sorprendernos con estos platos del país, que á la verdad tienen cierto atractivo para los que están acostumbrados á las comidas de fonda, donde la química toma una gran parte. Los demás platos, pavo trufado, pollos á la catalana, perdices á la italiana, pechugas asadas, pescados blancos á la marinera y conservas de todas clases, ya eran más comunes. Los vinos, tambien del país, eran buenos, y puede decirse que la comida fué excelente, pues si bien faltó un ponche á la romana, tuvimos café superior, tabacos de la Habana y rom de Jamáica. Quejarnos de aquel trato no seria justo. Dolores quedó

agradablemente complacida de aquella comida, y nosotros todos no ménos que ella.

Cambiamos cumplidos con los amigos de Rafael, y volvimos á emprender el camino de regreso á Béjar, visitando las fábricas de paños de *Nava-Honda* y del *Nerazo*, que son de gran importancia para la ciudad, pues entretienen á más de 2.000 operarios y surten de paño á nuestro ejército.

Cansados y algo molestos pudimos regresar á casa á las cinco de la tarde bajo las impresiones más distintas que podian darse. Dolores se fué á la sala á tocar en el piano, no; en la changarra que habia por tal, unos aires sobre motivos del *Fausto*, y Rafael marchó con sus amigos al Casino.

Verdaderamente no habíamos perdido el dia.

CAPÍTULO XV.

Los sabios oficiales.

Amaneció el siguiente, claro, hermoso, casi con sol.

A las nueve de la mañana Béjar estaba con toda la fisonomía que tiene en los dias de trabajo. Soplaba el viento frio de aquellos helados ventisqueros que le rodean por el Norte; las gentes cruzaban más que á buen paso por las calles, y las canales goteaban el deshielo de la noche anterior.

Rafael, soplándose las manos, nos manifestaba sus vivos deseos por conocer algo de la poblacion, y Dolores intentaba visitar los establecimientos de enseñanza. Contábamos de antemano con quienes pudieran acompañarnos en nuestra investigacion por la ciudad.

Es Béjar un pueblo de aspecto moderno, juzgado por sus calles y edificios principales, y sin embargo está muy lejos de ser esto verdad. Béjar es fundacion de los romanos.

En tiempo de Augusto se conocia por el nombre de *Deobriga Vettonum,* diferente de la Beja portuguesa *(Pax Julia)*, y de *Monrejar* (junto á Beja), que no estaba distante.

Los *vettones* que poblaron las tierras de *Ambrácia* (Vera de Plasencia), fundaron á Béjar, que engrandecieron los romanos y habitaron despues los árabes del siglo IX.

El palacio de los antiguos Duques de Béjar ó de Osuna, que de ambos modos se les llamaba (1), ha sido indudablemente el alcázar de los Reyes moros que gobernaron la comarca, y que, como los de Mérida, Badajoz, Niebla, Almería, Salamanca, Huelva y otros muchos, habian sido gobernadores *(emires)*, y se declararon independientes cuando la invasion de los almoravides, despues de la caida del poderoso califato de Córdoba.

Precisamente guardan los pueblos cercanos á Béjar, y aun Béjar mismo, recuerdos muy importantes de aquellos tiempos.

Alfonso I, Ordoño II y los Alfonsos III y V, llevaron sus armas en varias ocasiones contra los árabes de Béjar y sus cercanías. En 849 D. Ordoño conquistó muchas ciudades de la Lusitania y del Algarbe, y entre ellas á Caurium (Coria), á cuyo Rey, Zeth I, aprisionó, y á Salamanca, donde quedaron tambien cautivos el Rey Mocerot y su familia.

Doscientos años despues, á principios del siglo XI, estaba de *emir*, segun unos, ó de *cadí*, segun otros, en Béjar, el famoso Abu-Naffí, mientras en Badajoz go-

---

(1) Duque de Osuna, con grandeza de primera clase: de Arcos, con grandeza de primera clase; de Béjar, con grandeza de primera clase; de Gandía, con grandeza de primera clase; del Infantado, con grandeza de primera clase; de Lerma, con grandeza de primera clase; de Medina de Rioseco, con grandeza de primera clase; de Plasencia, con grandeza de primera clase, y Conde-Duque de Benavente, con grandeza de primera clase; Marqués de Algecilla, de Almenara, de Argueso, de Cea, de Gibraleon, de Lombay, de Peñafiel, de Santillana, de Tavara, con grandeza de primera clase y de Zahara; Conde de Bailén, de Balalcázar, de Casáres, de Fontanar, de Mayorga, de Melgar, de Oliva, del Real de Manzanares, de Saldaña y de Urueña; Vizconde de la Puebla de Alcocer.

El título de *Duque de Béjar* se creó en principios del año 1485.

bernaba Ben-Abel, y en Mérida el *emir* Alfalde, hijo del Rey Mohammed.

La poblacion romana *Deobriga Vettonum* estaba asentada en las faldas del cerro que ocupa hoy Béjar, hácia el extremo del sitio denominado *Los Picorzos* (1), donde estuvo la histórica Santa María de las Huertas, templo antiquísimo del cual apenas si existe memoria. Rodeaban á *Deobriga Vettonum* sus aldeas Navacarros *(Pagus Deobriga)* y Candelario *(Pagus Vettonum)*, y estaba en vecindad con Baños *(Cœclius Vicus)*, Cápara *(Capparra)*, Hervás *(Nervasii Montus)* y Montemayor *(Vilæ)*, todas poblaciones muy importantes, especialmente la primera, que era municipio y mansion de descanso á las legiones que cruzaban por la *Via lata* que dividia la poblacion.

De la antigua *Deobriga* nada existe hoy fuera de unos cimientos pertenecientes á Santa María de las Huertas. Por cierto que en épocas anteriores han aparecido con bastante frecuencia en las aproximaciones á este templo multitud de piedras, objetos y monedas romanas y aun restos prehistóricos muy dignos de ser estudiados por los amantes de la historia. La lápida romana colocada en el edificio de la hoy casa consistorial de Béjar fué hallada en el referido lugar. En ella se lee:

---

(1) *Picorzos* ó *Picozos* llaman los del país á aquel sitio por las piedras y picos de rocas que se ven en toda la campiña. No encontramos esta palabra en el *Diccionario* de la lengua, y solo el Enciclopédico trae la definicion de *Picozorroz*, nombre de una montaña de la provincia de Alava; su cúspide es una gran pirámide de piedra cónica.

M
D S
VALENTINO
ANN XX
FLAVVS P
VALENTINA
MAT. F. C.

Hoy apenas si conserva Béjar algun raro vestigio de sus tiempos pasados; así es, que sabiendo de antemano todo esto, no teníamos gran empeño por salir de casa.

Pero debíamos acompañar á Dolores. Ante este deber bajábamos la cabeza y seguíamos paso á paso en direccion al colegio de segunda enseñanza, notable establecimiento literario donde se educan más de 100 jóvenes por profesores todos láicos, y todos tambien muy entendidos. Recorrimos todas las cátedras, examinamos á varios escolares, y á la verdad que Dolores hacia los más justos elogios de profesores y discípulos, porque unos y otros se merecian plácemes y felicitaciones. El colegio de Béjar puede citarse como modelo de los de su clase en España. Con un local más á propósito, seria un establecimiento envidiado por muchas capitales de provincia para sus Institutos de segunda enseñanza.

Seguidamente pasamos á conocer las escuelas. Béjar puede estar orgullosa por lo que gasta en la instruccion. Locales nuevos, menajes lujosísimos, profesores bien dotados y pagados con puntualidad, es, en resúmen, cuanto podemos decir de las escuelas públicas de Béjar. Pocos pueblos hay en España que estén, en punto á instruccion pública, como esta ciudad. Lo declarábamos así á cuantos nos acompañaban, y lo decíamos con orgullo en el momento que visitábamos la última

escuela, recien inaugurada en el costado bajo de la izquierda del antiguo palacio de los Duques.

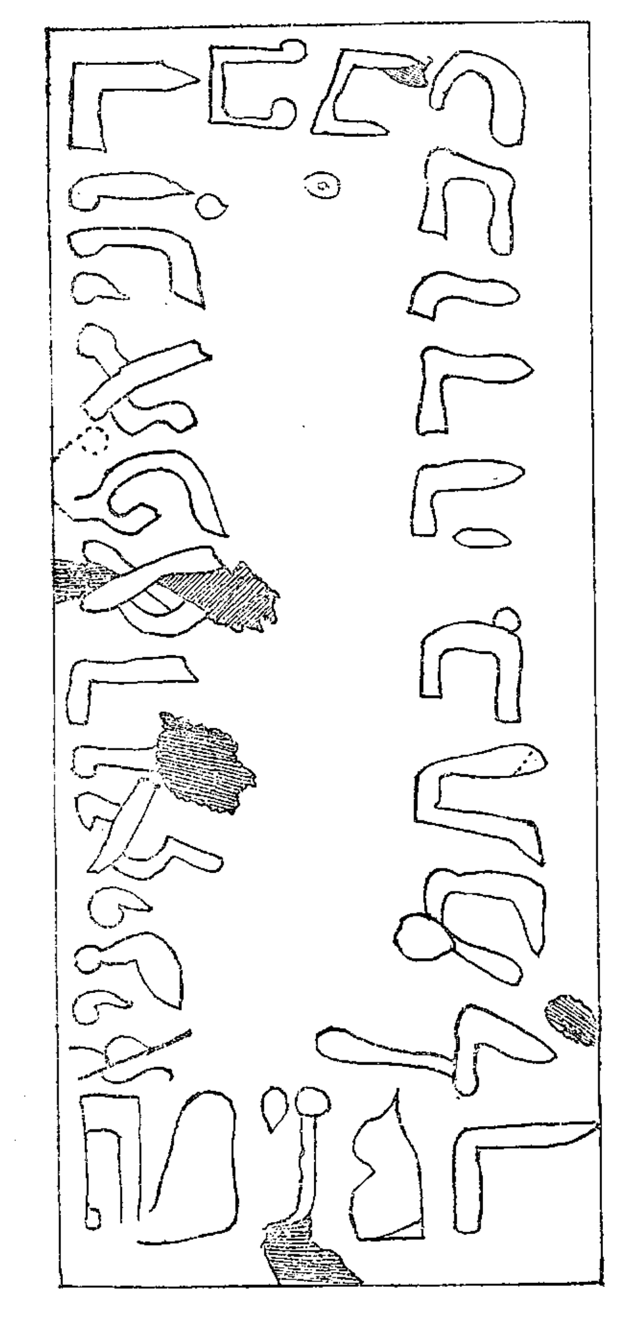
Dolores, para quien nada pasaba inadvertido, se fijó en una lápida que habia empotrada en la pared de la escuela, y corrió junto á ella exclamando:

—¡Hebrea!... ¡Hebrea!

Miramos hácia donde apuntaba Dolores con la punta de su dedo, y vimos unas letras hebráicas. Comprendimos al punto la exclamacion de nuestra jóven. Ella habia estudiado en Alemania los antiguos idiomas de Oriente, y el encontrarse con una inscripcion hebrea donde ménos lo pensaba, era siempre una gran nueva. Dolores llamó al profesor de la escuela y á todas las personas que le acompañaban para que le diesen noticia de aquella piedra. Segun el profesor, habia aparecido en aquel mismo solar en 1876 al hacerse las obras para la escuela; y como habia picado la curiosidad á los indivíduos del Ayuntamiento por conocer la inscripcion, la mandaron á Madrid para que se descifrara. Reunidos los profesores de la Universidad, los académicos de la Historia y de la lengua, y consultada á la vez con los más doctos orientalistas, pudo ser traducida en los siguientes términos, segun consta por la comunicacion dirigida al Ayuntamiento; y sacando un papel del bolsillo y consultándolo, á la vez que un puntero señalaba sobre la piedra, decia:

—En la parte posterior del rectángulo se ven algunas letras muy incorrectamente trazadas, y en particular defectuoso y confuso en lo tocante á la separacion de las dicciones.

Su lectura deja lugar á dudas. No obstante, parece leerse claramente, al decir de los entendidos, la primera palabra: *Den*, que significa *esto*, y aun colegirse por



Piedra sepulcral, con caractéres hebráicos, encontrada en Béjar y traducida por Dolores Walke.

otras que se referirá dicha voz al *cuerpo*, al *mundo* ó á la *vida*, si se aplica á la instabilidad de las cosas humanas. En el lado derecho, correspondiente á la anchura de la lápida, se lee: *Llora...* En la parte superior *Preciosa (Cabudah) hija de Rey*. Aquí, en el lado izquierdo, letras borradas que indican quizás un nombre ó un número, ó simplemente un nombre propio.

De todo esto se deduce que la inscripcion dice que «Preciosa hija del Rey, *ó de Rey*, entregó su cuerpo al mundo, ó dejó esta vida.» La piedra es, pues, sepulcral. No es anterior al siglo XII, segun la opinion de la Real Academia Española.

Y dejando el profesor su puntero colgado sobre un mapa, añadió:

—La inscripcion será indudablemente la lápida cineraria de uno de estos *Reyes* ó *Emires* que gobernaron á Béjar y sus pueblos en la última época de la dominacion musulmana.

La lápida mide un metro 57 centímetros de izquierda á derecha, y 65 centímetros de arriba á abajo.

En algunos puntos se halla deteriorada ó rota, y hay algunos cubiertos con cal.

Dolores Walke se sonrió, no pudiendo ménos de extrañarse de la seriedad con que hablaba el pedagogo, y sin dejarle decir más exclamó:

—¿Quién le ha enseñado á Vd. todas estas cosas?

—La Academia de la Historia y algunos profesores de la Universidad central.

—¿Pero la han traducido tal como Vd. lo dice?

—Aquí está la comunicacion oficial.

Y mostraba, en efecto, un papel blanco que desdobló, y contenia todas las palabras que habia dicho el profesor.

Dolores comenzó á reir en alta voz; y dirigiéndose á los que nos acompañaban, decia:

—Ni hay tal *Gabudah*, ni tal *Princesa*, ni tal *Rey*, ni una sola de las palabras que aquí han leido los sábios oficiales. La inscripcion es hebrea, está clara, y por consiguiente legible; y yo la leo perfectamente y sin tropezar.

Dejando á un lado la línea superior, en atencion á contener tal vez uno ó más nombres judáico-hispanos que no conozco, por lo que temeria descender con este motivo á conjeturas algo aventuradas, lo que no puedo admitir es la explicacion dada á la línea inferior, y muy especialmente su traduccion, la que, por otra parte, es contraria á la índole del hebreo. En su consecuencia, emito aquí otra interpretacion que cada cual podrá comprobar fácilmente por sí mismo.

Los caractéres de la línea inferior y los de las dos líneas laterales contienen lisa y llanamente la primera parte del versículo 14 del salmo 45 (44 segun el órden de la Vulgata), y deben ser leidos de esta manera:

כל כבודה גת טלי בניטה *kol keboudah bat mélech penimad*, lo que se traduce así en la Vulgata: *Omnis gloria ejus filiæ regis ab intus;* y por Sacy: *Toute la gloire de celle qui est la fille du roi lui vient du dedans.* Podria traducirse más exactamente en francés por *Tout honorée (est) la fille du roi dans l'intérier (du palais).* Una version española que recuerdo dice: *Toda ilustre* (es) *la hija de Rey de dentro*: y otra: *Toda honrada hija de Rey de dentro.*

No se me oculta que podria suscitarse alguna duda, á pesar de todo, tocante á la exactitud de la interpretacion de las dos primeras letras, esto es, las que ocupan la parte lateral de la derecha de la piedra; mas como

quiera que los judíos acostumbran dar en las inscripciones sepulcrales los textos bíblicos tales cuales son, sin cambiar en nada, de ahí el no parecerme aventurado poder leerse esas letras como yo lo hago, atribuyendo al estado de deterioro en que se halla la lápida la deformacion de la segunda (ל, que á primera vista se leería ב ó כ).

Seguramente no se trata aquí de la hija de un Rey: ¡lejos de mi mente proposicion tan absurda! O mucho me equivoco, ó la lápida está dedicada á una mujer á quien se ha aplicado un texto bíblico pomposo, como aún lo practican en nuestros dias los judíos con las mujeres, siquiera pertenezcan éstas á la clase más modesta, y no dudo que, si se busca con afan é interés, no dejará de encontrarse en otras tumbas las mismas palabras de la Biblia. Por tanto, trátase aquí probablemente de una mujer que se ha dedicado á gobernar bien el interior de su casa, cifrando en ello, por decirlo así, toda su gloria.

No se puede interpretar esta inscripcion de otro modo, añadió Dolores, y solamente la Academia ha podido hacer una traduccion tan absurda. En esto sigue la de España á las otras Academias del extranjero. Pertenecen á ellas los sábios declarados... por la *Gaceta*.

Nunca nos habia parecido Dolores tan hermosa como en aquel momento, en que la oíamos tales palabras. El profesor y cuantos nos acompañaban la miraron con profundo respeto, y quedaron confusos ante las palabras de la jóven: solo Rafael osó romper aquel silencioso cuadro.

—Retirémonos á casa, que ya es tarde, dijo.

En efecto, eran las cinco. Teníamos que comer, tomar café, devolver unas cuantas visitas y descansar para estar listos al siguiente dia para seguir nuestra marcha.

CAPÍTULO XVI.

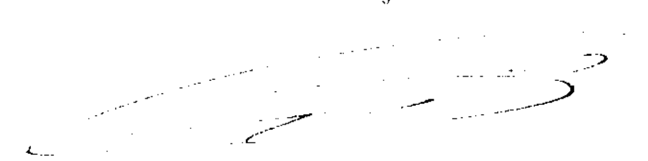
De cómo llegamos á Baños de Baños.

Apenas despertamos, Rafael comenzó por hablar del viaje que nos aguardaba. En dos horas habíamos de trasladarnos á Baños de Baños, 14 kilómetros de Béjar. La expedicion no podia ser muy penosa, atendiendo á la brevedad con que ofreció hacerla el mayoral de la diligencia.

Dolores deseaba llegar cuanto antes á las Thermas. para reponer su espíritu, un tanto decaido por la monotonía que nos ofrecia Béjar. Y cosa muy natural; Rafael sentia los mismos deseos que Dolores. Cuando dos séres piensan de igual manera y sienten del mismo modo, el amor anda de por medio. Cervantes dijo una gran verdad sentando este axioma, tantas veces repetido.

A las tres montábamos en la diligencia. Era exactamente la misma que nos habia traido desde Avila. Apenas el vehículo comenzó á andar, dejamos á la derecha la ciudad, cruzando por huertos y castañares hasta perderse la vista en frondosos y solitarios montes.

El camino era muy concurrido. Multitud de arrie-



ros, con mulos cargados de camuesas, castañas y nueces, iban en direccion á Avila, buscando la línea férrea que los trasportase á Madrid. Los huertos y montes de los pueblos enclavados en las sierras cercanas producen estos frutos en abundancia. Precisamente á los árboles frutales debe gran parte de los medios de subsistencia la poblacion de la llamada Sierra de Francia, que comprende una inmensa region entre la provincia de Cáceres y Salamanca.

Rafael no comprendia que las recuas de mulos que se sucedian tan frecuentemente, en todo aquel corto trayecto, no condujesen más que frutos del país. Indudablemente para él no habia en el mundo bastantes estómagos á digerir tantas castañas, manzanas y nueces como produce la Sierra de Francia.

Dolores discutia este punto, diciendo que en América, y muy especialmente en los campos de la Florida, se producen las variedades más abundantes que se conocen entre los árboles frutales. Segun ella, están destinados á este género de cultivo 4.500.000 áreas de tierra, en las cuales florecen 112 millones de manzanos, 28 millones perales, 112.270.000 melocotoneros y 141.260.000 cepas. El valor total de la fruta cosechada en todos los Estados-Unidos se calcula que sube á 147.383.000 de pesos fuertes, ó lo que es igual, á 1.917.660.000 reales, suma igual á la mitad de la que rinde el trigo. A esa larga suma se dice que contribuyen las manzanas con un producto por valor de 50 millones pesos fuertes; las peras con uno de 14.130.000 pesos fuertes; los melocotones con otro de 46.135.000 pesos fuertes; las uvas con pesos fuertes 2.418.000; las fresas con 25 millones pesos fuertes, y otras frutas con 10.432.000 pesos fuertes. En este cálculo no se cuentan los naranjos, cuyo cultivo se ex-

tiende cada vez más en la Florida, donde el clima les es bastante propicio.

Estos datos son muy importantes, pues dan á conocer la principal produccion de las plantas arbóreas en los fértiles campos de la Florida.

En esto íbamos, cuando la diligencia paraba su acelerado paso. Estábamos en Cantagallo, pequeño pueblo, de pobre aspecto, que más parecia aldea desierta que lugar habitado. Habíamos andado cinco kilómetros de buen camino. Mojaron la palabra zagal y mayoral con un trago del tinto, y continuamos la marcha en direccion al Puerto.

Las recuas cargadas de castañas seguian caminando para Avila, y con las recuas multitud de carros conduciendo vísceras para los embutidos que fabrican en Candelario.

Rafael, que se admiraba de poca cosa, preguntaba á la presencia de tanto cargamento de vísceras:

—¿Todas las reses que se matan en España mandan sus tripas ó vísceras á viajar por esta carretera?

—Es posible, dijo Dolores; pero creo más bien que este cargamento proceda de París y aun de las Américas latinas.

Dolores tenía razon. Los tocinos que se emplean en más abundante cantidad para el picado de los embutidos de Candelario, proceden de América, y las vísceras de París. Y á propósito de esto, nos permitiremos contar aquí un hecho que no deja de tener importancia en el caso presente. Estábamos una tarde en el Boulevard Montmartre de París. Varios españoles emigrados ven llegar á otro compatriota con flamante y primoroso traje.

—He hallado una leccion de castellano bien pagada,

se adelantó á decir, para responder al movimiento general de asombro que su presencia produjo; pero ¡qué vergüenza para nuestra pátria! Oid lo que me ha ocurrido.

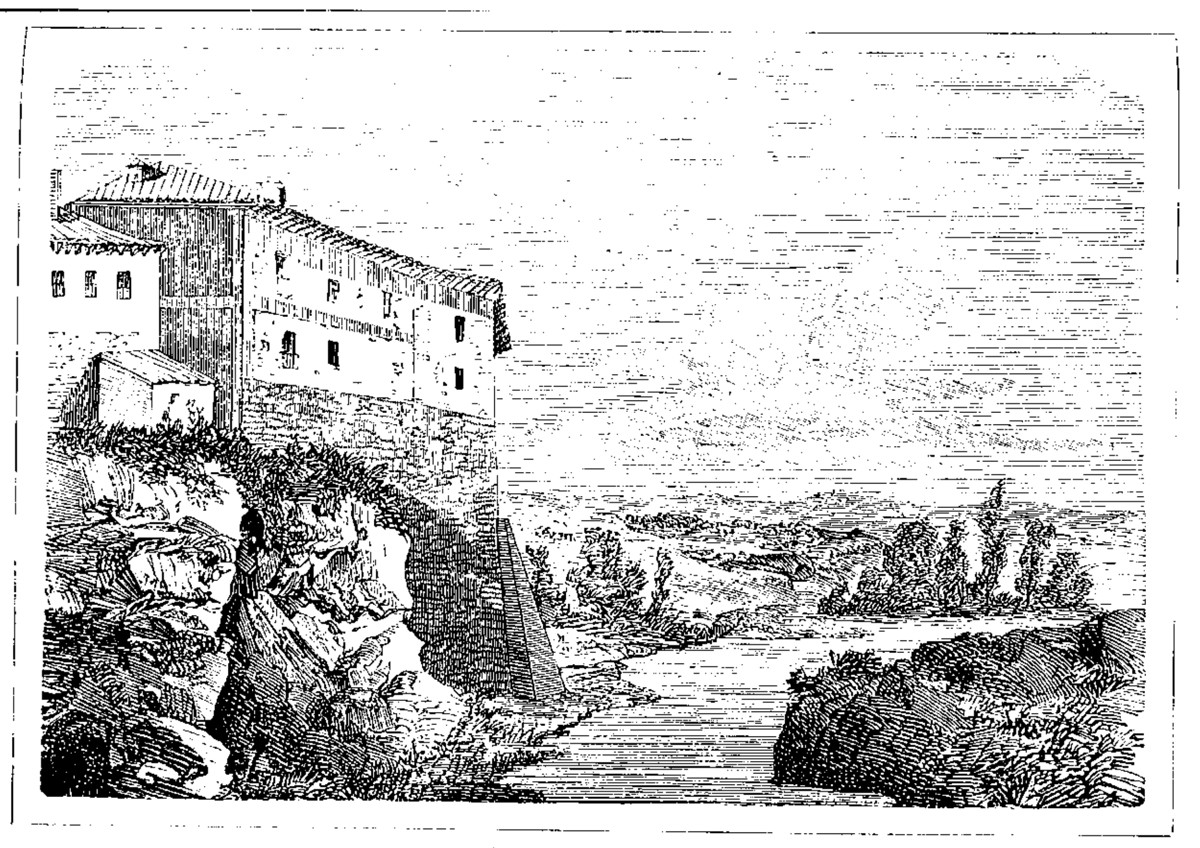
El dueño de una fábrica preparadora de envolturas para los embutidos, me ha llamado para que le enseñe á toda prisa el español. He ido y he encontrado un vasto establecimiento situado en las afueras, con numerosos obreros en los ámplios departamentos, colgando de todos los techos ondas interminables de vísceras animales y vejigas, que prodigaban, por cierto, un olor poco agradable. El dueño me recibió en un elegante despacho, independiente de los talleres, y me dijo:—«España me toma casi todos los productos de mi fábrica: he proyectado un viaje por ella para celebrar contratos. A la vuelta desarrollaré las proporciones de esta hoy naciente industria, que pronto me hará millonario.»

Enseñanza: los españoles comen los embutidos de Extremadura, de Leon, de Galicia y de la Rioja, envueltos en las vísceras de las reses que los habitantes de París consumen.

¡Y tanto como se habla de los vicios y corrupciones de esta poblacion! ¿Quién es aquí el más digno? ¿El que de tantas leguas de distancia se enriquece sobre la incuria de los españoles, ó los que aguardan del extranjero la baratura de un producto por no emprender la concurrencia de análogas explotaciones?

A estas tristes reflexiones nos llevaba el hecho anterior, cuando la vista del Puerto de Béjar nos hizo olvidar por un instante cuanto preocupaba nuestra mente.

Sobre un alto, á la izquierda de la carretera, aparecia un grupo de edificios, blancos unos, negros otros, todos con aspecto diversos y todos tambien alegres



Cercanías de Baños de Baños.

como las casas de aldea. Puerto de Baños está situado sobre la cúspide de un cerro, sirviendo de límite á la provincia de Salamanca y Cáceres. Hasta el Puerto, el clima es frio, duro, como todo el que reina en los ventisqueros del Norte; desde el Puerto en adelante el clima es templado, dulce como todo el que reina en los pueblos del Mediodía. Desde que salimos de Madrid no pisábamos más que agua y nieve, y al salir del Puerto veíamos declinar el sol despues de haber lucido claro y sereno en una tarde casi de primavera. Esta transicion tan brusca agrada en extremo al viajero, y más si, como nosotros, viaja por dejar á Madrid en los tristes dias de invierno, en los dias eternos de oscura y densa niebla en que la corte de España se asemeja á la capital de Inglaterra.

La postura del sol en los pueblos del Mediodía es un cuadro arrebatador. Dolores contemplaba el panorama que ofrecia el crepúsculo, y para recoger el último detalle apeló al auxilio de sus anteojos de larga vista. Y Rafael, que al lado de Dolores se sentia artista, queria tambien admirar aquella belleza ofrecida por la naturaleza.

A las cinco comenzamos á divisar á Baños de Baños. Poco despues parecia que tocábamos sus casas con la mano. La diligencia comenzó á descender por las eses que bajan al pueblo, describiendo varias curvas, cruzamos por entre unos altos álamos, y pasando por delante del establecimiento balneario, y á muy poca distancia de él, paramos á la puerta de una casita alta y blanca como nido de palomas.

Era nuestro hotel.

CAPÍTULO XVII.

El regreso de un bañista.

El médico, el alcalde, el juez municipal, los párrocos con las personas más principales de Baños, nos aguardaban en el hotel. No dejó de sorprendernos este hecho, cuando tanto Dolores como Rafael y yo carecíamos de relaciones en la localidad. Y era que durante nuestra estancia en Béjar la prensa local habia traido y llevado nuestros nombres, y anunciado de antemano la salida nuestra á Baños. Esto fué bastante para que las autoridades y personas más acomodadas conviniesen entre sí el esperarnos á nuestra llegada para darnos la bienvenida. Buen sistema, al ménos, para nosotros. La hospitalidad ejercida tan espontáneamente vale doble que cuando se prodiga de una manera obligada.

Dolores fué mayormente la que hizo los honores á los que nos cumplimentaron. El alcalde le presentó un hermoso ramo de flores, y el médico nos mostró las habitaciones destinadas á nuestro hospedaje. Devueltos los saludos, hechos los ofrecimientos obligados en casos de esta índole, se retiraron todos los que tan ama-

blemente se habian anticipado á recibirnos, y quedamos enteramente solos en nuestra habitacion abriendo baules, sacando ropas, y preparando, en suma, nuestro equipo para tenerlo todo listo desde el primer momento que quisiéramos salir á paseo.

Eran las seis de la tarde. En últimos de Diciembre, y en Baños, las seis de la tarde es tanto como decir una hora de noche. Como el pueblo está en una hondonada, al declive de una alta sierra que forma eslabon con la cadena que atraviesa la Península, el horizonte que le circunda no se extiende más allá de la cúspide de las montañas; y aunque el cielo es alegre y despejado, los dias son más reducidos, y el sol, por tanto, es perezoso en bajar á visitar el pintoresco valle, y lo abandona tambien muy pronto. En una palabra, la noche en Baños es más larga que el dia; así es que las casas tienen cocinas anchurosas, y en todos los corrales se hacen provisiones de leñas para mitigar con el fuego, al amor de la lumbre y en el seno de la familia, las interminables veladas del invierno.

Eran las seis, decíamos, cuando nos llamaron á la mesa. Pasamos á un modesto comedor, donde estábamos solos. Baños, despues de la temporada de verano, queda sin un solo bañista. Apenas comenzaron á servirnos la sopa, Leon Rada, un compañero de colegio de Rafael, se presentó ante nuestra vista con la pretension de comer con nosotros. La sorpresa para Rafael fué grandísima.

—¿Cómo tú aquí? le dijo, comenzando por hacerle el plato.

—Estoy desde últimos de Octubre, y regreso mañana á Madrid.

—Pero, ¿tomas las aguas? ¿Tienes reuma?

—Estoy como nunca, nada me duele; vengo á este pueblo todos los otoños á gozar de la vida dulce y apacible que se hace en la aldea.

—¿Y Emilio?

—¡Emilio!... ¡pobre Emilio!

—¿Se ha muerto quizás?

—No tal, aunque poco ménos. Se fué á veranear y ha pasado las contrariedades propias de los tontos que, como él, dejan su Pátria por buscar en la ajena lo que en la nuestra tenemos á cada paso. Siete cartas, siete nada ménos me ha escrito, y hasta ayer no le he contestado.

—¿Y qué cuenta? ¿Cómo son esas contrariedades? ¿Qué le ha ocurrido?

—Cuando acabemos de comer, y como de sobremesa, al tomar el café, te leeré todas ellas.

—Conforme, Leon, conforme.

Terminamos la comida, y cuando el camarero comenzó á vaciar la cafetera, Leon sacó de su cartera varios papeles, los desdobló sobre la mesa, y dijo:

—Pon atencion y escucha la lectura de estas epístolas, para que comprendas lo que habrá sufrido nuestro amigo.

***

Madrid 2 de Octubre de 1878.

Mi querido amigo Leon: Cuando recibas esta carta no habré cesado de existir, pero habré cesado de aburrirme. Cien *soirees*, dos mil polkas y un incalculable número de *cotillones* me habian hecho odiosa la capi-

tal. Estaba cansado del gas, de las aceras, del traje negro y de la corbata blanca, de la etiqueta y de las costumbres ceremoniosas. Las comidas de invitacion y los conciertos, reforzados por no sé cuántas representaciones del *Trovador*, habian acabado con mi paciencia de tal modo que, ¡te lo juro! sentíme dominado con irrestible vocacion por el oficio de enfermo.

Fingí, pues, que estaba malo; y mi médico, hombre de mucha experiencia, me dijo:—«Chiquito—(me conoce desde que nací, por lo cual se cree con derecho de tutearme); chiquito, estás amenazado de hacerte hipocondriaco: el trasnochar tanto y el entregarte con tanto abandono á los deleites de la ciudad no te hacen ningun provecho. Hazme el favor de ir á tu casa, preparar tu equipaje y partir á tomar aguas. ¿Cuáles? Eso no importa. Pero si son extranjeras, mucho mejor. Son más *tónicas*, es decir, son de más tono. Ten presente que si todas las aguas no curan, en cambio ningunas pueden hacer daño; ventaja de que carecen otros muchos remedios. Tranquilidad, aire y reposo; hé aquí lo que te hace falta. Vé á tomar aguas, y ya me contarás maravillas cuando vuelvas.»

He querido participarte, querido amigo, mi partida, porque si mi frívola charla no te molesta, pienso seguir escribiéndote mis impresiones. Para las églogas que voy á realizar necesito un confidente.

¡Ah, querido amigo, la vida independiente, la naturaleza, el alejamiento de las trabas sociales, cuán bueno me va á parecer todo esto despues de seis meses de exigencias mundanas! El ciudadano ha muerto: ¡viva el hombre del campo! ¡vivan los goces agrestes, las perspectivas de la vegetacion y el agua pura y límpida de los arroyuelos! Con mi primer vaso de agua quiero

brindar por la abolicion de las polkas y de los cuellos postizos.

Adios. El tren me espera. ¡Soy feliz! Tuyo, *Emilio.*

P. D.—Se me olvidaba decirte que voy á hacer muchas economías. ¡Vaya si las voy á hacer!

***

Vichy 5 de de Octubre de 1878.

Mi querido Leon: La fecha de esta carta y el timbre del correo, te indicarán el punto donde ha de verificarse mi idilio.

¡Lo que son las decisiones humanas! El recuerdo de una caja de pastillas de Vichy, consumida en mi infancia, me ha inclinado á esta poblacion. Se me asegura, sin embargo, que todos los establecimientos de aguas son poco más ó ménos lo mismo.

Como llegué aquí anteayer, no he tenido tiempo aún de inaugurar mi vida bucólica. Provisionalmente me hospedo en el hotel y como en mesa redonda, lo cual es precisamente todo lo contrario de la vida campestre. Añade, para colmo de infortunio, que he dado de manos á boca con toda una familia madrileña, á la cual conozco mucho.

—¡Usted por aquí, Emilio! ¡Quién lo habia de pensar! ¡Tendremos mucho placer en verle á Vd. por casa mañana!

—Pero...

—Nada, nada... le esperamos. Ejecutaremos un poco de música.

No me fué posible escusarme.

Se tocó hasta por los codos. La hija mayor ejecutó

en el piano una fantasía sobre *Trovador*; el hijo tocó un andante del *Trovador* con la flauta, y la hija pequeña cantó la cavatina del *Trovador*.

¡Y yo que me habia despedido del traje negro por una temporada!

Volví al hotel á las dos de la madrugada, despues de haber dirigido un desenfrenado *cotillon*. ¡Otra antipatía!

Si todas las jornadas de mi estancia aquí tuvieran que asemejarse á esta...

Paciencia; mañana tomaré la revancha y reanudaré mis planes pastoriles. Estoy molido de fatiga: perdóname, pues, que dé un soplo á la luz despues de haber estrechado tu mano.

¡Buenas noches! Hasta otro dia, y siempre tuyo, *Emilio*.

***

Vichy 11 de Octubre de 1878.

Querido amigo: Hazme el obsequio de ir inmediatamente á casa de mi sastre y encargarle que á la mayor brevedad posible me envie al sitio indicado por las adjuntas señas, cuatro pantalones y dos levitas.

Idem: á casa de mi zapatero para que me mande seis pares de botas.

Tuyo afectísimo camarada, *Emilio*.

***

Vichy 16 de Octubre de 1878.

Mi buen Leon: Probablemente no habrás entendido ni una palabra de mi lacónica epistola del otro dia; so-

bre todo, no te habrás explicado la razon de los encargos que te hice.

¿Soy yo, en efecto, el hombre de las quimeras de la última semana, el ansioso de calma y de independencia, el mismo que te ha confiado esa comision de elegancia? ¡Ay! tres veces ¡ay!

Indudablemente yo me equivoco; yo estoy soñando: yo debo no haber salido de Madrid. ¿Para qué buscar mejor prueba de lo que digo que el espectáculo ofrecido en este momento bajo mis ventanas?

Desde la mesa en que te escribo descubro un horizonte de faldas con volantes y de peinados á la última moda. Paréceme que no he salido de la Puerta del Sol.

Todo lo demás es lo mismo.

No me preguntes por el sabor de las aguas *digestivas* y *aperitivas* de esta comarca. ¡Palabra de honor! No he podido aún ocuparme en esto. Ni una sola vez me he acostado antes de media noche. ¡Y mi médico dice que esto es descansar! ¡Apreciable doctor!

En dos palabras, hé aquí mi vida...

Pero dispénsame. Vienen á buscarme para ensayar una pieza que tratamos de representar en un salon de esta localidad. Continuaré mi relato en el *número próximo*.

Haz el favor de encargar que me envíen dos sombreros y tres docenas de guantes blancos.

Adios como siempre. Tuyo, *Emilio*.



Vichy 19 de Octubre de 1878.

Esto es ya demasiado, querido Leon; no lo puedo resistir.

Acabo de salir de un concierto,—¡el décimotercero! y en todos se ha tocado algo del *Trovador*.

Tengo en lista las invitaciones á 15 comidas y á 30 veladas: bailo como si me hubiese contratado para la temporada.

Por la mañana, primer atavío; á las dos de la tarde, segundo traje; á las seis, disfraz tercero. Despues representaciones teatrales, bailes de beneficencia, charadas, juegos, obsequios, pretensiones, indigestiones...

Estoy derrengado: mi exasperacion estalla en protestas mudas, porque la sociedad no me toleraria que dijese en alta voz todo lo que pienso de ella.

Pero ¡diantre! debiera advertirse préviamente que las aguas se han inventado para prolongar con cuatro meses más el invierno.

Si encuentras á mi médico, dile... Pero no; se lo diré yo mismo, si me queda al volver bastante fuerza para ponerme furioso.

Entretanto, quiero completar la prueba. Esta noche salgo para Alemania. Allí tal vez sea el reposo una realidad.

Te escribiré desde Ems. Compadéceme y suspira por tu amigo *Emilio*.



Ems 28 de Octubre de 1878.

Mi querido amigo: Todo sigue lo mismo; no ha habido cambio. Lo único nuevo es la jerga alemana.

En lugar de oir el *Trovador* una vez al día, se oye aquí dos veces. Tambien aquí hay familias conocidas; y aunque no se conocieran, yo no sé lo que tienen estos sitios, que el trato se hace íntimo en seguida.

En vez de pagar 10 francos por un pollo, pago aquí 20; bailo más, aunque te parezca imposible; ya no debo hablar de derrengamiento, sino de trituracion; allá gastaba diez pares de guantes cada semana; aquí gasto 30 pares.

Olvidábame de las emociones de la ruleta, que ha funcionado en mi bolsillo á guisa de máquina pneumática.

¡Vacío completo!

Envíame á vuelta de correo lo necesario para mi regreso.

Esta vez la prueba es decisiva.

Hasta luego que te abrace tu camarada *Emilio.*

***

Madrid 10 de Noviembre de 1878.

¿Dónde te encuentras, mi querido Leon?

He llegado esta mañana y en vano lanzo tu nombre á los aires. Traigo de mis excursiones un reuma atroz que he cogido en el ferro-carril.

Y no traigo más. Al contrario, mi porta-monedas está huero; mi ropa está pidiendo renovacion; mis ilu-

siones por allá se han quedado, y una botella de agua de Vichy que traia para que la probaras se ha roto al salir del wagon.

Mi querido Leon, ¿dónde estás? ¿Tratas acaso de abandonar á esta víctima acuática?

Contesta, por Dios, á tu amigo *Emilio.*

***

Cuando Leon terminó esta carta, Dolores se reia á carcajadas, y exclamaba despues:

—¡Una historia igual á las mil que todos los años se escriben en el libro de memorias de los elegantes tontos!

—Exactísimo, replicó Leon, volviendo á guardar los papeles en su cartera. Usted lo ha dicho con muchísima gracia. Es la historia de todos los tontos cuando salen á veranear fuera de su Pátria.

—¿Pero tú, qué le contestas á Emilio? preguntó Rafael.

—Ayer habrá recibido mi carta.

—¿Y qué le decias?

—Tengo aquí la copia, porque pienso publicar este idilio epistolar.

—Léenosla.

Y Leon rebuscó entre los papeles del bolsillo de su gaban, sacó uno de entre ellos y leyó.

***

Baños de Baños 27 de Diciembre de 1878.

Mi pobre Emilio: Estoy aquí, en esta preciosa aldea de donde no he salido en todo el tiempo que tú has pa-

sado en el extranjero. He alquilado una habitacion por 30 rs. al mes, y con poco dinero me proporciono una alimentacion sana y abundante.

Desde mi ventana diviso un horizonte de árboles, de flores, de frondosidad que encanta.

No uso guantes, ni bailo cotillones. Oigo cantar, pero no el *Trovador*, sino á los pájaros que saltan gozosos de rama en rama, y á las golondrinas que anidan en el alero que cubre mi ventana.

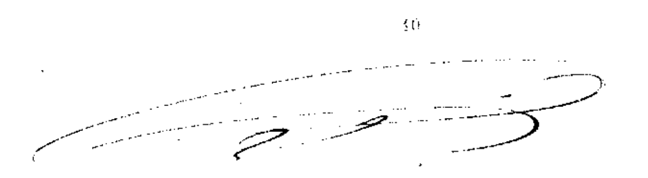
He hallado, por consiguiente, casi al alcance de mi mano, como suele suceder pocas veces, la felicidad y la independencia que tú, á imitacion de muchos otros, has ido á buscar inútilmente muy lejos.

Te ofrezco estar á tu lado para el 29, y te contaré la mitad de mi dicha y murmuraremos de los que se van al extranjero. Adios. Tuyo, *Leon.*

* * *

—Muy bien, muy bien, repetia Dolores, en tanto que Rafael se mordia los labios, porque él era tambien de los tontos que por espacio de muchos años habia ido, como Emilio, á veranear fuera de su Pátria.

Hablando de estas víctimas de la moda se nos pasó hasta las diez, hora en que nos fuimos á descansar.



CAPÍTULO XVIII.

De algunas investigaciones geológicas.

A las ocho de la mañana el sol llenaba todo nuestro cuarto de dormir. ¡Qué dicha! Hacia casi cuarenta dias que no le veíamos la cara risueña al dios Febo.

Rafael llegaba de despedir á su amigo Leon, y Dolores dibujaba, desde el balcon de su cuarto, un bonito paisaje que le ofrecian las lejanas sierras y el arroyo que murmuraba á tres metros del hotel, arroyo que viene de la Garganta, regando huertos y prados hasta entrar por la parte alta de Baños, dividiendo al pueblo en dos partes casi iguales, para tomar su salida del S. O. por el costado izquierdo del hotel. La corriente de estas aguas es deliciosa. Salta entre peñascos y cantos rodados, formando pequeñas presas entre las breñas que le atajan, y ofrece saltos y cascadas naturales tan bonitas como cualquier otro rio de las montañas Helvéticas.

Llaman á este arroyo por mal nombre *Rio-Ambrós*, derivado del país que recorre, parte de la llamada *Ambrácia de los Vetones*, en los tiempos anteriores á los romanos.

Las sierras que rodean á Baños, y sobre las cuales están asentados Candelario, Hervás y Béjar, se ven cubiertas de nieve, desde su base hasta su cima, pero nieves eternas que visten de blanco á aquellos gigantes que miden 1.240 piés de altura sobre el nivel del mar. Esto no quita para que Baños tenga un clima templado, como que está á 40 y 22 de latitud Norte, y 2 y 10 de longitud occidental.

Existen extensas noticias del terreno geológico de Baños. Anterior á los romanos existia en lo que es hoy hondonada de arenales, sobre cuyo suelo está la carretera, y antes era una empinada sierra de elevadas piedras que dominaba al pueblo, un anchuroso lago de agua hirviendo. Dicen que se llegaba á este espacioso y rarísimo lago con mucha dificultad, escalando rocas escarpadas, por entre las cuales corria el agua humeante.

Las márgenes del lago eran de lodo que parecia estar hirviendo, y el color del agua era muy oscuro, á causa de las partículas terrosas que contenia en suspension.

La ebullicion se notaba tan solo en un lado, donde el agua se elevaba hirviendo á la altura de tres ó cuatro piés, agitando constantemente toda la superficie del lago, que desenvolvia de contínuo vapores sulfurosos.

Esta evaporacion perjudicaba enormemente á las plantas y árboles más inmediatos. No obstante, los terrenos que se hallaban á alguna distancia eran muy fértiles y propios para cultivo.

La temperatura variaba entre 50° y 60°.

Este lago en contínua ebullicion era una verdadera maravilla de la naturaleza, y ofreció campo á grandes consideraciones geológicas entre los antiguos natura-

listas que en la rudeza de aquellos tiempos estudiaban los fenómenos que les ofrecia el mundo creado.

Y cuentan asimismo que en el año 180 antes de Cristo ocurrió en Baños un hecho bastante raro, que excitó la curiosidad de los habitantes de aquella comarca, que por espacio de algunos años acudieron presurosos á contemplar con sus propios ojos el extraño suceso. Parece ser que de pronto se vino abajo, de una manera lenta y sin estropicio alguno, todo el terreno que servia de balsa al lago de agua caliente, en cuyo centro existia una edificacion, quizás algun establecimiento balneario, el cual quedó tambien verdaderamente enterrado, sin que por efecto del hundimiento se destruyera ninguna de sus principales paredes.

Desde aquel momento el lago desapareció, y quedó solo, como resto de sus aguas, un pequeño manantial que corria en direccion al *Rio-Ambrós*, con cuyas corrientes se confundia.

Este fenómeno se debe atribuir solamente á una depresion del terreno; hecho que no es tan raro, puesto que se repite frecuentemente; pues estudiando las condiciones geológicas de la América meridional, nos encontramos repetido este fenómeno en las montañas de los Andes. La altura de estas célebres montañas ha ido disminuyendo gradualmente. La ciudad de Quito, segun la Condamine, estaba en 1745 á 9.596 piés sobre el nivel del mar; segun Humboldt, en 1803, á 9.570 piés; segun Boussingault, en 1831, á 9.567; segun Orton, en 1867, á 9.520 piés. Quito se ha hundido, pues, 76 piés en ciento veinticinco años, y el Pichincha 218 en el mismo período. Su cráter se ha hundido tambien 425 piés en los últimos ventiseis años, y el del Antisana 165 en sesenta y cuatro años.

Debatia yo amigablemente con el médico de Baños, mientras almorzábamos, sobre estos fenómenos, que él no queria reconocer, cuando Dolores, tomando cartas en la contienda decia:

—Nada más natural que el hecho aquí citado de la depresion del terreno en que está asentada la parte derecha de Baños. La evaporacion de las aguas que corren por el sub-suelo y las sales que arrastra en sus corrientes bastan para justificar el cataclismo que consignan los geólogos antiguos, si para la realizacion de tan singular fenómeno no fuese bastante el volcan en actividad eterna que tiene este terreno en sus más internas entrañas. Ayer recorrí su campiña, paseé por sus cercanías para conocer su flora, y pude apreciar debidamente todas las condiciones geológicas de la region bañense. Su terreno es primitivo desde un extremo á otro. Le constituye grandes masas de sílice, mica, feldespato y granito bien formado. En el cerro denominado Matagato se encuentran vestigios de productos volcánicos, bastantes á acusar aquí la existencia de un volcan al que deben la temperatura las aguas minerales de la localidad.

Que este volcan está en movimiento lo dicen las thermas que hoy conocemos, y más aún el lago hirviente que desapareció en el año de 180 antes de Cristo. Son estos los signos más determinantes para saber que estamos habitando sobre un volcan y que nos amenaza la misma suerte que á los vecinos de Pompeya ó de Herculano.

—¿Moriríamos bajo la candente lava? exclamaban Rafael y el médico á la vez.

—No es esto de creer, por ahora al ménos, pero tampoco me atrevo á negarlo, replicó Dolores. Estos

son fenómenos que se presentan cuando ménos se espera.

Por lo demás, la sierra donde está enclavado Baños es precisamente la boca del volcan, que arde quizá á 3 ó 4.000 metros de nuestros piés, y que tiene ramificaciones hasta las orillas del Tajo, en Portugal; pues estas sierras que nos rodean pertenecen á las cordilleras carpeto-vetónicas, que dan principio en Guadarrama y terminan en el reino vecino. La circunstancia de no aparecer tantos fragmentos ó vestigios volcánicos en toda esta larga cordillera como en las inmediaciones de Baños, demuestra claramente que aquí está más próximo el rompimiento del cráter. Nosotros podemos decir ahora con entera verdad «que estamos sobre un volcan.»

Tenia razon Dolores. Habia hablado como podia haberlo hecho un profesor de ciencias naturales de la Universidad de Viena.

Pero observemos, antes de continuar, un fenómeno que se da en el órden de la naturaleza, como en el órden fisiológico de nuestros séres.

Estábamos sobre un volcan: á 4.000 metros de nuestros piés ardia un inmenso cráter que amenaza consumir en un plazo más ó ménos corto multitud de pueblos y de campiñas, y coronaban las sierras heladas, las montañas eternamente vestidas de sábanas inmensas de nieve. El fuego en el interior, en el corazon de aquella region, la nieve en el exterior. Fuego, calor en el alma; frio, nieve en el rostro. Así es la vida de muchos séres... Aparentando glacial indiferencia, vestidos de una frialdad sin límites, abrigan en su alma ardientes pasiones, volcanes enteros, que unas veces los enciende el amor, otras la ambicion, y no pocas bastar-

dos propósitos, criminales intentos, que tuercen el fin de nuestra vida hasta llevarnos al mal...

A las dos nos habia señalado el médico la hora del baño.

Como no era la temporada, estábamos solos para tomarlo, lo cual no era del todo malo teniendo en cuenta la comodidad que esto proporciona.

Terminado el almuerzo, dispusimos un paseo por la carretera de abajo, entre la glorieta y las huertas. Nos acompañaba el médico, como era de rigor.

CAPÍTULO XIX.

La temperatura en Baños de Baños.

La mañana era hermosa, primaveral.

Gozar de una mañana tal en principios de Enero no es comparable con ningun otro goce. Los pájaros cantaban desde los altos álamos que custodian la carretera. Los labriegos sembraban por los campos el dorado trigo que esperaban recolectar en Junio. El sol purísimo bajaba hasta nosotros coronando las montañas vecinas y prodigando por todo el espacio sus vivificantes resplandores.

A las doce de aquella mañana el termómetro señalaba 16 sobre cero, en tanto que en Madrid 7 bajo cero, 9 en Avila y 8 en Béjar.

Esta desproporcion no la comprendia Rafael, y el médico la explicaba por la influencia que ejerce el calor del sol en los valles, como relativamente en el interior de la tierra.

—Exactamente, amigo doctor, le replicó Dolores Walke. Esta teoría es de M. Mohr, mi profesor en Berlin, y á quien la ciencia debe un gran triunfo sobre la

teoría plutoniana respecto al orígen del calor del centro de la tierra.

—¿Mr. Mohr fué profesor de Vd.?

—Tres años, Doctor.

—¿En la Universidad de Berlin?

—Cierto.

—¡Ah! Mr. Mohr es uno de los sabios más notables de nuestros tiempos.

—¿Le conoce Vd.? dijo Dolores.

—Conozco sus obras, y me basta para saber quién es, replicó el Doctor.

—La base de sus teorías sobre las investigaciones termométricas realizadas por él en un pozo de 4.000 piés de profundidad, hecho en una roca de cal pura en Speremberg, cerca de Berlin, es curiosa.

El calor progresivo que debe establecerse tiene por principio el que hallándose aún el centro de la tierra en fusion, á medida que en ella se profundiza, como se aproxima uno á tan gran hornaza, necesario es un espacio más corto para producir un aumento determinado de temperatura, y como el calor se trasmite de las esferas más pequeñas á las más voluminosas, suponiendo igual conductibilidad en las materias que las constituyen, la temperatura de las paredes exteriores de la esfera disminuye progresivamente á medida que su volúmen se aumenta, ó bien este mismo aumento de calor por cada 100 piés es tanto más considerable cuanto más se profundice.

Hé aquí los resultados de las investigaciones termométricas hechas en el citado pozo de Speremberg... Y mostraba Dolores en su cartera las siguientes proporciones:



El Doctor Mohr, maestro de Dolores Walke.

Profundidad. Piés.	Temperatura constante. Grados R.	Aumento de calor por 100 piés. Grados R.
700	15.654	»
900	18.849	1.097
1.100	19.943	1.047
1.300	21.939	997
1.500	23.830	916
1.700	25.623	896
1.900	27.315	846
2.100	28.906	795
3.300	36.756	608

—¿Vé Vd. estos datos? añadió Dolores interrogando al Doctor.

—Los veo.

—¿Los ha entendido Vd.?

—Perfectamente.

—Una palabra más, y le explicaré algunas confusiones que puedan ofrecerle la agrupacion de estas cifras.

Los guarismos de la tercera columna, continuó Dolores, forman una progresion en disminucion aritmética del primer grado, cuya proporcion es de 0°,05 ó 1/20 grados de Reaumur, bajo la base de 100 piés de profundidad. Si esta misma proporcion se aplica á las profundidades interiores á 700 piés, y á las comprendidas entre 2.100 y 3.300, tendremos los resultados que M. Mohr establece en las siguientes tablas progresivas:

PROFUNDIDAD.	Aumento progresivo de calor. — *Grados R.*
100 á 200	1.35
200 á 300	1.30
300 á 400	1.25
400 á 500	1.20
500 á 600	1.15
600 á 700	1.10
700 á 800	1.097
800 á 900	1.047
900 á 1.100	0.997
1.100 á 1.300	0.946
1.300 á 1.500	0.946
1.500 á 1.700	0.896
1.900 á 1.900	0.846
1.900 á 2.100	0.795
2.100 á 2.300	0.745
2.300 á 2.500	0.595
2.500 á 2.700	0.645
2.700 á 2.900	0.595
2.900 á 3.100	0.545
3.100 á 3.300	0.495
3.300 á 3.390	0.445

Del resúmen de esta série progresiva fija M. Mohr, que á una profundidad de 5.170 piés el aumento del calor llega á ser nula, y aun cuando en sitio más bajo el aumento del mismo calor no llegase sino á los 1/100 de grado de R., en vez de 5/100, el resultado seria que la region de la temperatura constante llegaria á alcanzar hasta la profundidad de 13.000 piés. Una disminucion análoga respecto á la progresion del calor se observó

tambien en el pozo de Grenelle en Paris; pero aunque la profundidad es mucho menor, hay que tener muy en cuenta que la naturaleza especial de las diferentes rocas que el citado pozo atraviesa no han permitido obtener resultados tan concretos como de desear seria.

De los ya referidos datos deduce tambien M. Mohr la confirmacion de cuantas objeciones se han hecho en diferentes ocasiones contra la teoría plutoniana, y la causa de la aumentacion del calor interior de la tierra la establece en las capas interiores de la corteza terrestre.

La misma teoría de los volcanes es la que adapta á estos resultados, así como la fluidez de las lavas no debe atribuirse á la incandescencia de ellas en el seno de la tierra, sino á una evolucion local del calor por las aberturas que siempre producen la accion del mar en las rocas de los volcanes, situados generalmente cerca del mismo mar. Estos focos volcánicos locales, cuyo calor es excesivo, son la causa que más contribuye al calor interior del globo, y su núcleo interno no llega á perder sino una cantidad calórica muy pequeña por la mala conductibilidad de las rocas silíceas ó calcáreas, mientras que en el trascurso de los siglos todos los efectos producidos por el calor de los volcanes pueden esparcirse uniformemente por la superficie terrestre, para llegar á la conclusion de la progresion del calor en el interior del globo, cuando solo es el resultado de otras acciones calóricas.

Tambien atribuye M. Mohr á otras causas el calor terrestre, como, por ejemplo, á la formacion bajo la accion solar de nuevas rocas cristalinas, á los fenómenos químicos, tales como la formacion del ácido carbónico por medio del contacto del óxido de hierro con

resíduos orgánicos, la formacion de piritas y galenas, la reduccion de los sulfatos en contacto con las materias orgánicas y la descomposicion del lignito, hulla, etcétera.

El doctor estaba atónito oyendo á Dolores, y cuando ésta hubo acabado de explicar las teorías de M. Mohr le preguntó:

—Segun Vd., el excesivo calor que se siente en esta localidad tiene su orígen en la influencia del sol en los valles y en la formacion de los minerales del subsuelo.

—Algo de ambas cosas puede afirmarse; pero lo principal no es eso: estamos más próximos al volcan; tenemos á nuestros piés el cráter, pisamos á 3.000 piés de sus fuegos, y esto basta para que gocemos de una temperatura tan elevada como la que aquí se siente.

En esto habíamos llegado al puente llamado de los *Viñazos*, construido en 1780, no lejos del molino harinero que alimenta á las panaderías de Baños para todo el pan del vecindario.

El doctor consultó su reloj, y exclamó:

—Las dos ménos cinco.

—¿Nos volveremos? dijo Dolores.

—Les esperan á ustedes las pilas preparadas, añadió el doctor.

—¿Cómo están las aguas de temperatura? volvió á preguntar Dolores.

—A 33 Reaumur.

Y todos volvimos á desandar lo andado por la bonita carretera, admirando el hermoso panorama que ofrece la campiña de Baños, sus agrestes sierras lejanas, sus viñedos y huertos poblados de arbolitos frutales y sus riberas encantadoras.

Todo es agreste, todo es rústico en Baños, nada hay artificial.

Aquí la naturaleza se ofrece como es, sin que deba nada al hombre.

Admirando el cielo, el campo, los árboles, nos acercamos al establecimiento balneario.

Hablemos ahora de él.

CAPÍTULO XX.

Baños en tiempo de los romanos.

Del establecimiento de las aguas thermales de Baños apenas se descubre por su exterior nada que revele la historia del pasado. Es un arca enterrada con la tapa al exterior; pero un arca rota, muy vieja, casi prehistórica.

Cuentan las crónicas que en tiempos de Augusto se mejoró el primitivo edificio balneario, y que al abrir los cimientos para los muros básicos del depósito de las aguas, se encontró el esqueleto de un enorme mastodonte. Los obreros, legionarios augustanos, abriendo las últimas fosas para enterrar materiales, encontraron un hueso de grandes proporciones. Se continuó las excavaciones y se extrajo primero la quijada superior habiendo sido necesaria la asistencia de cinco hombres para sacarla. Luego se desenterró la quijada inferior, las vértebras, ocho dientes y otros restos de dimensiones colosales.

Segun parece por la descripcion que hemos oido de estas investigaciones, este mastodonte era tan grande como el que existe en el museo de Boston, que tambien



fué encontrado en 1845. No deja de tener interés, como curiosidad geológica, este dato. Sobre la base, pues, de un antiquísimo edificio construyeron los legionarios romanos el establecimiento balneario actual, de cuya primitiva fábrica apenas existen vestigios.

Sabido es la importancia que los antiguos daban á las aguas medicinales, pues desde los tiempos más remotos viene el uso de los baños. Homero los celebra en sus versos. Píndaro, Pisandro, Platon, Plutarco, Tucydides y Josefo nos describen las costumbres de los persas, medos y griegos en sus famosas thermas, y el mismo Herodes hizo construir unos suntuosos para ofrecerlos á la gracia de Augusto. Las thermas más famosas en aquellos tiempos estaban en Cesárea, Ascalon, Trípoli y Damasco. Pero en Roma fué donde más preponderancia obtuvieron los baños. Las inscripciones que aparecen en algunos, como esta, por ejemplo,

CALINDAM NIMPHA
MINISTRAT AGUAM

atestiguan lo que dejamos apuntado. Pero á la caida del período más floreciente de Roma, cuando el vicio y la relajacion eran la bandera de sus principales hombres, las obscenidades más detestables se despertaron en todas las clases, y el baño era el sostenedor de las más inmorales escenas contra el pudor, hasta el extremo que Severo, Antonino, Calígula, Pérsio, Suetonio y otros los condenaron. El mismo Heliogábalo, á pesar de ser afeminado, hizo más: destruyó los mejores baños de Roma, hasta aquellos en que él solia bañarse; pues como dice un historiador, «no queria que fuesen centro de citas para asquerosas obscenidades.»

Dados estos antecedentes, nada extraño tiene que los romanos hiciesen un gran establecimiento balneario en Baños, y más cuando era un pueblo importante como *Municipio*, y lugar de tránsito á los soldados y ejércitos que cruzaban por la *Via-lata*. Baños en aquella época se llamaba *Cæcilius Vicus*. Hay quien cree que este pueblo es anterior á la invasion romana, y hay tambien quien sostiene que debe su fundacion al agua mineral que brota en sus *Thermas*, y esto es para nosotros más atendible, pues sabido es la importancia que tenian para los romanos las *Thermas*, y la preferencia que daban los generales á los sitios donde las habia para acampar sus legiones, limpiarlas del polvo, reponer sus fuerzas y curar de las contusiones y heridas á los soldados. Sea de ésto lo que quiera, la verdad es que *Cæcilius-Vicus* fué poblado ó ampliado por los legendarios mandados por el famoso Quinto Cæcilio, vencedor afortunado que fundó á Cáceres y engrandeció á Medellin.

Una legua de Baños está el puente de la *Doncella*, de orígen romano, y un kilómetro más allá el de *Romanillos*, en medio de la *Via-lata*, y obra ambos de los tiempos de Augusto. Trajano recompuso esta calzada. A ocho kilómetros de Baños, antes de llegar á Aldeanueva del Camino vimos una miliaria. Esta miliaria corresponde á la carretera comprendida entre Mérida y Zaragoza, construida por César Augusto y recompuesta por diversos Emperadores. En el *Itinerario de Antonino Pío*, comentado por Ambrosio Morales, en la parte XXIII se describe esta antigua calzada, donde Baños aparece en la sexta mansion. Hé aquí esta curiosa reseña:

Mansiones.		Millas.
	Ab Emerita Cæsaraugustam.....	632
1	*Ad-Sorores* (junto á Casas de Don Antonio)......................	26
2	*Castra-Cæcilia* (Cáceres).........	20
3	*Túrmulus* (Alconetar)...........	20
4	*Rusticiana* (junto á Galisteo)......	22
5	*Cappara* (Caparra)...............	22
6	*Cæcilius-Vicus* (Baños de Baños)..	22
7	*Ad-Lippos* (Endrial).............	12
8	*Senticie* (Siete-Carreras)..........	12
9	*Salmanticie* (Salamanca).........	24
10	*Sibariam* (en el Monte del Cubo)..	21
11	*Ocelloduri* (Zamora).............	21
12	*Albucella* (Belbez)................	22
13	*Amallobriga* (Villarbrojo)........	27
14	*Septimanca* (Simancas)..........	24
15	*Nivaria* (Portillo)................	22
16	*Cauca* (Coca).....................	22
17	*Segovia* (Segobia)................	29
18	*Miacum* (hácia Las Rozas)........	24
19	*Titulcia* (Añover de Tajo).........	24
20	*Complutum* (Alcalá de Henares)...	30
21	*Arriaca* (Guadalajara)	22
22	*Cæsada* (Hita)....................	24
23	*Segontia* (Sigüenza)..............	26
24	*Arcóbriga* (Arcos)................	23
25	*Aquæ-Bilbilitanorum* (Alhama)..	16
26	*Bílbilis* (cerro de Bambola).......	24
27	*Nertóbrija* (Ricla)................	21
28	*Segontia* (Epila)..................	14
29	*Cæsaraugustam* (Zaragoza).......	16

Las tres primeras millas de Caparra á Baños fueron recompuestas por Adriano, hijo de Trajano y nieto de Nerva, segun una miliaria encontrada en Plasencia, y que no sabemos cómo la coleccionó el Sr. Vargas, ni de



Quinto Cecilio, fundador de Baños de Baños.

dónde la tomara. El contenido de esta inscripcion es el siguiente:

IM. CAESAR
DIVI . TRAIANI . PAR
TICI . F . DIVI . NER
VAE . NEPOS . TRAIA
NVS . HADRIANVS
AVG . PONT : : : : : : : MAX
TRIB . POT : : : : COS
III . RESTITVIT
: : : : CXII : : : : :

Es indudable que Baños fué lugar importante en la dominacion romana, pues aparte de estos restos, existen otros muchos que lo atestiguan.

En 1840 fueron desenterradas en el mismo lugar donde están los baños hasta diez piedras con inscripciones de *votos*, hechos por enfermos, á la diosa de las aguas, y en las mismas Thermas existen multitud de restos preciosos de los tiempos romanos, que atestiguan que usaron las aguas durante su dominacion, y con tan buenos efectos como declaran las piedras labradas y aras en que se leen inscripciones de gratitud.

Una vecina de Cáparra, pueblo no distante de Baños, reconocida, á lo que se ve, á las Ninfas á que por sus gentílicas creencias suponia protectoras de este manantial de salud, decia:

NIMPHIS
CAPAR
T. ABIANA
SEVERINA
V. A. L. S.

Esto es, que una «Terencia Abiana Severina, vecina de Cáparra, cumple su promesa á las Ninfas con la mejor voluntad.»

En 1815, cuando se estaban haciendo las obras del actual edificio de los baños, apareció uno de aquellos bultos de piedra que figuran animales cuadrúpedos iguales á los llamados toros de Guisando y á los cerdos de Avila, de los tiempos iberos, y once lápidas, todas en sus correspondientes cippos, y cuyo contenido era, en una:

V B : : : : : : :
C R E S I V S
NIMPIS
V. S. L. M.

Puede leerse que «un tal Cresio erigió este monumento á las aguas á consecuencia del voto hecho por su voluntad.» Segun la mitología pagana, cada fuente tenia su ninfa bienhechora que cuidaba de vivificar la corriente; y siendo tan saludables las de *Cacilius Vicus*, no podia ménos su génio tutelar de ser invocado.

Otra votiva decia:

A P C I : : : : : : :
: : : : : : : TVV : : :
NINO : : : : : : :
CAPARE.
SIS
V O T V M.

No se entiende toda ella, pero puede leerse «que un N. de Cáparra ó de Cappara, cumplió así un voto.» De igual índole es la siguiente:

VIER RVFV.

Que quiere decir cómo un Vierio Rufo cumplió un voto.

Más explícita es esta otra votiva:

NYNPHIS CAPAR TREBIA SEVER : : : : V. A. L. S.

Puede leerse sin violencia «que Trebia Severa, natural de Cáparra, cumplió gustosa un voto amigo á las Ninfas de las aguas Thermales.» Sabemos que no siempre las siglas unidas V . A . L . S se entienden así; pero en estas inscripciones no tienen otro sentido por la cualidad del voto.

La siguiente guarda analogía con la anterior:

ANVA : : : : : AEBVRR NYMPHIS V. S. L. A.

Dice que una «Anna ó Aunaria, natural de Evura (Talavera la Vieja), cumplió de buena gana un voto amigo á las aguas.» Esta otra es muy rara:

AP · ⊕ R
SX . VO
M . SO : : :

Puede leerse que «Apio Rufo cumplió un santo voto erigiendo este monumento: *Sanctum votum monumento solvit*. La siguiente es una votiva de dedicatoria:

M . P . C
RAMA
NIVS : : : :

Se declara que un tal Ramanio construyó este piadoso monumento. Como la anterior es esta que la sigue:

NIN
PHIS
CIUCH
P . A . U .

La siguiente votiva es más completa:

SI . A . . . .
VITIA . A
MMIRA
LAMESIS
V . L . A . S .

Esto es; Amirata, natural de *Lamesis*, cumplió gustosa este voto de gratitud. Esta otra inscripcion es más lacónica:

N Y M
PHIS
V . A . CRO . . .

Este CRO debe ser el principio del nombre del que hizo y cumplió el mismo voto. La siguiente es ilegible:

R . A . . . .
SO . . . .
THRMVS. . . . .
. . . .
. . . .

Ya se vé por las inscripciones que dejamos apuntadas el reconocimiento al númen benéfico de las *Thermas*, profesado así por estos votos ó promesas, como diríamos ahora, cumplidos por los romanos en *Cœcilius Vicus*.

No lejos del sitio donde aparecieron las anteriores lápidas se encontró un verdadero filon de antigüedades, todavía intacto.

En un espacio de algunos metros cuadrados y á cuatro de profundidad, se recogieron cerca de 600 objetos perfectamente conservados y una multitud de fragmentos. Eran ex-votos atribuidos al templo de la Fortuna, que estuvo situado en aquel sitio.

Entre los ex-votos abundaban piés, manos, brazos, piernas y pechos de tamaño natural: tambien habia animales domésticos, cabezas de mujer y de hombre, cabezas de faunos con las orejas cubiertas de pelo, y estátuas representando hombres y mujeres. Estos ex-votos eran de barro cocido y pintadas las caras de rojo y los ojos y cabellos de negro, teniendo todos el carácter de una misma fabricacion.

En la plaza del Arenal se exhumó tambien un pedestal de piedra de un metro 20 centímetros de ancho por 1,40 de largo. Tenia en relieve la estátua de una mujer vestida de larga túnica y gorro frigio.

En esta misma plaza es donde aparecieron los restos del templo de Marte, construido en tiempos de César, por sus victorias en la Lusitania y en la Bética.

En la glorieta que hay en la carretera, se descubrió tambien al cavar el terreno para plantar unos árboles, un antiguo pavimento de mosáico, indudablemente de la época romana. Tendria como cuatro varas de largo y tres de ancho, y aunque deteriorado por la accion del pico y el tiempo, se conservaban algunos trozos intactos y el dibujo que lo decoraba, el cual consistia en grandes rombos, que formaban una complicada greca de recuadros. El fondo lo constituia una argamasa de cal, y los dibujos eran hechos con pedacitos cuadrados de már-

mol, blancos, morados y negros, del tamaño y forma de dados.

Confirma la antigüedad de estos restos el hecho de haberse encontrado en 1540, al edificarse la parroquia de Santa María de la Suncion, grandes cimientos antiguos, una ara ó altar gentílico y un gran pozo socavado en peña viva, de más de diez estadios de hondo, y con una escalera que dando vueltas por el interior llegaba hasta el fondo, y cuyo pozo se cegó para proseguir la obra de la iglesia; y que en vista de los grandes vestigios de edificios que se vieron en aquellos alrededores, creíase que allí existió un templo ó fortaleza.

En el término de dicha villa y en el camino del Puerto, cerca de Cantagallo, y á orillas del riachuelo que corre á media legua de distancia de la poblacion, haciendo el desmonte para la explanacion de la carretera, se descubrieron varios sepulcros romanos, cuyos costados eran de sillares, y las tapas de lajas marinas ó barro cocido. Algunos objetos de barro se hallaron en su interior, como lamparitas y lacrimatorios, que fueron destruidos por los trabajadores, y varias monedas antiguas, de excelente conservacion. Una de ellas de Constantino Magno, con esta inscripcion: URBS ROMA: en el reverso la loba dándoles de mamar á Rómulo y Remo: en el campo dos estrellas y palma, y en el oxergo P. CONS. En años anteriores se han encontrado en este término y en los campos cercanos á Baños, repetidos testimonios de la exhuberante poblacion que colonizaba nuestro suelo. En Hervas, monedas, cimientos de edificios y trozos de vías públicas empedradas. En el puente de Romanillos, sepulturas y restos de una alfarería romana con multitud de tiestos, de ánforas, jarros y ladrillos.

Próximo al manantial existia una bonita y antigua ermita denominada de *Santa María Egipciaca*, edificio construido en tiempo de los godos, todo él de restos romanos, pues en sus portadas y en todos sus extremos angulosos habian aprovechado siete sepulcrales y tres votivas dedicadas á las diosas de las aguas en recuerdo de los enfermos curados en las Thermas. Rodeaban á esta ermita un centenar de casas que constituian un barrio denominado hasta el siglo XVI de la *Alberguería*, esto es, de los *mesones* ó *posadas*, para albergar ó dar hospedaje á los pasajeros y enfermos que venian á tomar las aguas.

Y en el mismo sitio del manantial se descubren vestigios antiguos que acreditan haber existido allí suntuosos edificios para el uso del baño y varios trozos de la antigua *Vía-lata*, cuyos mojones de piedras cilíndricas se descubren de trecho á trecho. Uno de éstos existió en el patio de la fuentecilla hasta 1842 con inscripcion dedicada á Trajano; mas la ignorancia ó inadvertencia le destruyó y enterró entre los cimientos de la obra que por entonces se hacia. Otras cuatro miliarias existen hasta el Puerto, una de Trajano, otra de Neron y dos de Severo.

Desde últimos del siglo pasado el edificio balneario se mejoró, gracias á la prodigalidad de tres Obispos. El Sr. Laso, que lo era de Plasencia, agradecido á la bondad de las aguas, hizo en 1784 las obras de la bajada al pueblo por la carretera vieja, construyendo una preciosa calzada de más de 10 kilómetros, obra que le costó 220.000 rs., sin contar 38.000 que gastó en el puente de Magdalena. En los desmontes más próximos á Baños se hallaron varias sepulturas romanas, pedazos de huesos humanos y monedas augustales y consulares.

Las obras del Obispo Laso fueron continuadas por otro Prelado, tambien de Plasencia, llamado Porras, en 1797.

Habia desaparecido toda indicacion de edificio en el depósito de las aguas *Thermales*. No existía por entonces más que una charca hedionda y pantanosa, y el Obispo recogió todas las aguas en un solo depósito, que encerró en la pila central que hoy existe, construyendo tambien la media naranja abovedada, de solidez extrema, debajo de la cual hizo dos pilas, una la que lleva su nombre y otra costeada por los Olleros de Béjar, amén de una general para hombres y otras dos para mujeres. Raquítico era el establecimiento, pero suficiente ya para la concurrencia que le visitaba.

En 1806 el Chantre de la catedral de Plasencia, el Sr. Bencomo, continuó la obra del Obispo Porras. Bencomo fué confesor del Rey Fernando VII, Obispo de Canarias y Arzobispo *in partibus* de *Heráclea*, ciudad importante del Asia Menor, á orillas de Ponto Euxino. Fué capital de Tracia en la invasion administrativa del Imperio Romano, y hoy se denomina *Herekel.*

Este piadoso Prelado, reconociendo la necesidad de un buen establecimiento en Baños, amplió las obras de Porras, construyendo una galería estrecha y pequeña, dotando de pilas el establecimiento, y cuando acopiaba material para ensanchar el local sobrevino la guerra de la Independencia, que paralizó sus proyectos.

Y de esta manera, la obra de los romanos ha sido restaurada pobremente y conservada hasta nuestros dias para bien de la humanidad doliente. Al edificio se entra por un patio plantado de álamos y chopos, tiene su portería espaciosa, salon de consultas, galería de espera, y en el centro de ésta una escalera por donde

se desciende á los departamentos donde se toma las aguas.

Dolores bajaba aquellas escaleras apoyada en el brazo de Rafael y seguida del médico del establecimiento.

Los bañeros nos aguardaban para servirnos. Rafael se quedó en la pila de los Olleros; yo en la del Obispo Bencomo, y Dolores, acompañada de la bañera, se fué al nuevo departamento de la galería grande, entrando al núm. 7, donde una hermosa pila de trasparente mármol, llena de humeante agua, le incitaba á sumergir el cuerpo entero.

No sé que tienen las aguas sulfurosas thermales que siempre repugnan. El olor que exhalan, el humo y el gas que produce dan en la nariz cierto tufillo á huevos podridos que nadie se resigna á sufrir sin alguna protesta.

Veamos ahora la condicion de estas aguas, que no es de lo más insignificante en nuestro libro.

CAPÍTULO XXI.

Las aguas minerales de Baños.

Las aguas estaban á 33° sobre cero del termómetro Reaumur. Un baño á esta temperatura en pleno mes de Enero no es desagradable nunca para nadie. El agua á la salida del manantial es perfectamente incolora y diáfana, de un olor y sabor pronunciado de gas sulfhídrico, su peso específico á la temperatura de 26° y presion barométrica de 27 pulgadas, es igual á la del agua destilada. Cuando el aire actúa sobre una porcion de agua, ésta pierde lentamente su sabor y olor y queda reducida á un agua potable. Apenas se notan partículas de azufre cuando la accion del aire se ejerce en pequeñas porciones de agua; pero si se la observa en grandes cantidades, entonces se presenta unas veces azulada, otras veces verdosa y otras opalina, debiéndose estos triples colores á la precipitacion del azufre procedente de la descomposicion del gas sulfhídrico, que tiene lugar cuando el agua pierde de temperatura, cuando despues de esta pérdida, si permanece clara, se agita, como acontece cuando está clara en el baño, y se pone opalina al entrar en ella la persona que

se baña. En el fondo de los baños aparecen la sílice, magnesia y mica en forma de tenuísimas arenas. En sus asientos y paredes se halla adherida una sustancia glutinosa, espesa, bastante abundante algunas veces, que desecada y quemada huele á azufre. Esta sustancia es sin duda la que combinada con el agua la comunica la suavidad y blandura que tiene al tacto algunos dias.

La plata se ennegrece al contacto con estas aguas, y á veces solo con la atmósfera del baño. Los grifos de hierro que sirven para tapar los conductos del desagüe se les ve cubiertos de un sedimento negro como las heces de la tinta. Los caños de hierro tambien ennegrecidos, como los tubos de zinc y de lata, y las planchas de estos mismos metales se corroen é inutilizan bien pronto. Esta agua, así fria como caliente, disuelve bien el jabon y cuece las legumbres. Fluye constantemente en todas las estaciones, observándose, sin embargo, un flujo y reflujo diario, como suele suceder, segun opinion de algunos naturalistas, con las que vienen de grandes profundidades ó tienen comunicaciones más ó ménos espeditas con las aguas de los mares. No me es posible asignar la causa de este flujo y reflujo que se observa diariamente y que no guarda relacion con el flujo y reflujo del mar ni con las fases lunares. Se ha notado que casi siempre duraba el reflujo cinco horas; que si un dia empezaba á las ocho de la mañana y concluia á la una de la tarde, el siguiente empezaba á las nueve para terminar á las dos, y así va retrasando cada dia una hora. Estas observaciones, que Dolores ha practicado con mucha atencion, están conformes con las relaciones que del mismo fenómeno me han hecho algunos dependientes muy antiguos del Establecimiento.

El análisis de estas aguas no deja de ser curioso. La componen los siguientes minerales:

Gases.—Acido sulfhídrico y ázoe ó nitrógeno.

Sales.—Sulfato sódico y mangánico. Cloruro sódico, cálcico y magnésico.

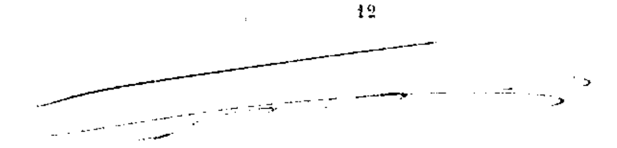
Acidos.—Acido silícico y fosfórico.

Oxidos metálicos.—Oxido sódico, potásico, ceroso y lítico.

Materia orgánica azoada.

Explicaré mejor este análisis. Puestas á evaporar 200 libras de agua, ésta permaneció durante la operacion perfectamente trasparente, exhalando gas sulfhídrico, que fué disminuyendo á medida que adelantaba la evaporacion, y desapareciendo completamente al llegar el líquido á 160 libras próximamente; continuando sin alteracion alguna la evaporacion hasta las cuatro libras, época en que se presentó una película perfectamente trasparente y de aspecto grasiento. Concentrada hasta dos libras, se la dejó en quietud durante diez y siete horas, y retirando el fuego de la hornilla para ver si se conseguia que cristalizase, lo que no tuvo efecto, resolvióse entonces llevarlo á la desecacion, notando que á medida que se concentraba tomaba un aspecto particular y diferente de todos los que presentan las disoluciones salinas, y al propio tiempo dejaba depositar una sustancia en forma de gelatina. Este resíduo pesó 412 granos: se presentó lustroso, suave al tacto, de textura luminosa y como envuelto en una gelatina, de sabor perfectamente alcalino y completamente inodoro; soluble en parte en el agua destilada, lo mismo que en el alcohol, y en los ácidos, en los que producia efervescencia y enverdecia las tinturas azules vegetales. Sometido este resíduo á diferentes trata-

12



mientos, se ha podido deducir de ellos que estaba compuesto de las sustancias siguientes:

Acidos.—Acido silícico fosfórico.

Oxidos.—Oxido sódico, potásico, ceroso y lítico.

Sales.—Sulfuro sódico, potásico, mangánico y ferroso (en una cantidad casi imperceptible). Cloruro sódico, cálcico y magnésico. Carbonato potásico.

Materia orgánica azoada.

Unidos á estos componentes los flúidos aeriformes. ácido sulfhídrico y ázoe, tendremos la composicion total de estas aguas. Debiendo advertirse que la presencia del carbonato de potasa es puramente peculiar al resíduo de la evaporacion, pues en las aguas no se observa, debido sin duda á la descomposicion de parte de la materia orgánica por la accion del fuego y oxígeno atmosférico, ó del aire á ácido carbónico. La sal ferrosa existe en las aguas en una cantidad sumamente pequeña; tanto, que no hacen los reactivos más que insinuar su presencia, pero de un modo poco neto.

Estas aguas, por su composicion y temperatura corresponden á las sulfuro-alcalinas termales. Obran en la economía, produciendo una excitacion saludable, ya sobre la mucosa gastro-intestinal si se toman en bebida. ya sobre la piel si en baño; promoviendo las evacuaciones de vientre cuando se toman en bebida á la temperatura de 24 á 26° del termómetro de Reaumur, particularmente en los sujetos de temperamento nervioso, y algunas veces extreñimiento en los de temperamento sanguíneo con idiosincrasia gastro-hepática, produciendo sudores á mayor temperatura y despues del baño caliente; á veces una erupcion miliar y prurito, que suele ser de buen agüero, estimulan los órganos de la secrecion de la orina y los genitales, aceleren la

pulsacion y ponen la piel blanda, suave y encendida.

Pueden usarse estas agues en bebida, baño general ó parcial, embrocaciones, riego, vapor, chorros ascendentes, descendentes, horizontales en diferentes volúmenes y alturas y en váriadas temperaturas; tambien pueden usarse los embarros ó lodos en unturas á la piel. La facilidad de usarlas en tan distintas formas y temperaturas hace que se puedan utilizar en un gran número de enfermedades, acomodándolas al génio ó carácter de las dolencias, edad, temperamento ó idiosincrasia de los enfermos, y finalmente á la antigüedad y profundidad del mal. Así es, que han sido útiles en una multitud de afecciones crónicas; pero en las que más constantes y ventajosos efectos han producido, ha sido en las reumáticas y herpéticas.

Las aguas de Aspan, Tungri y Campos de Calatrava tienen en su temperatura usos higiénicos y terapéuticos bastante análogos, y se diferencian no obstante en algunas de sus cualidades. Las de Aspan hacen el terreno estéril, las de Calatrava lo vuelven fecundo, y dan, como las de Puerto-Llano, á las frutas y hortalizas buenas cualidades. En las fuentes de Aspan y Tungri se han encontrado varias sustancias metálicas: vitriolo, alumbre, hierro, cobre; en las de Puerto-Llano no se encuentran más que una ú otra vez estos minerales en dósis refractísimas y de los más sencillos.

A las tres y media habíamos terminado el primer baño, y nos dedicamos á recorrer todo el establecimiento. El manantial es un pozo cerrado, que se ve levantado en el centro de una anchurosa area, vertiendo sus límpidas y abundantes aguas por seis caños de bronce en un gran estanque colocado bajo la bóveda central del antiguo edificio construido por el Obispo

Porras. Hay pilas de mármol blanquísimo y de piedra de grano, aisladas en habitaciones independientes, y tambien hay pilas mayores para los baños generales de las gentes que pagan ménos. En sitios distintos existen otras pilas para las enfermedades contagiosas.

Se puede tomar el agua en uso interno y externo, ya local, en forma de vapor ó en chorro, á diferentes alturas, direcciones, volúmen de agua y corriente más ó ménos precipitada. Indudablemente, un baño de vapor hace desaparecer un mal que se resiste á la accion de muchos tomados en general, y que en forma de duchas ó embrocaciones se muestran ineficaces y se destierran los accidentes con solo variar la direccion, el volúmen, la altura y la corriente de los chorros ascendentes ó descendentes.

En la travesía que recorren las aguas desde el depósito á las pilas se cria una especie de lodo que puede aplicarse como sustancia medicinal de estimable eficacia. Esta sustancia se presenta en forma de nata sobre el agua, de vario colorido y mezclada de arena, mica, sílice y otros principios minerales que forman unas capitas blancas y tornasoladas, filamentosas, que se conservan por mucho tiempo sin alterarse apenas, sirviendo al tiempo de recogerse y mucho tiempo despues para las curaciones herpéticas, erisipelosas y afecciones de la piel, úlceras, herpes, etc. A juicio de Dolores, que examinó estas escrecencias de las aguas, tienen más principios constituyentes mineralizados que las aguas brotadas de manantial, pues este jabon vejeto-mineral, analizado en proporciones cualitativas y cuantitativas, proporciona tres partes más de las sustancias del agua.

Despues de recorrer todo el establecimiento, bebi-

mos un vaso de agua, tomada á chorro del pilon, y á las cuatro de la tarde nos retirábamos. Entre el establecimiento balneario y nuestro hotel hay un lavadero, donde las jóvenes del pueblo acuden á limpiar las ropas súcias. Aquella agua es la que vierten los baños, y sale á 29° Reaumur. La carretera que atraviesa las huertas amenas, los arbolitos que custodian las pequeñas casitas que se ven en todas direcciones, la ermita en lo alto de la sierra cercana, el horizonte estrecho, pero alegre, los pájaros saltando de rama en rama, y las muchachas que paseaban la carretera jugando con los zagales, con la inocencia en que se vive en la aldea, formaba un cuadro sorprendente, propio para Melendez Valdés. Cuando entrábamos en el hotel, las lavanderas cantaban alegremente al son de un guitarrillo tocado por mano inexperta. Poco despues, debajo de los balcones de nuestro hotel, un corro de muchachas bailaban alegremente, mientras otras cantaban canciones populares tan bonitas como éstas:

Esclavo de unos ojos
fuí largo tiempo;
pretendia favores,
logré desprecios.
Y en mi desgracia,
ni aun me queda el alivio
de la esperanza.

—

¿Qué te han hecho mis ojos
que no los miras
con aquel cariñito
que tú solias?
Por ser tú tan mirado,
quieren casarme;
¡fuego de Dios en hombre
que es tan cobarde!

Las muchachas se fueron dispersando, las voces se alejaron, y pronto las sombras de la noche se venian extendiendo sobre los celajes tornasolados que coronaban las sierras vecinas. El caracol del que guardaba puercos se oia resonar desde las esquinas de las calles próximas. Los pastores encendian mil luceecitas en los montes lejanos. Eran las lumbres, las hogueras para calentarse y para ahuyentar á los lobos. Baños es un pueblo de poca agricultura. Su riqueza está en el ganado que cria en los montes. Y ya se sabe que la vida pastoril disminuye la agricultura, porque el cayado y la bocina retiran el trillo y el arado. Donde el esquileo aumenta, el arte agrario fenece.

Pensando de esta manera, hablando con Dolores y con Rafael de la vida de la aldea, nos sentábamos á la mesa, cerca de una gran chimenea donde las llamas consumian unos gruesos leños de encina, al chisporreteo de las áscuas, que despedian pequeños meteoros, pequeñas estrellitas doradas, imperceptibles luminarias que han sido la fantasía creadora de más de un génio y han hecho soñar á más de un enamorado.

CAPÍTULO XXII.

La fiesta del gaitero.

El 6 de Enero amaneció claro y sereno, sin nubes en el cielo y con muchas jóvenes bonitas por las calles de Baños.

Lector, ¿te gusta un capítulo que comienza así? Desde luego se comprende que nada en él habrá triste.

Esto, cuando ménos, tiene la ventaja de que el que nos lea no ha de llorar como con los espelusnantes dramas de las novelas francesas que nos han importado algunos malos traductores de esos libros de á peseta.

Decia, pues, que el 6 habia amanecido claro y hermoso.

Desde el dia anterior se susurraba por el pueblo de si el alcalde habia ó no mandado llamar á Diego Gonzalez Parra, cabrero de oficio y músico (hasta cierto punto) de aficion.

Habia ido á llamarlo el zapatero del pueblo, persona muy importante por su popularidad y buen nombre que gozara entre todas las clases por su festivo humor y las chanzonetas que se permitia á cada momento con cualquiera que medio le saludara.

El zapatero era, puede decirse, una verdadera potencia en Baños. Sin él no se decidia nada. Y mirado bien habia algun fundamento para guardarle tanta consideracion.

El maestro zapatero era todo un aprendiz de filósofo, cuando se metia á razonar en la barbería con las gentes del lugar. Sus palabras eran pensamientos acabados.

Hé aquí algunos de éstos, condensados en una sola línea.

No hay lezna más punzante que la lengua de un hablador.

El mejor tacon del mundo fué el que hacia partir piedras á los vagos.

La mejor forma, es la formalidad.

El mejor martillo para aplastar á un malvado, es su propia cónciencia.

El zapato más pequeño es aquel con que nos bautizamos, y el más grande con el que nos entierran, ambos se asemejan en que se gastan con la suela limpia.

Cuando se excedia, abusando del vino, que era casi todos los dias del año, su imaginacion se exaltaba y hasta llegaba á componer versos. Pero no estaba en caja si no filosofaba como Descartes ó como Platon, y á su manera decia alguna sentencia profunda.

Una tarde salió de casa gritando:

—¡Viva el vino!

Andaba unos cuantos pasos, se detenia en una esquina y volvia á gritar:

—¡Viva el vino!

El Alcalde se paseaba con el Cura por la plaza á la sazon que el buen zapatero gritaba como un energúmeno, y le pararon diciendo:

—¿Por qué tanto entusiasmo por el vino?

—¡Ah!... El buen vino cria buena sangre.

La buena sangre cria buenos humores.

De los buenos humores salen las obras buenas.

Las obras buenas conducen al cielo.

Luego el buen vino debe conducirnos derechos al paraiso.

¡Viva el buen vino!... ¡Viva el buen vino!... repetia una y mil veces el alegre discípulo de Baco, maestro que tambien era del tamborilero.

Pero ¿quién era este músico popular tan renombrado en Baños?

Era una celebridad contemporánea; un Arrieta; un Gaztambide, un Oudrid para los aldeanos extremeños. Tiempo es ya que describamos á este tipo de aldea.

Diego Gonzalez tiene su casa abierta en el vecino pueblo de la Garganta, á donde habia nacido en 1837, para bien de las muchachas del lugar. Cuando lo llama el Ayuntamiento de Baños era señal de que se trataba de algun regocijo público. El 6 era la festividad de Reyes. Bastaba esto para justificar, en parte, la venida de Diego Gonzalez; pero además, y esto era lo principal del suceso, habian ofrecido á Dolores proporcionarle el gusto de ver algo de las costumbres peculiares del país.

La venida, pues, de Diego Gonzalez á Baños era un acontecimiento de alegría para todas las muchachas del pueblo, porque era señal fija de bailoteo en la plaza y en la carretera.

Representa Diego Gonzalez para Baños lo que Balfe fué para la Francia, lo que eran Salari y Sacchini para los excéntricos filarmónicos de Italia, lo que Verdi fué para París, lo que fueron Meyerbeer y Mozart para Ber-

lin, lo que el inmortal Donizzeti fué para Roma y lo que Gluck era para los amantes de la armonía.

Porque Diego Gonzalez con su tambor colgado de la cintura y su gaita en la boca no era como la vulgaridad de los tamborileros que se conocen en los pueblos de Extremadura y de ambas Castillas. Tenia tal gracia, tal aire particular en aquella mano para dejar caer el palillo sobre el tambor, y recogia tan admirablemente el eco de su favorito instrumento de percusion, con las notas casi poéticas de su popular gaita, que á la verdad, y si hemos de creer á los más conocedores de la música gaiteril y tamborilera, como el inmortal músico de la Garganta no se conoce otro en los pueblos de 30 leguas á la redonda.

Por supuesto, que la figura de Diego Gonzalez no acompañaba á su habilidad artística. El desgraciado era como Lord Byron, zambo, y como Camõens, tuerto; su pierna izquierda, cuatro dedos más corta que la derecha, parecia al arco de un violin; su nariz larga y aporrada como la de Cárlos III; su boca grande como espuerta de petitorio en un convento franciscano, y sus ojos chicos como la conciencia de un usurero. Al andar, hacia mil genuflexiones, que bastaria la más pequeña á provocar la risa de un oidor de Audiencia ó de un alcalde de casa y corte.

Cuando el dia 6 abrimos los balcones de nuestro hotel y vimos bajo de ellos á todas las muchachas del pueblo bailando en grupos al son del tambor y la flauta de Diego Gonzalez, sentimos cierta alegría que no se puede expresar. A los que no conocemos la vida de aldea estos cuadros nos llenan de confusion. Dolores contemplaba aquellos grupos mirándolos por sus anteojos de campo. Rafael bajó á tomar una parte activa en la fiesta

de las aldeanas, y apareció bailando con unas y otras.

Dirigia todo aquel concierto un señor alto, moreno, grueso, de bigote cano, que de cuando en cuando daba órdenes y dirigia, con su paraguas de algodon en la mano, á los que se extralimitaban. Era aquel Sr. D. Ramon Regidor y García; la alegría de Baños, el guia de todos los bañistas, el amante de todos los forasteros y el que habia preparado aquella agradable sorpresa á Dolores Walke, como testimonio elocuente de la admiracion que sentia por su talento. En conjunto, aquel cuadro era arrebatador.

Cuatrocientas ó más muchachas con refajos encarnados ó verdes hasta media pierna, medias azules ó blancas, zapatos escotados y con lazos de seda negra, con un pañuelo al cuello, cruzadas sus puntas por el pecho y atadas á la espalda, con largas cintas entre las trenzas del cabello y unas castañuelas repicando entre los dedos, y todas juntas bailando con los mozos al son de la música tamborilera, formaban un conjunto indescriptible.

Pero el baile aquel es raro, es original, como no se ve en ninguna otra parte. Consiste en una especie de *fandango,* que no es talmente *fandango* por los saltitos que dan las parejas y porque no se cambian éstas ni se vuelven con la frecuencia que en el indicado baile.

Pero, *fandango* ó lo que sea, es un baile bonito, más raro que la jota aragonesa, más honesto que el jaleo sevillano, más sério que el zortzico del Norte y ménos monótono que las manchegas de Miguelturra y que las danzas de nuestras *cursis*.

De tarde en tarde cesaba la música y descansaban las parejas. Entonces una enorme bota de vino se vaciaba en una jarra que llevaba un satélite de Diego Gon-

zalez y bebia éste, bebia aquel, bebian todos con expansiva alegría.

La fiesta, pues, se inició á la puerta de nuestro hotel, porque á la verdad estaba dedicada á Dolores, y por ella bailaban y tocaban en Baños aquel dia, ni más ni ménos que si fuese el del Cristo del lugar.

Por lo regular las muchachas extremeñas son graciosas, buenas mozas, morenas, de ojos negros y de rica cabellera. Tienen la gracia árabe de las andaluzas y el porte gallardo y el aire noble de las castellanas.

Dolores queria reconocer en cada tipo, en cada fisonomía, en cada cuerpo, en cada pié de aquellas muchachas el aire peculiar de la mujer del país. Y en efecto, que para conocer, para estudiar á la mujer, basta, segun Cuvier, el rasgo más pequeño de su rostro, y segun Dumas, la manera distinta que cada una tiene de andar. Parécenos que no piensan mal los dos, el científico y el novelista, porque está averiguado que la mujer que anda de talones echando la casa abajo tiene un génio que el demonio que la resista: dengosa, fastidiosa y *súpita*.

La que anda de puntillas es celosa, curiosa, viva, impresionable y algunas veces impertinente.

La que anda con toda la planta del pié es reposada, alegre, risueña y de buen carácter.

La que lleva las puntas de los piés para adentro es maliciosa, encogida y poco sincera.

La que los lleva para afuera, andando de revoleo y con desenfado, es marisabidilla, capaz de plantarle una fresca al lucero del alba, muy abierta de genio y más corredora que una yegua normanda.

La que va por la calle metida de estómago y encogida de hombros es capaz de comerse una ternera, y de

negar hasta que el sol da luz (esto en castellano quiere decir embustera.)

La que anda sacada de pecho y metida de cintura es dominante, engreida, y no recibe impresiones por nada ni por nadie.

La que lleva la cabeza agachada, mirando al suelo, está dispuesta siempre á engañar á su padre, á su madre y hasta á sus hermanos.

La que la lleva levantada y echada hácia atras tiene la cabeza llena de humo y el corazon lleno de estopa.

La que se balancea andando á un lado y otro, no conoce la modestia ni por el forro.

La que va mirándose la cola, el pié, las mangas, los hombros y la punta de las narices, poniéndose vizca, es tonta de capirote y no sirve para nada.

La que anda con aire regular, mira cuando es menester y sin fijarse demasiado, no va de prisa ni despacio, ni derecha, ni encorvada, ni lleva en sus trajes muchos pelendengues, ni va á tientas para quedarse en el escalon, ni rie á carcajadas en la calle, ni va tan séria que asuste, es modesta, dócil, complaciente, delicada, pudorosa y honesta.

Pensando en estas definiciones estábamos apoyados de pechos en el balcon de nuestro hotel, cuando nos avisaron para almorzar.

Las muchachas habian ido poco á poco desfilando en direccion á la plaza, siguiendo al intrépido Diego, que no hacia callar su tambor por nada del mundo, y á su adlátere Juan Mediante, que de trecho en trecho hacia correr el jarro de unas á otras manos, desocupando así la bota que llenaba á cada hora en la casa más cercana; porque eso sí, y para honor á la liberalidad de los viticultores del pueblo, en dias de baile público todos los

cosecheros se disputan el honor de dar vino al del tamboril.

Apenas nos sentamos á la mesa, la criada nos presentó una carta qúe habia traido á casa el cartero.

Venia con sobre para Dolores, y segun la indicacion del sello procedia de Francia.

Al abrirla Dolores dió un grito de alegría, y dirigiéndose á Rafael, exclamó:

—Mi buena amiga, mi compañera de colegio, Lucilia Vardien, me escribe de la antigua Turena, en el departamento de Indrey-Loira... ¡Qué buena es Lucilia!

Habia en esta exclamacion de Dolores la expresion más cariñosa que la amistad guarda en la ausencia para con los séres más queridos.

Comia Dolores repasando la carta y meditando, al parecer, sobre su contenido.

Rafaél la observaba cuidadosamente.

—¡Qué buena es mi amiga Lucilia! repitió nuevamente Dolores.

—¡Parece que no hay otra mejor en el mundo! replicó Rafaél.

—Las habrá, no lo dudo; pero mejor amiga mia no, añadió Dolores. Lucilia me lleva cuatro años, es muy rica, y hoy es ya feliz. Os voy á contar una historia curiosa, donde jugó ella un principal papel.

Y mientras comíamos nos referia lo siguiente:

En un castillo de la Turena vivia en una paz octaviana un jóven matrimonio.

Poseedores de una fortuna bastante crecida, parecia que todo les era favorable y que la felicidad habia anidado en aquella casa.

Trascurridos seis años, el marido empezó á organizar cacerías en los bosques que rodeaban el castillo, á

las que concurrian su esposa y tambien un jóven, bizarro capitan de húsares llamado X.

Entre ojeo y ojeo se le iban los ojos al capitan, y no era lo malo que se le fueran, sino que á veces se encontraban sus miradas con las que á hurtadillas se permitia dirigirle la compañera del dueño de la finca.

A fuerza de mirarse entraron en deseos de hablar, y como el deseo es mal consejero, aprovecharon un momento de descanso, y el capitan se acercó al caballo de la dama para explicarle el por qué de sus miradas.

No habia llegado al pié del caballo, y cuando se habia colocado en la actitud rendida que requeria el argumento de lo que sin duda pensaba decirle, se presentó el marido de la cazadora.

En dos saltos se puso al lado de la pareja.

Llegar, abofetear al oficial, batirse con él y dejarlo tendido en tierra bañado con su propia sangre, fué obra de pocos momentos.

La dama, testigo de tan violenta escena, se desmayó.

Cuando volvió de su desmayo, estaba en un salon del castillo. Su marido, en actitud meditabunda, acariciaba un frasco de cristal raspado.

Cuando su esposa abrió los ojos recibió en la cara un líquido que la quemó la vista y que hizo arder sus mejillas.

Los dolores eran agudísimos y el ardor crecia por momentos.

La dama pensó en el vitriolo y fué acometida de un nuevo desmayo.

Cuando volvió en sí, se admiró de no haber perdido la vista.

El marido, sorprendido de su arrebato, la cuidaba con sumo interés, y para evitarle el disgusto de ver su

bello rostro desfigurado, habia cubierto todos los espejos.

Con el trato contínuo de los dias de la enfermedad se despertó de nuevo en la esposa el amor á su marido, y cuando pasó algun tiempo estaba casi resignada con su suerte.

Algunos dias despues le entró curiosidad de ver cómo habia quedado.

Pidió licencia á su marido, y despues de muchas precauciones, se fué descubriendo un espejo, con la emocion consiguiente para la enferma.

Cuál no seria su sorpresa al verse tan hermosa como antes del suceso.

Su marido la dió entonces la clave del misterio.

Le habia devuelto susto por susto. En lugar de vitriolo le habia arrojado espíritu de vino, que le curó de sus deseos por hablar con los cazadores.

No he de deciros ahora, añadió Dolores, que la protagonista de esta historia es Lucilia, pues supongo que lo habreis adivinado.

—¿Y Lucilia ama verdaderamente á su esposo despues de esta brusca escena? dijo Rafael.

—Sí, amigo mio, replicó Dolores; los dos se aman como el primer dia que se casaron, porque los dos tambien comprenden que hay más nobleza, más verdadera grandeza de alma en perdonar que en vengarse.

La venganza es el placer de las almas bajas, y como la piedra de maldicion, vuelve tarde ó temprano contra el mismo que la arroja. Además, la venganza no difiere del ultraje sino por el órden del tiempo. El que se venga, no tiene otra ventaja que la de ser segundo en obrar mal.

El marido de Lucilia habia tomado otra venganza

más noble contra la imprevision de su mujer. No asemejarse á su infidelidad. Vengarse de ella seria, por otra parte, una vil accion, porque usar de venganza con el más fuerte, es locura; con el igual, es peligroso, y con el menor, es vileza.

—Muy bien, muy bien, añadió Rafael.

—Creo que el marido de mi amiga obró muy cuerdamente, replicó Dolores.

—Segun y cómo, dijo Rafael, yo creo que la venganza en él era de rigor...

—¡Jamás tal absurdo!... la venganza es siempre contraria á la humanidad, por más que parezca conforme á la justicia. ¿No lo comprendeis así, Rafael?

—Todas estas reglas no caben entre el amor. Además, cuando se ofende á un marido, la venganza es el agua del Jordan que lava todo lo malo.

—Mejor agua es la del perdon.

CAPITULO XXIII.

Lo que es Baños de Baños.

A las tres regresábamos del baño. Rafael habia venido del Casino cargado de un gran ramo de flores para Dolores; flores que le habian costado un paseo de más de cuatro kilómetros. Conviene decir aquí, para que el lector lo sepa, pues ya es tiempo de decírselo, que Rafael comenzaba á sentir algo más que amistad por Dolores. Pensaba en ella á cada momento, queria verla siempre, buscaba la oportunidad de complacerla. Esto parecia amor.

Amarse dos jóvenes, no es extraño, y á la verdad que ninguno podia estar al lado de Dolores sin quererla primero, sin amarla despues. El amor de impresion, del momento, ese amor que nace en un baile, en el wagon de un coche del ferro-carril, ó en la butaca de un teatro no es amor verdadero, porque no dura más que un dia.

Dolores cogió el ramo que le ofreció Rafael y lo distribuyó entre los jarrones que tenia sobre la cómoda de su cuarto, mientras las muchachas volvian á la carre-

tera, precedidas del tamborilero, para despedir el dia, y esperar la noche repicando las castañuelas en la mano.

Aún no habiamos visto el pueblo. Estábamos en él tres dias y no conociamos sus principales calles, sus templos, sus plazas. Esto, en viajeros de cierta índole investigadora, era imperdonable. Sin regresar al hotel, emprendimos una visita por todo Baños. Rafael abria el camino del brazo con Dolores. A nosotros nos acompañaban el Alcalde y el Médico. Digamos al lector algo de nuestra visita por la poblacion.

Tiene baños cierto aspecto que le asemeja á los pueblos de las montañas Helvéticas. Asentado todo él sobre la meseta inclinada de un cerro, sus casas con aleros salientes, y la variedad de aquellas construcciones rústicas; sus calles estrechas, tortuosas y sin rasante ni concierto, que las regularice, ofrece todo un conjunto agradable, que choca más á los que vivimos en ciudades en que las construcciones modernas han hecho las calles iguales, iguales las casas, iguales las fachadas, por un diseño los balcones, á una medida las portadas y con iguales molduras los adornos exteriores de huecos y esquinazos. En Baños, por el contrario, no hay dos calles iguales, ni dos casas que se parezcan. La plaza de la Huelga no tiene nada de comun con la del Arenal, ni ésta con la de la Alberguería.

En lo antiguo habia en Baños dos pueblos distintos, divididos por el rio Ambró. Llamábase el uno *Baños de Montemayor*, que era la poblacion enclavada del lado allá del rio, y donde tenian su señorío y poder feudal los Duques de Monte-Mar, antes Condes de Trastamara. Llamábase el otro *Baños de Béjar*, y estaba situado del otro lado del rio, y pertenecia á la jurisdicion del Du-

que de Béjar, Marqués de Benavente, hoy Duque de Osuna.

En 1644 se unieron ambos pueblos, formaron un solo Ayuntamiento, y diéronse el nombre que hoy tiene: Baños.

Desde entonces viene el mejoramiento de la poblacion.

En 1646 se hicieron las obras de canalizacion del rio; los cuatro puentes de piedra que hay sobre él; las fuentes, y se comenzó la construccion de la parroquia de Santa Catalina de Sena, que aún tiene su torre por terminar.

La parroquia de Santa María de la Suncion es sin disputa el edificio más notable del pueblo y el más antiguo tambien. Se comenzó en 1547 y se terminó veintinueve años más tarde, en el de 1567. Su fábrica es elegante, su torre muy hermosa, rara, singular, por su extraordinaria arquitectura, con cuatro campanas y un reloj. En la base de dos caprichosas pirámides en que terminan las columnas que forman la portada principal, se lee muy claro, en signos de bajo relieve, en una «Año» y en la otra «1567.» Sobre dicha portada existe tambien una inscripcion latina que expresa la dedicacion del templo.

Hay una circunstancia curiosa entre estas dos parroquias. La de pertenecer la primera al obispado de Plasencia y la segunda al de Coria, pues los dos Prelados tienen jurisdiccion en Baños, para mostrar, sin duda, la necesidad que hay de proceder en España á una nueva division eclesiástica.

No es esto solo en Baños. Existe igual anomalía en muchos pueblos de la Península.

La demarcacion de las diócesis españolas es de todo

punto irregular y no guarda la menor armonía con la division administrativa.

Ejemplos mil existen como el de Baños, de parroquias situadas dentro de una misma poblacion que pertenecen á distintos Prelados, como una de las parroquias de la ciudad de Zamora, la titulada de Santiago del Burgo, que corresponde al arzobispado de Santiago, y la de Santa Engracia en Zaragoza, que pertenece á la diócesis de Huesca.

Parroquias existen tambien que en la alternativa de años mudan de diócesis.

Galbarrul, Santa María, San Juan de Miranda, Oron, Sajazarra y Valverde, pertenecen en los años impares al arzobispado de Búrgos, y en los pares al obispado de Calahorra; y los llamados pueblos de Medinas, en el arciprestazgo de Medina del Campo, pertenecen á la diócesis de Avila, en los años impares, y á la de Valladolid en los pares, comenzando á contarse los años, para que todo sea irregular en este punto, el dia de Jueves Santo.

Dolores apuntaba todos estos detalles con la precision de un viajero inglés, entre tanto que nos dirigíamos á las dos ermitas situadas en las afueras, la una enclavada en la carretera de Plasencia, á un kilómetro del pueblo, sobre el terreno más pintoresco por su campiña, toda plantada de viñedo, huertos y olivares; la otra, edificada en las faldas del inmediato cerro, al O.-E. de la poblacion, y desde cuyo punto se descubre todo Baños, en el corte que forma el puente y su bajada, ofreciendo este sitio por su bella situacion unas vistas agradables y deliciosas.

Desde los muros de este templo hasta la entrada del pueblo, por la parte alta, se sostuvo en 1810 una encar-

nizada batalla entre españoles y franceses, cuando nuestra guerra contra Napoleon.

Despues de la derrota del Mariscal Víctor, en Talavera de la Reina, parte de su ejército se replegó por las márgenes derechas del Tajo, hácia Almaráz y sus comarcas, corriéndose despues hasta Baños. Aquí les esperó un ejército español al mando del Conde de España, cuyo ejército le componian 1.500 portugueses y 3.000 españoles.

Este ejército ocupaba el pueblo y toda la campiña de su puerto, ó sea la quebrada que conduce á Béjar. En 1810, al declinar una tarde triste como la guerra, se trabó un reñido combate con las numerosas fuerzas francesas, y cuyo resultado fué tener que tomar la retirada las tropas acantonadas, por la llamada sierra de Francia, replegándose á Ciudad-Rodrigo. Pocos meses despues cruzaron estos campos, destruyéndolo todo y quemando todo lo principal del pueblo, los ejércitos franceses mandados por los Mariscales Soult y Ney.

Funestas consecuencias de la guerra, en que se sacrifican pueblos y naciones por la soberbia de algun tirano, por la avaricia de algun dictador, ó por el capricho de algun imbécil.

Refiriéndonos el médico las peripecias que sufrió Baños durante el tiempo que las huestes invasoras le ocuparon, cruzábamos la carretera, pasábamos por el puente de hierro, construido en 1870, y regresábamos á nuestro hotel, donde nos esperaba una gran chimenea con gruesos leños ardiendo y una tertulia agradable y alegre de personas de la poblacion, todas ya íntimas con nosotros, casi de familia, porque la vida de la aldea no es la que se hace en la corte, donde apenas se conocen los que viven treinta años en una misma casa,

ni se hablan los que toman café en una misma mesa por espacio de largas temporadas.

La vida de la aldea es tan buena, que el que se acomoda á ella, vive como los ángeles del paraiso. Ciceron la elogia diciendo:

«En las grandes poblaciones se crea el lujo. El lujo produce la codicia. La codicia da nacimiento á la audacia. De aquí nacen todos los crímenes: las costumbres sóbrias y laboriosas de la vida agrícola, no los engendran. La agricultura enseña la economía, el trabajo y la justicia.»

Leyendo estas y otras máximas de Ciceron, despues de tomar café en la sobre-mesa, nos quedamos dormidos, ni más ni ménos que como duerme un político cortesano al acabar la tercera plana de *La Correspondencia de España.*

CAPÍTULO XXIV.

Impresiones del dia 7 de Enero.

Los pájaros cantaban alegres gorgeos, saltando sobre las flores que Dolores habia puesto la noche anterior en los balcones del hotel. El sol saludaba al 7 de Enero, ni más ni ménos que si fuese el 7 de Abril, ó el 7 de Mayo. Despertamos, pues, bajo la impresion de un dia hermoso, de un dia primaveral. Baños, no obstante, estaba triste, si se comparaba con el bullicio y la alegría del dia anterior. Apenas si cruzaba un alma por la carretera. Las muchachas no repicaban las castañuelas. El tamborilero se habia vuelto á guardar sus cabras al monte de la Garganta, y los mozalvetes estaban entregados á sus tareas cuotidianas. ¡Qué hermoso es el amanecer en una aldea! El canto de los gallos, el ruido de los carros que salen á la labor, los labriegos que cruzan en todas direcciones á emprender la tarea del nuevo dia, los pájaros cantando desde las ventanas y balcones, las golondrinas preparando sus nuevos nidos en el alero del tejado vecino, las copas de los árboles moviéndose al ligero vientecillo de

la mañana, todo, todo en fin, es nuevo, todo tambien es sorprendente.

Comparemos este cuadro con el que nos brinda Madrid al apuntar la aurora. Los barrenderos limpiando las calles, los de los carretones recogiendo la suciedad, las burras de leche trotando por todas partes y despertando á los que gozan de las delicias de Morfeo, las domésticas seguidas de sus cortejos, cruzando las calles en direccion á los mercados, los vendedores de á *real la pieza* estorbando el paso á los transeuntes y los carboneros interceptando la vía pública con sus romanas y sus descomunales serones de carbon. ¿A dónde está aquí la poesía? Despues de estos cuadros tan prosáicos, ni se logra en muchos dias ver el sol, ni aun se consigue saber de qué color es el cielo que cubre á tanta vulgaridad. Madrid, como París, no tiene bueno más que su sociedad, sus centros de cultura, sus establecimientos literarios, sus reuniones de teatros, sus conciertos musicales, sus academias. Fuera de esto, la vida de Madrid aburre, mata todas las ilusiones, seca el alma de todo aquel que busca en las creaciones de la naturaleza algo que le haga pensar, algo que le haga sentir.

Y sin embargo, Madrid, como París, tiene sus admiradores. Rafael suspiraba á cada momento por verse en el Prado, por su tertulia de la Cerveceria Inglesa, por sus conciertos en casa de la Marquesa X. Necesitaba estar al lado de la Dolores á cada momento para no huir de Baños en direccion á sus adoradas reuniones; necesitaba estar dominado por el amor que sentia en su pecho por aquella jóven tan bella, para permanecer un momento más entre nosotros.

Hemos dicho ya que el dia habia amanecido hermoso.

Dolores quiso buscar sensaciones nuevas en los

encantos de la naturaleza, y casi al romper el alba, acompañada de Rafael, se fué á trepar por las sierras cercanas, donde no se encuentra un solo árbol, ni se da buena vegetacion, pero en cambio se pueden hacer grandes investigaciones geológicas en las piedras, en los cortes de aquellas sierras y en las capas todas de aquel suelo tan accidentado.

Muy avanzada la mañana estaban de regreso en nuestro cuarto á darnos cuenta de su ascension á las alturas pedregosas.

Despues almorzábamos con el apetito de un maestro de escuela.

Nos sirvieron de segundo plato tortilla de espárragos silvestres. Para Rafael este plato era nuevo. Habia comido mucho espárrago, pero era del cultivado, del que se vende tan caro en Madrid, que tiene otro gusto al silvestre, más agradable al paladar, segun Rafael; más insípido, al decir de Dolores, que elogiaba los espárragos de Holanda, por su calidad muy superior á todos los que se cultivan y crian en nuestros campos.

Es el espárrago una excelente legumbre, que se encuentra silvestre en los campos labrados y en los terrenos pedregosos de monte. Se cultivan dos variedades: la *verde ó comun* y la *gorda-violeta,* que llaman los franceses de *Holanda,* cuya extremidad es rojiza ó color violeta. De pocos años á esta parte los cultivadores de Argenteuil han conseguidos nuevas variedades, que obtienen en el mercado de París mayor precio que la que se cultiva en Aranjuez. Todas ellas se deben á la entendida y constante perseverancia de los hortelanos de dicha localidad, y especialmente á los Sres. Lherault, cuyos notables resultados, respecto á los productos obtenidos por las simientes, han sido incostestables, así

como tambien el perfeccionamiento y mejora del cultivo de estas plantas.

Las mejores y más notables variedades son las siguientes:

1.ª *El espárrago temprano de Argenteuil*, mucho más grueso que el llamado de *Holanda*, de mayor producto y precocidad, lo cual es ventajoso para que en el mercado alcance mayor precio.

2.ª *El espárrago mediano é intermediario*, grande y hermoso, aunque no tan característico como los anteriores.

3.ª *El espárrago tardío de Argenteuil*, que es el mejor y más notable de los que hemos citado, no solo porque es el que da durante más tiempo mejor y más abundante producto, sino porque se obtiene mucho despues que los otros.

El espárrago se multiplica plantando sus *garras* generalmente por simiente, para la que se dejan en la primavera sin cortar los tallos más vigorosos, y cuando sus bayas estén bien maduras, lo que se conoce en su color rojo, deben secarlas al aire, guardándolas luego hasta el momento de la siembra, espurgándolas entonces en agua, y no sembrando otras que las que al caer en ella se van al fondo, en el que han de permanecer lo ménos veinticuatro horas. La simiente del año es la mejor y la única que se debe emplear, pues la de dos necesita varios meses para brotar.

Este cultivo, que tanto se llegó á perfeccionar en Aranjuez, gracias al entendido D. Cláudio Boutelou, en cuya época se servian en la mesa del Rey espárragos desde el 4 de Noviembre hasta el tiempo natural de brotar espontáneamente, ya no es el mismo, y preciso sería que se variase la especie por las citadas de

Argenteuil, que tanta aceptacion merece en Francia, y de que Dolores habia hablado con tantos elogios al comenzar el almuerzo.

A las doce bajamos á la carretera á pasear, en el momento que la cruzaban multitud de arrieros con recuas cargadas de plumas.

—¿Para dónde va este cargamento? preguntó Rafael.

—Para arriba, señor, respondió secamente uno de los arrieros.

Iba á buscar el ferro-carril de Avila para Madrid, donde la pluma tiene gran valor por el uso que de ella hacen en la confeccion de colchones. Rafael suponia que estas plumas serian para adorno. Pero no tenía razon, porque solamente pueden emplearse en los adornos de la industria las del avestruz, y en España no se crian estas aves, tan productivas para los ingleses.

Las plumas que se emplean en la composicion de los adornos representan un importante papel en la industria parisiense. Las actuales modas determinan un consumo enorme. En 1876 se elevó la cifra de las importaciones á 18 millones de francos. Del número de plumas que supone esta cantidad, solamente una tercera parte ha entrado en el consumo francés; el resto ha pasado en concepto de tránsito. Los ingleses son los más sérios competidores de Francia en este artículo, pues se dedican en grande escala á la cria del avestruz.

Se ignora á punto fijo la época en que dió principio la cria de ese animal en domesticidad; pero desde 1866, en que comenzó á practicarse en grande escala dentro de parajes cercados, facilitando la propagacion de la especie por medio de la incubacion artificial, ha aumentado ésta en términos que en 1875 existian en aquella region 32.247 aves, habiéndose, por esta nueva industria

evitado su destruccion, á la que incesantemente contribuia la extraordinaria demanda que hacia el comercio de las plumas de dichos animales, quedando por ese medio asegurada la produccion de estas materias, independientemente de los resultados variables de la caza del avestruz por las tribus salvajes del interior del país.

Barajando estos datos estadísticos á capricho de Dolores; hablando del contraste que ofrecia Baños el dia *siete* como el dia *seis*; alabando la quietud y el reposo de la vida de aldea, la tarde avanzaba, el dia corria, el sol marchaba y los primeros tintes sombreados de la noche asomaban por las cúspides más empinadas de las sierras que teníamos en frente.

Sin pensar en Fr. Luis de Leon, se nos vino á la memoria aquellos versos suyos, en que tan de mano maestra pintaba las glorias de la vida retirada, diciendo:

«¡Qué descansada vida
la del que huye el mundanal ruido,
y sigue la escondida
senda, por donde han ido
los pocos sábios que en el mundo han sido!

Que no le enturbia el pecho
de los soberbios grandes el estado,
ni del dorado techo
se admira, fabricado
del sábio moro, en jaspes sustentado.

No cura si la fama
canta con su voz nombre pregonera,
ni cura ni encarama
la lengua lisonjera
lo que condena la verdad sincera.

¿Qué presta á mi contento,
si soy del vano dedo señalado,
si en busca de este viento
ando desalentado
con ánsias vivas y mortal cuidado?

¡Oh, campo! ¡oh, monte! ¡oh, rio!
¡oh, secreto seguro, deleitoso!
Roto casi el navío,
á vuestro almo reposo
huyo de aquester mar tempestuoso.

Un no rompido sueño,
un dia puro, alegre, libre quiero;
no quiero ver el ceño
vanamente severo
de quien la sangre ensalza ó el dinero.

Despiértenme las aves
con su cantar suave no aprendido,
no los cuidados graves
de que es siempre seguido
quien al ajeno arbitrio está atenido.»

....

Nos gusta la paz de la aldea más que el bullicio de la corte. Se aprende más en los campos, sorprendiendo á la accion vivificante de la naturaleza, que oyendo disparatar á los que se tienen por sábios. Por otra parte, la soledad, la paz, declara más secretos que los huracanes.

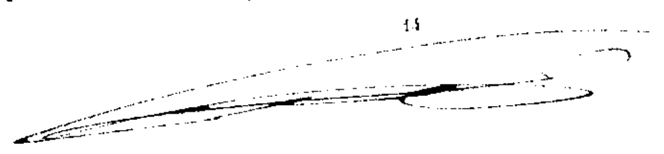
CAPÍTULO XXV.

Los fenómenos del amor.

Bajo tan gratas meditaciones comiamos aquella noche tranquila y sosegadamente, observando, para *inter nos*, cómo iban en aumento los amores de Rafael y Dolores. Apenas si se conocian doce dias, y Dolores reinaba por completo en el corazon de Rafael, siendo lo más extraño que quisiera á éste con vehemencia como Rafael á Dolores.

¿Qué habia encontrado Dolores en Rafael para poderlo amar? ¿El dinero? Dolores no era una jóven prostituida para amar al interés. ¿Encontró talento? Rafael era demasiado vulgar en punto á instruccion. ¿Belleza? Rafael no era un jóven hermoso, esto es, tan guapo, que despertase por sus formas exteriores el amor de ninguna jóven regular. Rafael no tenia nombre ilustre, no era una celebridad, ni mucho ménos, no era una figura de salon tan siquiera, y sin embargo, era amado de una jóven de prodigioso talento, guapa, galante, graciosa y discreta. Averiguar este misterio no es tan difícil.

Dolores, ya lo hemos dicho, era discreta en sumo



grado. Habia leido en Rafael un alma noble, un espíritu bueno, pero falto de educacion, sin instruccion alguna. ¿Podia querer á un jóven de estas condiciones? ¿Lo queria en realidad? ¿Habia en su amor algo que no fuese honrado?

Hemos de contestar á todas estas preguntas una por una. Comencemos por la primera. Dolores queria á Rafael, le amaba sin pasion, le amaba como sabe amar la mujer que tiene talento, no solamente por corresponder recíprocamente á Rafael, si que tambien porque el amor es una de las necesidades primeras del alma. Se nos podrá objetar que Rafael no estaba á la altura de Dolores. ¿Y qué importa para que le amase Dolores? ¿Pues no hay más condiciones para ser amado que las facultades intelectuales puestas en armonía con la razon ó con las pasiones de nuestro sér? Es muy dulce amar, pero casi es más dulce proteger. Sacchini, el rey de la armonía, amaba entrañablemente á su gato. Acariciándolo, pasando la mano por su cabeza supo arrancar al genio, que coronó su frente, las mejores inspiraciones que nos da en sus obras. Lord Byron, como Lamartine, como Walter-Scott, amaron al perro. El perro era para estos genios motivo suficiente á merecer su amoroso cariño.

Amaba Dolores á Rafael por la nobleza de su alma, y además se complacia de su propia superioridad, que la permitia redimirle de la frivolidad y la ignorancia en que habia sido educado. Corregir sus defectos, guiarlo por la senda del bien, ilustrar su entendimiento, educar sus facultades y hacerlo así un sér útil para la sociedad, era obra que la cautivaba y enorgullecia. Impulsaba, pues, el amor de Dolores los más nobles deseos, los más levantados propósitos. Y cuando obser-

vamos todo esto, cuando tuvimos la evidencia de esta realidad, nos tocaba en suerte proteger estos amores, que envolvian en primer término la redencion de Rafael, y en segundo la felicidad de dos séres á quienes era preciso querer, y querer, cuando ménos, por lo que ellos valian.

Cuando vemos así labrar la felicidad en séres queridos; cuando vemos que marchan por la senda del bien á realizar la obra admirable que nos está encomendada á los que nos llamamos hombres de virtud, nuestro espíritu se ensancha, nuestra alma se abre hasta los extremos del espacio más ideal, y nuestra mente se forja ya un mundo de ilusiones que tocan á veces en lo infinito.

Y es que la dicha ajena no nos molesta, antes nos agrada, nos interesa. No somos de la mezquina ralea de esos envidiosos que no comprenden el bien más que para ellos solamente. ¿Qué mal hay en que todos vivamos felices? ¿Por qué habia de sufrir nadie los rigores del hambre, de la ignorancia, de la envidia ó de la codicia? ¿Por qué no habíamos de tener todos lo suficiente á coronar nuestros deseos? La tierra, en fin, debiera ser lo que dicen que fué el Paraiso antes de que le abandonase Adan y Eva. Un cielo muy claro, sin nubes; un pueblo donde todos vivan contentos; una sociedad morijerada, de costubres sanas... Muchos jóvenes amándose, queriéndose; muchos niños jugando en un paseo, saltando por una carretera ó aprendiendo delante de un encerado las definiciones geométricas, es para nosotros la aspiracion eterna del ideal de nuestra vida. ¿Por qué no lo vemos así? ¿Quién se opone á que todo esto sea una verdad?...

¡Ay!... nunca nos ha molestado el bien de los demás.

Y es que no podemos vivir á gusto donde alguno sufre, donde alguno llora.

Haciendo todas estas y más consideraciones, tomábamos café, revolviendo los leños que ardian en la chimenea, mientras Dolores dibujaba en su álbum un paisaje, y Rafael contemplaba con la boca abierta la cabeza de aquella jóven tan hermosa, tan gallarda y tan angelical.

Y como la felicidad es tan dulce, pasaba el tiempo sin sentirse, daban las horas en el reloj, avanzaba la noche sin que nos diésemos cuenta de que

En tierna calma
El tiempo corre,
Huye veloz...

como escribíamos cuando éramos poetas.

Maquinalmente nos preparábamos para dormir. Rafael nos sacó de nuestras meditaciones, diciendo:

—Dolores tiene los ojos de sueño.

Miramos á los ojos de Dolores, y en efecto, jamás los habíamos visto más hermosos.

Y aun lo eran más para Rafael, que comenzaba á sentirse dominado por un amor que hasta entonces jamás habia sentido. Gracias á esto, Rafael se encontraba ya otro muy distinto hombre que hasta entonces lo habia sido. Y es que el amor tiene el don de trasformar á los hombres, porque realmente cambia nuestro modo de ser.

El amable, se hace uraño.

El sabio, estúpido.

El elegante, grotesco.

El activo, perezoso.

El modesto, altivo.

El galante, insoportable.

El valiente, cobarde.

Eso cuando el amor no es correspondido, ó cuando se ama sin esperanza.

Pero llenad su deseo, colmad ¡oh mujeres! la dicha que ambiciona el hombre, y entonces el cobarde será valiente.

El insociable, galante.

Y el altivo, modesto.

Y el perezoso, activo.

Y el indolente, presumido.

Y el grotesco, cortesano.

Y el estúpido, sabio.

Y el uraño, amable.

CAPITULO XXVI.

De las fosforescencias artificiales.

Bien de madrugada era aún para un madrileño cuando Rafael entró á despertarnos.

—No he podido dormir en toda la noche, nos dijo bostezando.

—Estás enamorado, lo comprendo, amigo Rafael.

—No ha sido el amor el que me ha quitado el sueño; muy lejos de esto...

—¿Pues qué has tenido?... ¿Soñabas con tus cortesanas? ¿Bailabas en el casino de la Carrera de San Jerónimo? ¿Cantabas en la casa del Duque de X?

—Una alucinacion mental, me parece á mí, ó un fenómeno óptico me ha tenido toda la noche bajo cierto temor fanático que no me dejó voluntad ni aun para llamarte. ¡Soy tan débil! ¡Tengo tan poco valor!

—Como no te expliques más...

—Escúchame.

—Te escucho, pues.

—Y yo tambien, dijo Dolores, apareciendo en aquel momento con un libro en la mano.

—Anoche al acostarme, y cuando apenas habia apa-

gado la luz, ciertos reflejos pálidos de muchos colores se extendian ante mi vista por las paredes del dormitorio. Al pronto creí obra de algun maleficio estas luces fosforescentes y luché por abandonar la cama con propósitos de gritar... Me faltó valor en el primer momento, lo confieso; pero repuesto un poco, me arrojé al suelo, calzo las zapatillas, abro la puerta, grito, y nadie me contesta; entonces avancé hasta la cocina, y mi sorpresa fué aún mayor cuando me encuentro rodeado de luces azuladas que salian de los tocinos de cerdos muertos dos dias antes, y colgados junto á las paredes. No quise esperar más; mi confusion fué entonces mayor: como pude llegué á la cama, me arropé bien la cabeza y apenas si he podido dormir una hora tranquilo por el insomnio que me ha producido lo que acabo de contaros.

—¿Y eso es todo lo que le ha impedido dormir? dijo Dolores.

—Nada más que eso.

—¡Já, já, já!

—¿Os reis, amiga, de esta aventura tan extraña?

—Me rio del susto que os ha proporcionado este suceso, un fenómeno bien conocido y frecuente en la carne de cierto pescado y del cangrejo. La fosforescencia en un gran número de casos en las corrientes saladas es producida por multitud de animalillos en suspension en el agua. El *noctilico militar* es el que de todos los animalillos contribuye más á la fosforescencia del mar. Estos animalillos condensan para vivir el oxígeno del aire y se produce una combustion lenta, análoga á la combustion, lenta tambien, del fósforo en el aire.

Hay además insectos fosforescentes á consecuencia de la misma causa. El gusano luciente de nuestros cam-

pos es luminoso por la combustion lenta de una materia amarilla, casi trasparente, almacenada en los tres últimos anillos del vientre. La fosforescencia de dichos insectos da una luz muy viva. Cesa por el frio. Colocada en el agua esta luz es muy viva, más á los 50 grados se extingue. En el ácido carbónico, nitrógeno, etc. se extingue tambien, lo que demuestra claramente que el oxígeno es indispensable para la produccion de la luz.

En las regiones más cálidas del globo el *piróforo noctiluco* coleóptero luminoso que las damas mejicanas usan como dije; los *fulgores* que los indios atan en su calzado para alumbrar su marcha por los bosques; esas innumerables moscas forforescentes que cruzan el espacio por la noche en los países tropicales, como otras tantas chispas que iluminan de una manera mágica los bambús sobre que ellos reposan, ofrecen fenómenos del mismo género. Ciertos pulgones, ciertas flores, los enmohecimientos, los leños podridos, ciertos hongos igualmente son luminosos en la oscuridad.

Hay multitud de sustancias que producen tambien la fosforescencia, pero en otras condiciones: parecen almacenar la luz despidiéndola á seguida con más ó ménos persistencia. Tal es el caso porque se denominan *fósforo de Canton*. Es un producto químico; estos son los sulfuros de calcio, de bario y de estroncio. Basta exponer estas sustancias á la luz para que inmediatamente aparezcan luminosas en la oscuridad. La fosforescencia puede persistir durante muchas horas, una noche entera. Cuando se extingue, puédese hacer volver al sulfuro su propiedad primera exponiéndole de nuevo á la luz difusa, ó mejor al sol, á la luz de la chispa eléctrica ó del magnesio.

A imitacion de las flores barométricas, prepáranse

con estas sustancias las flores fosforescentes que hoy dia han adquirido cierta boga. Fabrícase con ellas cuadrantes luminosos que permiten ver la hora en la oscuridad, ó lamparillas que permiten dirigirse á una pieza privada de luz.

El profesor Norton ha propuesto en el *Journal of the Franklin institute* dar una capa sobre las paredes de las habitaciones de estas sustancias fosforescentes y aun en las fachadas exteriores de las casas. Podríase entonces (dice el referido profesor) suprimir el alumbrado de las calles; las fachadas absorberian durante el dia bastante luz para aparecer luminosas durante toda la noche. Es una idea americana que será muy difícil aplicarla en Europa. Sin embargo, hay casos donde en efecto podrian hacerse luminosas las tapicerías de un departamento, con ventaja; y como el precio de la materia primera es muy bajo, la aplicacion del procedimiento seria evidentemente realizable.

—¿Pero qué tiene que ver todo esto con lo que me ocurrió anoche? dijo Rafael.

—Tiene, y mucho, añadió Dolores; tiene que el oxígeno que habia en la habitacion anoche, juntamente con el que arrojaban las hojas de los cerdos colgados en las paredes del corredor y la cocina, produjeron las luces que tanto terror le infundian.

—Comprendo ahora: es decir, que no fué pura ficcion lo de anoche, que fué real y efectivo lo que yo ví...

—Cierto, positivo. Las fosforescencias son fenómenos, se repiten frecuentemente, y de estos fenómenos han sacado en otros tiempos, que no volverán, gran partido los embaucadores y los charlatanes asustando á los pusilánimes y á los incautos, con intervencion de

las influencias maléficas que siempre han dado material para estas cosas...

Oíamos á Dolores con cierto religioso silencio, porque su acento, su palabra, tenia, más que ningun otro dia, cierta majestad y una espontaneidad tal, que parecia la de Mr. Lax cuando explicaba en la Universidad de Cambridges. Por otra parte, Dolores no abusaba de su talento, y, por el contrario, modestamente decia cuanto sabia sin hinchazones ni soberbia, y era sin duda, que habia aprendido aquel proverbio chino de «cuanto más bella es una mujer, más pierde en no ser modesta,» y que justifica lo que ya hemos dicho en otra ocasion: uno de los atractivos más interesantes de la mujer, una de sus dotes más estimables es, sin duda alguna, la modestia.

Dolores no sabia el encanto que producian todas sus cosas en nosotros, y precisamente esto la elevaba más ante nuestros ojos.

Así que terminamos nuestra discusion sobre las fosforescencias, y abrió Dolores el libro que traia entre sus manos. Era un álbum de recuerdos de amistad, donde habian escrito literatos eminentes y habian dibujado pintores distinguidos. Rafael lo habia estado hojeando toda la tarde anterior y habia escrito en las márgenes de la primera hoja el siguiente cantar, que cogió al oido la mañana del dia 6 á las jóvenes que bailaban en la carretera:

El dia que tú naciste
nacieron todas las flores,
y en la pila del bautismo
cantaron los ruiseñores.

El autor de estos cuatro versos estaba enamorado

cuando los escribió. No se puede buscar un pensamiento más propio para ensalzar á la que se ama.

Al lado de estos cuatro versos, y suscritos por *Un desconocido*, habia estos otros, que son un verdadero poema de esos que solo los hombres del pueblo son capaces de escribir.

Al pié de la cruz bendita
me puse, niña, á llorar;
las lágrimas que yo vertia
me llegaron á quemar.

Rafael leia estos preciosos pensamientos y cerraba el álbum con la mente preocupada. ¿Llegaba á pensar algo sobre el amor? ¿Despertaron en su espíritu indiferente y casi materialista algun sentimiento nuevo estos ocho versos? Veremos más adelante cómo podremos responder á estas dudas. Por ahora, y para no anticipar los sucesos, nos conformaremos con decir que Dolores y Rafael se entendian, porque Cupido se habia encargado de unir sus corazones.

¿Y qué extraño era esto tratándose de dos jóvenes que ninguno pasaba de los treinta años? El amor á esta edad era preciso, indispensable, y si es la primera vez que se ama, es el amor santo; como que no hay nada más dulce que el primer amor.

Rafael sentia por Dolores este amor, que no sabia él cómo era, ni cómo llamarle, y que desconfiaba ya de poderle vencer. Dolores, por el contrario, de pasiones más dulces, de naturaleza linfática, y además muy reflexiva, amaba á Rafael conscientemente, y le amaba, no por cálculos especulativos, sino por simpatías, por verdadero cariño, por ese cariño que sienten las jóvenes por uno de su tiempo, que es más que amistad y ménos que amor.

A todo esto Rafael nada habia dicho á Dolores de sus propósitos amorosos. ¿Y para qué habia de decirle palabra sobre el particular? ¿No habria comprendido muy bien Dolores todo lo que pasaba por el alma de nuestro amigo? Además la verdadera declaracion de amor es la conducta misma del hombre que se acerca á la mujer y apenas se atreve á alzar la vista para mirarla.

Cuando el hombre atraviesa por este estado, el amor anda de por medio; porque el amor ofrece un carácter tan especial, que no se puede tener oculto cuando realmente existe, ni fingido cuando no se tiene.

La mujer es la que sabe descifrar estos enigmas mejor que el hombre; y sentado esto, no le sorprenderá al lector el que Dolores tratase ya á Rafael con cierto cariño amoroso.

CAPITULO XXVII.

Los amores de Rafael con Dolores.

. . . .

Trascurria el tiempo insensiblemente.

Pasaban los dias en apacible calma.

Baños parecia un nuevo paraiso, especialmente para Dolores y Rafael.

Por otra parte, las aguas minerales habian obrado su efecto. El reuma nos habia abandonado del todo. Desde el segundo baño, la inflamacion, localizada en nuestras extremidades, comenzó á descender, y al quinto dia andábamos sin auxilio de baston. ¡Prodigiosa virtud médica de las aguas! ¡Y que esto mismo no lo quieran reconocer la multitud de bañistas que anualmente salen de nuestra Pátria á gastar enormes sumas en hoteles suntuosos, regresando sin alivio en sus padecimientos! La moda tiene estos caprichos. Todo se sacrifica á ella; todo lo subordinamos á esa fatal manía de *extranjerizacion* que enloquece á nuestra dorada juventud y arruina á nuestra aristocracia.

Baños de Baños es sin disputa un punto delicioso, para invierno mayormente, pero siempre sano, siem-

pre bueno para los que busquen en sus aguas minerales la salud.

Rafael comenzaba ya á celebrar aquellos dias, aquel cielo y aquellos campos. Dolores le hacia olvidar el bullicio del Prado y la animacion de los salones. El amor puede mucho en un jóven de 24 años, á cuya edad el corazon se rinde, el alma se conmueve, la imaginacion se eleva cuando encuentra uno al sér que sabe mover nuestra sensibilidad.

. . . .

Trascurriendo el tiempo insensiblemente, en apacible calma, los dias se suce lian con la pausa reguladora del que los encuentra buenos, y Dolores y Rafael apenas si se acordaban de que habiamos pronto de regresar á la corte.

Yo tenia curiosidad de saber el pensamiento de Rafael en estos amoríos, pues aunque era nuestro amigo de suyo comunicativo, se habia reservado algun tanto de nosotros en cuanto á lo que se referia á Dolores. ¿Podria tener celos? ¿Era que pensaba acabar trágicamente con estos amores y no queria por tanto interesarme en ello? ¿No tenia confianza conmigo para comunicarse como con un hermano?

Rafael era un caballero, una persona decente. Mal educado, como en su mayoría lo son todos los jóvenes de nuestra aristocracia; pero noble, de bellos sentimientos y capaz de sentir el bien si tenia ocasion de comprenderlo. Como Dolores era ya para nosotros parte integrante de la familia, era más, era una amiga cariñosa, una verdadera amiga íntima á quien se quiere y se venera con sumo respeto, su suerte no podia sernos indiferente, como tampoco nos la era la de Rafael. Penetrar en el pensamiento de ambos, saber qué pen-

saban uno de otro, qué ideas se habian formado para despues, para *mañana*, tenia cierto interés en nuestro espíritu, que más de un dia, más de dos, nos quitó el sueño.

Por fin, cierta tarde que paseábamos con Rafael por la carretera de Hervás, abordé la cuestion de frente.

—Rafael, le dije, nada me has contado de tus amores con Dolores.

—Cierto; no he tenido ocasion...

—¿Pero, tú la amas?

—Con delirio.

—¡Hasta cuándo, Rafael!

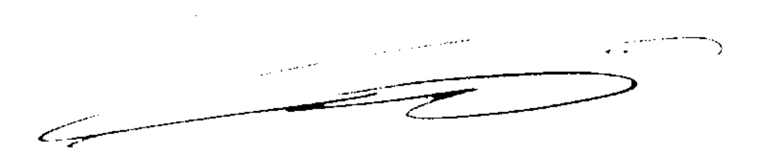
—¿Hasta cuándo? ¡Para siempre! Dolores no es una mujer vulgar. El que la trata, la quiere; el que la quiere, la ama; el que la ama, le pertenece eternamente.

—Muy bien, muy bien, Rafael... Así te queria yo ver, enamorado de verdad.

—La amo desde que entramos en Avila; ya ves, casi desde ayer puede decirse, y hoy no podria vivir sin ella.

—Pero ¿cómo ha sido esto? ¿Cómo puedes tú amar, cuando no sabias lo que era amor? ¿Qué has encontrado en Dolores?

—Te responderé... ¿Cómo ha sido nuestro amor, me preguntas? Al llegar á Avila compré un ramo de flores á una pobre muchacha que lo llevaba á vender al convento de monjas de Santa Teresa. Este ramo lo coloqué sobre la cómoda de mi habitacion próxima á la chimenea. La temperatura de aquel dia era bien baja, y unas flores criadas en los invernaderos del Escorial, habian de morir necesariamente bien pronto bajo la accion del frio glacial que se colaba en mi habitacion á cada momento que abrian las puertas de los balcones. Me pareció buen



obsequio para Dolores este ramo de flores, proximas á marchitarse, por lo mismo que en el mes de Enero, y en Avila de los Caballeros, no era lo más comun encontrarlas. Pero el ramo no estaba bien hecho. Las flores necesitan cierta coquetería para estar bien apiñadas. Un ramo mal preparado es un pié diminuto en un zapato de vaca. Preferí cortar una rosa alejandrina y ofrecérsela sola mejor que mal acompañada. «Dolores, la dije, tome Vd. esta preciosidad de Abril, en testimonio de nuestra amistad.» Dolores se sonrió, me miró desdeñosa y la colocó en un vaso de agua. «Gracias; me gustan mucho las flores, y más en Enero que en Abril,» me dijo. Al siguiente dia la rosa estaba más lozana que cuando la compré. Un mes va pasado desde entonces... ¡La rosa vive aún!

Esto me llamó la atencion desde un principio. Pregunté con cierta extrañeza á Dolores cómo era posible tal fenómeno, se sonrió, y por toda contestacion me dijo: «Me propongo que viva tanto como nuestra amistad.» Desde aquel momento comencé á sentir por Dolores cierto cariño que al principio era puramente amistad: hoy es amor, lo confieso... pero amor sincero, amor del alma, mi primer amor, el más puro, el más santo tambien. Esto puedo responder á tus preguntas. ¿Estás satisfecho?

—Lo estoy, Rafael; ¿por qué he de ocultártelo?

Y en efecto, aquel amor de Rafael y Dolores tenia para mí algo de providencial. Venia á mudar la vida entera de Rafael, porque lo regeneraba, lo hacia hombre, lo levantaba de la vulgaridad en que habia vivido, del materialismo sensual, del grosero realismo en que se habia educado.

—Pero para mí, añadió Rafael, mi amor á Dolores

es tan grande como mi confusion al admirar la rosa viva, la rosa orígen de nuestro primer cariño, rosa que yo le regalara hace casi treinta dias, y que conserva primorosamente con la lozanía de una planta fresca, recien cortada del tallo. Le he preguntado muchas veces en qué consiste este fenómeno, y no me lo quiere explicar.

—Quizás tema que no la entiendas.

—Posible es. No soy químico.

—Ni eres botánico.

—Ni soy nada, lo reconozco.

—No es poco.

—Pero es bastante para aprender al lado de Dolores lo mucho que ignoro.

—Muy bien, muy bien... Dame un abrazo, Rafael.

—¿Te extraña mi franqueza?

—Todo lo contrario, me cautiva.

—¿Por qué?

—Porque entras realmente por un nuevo camino que te regenera, que...

—Silencio, que está aquí Dolores; mírala venir por la carretera...

—Mejor; con eso nos explicará el fenómeno de la vitalidad de la rosa, y quedarás tranquilo saciando tu curiosidad.

CAPÍTULO XXVIII.

De cómo se conservan las flores sin marchitarse.

Acortamos el paso, y nos unimos así más pronto á Dolores, que venia paseando en compañía de la esposa del Alcalde.

—¡Buen dia! exclamamos todos, casi á la vez, al encontrarnos; exclamacion natural, lógica, casi de rigor.

El sol lucía con los reflejos alegres del mes de Abril.

El cielo estaba trasparente.

Se respiraba con facilidad, con grata emocion, bajo una atmósfera tan hermosa.

Vivir de este modo en últimos de Enero hace exclamar al más descontentadizo: ¡Buen dia!

—¿Nos hemos separado mucho de Baños? dijo Dolores.

—Casi dos kilómetros, contestó la esposa del Alcalde.

Ante tal respuesta, comprendimos todos la necesidad de volvernos, y siguiendo á un movimiento casi comun, que todos nos creimos obligados á hacer, retrocedimos para regresar más pronto á nuestro hogar.

En tanto que andábamos, me acerqué á Dolores preguntando:

—Usted siente predileccion por las flores, ¿verdad amiga?

—Una flor y un pájaro son mi embeleso; un perro y un gato mi mejor compañía. Las flores y las aves alegran nuestro espíritu: las unas perfumando nuestra estancia, embalsamando el espacio para que respiremos los aromas que generosamente nos regalan; los otros lanzando á los vientos sus notas armónicas, sus cantos melodiosos, unísonos, ora tristes como los de la tórtola enamorada, ora alegres como los del parlero ruiseñor, ora misteriosos como los de la golondrina. Las flores y las aves dan alegría á la casa; el perro y el gato forman parte integrante de la familia. Así como no está llena la casa sin unos cuantos tiestos con flores y sin unas cuantas aves, tampoco comprendo á la familia sin el perro y el gato.

—Muy bien, Dolores, muy bien, dijo Rafael. Conocíamos ya sus aficiones á las flores, pero ignorábamos sus simpatías por el perro y por el gato.

—Por las flores, ¿en qué?

—En el cuidado que prodiga á la que tiene sobre la cómoda de su cuarto.

—¿La que me ofrecistes en Avila hace hoy justamente treinta dias?

—La misma, la misma, respondió Rafael.

—Aún tiene de vida otro mes.

—¿Es posible? replicamos Rafael y yo á un tiempo.

—Vivirá, repito, con la lozanía de su propio tallo otro mes.

—Preciso es que nos explique el procedimiento que emplea para lograr un resultado tan maravilloso.

—Cosa sencilla que está hoy al alcance de todos los botánicos.

—Veamos cómo es ello, le decíamos.

Y Dolores comenzó su explicacion de la manera siguiente:

—Se conocen dos procedimientos para lograr rosas frescas en todo el año. Uno por la preparacion con cera; otro por la influencia del alcanfor. Explicaré el primero.

Se cortan los capullos en la estacion oportuna, ó sea cuando se hallan próximos á abrirse: hecho esto, con la mayor longitud posible del pedúnculo, se tapa con cera la extremidad ó corte; despues se cierra cada capullo en un cucurucho de papel fuerte, que se encola por el exterior para impedir la accion del aire; por último, se dejan colgados todos los cucuruchos por la punta.

Llegado el invierno, cuando se desean tener rosas, van sacándose los capullos y derritiendo por medio del calor la cera del extremo del pedúnculo, que se corta despues á lo verde y en seccion bien limpia, echándolos en agua para conseguir pocas horas despues rosas frescas y recien abiertas.

—Pero este procedimiento no es el empleado para con la flor que guardais en vuestra habitacion, dijo Rafael.

—Ciertamente que no. Esa la conservo por medio del alcanfor. Desde las teorías de M. Raspail en sus lecciones sobre la higiene, todos conocen ya la accion del alcanfor sobre la salud; pero lo que es ménos conocido es la accion muy enérgica del alcanfor sobre la vegetacion, que impide á las flores marchitarse, mientras que apresura el desarrollo de la simiente. El conocimiento de la accion estimulante del alcanfor sube,

salvo error, al año de 1798, en cuyo tiempo Benjamin Barton tuvo la idea de colocar un tulipan en una solucion de alcanfor. El tulipan vegetó vigorosamente y excedió con mucho á sus vecinos, colocados en agua ordinaria. Un íris amarillo se marchitaba: Barton le roció con agua alcanforada, y vió al íris volver á la vida. M. Voquel, botánico de Munich, ha hecho un nuevo experimento, que ha comunicado á la Academia. Arrojó polvo alcanforado en agua destilada, y este agua, cargada de alcanfor, fué para el vegetal un tónico de suma energía. Dos ramas de *seringat* en flor, iguales, fueron introducidas una en el agua ordinaria y la otra en el agua alcanforada. Al punto se notó una diferencia muy notable: al cabo de doce horas, la rama sumergida en agua pura languidecia y estaba casi marchita, mientras la rama colocada en el agua alcanforada se conservó derecha y no parecia marchitarse: algunos de sus botones se habian desarrollado. Al cabo de tres dias este ramo empezó á dejar caer sus flores y hojas. En otra série de experimentos, una rama de *seringat*, que estaba casi muerta, fué puesta en agua alcanforada, y en pocas horas volvió á la vida y fué de bastante duracion. M. Vogel pensó entonces rociar las simientes con agua alcanforada: eligió granos y simientes ya envejecidos, que tienen una fuerza germinativa más débil que las simientes nuevas. Estas simientes germinaron bajo la influencia del tratamiento, incomparablemente más ligero que las que habian sido sumergidas en agua pura. Estudiando yo todos estos resultados, he llegado á comprender que por el procedimiento de M. Vogel se puede apresurar el desenvolvimiento de la simiente, y más aún, hasta dar fuerzas á las plantas enfermas. Por de pronto tenemos el ejem-

plo á la vista. La rosa que Rafael me regaló en Avila, casi marchita, vive lozana treinta dias despues, y vivirá otros tatos más, gracias al alcanfor con que la rocío y al agua alcanforada que baña su tallo.

—¿De modo que las rosas pueden vivir sesenta dias fuera de la maceta? preguntó la señora del Alcalde.

—Seguramente que sí, prodigando el alcanfor en las proporciones convenientes, contestó Dolores.

Rafael estaba encantado de oir á su amada; y pensando en los tulipanes de Barton, en los *seringat* de Vogel y en la rosa que habia en el cuarto de Dolores, apenas si se daba cuenta de las cualidades del alcanfor en la vegetación de las plantas.

Es este el estado normal del enamorado, esto es, como decia Ciceron, cuando estamos bajo el peso fatal de una accion febril que nos enloquece. Porque para el filósofo el amor es un estado excepcional de la criatura. El sostenia que si fuera natural el amor, amarian todos, amarian siempre, y amarian al mismo objeto; no le retraeria á uno el pudor, al otro la reflexion y al otro el hastío.

Un poeta contemporáneo, comparado con Ciceron, habla de otro modo, y habla como hablan los poetas, no como hablan los filósofos. Nos referimos á Juan Arolas. Segun él, todos amamos por necesidad de nuestro espíritu, cuando participa de un sentimiento juvenil. Por eso sostiene que el amor es el encanto de la juventud; en los viejos es el crímen.

CAPÍTULO XXIX.

De cómo se recuerda la vida cortesana.

El 10 de Febrero amaneció, como todos los dias anteriores, hermoso y sin nubes.

Almorzábamos viendo desde nuestro alegre comedor los dilatados horizontes que rodean la campiña de Baños, cuando Rafael comenzó á lamentarse de la vida que hacíamos, siendo lo peor que Dolores asentía en parte con Rafael, mostrando deseos por regresar pronto á Madrid, donde el frio habia de ser necesariamente más benigno que cuando lo abandonamos en vísperas de Navidad; en aquellos dias en que los muchachos atronaban los oidos del vecindario con el ruido de los tambores y panderas, al son de la conocida tonadilla:

La Noche-Buena se viene,
La Noche-Buena se va;
Tengo á mi amor ausente,
¡Sabe Dios si volverá!

Una temporada en la aldea agrada á todos los cortesanos; pero mucho tiempo de vida pacífica, de vida sosegada, lejos de la animacion y el bullicio de la cor-

te, no se puede tolerar. Y bajo este punto de vista, tenian motivo los dos amantes para aburrirse. Por otra parte, luchar con dos enamorados es tanto como contrariar los deseos de dos ángeles. Nuestro deber era ceder á los deseos de Rafael y Dolores, porque tampoco era ménos cierto que cuarenta dias en Baños bastan á cualquier mortal para librarse de los rigores de Madrid en el crudo invierno, cuando los ventisqueros de Guadarrama mandan los sutiles vientos que tantas pulmonías regalan á los incautos que no los conocen. Además, era un deber nuestro estar al lado de estas dos lunas gemelas.

Porque no comprendemos la contrariedad cuando cuesta poco complacer á un ángel como Dolores, que solo por ser mujer merecia para nosotros toda clase de complacencias, aun no siendo tan buena y tan hermosa como lo era. Y es que no comprendemos la vida del hombre sin la mujer; pues como dice Mme. Neker: «Las mujeres llenan los intervalos de la conversacion y de la vida, como ella paja que se introduce en las vasijas de porcelana: ningun caso se hace de esa paja, y sin ella todo se romperia.»

¿Quiere decir esto que nosotros guardásemos estas deferencias á Dolores por pura amistad? No. A las mujeres discretas, y á más de discretas hermosas como Dolores, no se les puede dar solamente la amistad; se las da algo más; se las da las simpatías amorosas que sin pasar de los límites de la más prudente moderacion, tienen ciertos grados de complacencia que va hasta la galantería, y nada más que hasta la galantería. Una mujer amable no puede lisonjearse de tener amigos: ningun hombre es meramente amigo de una mujer hermosa, á no ser que ame á otra, y aun así y todo corre

el riesgo de hacerle traicion. ¿Puede acaso hablarse tranquilamente á una mujer que tiene bello rostro, hermosos brazos, lindos piés y preciosas manos? ¡Y si es discreta por añadidura! ¿No se enfadaria ella misma de que así sucediese?... Pero estas cosas no se dicen, se adivinan; porque el amor ofrece de comun cierto carácter tan especial, que no se puede tener oculto cuando realmente existe, ni fingirlo cuando no se siente. Y era lo más singular del caso que Dolores obraba para con nosotros de igual manera. Es la coquetería de las mujeres, que no temen inspirar sospechas de tener varios amantes; pero no se atreven á confesar que tienen uno solo. Sin embargo, Dolores no era de estas, pues frecuentemente repetia que era ménos deshonroso mostrar afecto por un hombre digno que pasar por mujer que favorece á varios, y en esto se apartaba de la mayoría de las mujeres que gustan mucho de poder disponer de una mirada en favor de cualquier hombre que las sonríe, y á semejanza del sol, quieren lucir para todo el mundo...

Decíamos al comienzo de este capítulo que Rafael y Dolores deseaban regresar á Madrid; deseo que no queríamos contrariar con nada ni por nada.

Acabado el almuerzo, llamé al dueño de nuestro hotel, y le dije en alta voz, para que lo oyesen bien Rafael y Dolores:

—Dénos Vd. la cuenta hoy mismo, porque mañana á las seis partimos para Madrid.

—Está bien, replicó.

Rafael y Dolores se miraron con alegría. Yo ví en sus rostros ciertos rayos de felicidad realizada, que la sonrisa agradecida señala claramente en nuestra cara cuando recibimos algun bien.

—¿Os gusta mi resolucion? les dije seguidamente.

—Acertadísima, dijo Rafael.

—Oportuna, replicó Dolores.

Celebro haber interpretado vuestros deseos, les añadí; y puesto que estas cosas son formales, tú, Rafael, corre á comprar los asientos para el coche, y preparemos todo para despedirnos hoy de Baños hasta otro año.

Dolores arregló su ropa, cosió la tela de su *en touscas*, repasó las roturas de los guantes y confeccionó perfectamente todo su equipaje en un mundo colosal.

En tanto, Rafael volvió con los asientos tomados, y él como yo arreglamos nuestra ropa, y todos salimos al Casino de la Union á tomar café de sobremesa y á despedirnos de la multitud de amigos con qué ya contábamos en el pueblo.

Cuando regresamos al hotel, teníamos sobre la mesa la cuenta de nuestra estancia en el mismo. De una ojeada repasamos las sumas y quedamos gratamente sorprendidos. Eran las siguientes:

Por hospedaje de los dos señores y la señora, en treinta y cuatro dias..................	2.040	reales.
Pagado en el balneario, por 60 baños en pilas de mármol................................	540	»
Propina á los bañeros......................	30	»
Por reconocimientos del facultativo..........	120	»
Obsequio para el gaitero (dulces y vino).....	16	»
Al cartero, por la correspondencia..........	6	»
Total...........	2.752	reales.

En cualquier fonda del extranjero cuesta algo más la estancia, por solo diez dias, de un solo viajero. En Baños, treinta y cuatro dias á mesa y mantel, comiendo perdices por la mañana y pollos á la comida, pagando la fonda todos los gastos del baño, desde el médico

hasta el bañero, nos costaba 951 rs. á cada uno, ó lo que era igual, 2.752 á los tres. ¿Podia darse una cosa más económica? Pues si consignamos que gozamos de gran comodidad en el hotel, que nada escasearon con nosotros en la mesa ni el demás trato, se comprenderá fácilmente lo económica que es la vida en un pueblo tan agradable como Baños.

Rafael recordaba, con la cuenta en la mano, aquelos hoteles de Francia y de Alemania, en que suelen poner en la cuenta partidas como las siguientes:

Por una caja de cerillas......................	2	francos.
Por llevar una carta al buzon................	1	»
Por excesos de vinos (esto aun á los que no lo beben)..	500	»
Por conduccion de equipajes.................	160	»
Por el coche de llegada.......................	400	»
Por asistencia del peluquero.................	200	»
Por papel y sobres (para cuatro ó cinco cartas).	30	»

Comparar estas cifras que aparecen en cualquier cuenta de los balnearios del extranjero, con las del hotel de Baños, es tanto como comprender á primera vista la manera que tienen de *estafar* fuera de España á los incautos que truecan lo bueno de su Pátria por lo malo de fuera de ella. Y esto, que todos lo comprenden, no se quiere decir, por seguir las corrientes de la moda, que exige á las gentes de buen tono el dejarse explotar para parecer bien á los tontos.

Bajo estas ó parecidas reflexiones, pasamos aquella noche hasta la hora de dormir.

CAPITULO XXX.

Comienza el regreso.

El coche paraba en la carretera, frente á nuestro hotel.

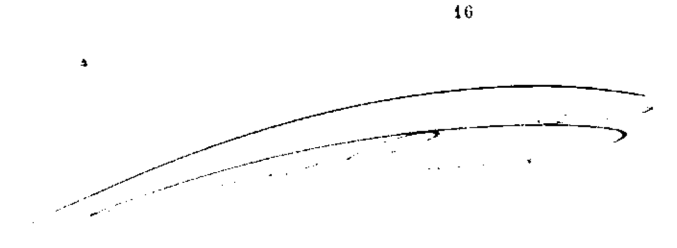
Enganchaban el nuevo tiro dando de palos el mayoral á las mulas y maldiciendo el zagal á todos los santos del cielo.

El delantero descargaba en la vaca sus sacos y cajas, mientras los chicos de la vecindad se acercaban á las caballerías á arrancarles cerdas de la cola, no sabemos para qué diversiones.

El sol iba escondiendo sus últimos rayos por las cúspides lejanas, y la noche se aproximaba envuelta en sus negras sombras.

Montamos despues de muchos apretones de manos, de muchos abrazos, de muchos saludos, de muchos cumplidos, y partió el coche, con la velocidad del rayo, por la recta carretera, atravesando un puente, despues otro, dejando Baños á la izquierda hasta perderlo en las tinieblas de una oscuridad sin límites.

¡Qué triste es la noche!
¡Qué alegre es el dia!



A las ocho atravesábamos las oscuras y solitarias calles de Hervás.

Dolores dormia.

Rafael fumaba.

La diligencia corria sin cesar. Parecia que el tiro iba desbocado y el zagal loco. Aquel trotar de las caballerías, aquel correr, aquel galopar eran prodigiosos. Indudablemente la empresa de la diligencia queria probarnos lo inútil del ferro-carril en esto de la velocidad de su paso.

Mucha distancia existe entre Baños y Plasencia, unos sesenta kilómetros, pero los corrimos en ménos de siete horas; así fué que Aldeanueva del Camino, La Granja, Casas del Monte, Zarza de Granadilla, La Jarilla y Villar de Plasencia desaparecian ante nuestra vista como las sombras fantásticas de los cuadros disolventes.

A las diez, la luna rompió las sombras que teñian de negro el espacio, y una luz ténue, clara, blanquecina, prestaba cierta entonacion poética á las campiñas que cruzábamos.

Los árboles y los cortijos se multiplicaban ante nuestra vista.

Los pueblos, ora de cerca, ora de lejanas distancias, como quiera que los mirásemos, eran una mancha disforme, un punto muy grande, medio negro ó medio pardo, que rompia la extensa sábana blanca que iluminaba por igual la luna. Lejanas sierras entre sombras ténues, valles fantásticos iluminados por sombras blancas y oscuras, segun la trasparencia del viento; gigantes-enanos que asustaban de lejos y hacian reir de cerca; todos estos fenómenos ópticos que el espejismo sabe reproducir majestuosamente, pudimos contemplar

á traves de los cristales del coche que nos conducia á Plasencia.

Dolores, que habia despertado cuando pasábamos junto á Casas del Monte, animó más aquel cuadro, trasmitiéndonos sus impresiones.

A las doce de la noche dábamos vista á Plasencia. La luna iluminaba las torres y muros de la antigua aldea romana *Ambroz*.

Las trasparentes aguas del Jerte corrian silenciosas, reflejando las mil estrellas que lucian en el azulado cielo.

Veíamos de lejos un alto acueducto, obra del siglo XIV; más allá un hermoso puente; en distancia más lejana los torreones y cubos del amurallamiento, obra del siglo XIII; detras las torres del consistorio municipal, construccion del siglo XV; y en el centro de tantos recuerdos antiguos un lujoso coronamiento de capiteles y remates calados, obra de los mejores tiempos del Renacimiento. Era la catedral, edificio sin terminar aún, grande por su forma, suntuoso por su trazado, y en el que todo es bueno, desde los basamentos hasta los remates, desde los interiores hasta las agujas.

El efecto que producian los rayos blancos sobre aquellas piedras ennegrecidas por la accion del tiempo, las sombras proyectadas entre los torreones, las almenas, los capiteles y las agujas caladas; el silencio que reinaba en la campiña, todo parecia indicar que nos acercábamos á una ciudad misteriosa, á una ciudad deshabitada, á un pueblo de muertos, donde no habíamos de encontrar más que edificios cerrados, calles tortuosas y palacios arruinados.

Plasencia, fundada en 1178 por el Rey D. Alfonso VIII, es una hermosa matrona que camina á su de-

crepitud, y muestra orgullosa sus antiguas grandezas á los que se acercan á contemplarla.

Dolores hacia multitud de consideraciones sobre estos datos, y se condolia del porvenir de Plasencia, comparado con su apogeo en los siglos XIV y XV, en tanto que Rafael se habia pasado á la delantera para conversar con el mayoral á propósito de la caza que habia en los montes cercanos.

Andaba la diligencia más que á buen paso por entre los paseos de Plasencia, y entramos en la ciudad por una puerta histórica de aspecto monumental.

—¿Adónde vamos á descansar? preguntó Dolores.

—A la fonda, dijo Rafael.

—Al hotel, repliqué en alta voz.

—¡A la fonda!... ¡Al hotel!... exclamaba el mayoral.

—¿Pues donde quiere Vd. que paremos, en la posada? dijo Dolores.

—No seria el peor sitio.

Rafael miró al mayoral arrugando el ceño. Para su interior murmuraba: ¿Por quién nos habrá tomado este tonto? Pero no comprendian la realidad de la cosa. El mayoral hablaba como un libro. No habia fondas ni hoteles en Plasencia; habriamos de ir irremisiblemente al prosáico parador ó á la popular posada si queriamos descansar aquella noche.

Tras de muchas vueltas y revueltas por calles y estrechas encrucijadas, llegamos á la administracion de la diligencia, y bajamos del vehículo entumidos y atolondrados del movimiento tan brusco en que hicimos todo el viaje.

Un jóven dependiente de la casa nos dirigió á un parador casi extramuros. Para llegar á él nos destrozamos los piés. Despues del poco alumbrado en las calles,

el piso, de canto rodado, era destestable. Dolores se me cogió del brazo derecho, Rafael del izquierdo. Mas de una vez nos vimos expuestos á dar todos tres en tierra con nuestros mullidos huesos.

Por fin llegamos al parador.

—¿Podremos cenar? dijo Rafael á la dueña.

—Hasta un regimiento, señor.

Y seguidamente nos llevaron á un comedor, donde poco despues nos servian una suculenta cena, compuesta de aves y carnes de cerdo.

Dolores hizo café para todos en su maquinilla, y sin otros cumplimientos, al acabarlo de tomar, nos retiramos á descansar.

¡Qué bien sabe una buena cama despues de siete mortales horas de diligencia!

CAPÍTULO XXXI.

Doña María la «Brava.»

A las nueve despertamos.

Habíamos de salir de Plasencia á las tres de la tarde.

El plazo para dar un paseo por la ciudad no era muy largo si habíamos de ver toda ella. Por esto mismo salimos bien temprano de casa en direccion á la plaza de Abasto.

Habia aquel dia mercado, con cuyo motivo estaban la plaza y las calles afluyentes intransitables. Las aldeanas, con los caprichosos trajes del país, ofrecian sus mercancías á los parroquianos. Montones enormes de castañas y nueces, espuertas colosales de manzanas y peros, costales de trigo y habas, llenaban lo principal del mercado. La cerámica extremeña, *pucheros, barreños, platos, baños* y *tinajas*, no ocupaban ménos.

Recorrimos todos los extremos de aquel punto de ventas, y despues emprendimos nuestro paseo por las calles de la ciudad. Dolores contemplaba con entusiasmo aquellos palacios del Marqués de Mirabel, de los Mendozas y del Obispo; visitamos la antigua Santa María y San Estéban; entramos en la catedral, suntuoso

edificio, el mejor de Plasencia, el más hermoso, el más bonito de toda aquella comarca. Si estuviese terminado, fuese mejor que la catedral de Avila y más monumental aún que la de Salamanca. ¡Qué columnas tan majestuosas! ¡Qué portadas de ingreso tan notables! ¡Qué arcadas tan majestuosas!

Una catedral en España es un siglo, es una generacion, es una época: señala todo un período. La catedral de Plasencia es un boceto, mejor dicho, un cuadro delineado, sin color en el fondo y con las figuras casi terminadas. Esto basta para que el inteligente lo adivine en su mente tal y como el artista lo habia de concluir.

Sobre aquel edificio á medio terminar se levantó en 1189 un templo dedicado á María. Desde su orígen fué catedral. Pero el siglo XV, más explendoroso para la Iglesia, encontró pequeño el edificio para metrópoli del obispado plasentino, y en 1478 la destruyó en parte para edificar el que hoy existe. Su estilo es del renacimiento, y ofrece el carácter frio de su época: en el conjunto, ojival; en los detalles, plateresco. Representa la lucha de las antiguas ideas con las nuevas. Es la catedral de Salamanca frente á la de Strasburgo; es la catedral de Leon frente á la de Córdoba.

La catedral de Plasencia contiene muchas obras de arte; la sillería del coro es de las más notables que se conocen. Nos recuerda á la del Parral, y es tan buena como la de la catedral de Badajoz, y mejor, por consiguiente, á la del monasterio del Escorial. Está dicha sillería cerrada por una buena verja de Bautista Celma, en la primera y única bóveda de la nave principal, contrastando agradablemente su rica ornamentacion con la sóbria de las paredes y pilares del templo. Consta de 26 sillas en su piso bajo, con respaldos que rema-

tan en atriles, y 39 en el piso superior del coro, coronadas por un guarda-polvo y crestería de menudas labores que son interrumpidas en los ángulos por graciosos pináculos, y en el centro, sobre la silla episcopal, por uno más elevado en forma de dosel, acusando su importancia segun aconsejan las reglas y el buen gusto. En los tableros ó respaldos de las sillas están representados los Apóstoles con otros santos, en maderas embutidas, y en bajo relieves escenas del Antiguo y Nuevo Testamento, y en los brazos y marcos contienen figuras caprichosas de talla estatuitas, bien acabadas, de bellas líneas en los ropajes y en las proporciones. Todo su trabajo es grande, prolijo y de gusto, honrando en extremo al artista que lo ejecutó, cuyo nombre ha quedado en el misterio. La tradicion cuenta de él cierta historia que algunos cronistas modernos han desdeñado en aceptar. Parece ser que orgulloso de su obra dijo que Dios no podria hacer otra igual, por cuya blasfemia fué encerrado en una de las torres de la iglesia; y no alimentándose más que con aves, con sus plumas confeccionó un vestido que le sirvió un dia de redencion, pues con él pudo volar, pero con tal desgracia, que, cual otro Icaro, en su caida encontró la muerte. Otros aseguran que fué la causa de su prision la guerra que le declararan sus acreedores, no faltando quien vea en las persecuciones de este artista un pretesto para no pagarle su obra el Cabildo catedral. Pero fuesen cuales fuesen los móviles á que se atribuyen sus desgracias, prescindamos de la tradicion y de las crónicas, y busquemos en su propia obra las causas que motivaron el olvido de su nombre.

Si la sillería se examina á la simple vista, sin buscar el culto, nada encontraremos en ella que no sea edifi-

cante y místico, excepto á Jesús Niño entre doctores, á quien el artista tuvo el raro capricho de poner un apuntador viejo y al parecer tan sábio como los doctores mismos. Pero levantemos los asientos de las sillas, que giran como charnelas, y veremos en su parte inferior escenas al parecer grotescas é impropias de aquel lugar, y que si bien las examinamos no están fuera de su sitio, ni faltas de sentido y relacion, y mucho ménos si llevamos cada asiento á la silla para que fué construido: veremos despues de esto que cada escena tallada en el respaldo tiene su crítica, comparacion ó negativa en el revés del asiento, y que asociados unos asuntos á los otros, nos revelan un pensamiento completo, una protesta á veces de la doctrina de la Iglesia ó la reprobacion del vicio en sus misterios; así, pues, la aparicion de Cristo á la Magdalena es, segun el símil del artista, música como la dada por un mono á un cerdo; el angel sobre el sepulcro, un mónstruo símbolo de la fuerza y de la furia; Pilatos lavándose las manos, como un mono sobre un *servicio* y un cerdo lavándose las suyas; la resurreccion de Cristo se ejecuta seduciendo á los guardias con las mujeres; la Encarnacion del Hijo de Dios es como un perro viejo y sin fuerzas mirando á otro que se come el hueso que él no puede roer; Jesús arrojando á los mercaderes del templo le compara á un perro furioso á quien hay que sujetar, y su predicacion es como la de un zorro á una gallina con pollos.

Seria prolijo enumerar tantas heregías como allí se representan; no diremos nada de los atropellos de los frailes á la castidad de laboriosas doncellas, ni de los bajo-relieves representando á coristas en forma de pellejos de vino cantando las sagradas letras, ni de otras tantas más que no justifican en poco ni en mucho el

espíritu místico del artista, aunque hablen muy alto de su poderoso ingenio.

Es posible que los Padres graves de la Iglesia llegasen á comprender lo que acabamos de exponer, y en castigo de su burla y herejías nos privaran del gusto de conocer el nombre de este singular artista, á quien entregarian á la Inquisicion para que en sus calabozos pagase sus culpas y pecados. Parécenos que si fué así él fué el primero que lo presintiera, porque se hace representar en un bajo-relieve tallando una estátua entre su amor al arte y la envidia á su espalda, con el cuerpo oculto observando todas sus acciones, los ojos hundidos, el semblante airado y afilados los dientes.

¿No es curioso todo esto? ¿No es extraño á la vez? ¡Ah! la Iglesia no ha perdonado jamás á los grandes artistas las licencias ó expansiones que se permitieron en ningun sentido. Ha sido la Iglesia para los grandes génios un tirano descomunal, sangriento que los ha devorado al primer desliz.

....

Haciendo estas ó parecidas observaciones, regresamos á casa á las doce de la mañana con algo más que apetito.

Mientras almorzábamos, Dolores nos entretenia diciendo.

—En esta ciudad, decia, nació en el siglo XIV la mujer más intrépida, y quizás tambien la más desgraciada que cuenta Europa en los tiempos de la Edad Media.

—¿Doña María de Padilla? dijo Rafael.

—No, replicó con viveza Dolores.

—¿Juana de Arco? repitió Rafael.

—No; era muy distinta á estas dos grandes mujeres. La llama la historia Doña María la *Brava*.

—¿Quién fué esta mujer? dijo con curiosidad Rafael.

—Voy á decir cuanto de ella sé:

Doña María Rodriguez Monroy de Almaráz fué una dama principal nacida en esta ciudad el año de 1398, de D. Fernando Rodriguez Monroy y Doña Isabel de Almaráz, familia muy noble que poblaba la histórica Plasencia y que gozaba muchos favores del Infante Don Fernando y del Rey D. Juan II. La casa donde naciera Doña María existe aún en pié: es la que hace poco hemos visto llamada por el nombre de *Las torres*, visitada de cuantas personas ilustradas viajan por Extremadura.

La celebridad de esta señora tiene su orígen en los llamados *Bandos de Salamanca*, que registran una série de luchas bien tristes para la historia de esta ciudad, la Atenas española en los siglos XIV, XV y aun el XVI.

Habia casado esta señora en Salamanca por el año de 1415 con el muy poderoso Sr. D. Enrique de Henriquez, Señor de Villalba y Conde de Canillas, del que enviudó en 1435 segun unos, y en 1441 segun otros, quedando dos hijos que sobresalian de entre todos los jóvenes de sus tiempos por la nobleza de su hidalguía y por las excelentes prendas personales que les adornaban.

El mayor de ellos estaba para casarse con una jóven salamanquina, la cual habia desairado las pretensiones de otro jóven llamado D. Juan Manzano, hijo de las familias más nobles de Salamanca. Con este motivo los Henriquez no eran bien mirados por el Manzano y un su hermano, que como era natural hacia suyo tambien el resentimiento del D. Juan. Cierto dia en que se encontraban jugando á la pelota (ejercicio muy comun entre los nobles de aquellos tiempos), los Manzanos con

el menor de los Henriquez, húbose de suscitar una disputa entre ambos por apreciacion del juego, y los Manzanos, llevados tal vez por resentimientos antiguos, dieron muerte alevosa á su jóven rival; y temerosos de lo que pudiera hacer el otro hermano cuando conociese lo ocurrido, le esperaron en acecho, y rodeándose de sus escuderos y partidarios le dieron tambien muerte alevosa y cobardemente.

Estos sucesos eran altamente escandalosos, por la personificacion que tenian los Henriquez y por la influencia que ejercian en Salamanca los Manzanos. Corrió la noticia por la ciudad. Las gentes se álborotan. El pueblo recoje los cadáveres de los dos Henriquez, y en desordenado tropel los coloca tendidos sobre una mesa frente á los balcones del palacio de su madre, á la puerta del templo de Santo Tomé, gritando con estentóreas voces:

—¡Venganza! ¡Venganza!

Doña María sale al balcon toda lívida, cárdena, con el cabello suelto y la mirada descompuesta. Contempla á sus hijos cadáveres, con todas sus formas ensangrentadas, y dice al pueblo:

—¡Enterradlos!... ¡Nada de venganza!... ¡Esta me toca á mí!...

El pueblo se apacigua un momento. El Obispo y el Cabildo de la catedral recogen los cadáveres, les dan sepultura y dedícanse á calmar los ánimos de los que con las armas en la mano gritaban una y otra vez: «¡Venganza!»

En tanto los Manzanos buscaban su amparo en Portugal, refugiándose en Dos-Iglesias, no lejos de Viseo, donde al parecer se encontraban seguros, mientras Doña María montaba á caballo seguida de 20 de sus más

intrépidos escuderos, y con el silencio de la noche abandonó Salamanca, dándose tambien á la fuga.

Tres dias despues llegaba dando caza á los asesinos de sus hijos, entrando á las doce de la noche en Dos-Iglesias. Sus escuderos rodearon la casa en que se hospedaban los Manzanos, mientras la valerosa Doña María, vestida de caballero, con casco y armadura, derribó con la contera de su lanza una de las ventanas, penetró en la habitacion de los Manzanos, y loca de ira, con el valor de una madre ofendida en lo más sagrado de su alma (en la vida de sus hijos), y frenética por lograr una justa venganza, atravesó con su espada al mayor de los Manzanos y se defendia á la vez del pequeño, á quien tambien dió muerte en noble y reñida pelea. Hecho ésto, cortó la cabeza á los dos hermanos, y clavándolas sobre la lanza, salió de la casa gritando á sus escuderos:

—¡Está cumplida la venganza!... ¡Seguidme á Salamanca!

En efecto, á los tres dias entraba Doña María en Salamanca. Seguida de sus 20 escuderos recorria las principales calles de la ciudad paseando sus fúnebres trofeos sobre la lanza, y fué despues á depositarlos en la tumba de sus hijos.

Habia cumplido esta valerosa madre sus propósitos vengando á los inocentes jóvenes, que no tenian otro delito que su hidalguía y su caballeroso comportamiento.

Desde entonces el pueblo de Salamanca llamó á Doña María, la *Brava*, que es como se la conoce en la historia.

Pero ¡ay! que este trágico suceso habia de traer graves consecuencias. Los Manzanos y los Monroys encién-

dense de ira, animan á sus parciales y dánse á la lucha, lucha que duró más de veinte años. Hasta dentro de la catedral caian los muertos bajo la accion del puñal ó de la espada. Arde por tres veces la ciudad y sus pueblos en 10 leguas á la redonda. El Obispo y el Cabildo no pueden poner paz á tan honda discordia.

La ciudad está dividida en dos bandos, el de San Benito y el de Santo Tomás. Nadie invadia los límites del bando contrario sin pagar con la vida su temerario valor. Hoy perecia uno de Monroy; mañana asesinaban á uno de Manzano. Esta lucha, que terminó por las predicaciones de San Juan de Sahagun, ha dejado un recuerdo triste, como todas las de aquella época de terror y de fuerza, y el nombre de la valerosa extremeña Doña Maria la *Brava* se hizo inmortal en la historia de la Edad Media... Pero ¿qué hora es?

—Las dos y media, dijo Rafael.

—No podemos perder un minuto. Vamos si hemos de llegar á tiempo de partir el coche.

Y tomando el camino del parador, fuimos andando calles y más calles; salimos á la carretera de Malpartida, donde nos encontramos el coche enganchado y todo listo para partir.

Cuatro leguas habiamos de recorrer en el vehículo para llegar á la primera estacion del ferro-carril del Tajo.

¡Qué ansiedad por salvar tan corta distancia!

CAPÍTULO XXXII.

El paso más comprometido.

Era un coche de dos varales arrastrado por una sola caballería.

Cuando íbamos dentro de aquel vehículo pensamos, á la verdad, que no habríamos de llegar nunca al término de nuestro viaje. Andaba la mula con cierto paso tranquilo y reposado: daba el carruaje tantos saltos sobre su eje; teníamos tal movimiento sobre los mal contrahechos asientos, que íbamos desesperados. Rafael prefería andar, y Dolores no acertaba á decidirse entre seguir á Rafael ó permanecer sentada. En tanto que nosotros continuábamos desesperados, sin tomar otra resolucion que la de murmurar del vehículo, el mayoral, ó zagal, ó lo que fuese aquel que lo guiaba, daba estentóreas voces cantando una y otra vez estas y otras coplas muy malas, que todo habia de serlo en aquel dia:

Al que sufre en esta vida
recompensan en el cielo;
mas si tú no lo consigues
para nada yo te quiero.



Y continuaba despues, picando tabaco con una descomunal navaja:

Pueden romperse las piedras
y puede pararse el sol;
pero nadie podrá ser
dueño de tu corazon.

Por fin llegamos á Malpartida.

Faltaba todavía una legua para la primera estacion de la línea del ferro-carril del Tajo. El sol apenas si queria darnos más que sus últimos resplandores.

Rafael hablaba de asuntos interesantes con Dolores.

Proyectaba viajes por Alemania; le ofrecia volverla á ver antes de cuatro meses. Dolores le oia triste, pensativa, como el que siente, como el que sufre, aunque mejor seria decir como el que duda.

Y era que se acercaba el fin de nuestro viaje, y Rafael temia separarse de Dolores, y Dolores á su vez sentia no ver más á Rafael.

Ningun otro ejemplo más elocuente del cariño que se profesaban.

Yo observaba este cuadro de amor ternísimo y decia para mi interior: éstos no se separan ya tan fácilmente.

Cuando el amor ata dos almas jóvenes en un lazo comun, dos espíritus angelicales, dos corazones gemelos, no hay fuerzas bastantes que los separe. El destino de nuestros amigos era el de vivir juntos, el uno para el otro.

El amor que se tenian ambos lo pedia así, y jamás el amor ha pretendido una cosa en vano. ¿Tenia algun

fundamento sério nuestro augurio? ¡Ay! en estas cosas el amor lo es todo, y la totalidad es indefinible.

Pensando en el amor de estos dos ángeles, la noche nos sorprendió dentro de la barca que cruza el rio Tiétar, término casi de nuestro viaje en el vehículo.

Descansamos cuatro horas mientras cenamos en un ventorro que estaba á espaldas de la estacion férrea, y á la una de la madrugada la máquina de aviso comenzó á girar sobre los rails algunos movimientos, preparando la salida del tren.

La noche estaba hermosa. Lucía la luna sus más claros reflejos. Los viajeros se agolpaban á las portezuelas de los wagones para ocupar en ellos sus asientos. Nos colocamos en los nuestros, cerramos los cristales, corrimos las cortinas, sonó el silbato, y Rafael gritaba como un loco:

—¡A Madrid... á Madrid!

La locomotora arrojaba un espeso humo, que empañaba todo aquel ancho horizonte, y el tren se movia con la rapidez vertiginosa de una chispa eléctrica. Salvaba las distancias por minutos. Cruzaba los valles y las montañas con un paso gigantesco. Contemplábamos atónitos aquella rapidez, más grande ante nuestros ojos comparada con el paso del vehículo que nos condujo á Plasencia.

Casi inconscientemente se vino á nuestra memoria aquellos bonitos versos de Ruiz Aguilera, el más popular de nuestros poetas contemporáneos:

¡Paso à la ráuda
locomotora;
paso, que es hora
de partir ya!

Penacho de humo
la cubre airoso;
¡paso al coloso
de nuestra edad!

. . . .

Y soñando fantásticas deducciones, dejábamos atrás á Casatejada, Navalmoral, La Calzada, Oropesa, Alcañizo y Calera. Pronto llegábamos á Talavera de la Reina, la pátria del P. Mariana.

La soledad reinante en aquellos llanos que cruzaba velozmente la locomotora, los molinos de viento que se veian á lo lejos con sus aspas girando en repetidas circunferencias, nos hacia recordar al soñador, al poeta más grande de España en el siglo XVI. Su poema *Don Quijote*, forjado en la Mancha, se recuerda necesariamente cuando se cruza aquel país que quiso Cervantes hacerlo teatro de los héroes de su inmortal obra.

Dolores preguntaba á cada instante por el nombre de los pueblos que recorríamos, para recordar sin duda alguna escena del hidalgo manchego, cuyas aventuras tanto interesaban á Dolores.

No sé qué tiene *Don Quijote* que á todos encanta. Está escrito para todas las gentes, lo entienden todos los pueblos y lo leen tambien todas las clases con inusitado interés. No nos extrañó, por esto mismo, el entusiasmo de Dolores por Cervantes, el autor más renombrado que España tiene en el extranjero. Dolores hablaba de este hombre como de los clásicos alemanes; explicaba su vida, sus obras, sus rasgos más característicos como podria hacerlo el mismo Hartzenbusch. Rafael la oia encantado y la excitaba á que prosiguiese hablando del inmortal escritor, y Dolores, siempre propicia para estas cosas, continuó diciendo:

—Rodrigo Cervantes, hijo de Juan de Cervantes, corregidor de Osuna, y de Doña Leonor de Cortinas, natural de Barajas, fueron los padres de Miguel de Cervantes. En un principio quisieron dedicarlo al estudio de la teología y la jurisprudencia, en que se hubiera conquistado un puesto principal á no haberse dejado arrastrar por su aficion á las Musas. En Madrid estudió con el sabio Juan de Hoyos, del cual recibió el encargo de hacer algunas composiciones para las exequias que tuvieron lugar en Octubre de 1568 por la desgraciada Isabel de Valois. En estos primeros ejercicios obtuvo un éxito lisonjero, mereciendo que su maestro lo llamase *mi caro y amado discípulo*. Por esta época escribió multitud de poesías, que no están á la altura de su talento crítico. Marchó despues á Roma y empezó á sufrir los rigores de su desgraciada suerte. Despues de haber servido al Cardenal Acuaviva, y no siendo éste el destino que más cuadrara á sus naturales inclinaciones, sentó plaza en 1569 en las tropas españolas residentes en Italia, tomando parte en la famosa batalla de Lepanto, recibiendo en ella tres arcabuzazos, uno de los cuales le destrozó la mano izquierda.

El dia 26 de Setiembre de 1575 cayó prisionero del corsario Arnaute Mamí, que lo llevó á Argel. En 1580 fué rescatado por los frailes mercenarios, que dieron por él 500 escudos, cuya mayor parte habian recibido de Doña Leonor de Cortinas.

Vuelto á España y al ejercicio militar, se portó en otras acciones como soldado valeroso. Vivió algun tiempo en Lisboa, y allí tuvo amores con una dama portuguesa, teniendo de ella una hija natural que se llamó Isabel Saavedra. Poco tiempo despues escribió su famosa novela pastoril *Galatea*, impresa en Madrid en 1584.

Casó Cervantes con Doña Catalina de Palacios Salazar y Vozmediano, de ilustre alcúrnia, viéndose por la necesidad que su nuevo estado le creara, en el deber de escribir comedias para adquirirse el sustento.

En el teatro no tuvieron grande aceptacion sus obras; por eso sin duda, desde que le abandonó, no escribió nada hasta que empezó su inmortal *Don Quijote.*

Su azarosa vida le llevó á Sevilla y á la Mancha, siendo en Argamasilla maltratado y preso, sin que hasta ahora se sepan los motivos de esta desgracia, que algunos achacan á las gestiones que él practicara para cobrar los derechos reales.

En la prision continuó su grandiosa obra. Cuando se publicó en 1605 la primera parte, no fué comprendida, y tuvo necesidad Cervantes de hacer una crítica de ella para darla á conocer. Fué, sin embargo, blanco de las iras de algunos malévolos envidiosos. Cervantes respondió á ellos publicando la *Segunda parte del Quijote*, superior indudablemente á la primera.

En el espacio de tiempo que separa la publicacion de las dos partes, dió á luz el famoso escritor sus *Novelas ejemplares*, su *Viaje al Parnaso* y otras obras no ménos importantes á las letras patrias.

Los que más favorecieron á Miguel de Cervantes fueron el Conde de Lemos y el Arzobispo Sandoval, que cuidaron de su subsistencia, y le señalaron una pension.

Casi al fin de su vida tenia ya acabada las *Semanas del Jardin*, el *Bernardo*, la segunda parte de la *Galatea* y los *Trabajos de Pérsiles y Segismunda.*

Presa de una penosa enfermedad se fué agravando por momentos, y el lunes 18 de Abril le administraron la Extrema-uncion.

En este estado, escribió aquella conocida carta á su protector, que empieza:

«Puesto ya el pié en el estribo,
con las ánsias de la muerte,
gran señor, esta te escribo.»

Murió, por fin, el sábado 23 del citado mes de Abril de 1616, admirado de los sábios y olvidado tambien de los poderosos, que este es el destino de los grandes génios...

Dolores suspendió aquí su narracion, hizo unos momentos de pausa, y exclamó despues:

—¡Pobre Cervantes, qué grande fuísteis y qué mal te pagaron!

....

Esto se llama discurrir como un sábio. Cuando la mujer habla de este modo, sus encantos resaltan doblemente, sus gracias se destacan con todas las bellezas que la distingue.

El tren comenzó á moderar su carrera, el maquinista nos aturdió con su descomunal pito, la locomotora silbó repetidas veces, y, por fin paramos junto á una estacion, frente á la cual gritaba desesperadamente un hombre envuelto en un negro capoton:

—¡Talavera!... ¡Parada y fonda... veinticinco minutos!

Habiamos llegado á Talavera de la Reina, y fuerza nos era, cuando ménos, tomar una taza de café.

CAPÍTULO XXXIII.

Desde la estacion de Talavera.

La estacion de Talavera es triste como la noche. Construida toda ella de ladrillos rojos, coronada por aleros de madera embadurnada de colores oscuros, parece más bien que estacion de tránsito una fábrica de Manchester, cerrada por la huelga de sus operarios.

La mesa era larga, la habitacion mal alumbrada, y el café que nos sirvieron detestable.

Junto á nosotros se encontraban una madre con tres hijas, todas enlutadas. Lloraban á lágrima viva. Habian extraviado el equipaje ó el talon del mismo, y los dependientes de la línea férrea no estaban para oir reclamaciones. Tenian por de pronto que preparar la salida de un expres. En tanto seguian llorando madre é hijas sin consuelo alguno. En su honda desesperacion no cesaba de exclamar la madre.

—¡Si yo fuese un hombre, no me pasaria esto!

—¡Somos muy desgraciadas! decia una de sus hijas.

—¡Somos mujeres! decia otra.

En estas tres exclamaciones están reflejados los de-

seos de gran número de mujeres. Se quiere, se pide, se desea por muchas que la mujer tenga, en primer término, la misma educacion que el hombre; se quiere tambien que goce de los mismos derechos, y este es el problema planteado en estos tiempos, y sobre el cual aun no se ha podido dar solucion completa. Y el hecho es que la mujer principia á sentir la necesidad de emanciparse de ciertas tutelas con que hasta hoy ha vivido, y que en Europa y América se inicia una campaña en este sentido. Veamos los siguientes hechos:

Algunas señoras, pertenecientes á la Sociedad *El Derecho de las mujeres*, se han presentado en las Alcaldías de París pidiendo su inscripcion en las listas electorales. Los alcaldes han contestado que, vista la interpretacion que actualmente se da á la ley, no era de su competencia determinar el mérito y el valor legal de las pretensiones referidas.

El alcalde del décimo distrito ha dictado el decreto siguiente, en respuesta á la demanda de inscripcion que se le ha presentado:

«Nos, el alcalde del décimo distrito de París:

Vista la demanda que la Srta. Hubertina Auclert nos ha presentado el 2 de Febrero corriente, pretendiendo obtener su inscripcion en la lista electoral del décimo distrito;

Vistos los motivos extensamente desarrollados sobre los cuales esta peticion se funda;

Vistas las leyes electorales que actualmente rigen, principalmente el decreto orgánico del 2 de Febrero de 1852, y las leyes de 7 de Julio de 1874 y 30 de Noviembre de 1875;

Considerando que desde 1789 hasta nuestros dias todas las leyes electorales que se han sucedido han

sido, sin excepcion alguna, interpretadas y aplicadas de tal suerte, que solo han conferido y confieren derechos á los hombres y no á las mujeres;

Considerando que la pretension formulada por la reclamante, encaminada á que surja del texto de estas leyes una interpretacion cuyo resultado seria declarar á favor de las mujeres derechos á elegir y á ser elegidas, idénticos á los que los hombres practican, constituye una innovacion política cuyo mérito y valor legal no es de nuestra competencia;

Considerando que aun nos corresponde ménos la facultad de admitir la práctica de tal innovacion,

Decidimos que en el actual estado de la legislacion, la demanda de la Srta. Hubertina Auclert se declara inadmisible.

París 4 de Febrero de 1880.—Devisme.»

Este decreto no satisfacia las aspiraciones de las demandantes, y han protestado de él en los términos siguientes:

«Nosotras, las abajo firmadas, nacidas de padres franceses, fieles á todos los deberes y obligaciones que á los franceses incumben, nos hemos presentado, provistas de los documentos que acreditan nuestra identidad, mayoridad y tiempo de residencia en la alcaldía de nuestros respectivos distritos, á fin de que se nos incluyera en los registros electorales.

El funcionario encargado de estas inscripciones nos ha respondido que no podemos ser inscritas porque somos mujeres. ¿Por qué? Nosotras vemos en el texto de la ley electoral que son electores todos los franceses mayores de edad que residan en el municipio por espacio de seis meses.

Nosotras estamos en este caso, y ninguna de nos-

otras ha sufrido una condena por la cual debamos perder nuestros derechos civiles.

Tan solo puede oponerse á nuestra peticion la cuestion de sexo, como en otro tiempo se oponia la cuestion de casta y de sangre á los que no eran nobles ni sacerdotes.

Nuestra sociedad moderna, que no cree en la indignacion originaria de la humanidad; nuestra sociedad moderna, que no cree en la inferioridad de casta, no debe consentir que la mitad de la humanidad, las mujeres, sean hereditariamente condenadas á la privacion de sus derechos civiles.

Apelamos á la opinion contra la injusticia que la República consagra, despues de los sistemas que nos han sometido á la esclavitud.

Pedimos nuestra inclusion en las listas electorales. Las mujeres francesas, que soportan las cargas públicas, que pagan los impuestos, que están sometidas á las leyes, deben poseer los derechos que hasta los extranjeros pueden adquirir sujetándose á ciertas prescripciones, y que los ancianos débiles é inconscientes pueden ejercer en todo caso.

Hasta tanto que se les haga justicia, no cesarán las mujeres de protestar contra una limitacion que les perjudica, así en sus intereses como en su dignidad.—(*Siguen las firmas.*)»

¿Tienen razon las protestantes? Para la mayoría de las de su sexo, sí; y Dolores en esta cuestion iba hasta donde puede llegar la que más. Mirando de hito en hito á aquellas cuatro desconsoladas señoras, exclamó tan triste como ellas:

—El ser mujer trae en sí todas estas aflicciones. Aquí la mujer es un ser desgraciado, sin representacion y

sin derechos. Tiene los más severos deberes, las más pesadas atenciones, el más importante cargo en la familia; pero el hombre, de suyo egoista, ha tenido sumo cuidado en desampararla de todo derecho, entregándola á su misma debilidad para que siempre sucumba en la lucha que sostiene con sus propios tiranos...

—¿Es posible que pienses así? exclamó Rafael como asustado.

—No creo que sea un absurdo lo que he dicho para tanta sorpresa por vuestra parte, replicó Dolores.

—¡Ay!... amiga mía, añadió Rafael; he presenciado en París en estos últimos meses muchas sesiones del Parlamento; he acudido al Club-Rojo y á varías reuniones políticas, y la verdad, no quiero á la mujer para esta vida.

Quien haya asistido á esas reuniones en que se cruzan terribles apóstrofes y se pronuncian interjecciones de color muy subido, no podrá explicarse la audacia y el aplomo de esas propagandistas al pretender ser testigos oculares de tempestuosas escenas políticas en sitios que se parecen más bien á un pandemonium habitado por mónstruos.

Y sin embargo, no servirá ello de óbice, no será obstáculo á las políticas, porque mujeres que aspiran y pretenden y abogan á voz en grito por los mismos derechos de los hombres, deberán poseer algo del sexo fuerte, deberán estar formadas á prueba de impresiones fuertes desconocidas en el seno de la familia, en donde se oyen las voces tiernas del niño que vive del amor de su madre y la voz solícita del padre amante que aspira á ver su hogar convertido en un santuario apartado de esas luchas en que desean inmiscuirse y participar las denodadas adalides de una causa anti-política y anti-social.

—Esas son nimiedades, respondió con viveza Dolores; para que todo aquí progrese por igual, es preciso comenzar por redimir á la mujer; es necesario que el derecho de sufragio para las mujeres sea un hecho, y cuanto antes mejor; y aunque no podemos prever el resultado de nuestros esfuerzos, tenemos fé en el éxito de nuestra causa. No es esta cuestion de propaganda, sino una exigencia del progreso. Nuestra causa gana terreno, se extiende de uno á otro Estado, y el dia en que se presente al pueblo, triunfará por sí misma como triunfó el movimiento abolicionista el dia en que dejó de estar representado por unos pocos. Hasta el clero reconoce la justicia de nuestra causa y deplora que no tengamos sufragio las mujeres. Este derecho se hace cada dia más necesario, y nosotras estamos decididas á luchar por él con todas nuestras fuerzas.

—Pero ¿qué beneficios van á gozar las mujeres del ejercicio del sufragio?

—Muchos; las educará, y la conciencia de la posesion de tal derecho hará que ponga cuidado en su eleccion.

—¿Luego creeis acaso que el sufragio de la mujer tenderá á moralizar la política?

—De eso no me cabe la menor duda: existiendo tal derecho, se elegirán para desempeñar los cargos públicos personas de reputacion limpia é intachable, moralizándose la administracion. Si yo creyera que en ningun país era necesario el sufragio de la mujer, no abogaría por él. El lado brutal de la política se presenta con demasiada frecuencia, mientras que lo que pudiéramos llamar su parte espiritual se ve muy pocas veces; y aunque reconozco que la mujer tiene deberes domésticos que cumplir, es lo cierto que tiene tambien deberes políticos. La seguridad de que muy pronto se tra-

tará de hacernos justicia en América, nos hace suponer que se reconocen nuestras pretensiones. Una amiga mia y compañera de colegio, Madame Maun, Doctora en Medicina, me decia en París hace muy pocos dias: Aunque pertenezco en cuerpo y alma á la causa del sufragio femenino, mis facultades se hallan concentradas en el ejercicio de la medicina. Las mujeres han sobresalido siempre en aquello á que se han dedicado; no conozco una sola graduada en medicina ó derecho que no honre á la facultad. Por lo que he podido ver en el ejercicio de mi profesion, creo que la concesion de derecho electoral á la mujer sería beneficiosa á la humanidad y la protegería á ella misma. Dictaríanse leyes sábias que darían por resultado la desaparicion de los sufrimientos que á la humanidad ocasiona el uso de los licores. ¿No tiene razon mi amiga?

—¿Es decir que Vds. piensan abolir la venta de licores, cuando tengan mayoría en el Gobierno del Estado?

—No, amigo mio, no es eso; quiero decir que por medio de la influencia de la mujer se dictarán leyes por las cuales se disminuirán, cuando ménos, las terribles consecuencias de la venta de licores espirituosos. Además de esto, la presencia de la mujer purificará nuestra política: al dedicarse al trabajo, la mujer lo hace impulsada por un principio, por un motivo de que tiene plena conciencia. Es de esperar que muy pronto los hombres manifiesten, por medio de las urnas, su opinion basada en un principio inteligente, y que el elemento educado ejerza influencia directa en sus manifestaciones. Cuando la mujer posea esta capacidad, ¿será aventurado esperar que el elemento femenino ejerza saludable influencia en la política?...

Esta conversacion, interesante de todo punto, se

sostenia entre Rafael y Dolores, mientras los viajeros descansaban al rededor de la mesa, comiendo unos, bebiendo otros y llorando sin consuelo madre é hijas la pérdida del equipaje en medio de la indiferencia de todos.

¡Esta es la vida! El dolor pocas veces interesa más que al que lo sufre.

Pero terminemos este capítulo con el último sorbo de café, y reanudemos nuestros comentarios sobre Dolores.

Como se vé, algunas ciudadanas despreocupadas quieren tomar parte en el banquete de la política. Tienen mucha razon quizás, pero si las ideas de estas señoras alcanzan un completo triunfo, si las mujeres se apoderan poco á poco de los oficios de los hombres, ¿quién cuidará de los muchachos y de las cocinas?

Este es un problema que resolverán probablemente con su habitual desparpajo las oradoras norte-americanas.

En Europa la cosa vá para más despacio. Aun no se ha determinado entre nuestros hombres de Estado la verdadera situacion de la mujer, así en el órden moral como en sus condiciones sociales y en sus derechos políticos. Hasta hoy se le han determinado solamente sus deberes. Y moralistas y filósofos dicen y discuten diariamente mil encontradas teorías sobre la suerte de la mujer, considerada por unos como carga pesada para el hombre; considerada por otros como reina del hogar, pero negada por la mayoría su representacion en la esfera social, y excluida, por tanto, su accion de la vida política...

Hablando aún Dolores y Rafael sobre el porvenir de la mujer, sonó la campana de la estacion, los pasa-

jeros se precipitaron sobre las portezuelas de los coches, cada cual se acomodó como mejor pudo, y momentos despues el tren se ponia en marcha rápida, atronando su movimiento la soledad de aquellos extensos valles.

Pero ¿qué seria de aquellas afligidas señoras? Las lágrimas de una mujer que pide la proteccion contra su desamparo son sagradas; y pueden ser fatídicas, porque pueden convertirse en una maldicion horrenda contra las almas indiferentes, contra los corazones insensibles.

Siempre que vemos llorar á una mujer nos conmovemos, porque adivinamos el veneno que mata su corazon. Porque las lágrimas son un tósigo que si no lo arrojamos del corazon, le rompe.

¡Malditas lágrimas, que con tantas espinas nos rodean el camino de la vida!

18

CAPÍTULO XXXIV.

Un contratiempo inesperado.

Cuando más corria, cuando más aprisa queria llegar el tren á Illan-Cebolla, sonó varias veces el pito del maquinista, el guarda-freno acortó el paso al convoy y paramos á dos kilómetros de Talavera.

¿Que pasaba? Nadie lo sabia. Los empleados recorrian la vía alumbrando con sus faroles todo el suelo, como si quisieran encontrar algo. Los viajeros se bajaron y rodearon al jefe del tren. Todos preguntaban:

—¿Qué hacemos aquí?

—No podemos pasar más adelante, respondia.

—¿Por qué? exclamó otro viajero.

—Por que han ido por el juez y hasta que no venga no podemos continuar...

—¡Pero por Dios! exclamó un tercero; qué tenemos aquí que ver con el juez?

—Señores, añadia el jefe de estacion; el tren ha cogido ahí, más allá, á un hombre, le ha dividido la cabeza de los hombros y tenemos que esperar á que levanten el cadáver.

Se trataba de un suicidio.

Nosotros nos volvimos á nuestro departamento para esperar, mientras los viajeros se desesperaban por este contratiempo, y hacian los más peregrinos comentarios.

Segun de público se decia, el suicida se habia sentado en la meseta de la vía, y al pasar el tren inclinó el cuerpo, tocando con la frente en el rails y... nada más, pues las ruedas hicieron lo restante... La cabeza estaba en el centro de la vía; el cuerpo habia rodado por la cuneta...

¡Qué frio dá un suicidio á las almas serenas y justas! Y es que el suicida usurpa á Dios el más importante de los derechos que constituyen su Divino ser. Esto siempre infunde terror á los que piensan.

Y sin embargo, el suicidio adquiere en nuestra época condiciones verdaderamente epidémicas. No sin razon los autores más experimentados de obras de medicina admiten el *contagio nervioso* ó por *imitacion*. Vése, en efecto, manifestarse de tiempo en tiempo de una manera innegable. Prescindiendo de las epidemias de suicidios descritas por autores de la antigüedad, vemos durante el año 1793 nada ménos que 1.300 muertos voluntariamente solo en Versalles. Este *mal* terrible ha dejado una profunda hüella en los anales de la medicina forense. Otro hecho, más próximo á nuestros dias y más conocido de todos, es el de la famosa garita establecida en un puesto militar de la Argelia, y en donde por espacio de más de quince dias hubo que deplorar el suicidio cotidiano del centinela. La epidemia no cesó más que con la supresion de la garita.

En nuestros dias, los hechos de este género son más

raros, pero las circunstancias que acompañan á la muerte voluntaria, son tal vez más admirables y más incomprensibles.

La edad más tierna no es un impedimento para el suicidio; en 1875 hubo en Francia un pequeño suicida... ¡de cinco años! No hace mucho tiempo, una niña de catorce años se disparó un tiro de rewólver en el mismo colegio que frecuentaba.

Un gran pensador dijo hace cuarenta años:

«La vida es una lucha, y el sistema nervioso el que combate.» Esta frase, verdadera entonces, es hoy mucho más verdadera. En efecto, de cuarenta años acá, el número anual de suicidios ha aumentado de un modo progresivo; en 1832 hubo seis suicidios por año y por cada 100.000 almas; en 1876 hubo diez y siete suicidios en iguales proporciones.

Sobre todo, despues de la guerra franco-prusiana, se hizo más notable este aumento, lo cual debe atribuirse principalmente á la accion excitante de las conmociones políticas y sociales que Francia ha experimentado.

Los ancianos llevan el mayor contingente á la estadística de los suicidios.

La desesperacion, el hastío se apodera de sus personalidades egoistas y maltratadas, que con tanta frecuencia han sufrido los reveses irreparables de la fortuna. Los infelices no son dueños, ni del tiempo, ni de la fuerza necesaria para rehacer su rota existencia. Su organismo, que de tanta energía ha usado, pero que no se ha reservado ninguna, parece tener conciencia de su profunda inutilidad. Su razon, debilitada, no sabe impedir un acto que el sentimiento les aconseja... Se matan por no ser una carga para los demás.

Entre los niños, el suicidio sabido ha tenido un notable aumento. Hoy en Francia es siete ú ocho veces más considerable que hace treinta años. La falta, sobre todo, es de la educacion absurda que recibe la infancia, y mediante la cual se desenvuelven, sin trabas de ningun género, las funciones nerviosas, con detrimento del sistema muscular. Bajo esta influencia, el cerebro se hace cada vez ménos resistente; las más leves emociones morales repercuten singularmente en estas débiles facultades. El niño viene á ser de este modo un loco precoz, que desempeña en sí mismo el papel de la Parca, cortando el hilo de su propia vida.

Hay cuatro veces más suicidas entre los hombres que entre las mujeres. La menor energía de la mujer, su instinto maternal tan afectivo, su especial educacion religiosa, explican satisfactoriamente este hecho estadístico.

El número de suicidios aumenta con la temperatura; el estío ejerce, por lo tanto, en este sentido un triste predominio sobre el invierno, y los estíos más cálidos son por esta misma razon los que constituyen el más rico botín de la muerte voluntaria.

Entre los célibes, los viudos y los divorciados recluta la muerte el mayor número de suicidas; y esto nos prueba una vez más la influencia benéfica y regularizadora del matrimonio, que puede llamarse el *manómetro de la existencia*.

Los habitantes de las ciudades proporcionan tres veces mayor número de muertes voluntarias que los de los campos.

París es, y con mucho, la capital del suicidio, sobre todo del suicidio por extrangulacion y por el carbon. En la estadística de los que habitan en el campo se ve

que son las comarcas más ricas las que ofrecen mayor número de suicidios; vése de igual modo que la embriaguez ejerce sobre la muerte voluntaria una influencia incontrastable.

Las profesiones liberales, y particularmente las artísticas, monopolizan el suicidio, puede decirse, llegando á constituir en ellas una neurosis profesional. Vienen inmediatamente despues los comerciantes en mayor ó menor escala, ocupando el último lugar los agricultores. Entre estos últimos, el fardo de la vida es ménos pesado, pues las condiciones vitales son ménos penosas y más limitadas las necesidades. Además de esto, es necesario un cierto grado de cultura intelectual para penetrar la idea del suicidio, que segun los más afamados filósofos, no parece compatible más que con la instruccion literaria y la civilizacion.

El suicidio es, hasta cierto punto, hereditario; pero esta herencia parece hallarse sumamente enlazada con la enajenacion mental: monomanía del suicidio. Se ha visto últimamente un triste ejemplo de esta monomanía en un hombre muy conocido y cuyo padre, político de nota, se habia suicidado tambien diez años antes, con circunstancias trágicas.

Hé aquí el mal. ¿Dónde está el remedio? Imposible soñar en restringir el suicidio por medio de la legislacion.

Los medios de restriccion dependen de la educacion de los pueblos, de la moralizacion social por el gobierno. La fórmula precisa de estos medios está todavía por encontrar. Aparte de esto, necesario es decirlo, la causa del suicidio es, sobre todo, individual. Cada organismo aporta al nacer, ha dicho Herbet-Spencer, un capital vital diferente, así como cada comer-

ciante principia su comercio, ya con pequeños ya con grandes capitales...

Entregados nos encontrábamos á estas consideraciones mientras Dolores dormia y Rafael roncaba como un inglés repleto de rom.

El juez, entretanto, levantaba el cadáver y tomaba declaraciones á unos y otros.

Terminadas estas diligencias, la Guardia civil colocó el cadáver en un furgon, y la máquina condujo á la gente curialesca y al cadáver á Talavera, mientras los viajeros, agrupados en diferentes corros, contaban cuantas noticias sabian acerca del pobre suicida.

Era éste un panadero, vecino del Escorial, viudo, padre de familia, honrado ciudadano y virtuoso trabajador. Tenia dos hijos. El mayor le salió la suerte de soldado en 1874 y sucumbió en la guerra carlista. El menor, tambien salió soldado, hacia dos meses, y estaba entre los reclutas en Talavera. El pobre padre habia venido á verle, y no pudiendo hacerse superior á la pena que le afligia ante el recuerdo de su mujer y su hijo muertos, y la suerte del recluta, buscó la muerte en la vía-férrea.

Pero consignaremos aquí una coincidencia.

Recordará el lector el grupo de aldeanos que habia en el Escorial á nuestra llegada. Eran los quintos de aquel año que venian á la entrega de caja á Madrid. La alegría de aquella tarde, cuando ellos abandonaban su aldea, terminó con la escena que describimos en este capítulo: el suicidio del padre de uno de aquellos quintos.

No sé qué fatal presentimiento nos anunció el espíritu triste y sentencioso de una copla que cantaban los pobres quintos, y que decia así:

Es sombra lo pasado,
niebla el futuro,
relámpago el presente...
la vida es humo.
Si bien se advierte,
no hay cierto en este mundo
más que la muerte.

¿No se adivina detras de estos siete versos á un alma desencantada, que lucha entre la desesperacion y la duda?

¡Qué coincidencias!

CAPITULO XXXV.

De cómo llegamos al fin del viaje.

No se hizo esperar mucho la máquina.

Media hora más tarde se oia el silbido, y despues el ruido sordo y ronco que producen sus ruedas corriendo por las férreas paralelas tendidas sobre el camino. Una máquina arrastrando unos cuantos wagones, con la luz roja en el centro, á media noche y enmedio de un despoblado, infunde cierto respeto que casi podríamos llamar terror.

Parece una colosal serpiente, con los ojos chispeantes y rojos, que intenta tragarse al mundo.

Dumas nunca tuvo miedo hasta que se encontró de noche sobre una via frente á frente de un tren que venia en marcha precipitada. Dice que temblaba como un azogado, como un niño ante un dómine cruel.

Esperábamos todos los viajeros en el anden.

¿Marcharemos en seguida? preguntaban mil voces casi á la vez.

Y nadie respondia á estas justas impaciencias.

Dolores, del brazo de Rafael, paseaba de un lado á otro y se arrimaba cuanto podia á las hogueras que los

viajeros habian encendido en medio del campo para neutralizar el frio glacial que se sentia aquella noche.

La impaciencia se apoderaba de todas aquellas gentes.

Pero tenian la esperanza de marchar pronto, y como se prolongaba la crítica situacion en que les habia colocado el caso del suicida, se desesperaban más los viajeros. Porque es de observar que la esperanza, á medida que se dilata, aflije el ánimo, y una esperanza burlada es un purgatorio en compendio.

Por fin la máquina se puso delante de los wagones.

Parecia que íbamos pronto á partir para Monte-Aragon.

Estuvieron llenando las calderas de agua.

Metieron más carbon en la máquina.

La válvula comenzó á dar chillidos tremendos.

El maquinista ejercia toda su presion sobre ella, y parecia como que protestaba de tan enorme tiranía.

Subimos los viajeros á los coches, pitó de nuevo el maquinista, desaparecieron los faroles de precaucion, y el tren dió una enorme sacudida, despues otra, y rompió pausadamente como avergonzado por el crímen que habia cometido una hora antes, matando á un hombre, hasta que á los dos minutos comenzó á correr con precipitada velocidad; parecia que estaba loco.

Un tren á toda velocidad es el ideal del siglo venidero.

Correr, volar, pasar rápidamente como el vuelo del ave por todos los senderos de la vida, dejando apenas en nuestra carrera una leve memoria del presente, es el fin de las futuras generaciones.

La taquigrafía copia la palabra con la rapidez que se pronuncia; el telégrafo trasmite por medio de la

electricidad el pensamiento humano de una manera instantánea entre uno y otro extremo del continente; el vapor salva las distancias, borra las fronteras, acorta los dias, surca los marès, corre por todas partes, salta losmontes, atraviesa los valles, perfora las peñas y lleva la actividad, la vida, la salud social á todas partes. El ideal de nuestros tiempos es vivir cien siglos en uno, es correr al paso de la locomotora, hablar como la electricidad y escribir taquigráficamente. ¡Qué victorias tan gloriosas trae el progreso! Por él no hay idea que se pierda, ni revolucion que se ahogue, ni dogma racional que no triunfe, ni esperanza salvadora que no se realice, ni promesa de libertad que no se cumpla. ¡Ay! El progreso es el desenvolvimiento de la actividad humana en la misteriosa cadena de los tiempos; y él solo, como el génio de Colon, es capaz de encerrar en sí las maravillas de un nuevo mundo. ¿No os explicais esto? Pues haceros demócratas y lo comprendereis, porque sabreis entonces que la humanidad tiene por divisa el progreso, y la divisa del progreso es la democracia.

No trateis de combatir al progreso. La fuerza mata la idea, y siempre la idea resucita y extiende su conquista; el suplicio llega á gastarse; la cuchilla se enmohece; el fuego se consume á fuerza de quemar víctimas, y las leyes se pierden por sus propios pasos. Lo que salva el progreso de la humanidad es que, vencida ó vencedora, la ola de las ideas avanza siempre; no hay diques que puedan contener por mucho tiempo esta contínua marea, y el agua por fin lo invade todo, y triunfa el ideal del progreso ahogando á sus más encarnizados enemigos...

Discurriendo de este modo, corria el tren á más no poder en direccion á Monte-Aragon.

Dolores dormia el sueño de la madrugada.

Rafael se acercó á nuestro oido y exclamó con el loco acento de verdadero enamorado:

—¡Cada vez me parece más hermosa!... ¡Cada vez la amo más!

Era lógico que así pasase. No es la naturaleza la que hace á la mujer más bella; es el amor. Dolores habia ganado para Rafael un doble de hermosura comparada con el dia en que la conoció. Y sin embargo, no era ni más hermosa, ni más bella el 26 de Diciembre que el 7 de Febrero. En aquellos cuarenta y dos dias no habia variado en nada las bellezas de su rostro.

La hermosura no es otra cosa que un fuego de nuestra imaginacion, que cambia ante nuestra vista segun el estado fisiológico en que nos encontramos.

Hablándonos Rafael, durmiendo Dolores, desaparecieron ante la velocidad del tren Illan-Cebolla, Erustes, Santa Olalla, Torrijos, Rielves, Villamiel, Bargas, Cabañas, Villaluenga, Azaña, Illescas, Griñon, Humanes, Fuenlabrada, Leganés y Villaverde, última estacion para nuestro regreso á la corte.

Un empleado nos recogió los billetes. El tren iba á parar muy pronto en la estacion central.

El nuevo dia aparecia nublado, triste, como todos los de Febrero en Madrid. A nuestra izquierda se extendia una poblacion inmensa, disforme, medio envuelta en la niebla matinal. Parecia un cadáver embozado en el sudario, que se levantaba perezoso para mudar de posicion.

Madrid es feo desde fuera, y mucho más feo á vista de pájaro.

Despertamos á Dolores para que viese el panorama que se ofrecia á nuestra vista, y el tren comenzó á acor-

tar su rápida carrera, mientras el silbato atronaba el espacio con sus chillidos estrepitosos.

Momentos despues bajábamos á la estacion central. Habíamos llegado á Madrid. Nos vimos y nos deseamos para librarnos de cocheros y mozos de cuerda que nos ofrecian sus servicios con obstinada tenacidad.

—¿A dónde quieres ir? preguntó Rafael á Dolores.

—A un hotel...

—Era de suponer la respuesta, contestó Rafael frunciendo el ceño.

—Al hotel de la Paz, añadió Dolores.

—Eso ya es otra cosa, replicó Rafael.

Y tomamos su coche, que nos esperaba desde mucho antes de llegar el tren; dejamos á Dolores en su hotel, me acompañó Rafael hasta mi casa, y él se fué á la suya seguidamente.

Era llegado el momento de descansar y de dormir para un buen rato.

CAPÍTULO XXXVI.

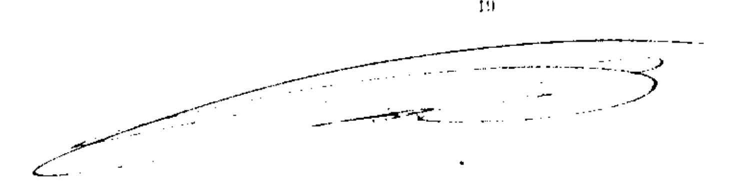
¡En Madrid!

A mediados de Febrero Madrid presenta un aspecto muy diferente al que tiene en últimos de Diciembre. Todos sabemos que las mañanas de Abril y Mayo son deliciosas en la corte, tan deliciosas como las tardes de Febrero y Marzo. Los salones más aristócratas y los teatros más elegantes se esfuerzan por mostrar sus mejores bellezas; y los paseos, estos hermosos paseos de Madrid: el Prado, Recoletos, la Castellana, la Casa de Campo y la Cuesta de la Vega, son lugar de cita para lo más selecto de nuestra dorada juventud.

Rafael, despues de dos meses, casi, de ausencia, volvia al seno de su sociedad, pero completamente mudado, trasformado todo él, en una palabra, desconocido por medio del arrepentimiento.

¡Buen indicio era éste!

El arrepentimiento es la aurora de la virtud. El sentirlo como Rafael, que habia pasado los primeros años de su vida disipando un capital, ganado por sus antecesores con honradas privaciones, y sin quererse ocupar en nada útil, da muestras de valer algo y de llegar con



pocos esfuerzos al ideal de lo más perfecto. Porque es una verdad que el arrepentimiento, despues de la falta, conduce al estado de la inocencia, por lo mismo que el arrepentimiento es la primera de las virtudes humanas.

Pero ¡ay! que el arrepentimiento conduce tambien á extremos de que se debe huir. Un proverbio danés dice: «El arrepentimiento es una cosa muy buena, pero es menester guardarse de lo que á uno le expone.»

Felizmente en Rafael no habia por qué esperar la confirmacion de estos temores. Él se habia trasformado con las lecciones aprendidas de Dolores, y sin esfuerzo, sin violencia alguna entraba en una nueva vida á gozar del bien que no habia conocido.

Y, dados estos antecedentes, no nos sorprenderá que Rafael visitara de cumplido todas sus antiguas relaciones, así como para despedirse de ellas más bien que para continuar cultivándolas. Necesitaba entregarse todo él á complacer á su adorada, siendo de este modo un modelo de perfecto enamorado.

Dolores por su parte, tranquila, contenta al verse obsequiada de un jóven que le fué desde el primer dia tan simpático, estaba orgullosa del amor que le guardaba nuestro amigo.

Las mujeres gustan mucho de verse amadas.

Halagada Dolores de este modo en Madrid, continuó sus estudios por los museos y gabinetes universitarios. Una tarde se la veia consultando las momias en el museo del doctor Velasco; otras, copiando manuscritos en la Biblioteca Nacional. Los lúnes pasaba toda la mañana en el Museo de Pinturas, y los sábados en el Arqueológico, donde encontró grandes motivos para ensanchar sus conocimientos etnográficos. Rafael la servia de compañero de investigacion. Conversaba con él, con-

sultaba con él, le hablaba como para enseñar, y Rafael la atendia, la escuchaba como un buen discípulo.

Corria el tiempo insensiblemente, y las relaciones de nuestros dos amigos tocaron al último extremo.

Una mañana llegó Rafael á casa más temprano que de ordinario y más contento que otras veces.

—¿Qué traes? le dije.

—Una noticia.

—¿Mala ó buena?

—No sé cómo clasificarla.

—Habla, pues, y la sabremos.

—Ha llegado esta mañana de Colonia la madre de Dolores.

—¡Buena noticia!

—¿Buena noticia? ¿Por qué me dices eso?

—Porque sé á lo que viene.

—¿A lo que viene?

—Sí.

—¿Cómo?

—No hay que ser muy sábio para adivinarlo.

—Yo creo que sí.

—Pues óyeme y sabrás á lo que viene, ya que tú me lo has ocultado. Hace un mes que Dolores y tú habeis dado poderes á la embajada alemana para vuestro enlace. Es posible que os caseis muy pronto. La venida de la madre de Dolores no es otra cosa que el plazo se acerca. ¿Me he engañado?

Rafael abria unos ojos espantados y fruncia la frente bajo la accion de una gran sorpresa. Nada habia oido nuevo, como debe suponer el discreto lector; pero le sorprendia que supiésemos exactamente tanto como él de lo que juzgaba para nosotros «de misteriosos secretos.» Y era que Rafael ignoraba lo qué es Madrid. En la

corte todo se sabe, y lo que es peor aún, todo se dice. No faltan nunca indiscretos que averiguan lo que no les importa y cuentan á cuantos quieren oirles lo que debieran callar. Madrid es un pueblo muy grande, compuesto todo él, en su inmensa mayoría, de provincianos con todos sus defectos.

Repuesto un tanto Rafael de su sorpresa, se sentó frente á la chimenea de nuestro gabinete, y como el que trata de justificar una conducta que no ha sido la mejor, nos replicó:

—Muy bien, amigo mio; te veo al tanto de lo que te habia querido ocultar hasta hoy. En efecto; el 29 me caso con Dolores. Está todo preparado. Su madre ha llegado esta mañana para darnos su bendicion. Nos apadrina el Duque de X. y la Marquesa de N. por mi parte, y por la de Dolores el Embajador de Alemania, en cuyo palacio tendrá lugar nuestra union. ¿Nos acompañarás?

—¡Que si os acompañaré!... ¡Con el alma entera, amigo Rafael! Esta union la he protegido, la he amparado desde el primer dia que ví en Dolores sus propósitos de corresponder al amor que tú le ofrecias.

—¿De véras?

—Créemelo, Rafael; tenia un deber en ello.

—¿Por qué?

—Porque comprendí que Dolores podia hacer tu felicidad, no tanto por los placeres que ha de darte en el hogar, como porque su ejemplo, sus lecciones, cuanto ella sabe, cuanto de ella podias aprender, te serviria para redimirte, para darte una segunda educacion, que te habia de apartar de cuanto hasta hoy has conocido.

—¿De veras?

—Sí, de veras. Tu amor con Dolores Walke te rege-

nera, te hace un nuevo hombre, te levanta ante mi vista á gran altura, y...

Rafael se enterneció, y arrojándose sobre mí, rodeando sus brazos á mi cuello, exclamaba conmovido:

—¡Gracias, gracias, amigo; veo que tienes mucha penetracion y veo tambien, que me quieres!... Adios, y hasta el dia 29!

—Adios, Rafael, hasta el 29; un abrazo mio á Dolores, mi querida amiga, á quien quiero como á una hermana.

Rafael salió de nuestro cuarto profundamente conmovido.

Dos lágrimas surcaron sus megillas.

....

Seis dias despues de esta escena que dejamos apuntada, nuestros amigos se unian por los lazos del matrimonio en la embajada alemana, ante las sonrisas de cuantos presenciábamos la ceremonia.

A las tres de la tarde terminó el almuerzo con que los padrinos obsequiaron á los asistentes, y una hora más tarde Rafael y Dolores partian en el expres del Norte en direccion á Strasburgo.

Se proponian pasar la luna de miel en París, donde estarian el 2 de Marzo, y el 12 habian de encontrarse en Colonia, para presentar Dolores á su familia toda á Rafael, marchar despues á Strasburgo, punto en que por el momento fijaban los nuevos consortes su residencia.

Todo un horizonte de alegría rodeaba á nuestros felices amigos, en torno de los cuales se sonreia el cielo.

¡Qué prodigios obra el amor!

CAPÍTULO XXXVII.

La madre y la esposa.

Tres años habian pasado desde el casamiento de Rafael con Dolores, durante cuya época se han repetido sucesos dignos de coronar este libro. Fué el primero que Dolores, en su regreso á Alemania, habia descubierto en el álveo del rio Vulda, provincia de Hesse, un bosque de encinas, totalmente enterrado bajo una capa de arena de cuatro metros de espesor. Los troncos de los árboles se encontraban en buen estado de conservacion; la madera no habia perdido en nada su consistencia, y era muy á propósito para la fabricacion de muebles. Uno de los troncos, que medía 18 metros por 1½ de diámetro, lo habia enviado al Museo geológico de Berlin, acompañado de una Memoria.

Dolores recibió por su trabajo el premio primero por la Academia de Ciencias de Berlin, y cuando se disponia á escribir una obra extensa sobre los bosques petrificados, le sorprendió un suceso que la obligó á suspender todo trabajo mental. Se sintió madre. Para ella este suceso era trastornador. Dadas sus ideas sobre la mujer, la madre no se debe más que á sus hijos en

primer término, y á su esposo en segundo. Dolores pensaba en el libro que aún no habia escrito. En 30 de Diciembre dió á luz un hermoso niño, que vino á colmar de felicidad á nuestros amigos.

Claro estaba que Dolores, esposa y madre, no era la viajera que conocimos en el trayecto de Madrid á Avila. Apenas si salia de casa. Acompañada siempre de Rafael, se la veia alguna tarde en carruaje con su hijo entre los brazos. En España, y en Madrid sobre todo, sela hubiese juzgado un ama de cria.

Cuando vimos á Dolores, despues de tres años de casada, Arturo, su hijo, contaba ya dos de vida. Este ángel, fruto de los amores que tanto protegimos, era un prodigio de dulzura y bondad. Sus cabellos ensortijados, sus ojillos azules, sus miradas de infantil ternura, movian al deseo de besar sus blancas mejillas.

Rafael y Dolores adoraban en Arturo, y éste á su vez queria más á sus padres, si esto puede darse, que no es posible.

Y es que los niños saben quién los quiere bien.

Arturo estaba todo el dia entre los brazos de Rafael y los de Dolores. Los padres son para los hijos una segunda naturaleza, cuando los amamantan sus madres y cuando viven entre los preferentes cuidados que solo los padres saben prodigar.

Entre el amor de Dolores y el cariño de Arturo pasaba Rafael sus mejores horas, compartiendo la vida entre estos dos séres, para él los más queridos, y sin olvidar por ello á los libros.

Sobre todo á los libros, porque Rafael, que no habia leido más obras que las en que estudiaba cuando alumno en la Universidad, se habia aficionado de tal modo á la lectura, que dedicaba al estudio más de ocho

horas diarias. Y aquí haremos constar una circunstancia rarísima.

Dolores, desde el dia en que se sintió madre, no volvió á abrir un libro, y dejó por completo sus trabajos científicos.

Rafael, en cambio, leia muchísimo, estudiaba con provecho, y en muy poco tiempo se hizo un jóven muy culto, muy ilustrado, y hasta un buen jurisconsulto.

Agregado al Colegio de Abogados de la corte, comenzaba ya á distinguirse en la Academia de Jurisprudencia, por su fácil oratoria y talento claro y natural. En la polémica era enérgico, franco y profundo; en la argumentacion ampuloso, pero metódico, incisivo y siempre oportuno. Decia cuanto se proponia, sin ahogar con elucubraciones indigestas, solo al objeto, al caso, esto es, concretando cuanto podia bajo las subordinadas reglas de la oratoria forense. Pedir más á Rafael era una locura. Un jóven rico en España no sabe nada.

El sabia mucho y tenia conciencia de lo que era la toga que vestia y la sociedad que le rodeaba.

Por supuesto que todo este gran milagro se obró por Dolores. El amor regenera á los más ignorantes. Rafael lo ha visto el lector, tres años hace, como un ente vulgar, como uno de tantos jóvenes desgraciados, conocidos por el nombre gráfico de *los gomosos*, que sirven para atormentar al sentido comun y matar los sentimientos más generosos de las personas cultas y bien educadas. En el capítulo IV de esta obra hacemos la presentacion del héroe de este libro. ¿Lo recuerda el lector? Desde luego. Pues compárelo con el Rafael de hoy, y de seguro le costará trabajo reconocerlo. Y es que la influencia de Dolores se habia dejado sentir de tal ma-

nera en el ánimo de Rafael, que lo habia regenerado hasta el punto de no parecer ya el mismo.

Aquel jóven frívolo, casquivano, inoportuno, pródigo hasta la locura, rodeado de amigos crapulosos, partidario de los toros y de los caballos andadores, presidente del *Club del tiro del pichon,* y enemigo sobre todo de su Pátria, donde náda encontraba agradable ni bueno; aquel jóven, repetimos, no existia ya. Habia sufrido una metamórfosis y estaba totalmente trasformado en un jóven ilustrado, culto, agradable y de gran porvenir para su Pátria y para la ciencia.

Estos milagros se obran por el estudio. Cuando la juventud se ve estimulada por alguna enseñanza provechosa, siempre responde con los buenos resultados que aquí nos muestra Rafael. Leibnitz lo ha dicho en un pensamiento grande, como todos los suyos. El dice: «Siempre he creido que si se reformase la educacion de la juventud, se conseguiria reformar el linaje humano.» ¿No tiene razon Leibnitz?

. . . .

Pero no sigamos en nuevas consideraciones, y resumamos nuestro libro, para terminar este capítulo que ya se hace muy largo.

Hemos regresado otra vez de Baños de Baños.

Aun tenemos el polvo del camino en nuestros pantalones.

Rafael y Dolores encuentran ahora mejor aquella alegre villa que hace tres años. Y es que la felicidad tiene la virtud de hermosear todos los horizontes.

Frente al establecimiento balneario de Baños, nuestros amigos acaban de levantar un elegante hotel, donde se proponen pasar anualmente la estacion de invierno. Dolores ha mostrado una vez más su buen gusto

decorando las habitaciones con un mobiliario modesto y sencillo. Rafael ha trasladado á su nueva casa cuatro carros de libros, y se promete con ellos hacer grandes progresos en el estudio del derecho. Dolores le propone un trabajo muy superior á las fuerzas de un hombre solo: la codificacion de nuestras reformas legislativas.

—Yo te ayudaré, le dice; yo tengo paciencia para extractar y hacer papeletas.

Pero á la verdad, Dolores no decia lo que sentia. Ella no abandonaba los cuidados de su hijo por nada de este mundo. El nombre de buena madre lo tenia ella en más estima que el premio que le habia otorgado la Academia y que toda otra cualquier recompensa que encontrara en las especulaciones de la vida científica y literaria.

¡Así comprendemos á una esposa y á una madre!

CAPÍTULO XXXVIII.

EPÍLOGO.

Hemos terminado, puede decirse, este libro.

El lector conoce por él la suerte que les cabe á Rafael y Dolores, así como todas las peripecias porque pasaron los amores de ambos jóvenes, antes de casarse.

¿Deberemos decir algo más?

Parécenos que ahora toca fotografiar á la señora casada, á Dolores, esposa y madre luchando con la sociedad que le rodea y con los hombres de la aristocracia española, que son todos, por término general, cortados por una misma tijera.

Apenas Rafael abrió los salones de su casa en Madrid, multitud de antiguos amigos la invadieron, la asaltaron, como aquí se suele hacer estas cosas, para murmurar primero, para calumniar despues. Precisamente ciertos hombres no entran en una parte sin causar algun estrago con su lengua, y los amigos de Rafael eran por lo comun de este bando, que tan malos recuerdos deja por donde pasa.

Pero eran todos jóvenes de la aristocracia; eran tí-

tulos como Rafael, y se creian relevados de toda regla de buena sociedad.

Entre los amigos de Rafael habia un llamado Federico Bueno de Castilla, hijo del Conde de X, y que se distinguia de entre todos los de su tiempo por su prudencia y por sus sonrisas maliciosas.

Federico comenzó á galantear á Dolores.

Esta es siempre una contrariedad para cualquier mujer honrada. Dolores en un principio no hizo caso. Pero los amigos de la casa comenzaron á murmurar, y esto basta para que la maledicencia se enrosque al pecho más virtuoso, como culebra venenosa.

Dolores pensó un plan muy oportuno para librarse de su perseguidor, haciendo á la vez una obra de caridad y valiéndose para ello de un medio ingeniosísimo.

Figuraos que durante el invierno la ha perseguido en todos los salones Federico, uno de esos pollos que, cansados del amor, solo buscan, por lo que tiene de arriesgado, la amistad íntima de una mujer casada. Dolores, que reune á su belleza una virtud digna de la mayor veneracion, y que ama á su marido con toda su alma, quiso dar una leccion de moral á su perseguidor, y se la ha dado en toda regla.

—Lola, dijo el almibarado doncel; usted se va á marchar á baños, y necesito antes que me otorgue una entrevista. Del resultado de ella depende que yo sea el más feliz de los mortales, en cuyo caso iré á donde usted vaya, ó el más desgraciado, en cuyo caso tomaré el camino de París para arrojarme al Sena, porque seria de mal tono ahogarme en el Manzanares... Respóndame usted: ¿puedo aguardar, ó no?

—¡Qué malo es usted, Federico! respondió Dolores con un aire de coquetería fingido, capaz de hacer creer

al más acostumbrado que estaba á punto de ser vencida, ¡qué malo es usted! ¡Tratar de verme para declararme su amor por la milésima vez! No sé si debo; pero en fin, puesto que usted se empeña, tome usted esta tarjeta y vaya usted mañana á las doce del dia al lugar que indican esas señas. Allí estaré yo, y si no puedo ir, recibirá usted una carta mia confesándole mis sentimientos.

Dolores se alejó, y Federico, ébrio de gozo, corrió al dia siguiente al lugar de la cita.

La casa era de pobre aspecto, y el cuarto que indicaba era muy alto.

—¡Qué prevision la suya! dijo el jóven mientras subia todo sofocado; ¡quién puede imaginar que ella está aquí!

Llegó, llamó, y una anciana mujer abrió la puerta.

Federico temblaba de emocion.

—¿Qué buscais, señor, por esta bohardilla, dijo la anciana así que vió á Federico.

—Dispénseme; pero venia...

—¡Ah! ya sé...

—Pero...

—Pase Vd., pase Vd.; para Vd. debe ser la carta de Doña Dolores...

Cuando Federico oyó este nombre, se serenó, y siguiendo á la anciana pasó con ella hasta el cuarto próximo, donde no habia más que una sola habitacion miserable, y en el lecho una jóven enferma.

Federico, confuso, atónito con lo que le pasaba, se conmovió ante aquel cuadro.

La anciana sacó una carta de entre el cesto de su costura, y se la entregó diciendo:

—Para Vd. debe ser, no hay duda.

Federico rasgó el sobre, y leyó:

«Caballero y amigo mio: Para que pueda perdonar á Vd. la ofensa que me ha hecho declarándome un amor censurable, necesito que se purifique Vd. á mis ojos. Su corazon de Vd. es bueno, y solo una imitada fatuidad puede inclinarle al mal. La caridad, que no es sin embargo una penitencia, es el medio que propongo á Vd. para alcanzar mi amistad. Esta pobre jóven necesita los auxilios de un alma caritativa para restablecerse. Adios: en este momento salgo con mi esposo para Baños de Baños. A mi vuelta sabré si es Vd. digno de que me llame su amiga...

Dolores.»

Federico, comprendiendo la leccion, se avergonzó, y pocos dias despues salia para los baños de Trillo la pobre jóven enferma.

Confesemos que estas lecciones, dadas por la virtud en beneficio de la caridad, hacen la apología de Dolores, más que cuanto digamos aquí para ensalzarla.

Federico por su parte escribió á ésta la siguiente carta:

«Respetable amiga mia: Habeis despertado en mi apagado corazon, con la leccion que me acabais de dar, los sentimientos de un hombre honrado, que yo ignoraba poseer.

No sé si tendré valor para volver á vuestra casa, si antes no doy á Rafael una explicacion de mi conducta pasada, y me concede el perdon de amigo, y vos me dais la mano que ni aun soy digno de besar.

Para tranquilidad vuestra os diré que la enferma que me confiásteis está aquí de regreso de los baños de Trillo, sana y buena, y que ayer le mandé la escritura de su casa para que pueda vivir en el principal, con la

renta de los otros cuartos. La pobre jóven está mal del pecho. Seria una crueldad hacerla vivir por más tiempo en el piso quinto, que para llegar á él habia de ascender por 118 escalones. ¿Os agrada mi accion? ¿No es parecida á la vuestra?

Decir á Rafael todo lo pasado, si quereis verme por vuestra casa, y confiad, señora, en que vuestra digna conducta me ha enseñado lo que puede la virtud dirigida por una cabeza inteligente.

A vuestros piés, siempre con respetuoso cariño,

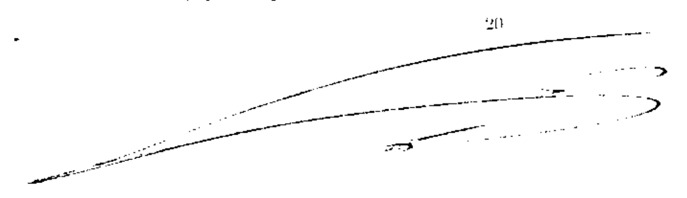
FEDERICO.»

Dolores estaba satisfecha de la conversion de Federico y corrió á leer su carta y contar todo lo pasado á Rafael, que siempre encontraba á Dolores rodeada de los más bellos encantos que deben buscarse en la esposa y en la madre.

Pero, ¿cree el lector que sea este el último rasgo de Dolores?

La renta de Rafael era de tres millones al año. Verdad es que no gastaba en abonos de teatros, ni en trajes lujosos, tampoco jugaba en el Casino, ni le entretenian las *artistas* de teatro, ni se disipaba entre las báquicas reuniones de sus antiguos amigos: así que como no malgastaba el dinero en excesos de esta índole, tenia sobrado dinero para emplearlo en cosas útiles, y en satisfacer los caprichos de Dolores, á quien amaba extraordinariamente, con el amor de un jóven experimentado en las luchas de las pasiones.

En uno de nuestros anteriores libros hemos dicho que el hombre amaba pocas veces, pero mucho; que la mujer amaba muchas, pero poco.



Despues de haber publicado como un axioma esta opinion, nos hemos arrepentido.

La mujer que ama, ama muchísimo.

La que ama muchas veces no es mujer, es coqueta.

Esta aclaracion, que hacemos con el mayor placer, era hoy por hoy en nosotros un deber de conciencia. De hoy más, cuando hablemos de la mujer será para enaltecerla, porque ya tendremos cuidado de separarla de cuantas, perteneciendo á su sexo, no puedan llevar este título, que es para nosotros emblema de amor y de virtud.

Despues de este preámbulo, vamos á referir otro rasgo de Dolores, de quien podemos decir que es una de las mujeres que más honra dan á su sexo.

A su buen corazon reune un talento superior y una aficion inmensa á la pintura. Rafael, que la adora, la da gusto y satisface sus más leves caprichos: así es que la coleccion de cuadros que posee, es una de las más notables de Madrid.

No contenta con haber cambiado sus billetes de Banco por las obras de muchos jóvenes artistas, ha hecho recientemente una nueva obra de caridad, al mismo tiempo que ha conquistado para España un pintor que será con el tiempo nuestro más legítimo orgullo.

Una mañana de primavera salió de su palacio y llegó en coche hasta las puertas del Retiro. Allí descendió de su carruaje para pasear por las extensas alamedas de este delicioso jardin, y en uno de los bancos de piedra vió á un jóven, pobremente vestido, que tenia en las manos una especie de álbum, en el que dibujaba.

Más adelante halló á un mendigo, en cuyas manos depositó una moneda de plata.

No sabemos cómo el jóven dibujante podria averi-

guar el nombre de la caritativa Dolores; pero lo cierto es que seis dias despues se presentó en su casa, pidiendo permiso para verla.

Un lacayo le condujo á la habitacion en donde estaba.

—Señora, dijo el jóven, perdóneme Vd. si me he atrevido á molestar por un instante su atencion, pero he deseado ofrecer á Vd. uno de mis primeros trabajos.

Dolores recibió de sus manos una lámina.

En ella aparecia admirablemente copiada su bella figura dando al pobre una limosna en el Retiro. Ella en primer término y á su lado el pordiosero, formaban un cuadro conmovedor.

Dolores recordó entonces al jóven que habia hallado en su paseo.

—Este regalo tan precioso que acaba Vd. de hacerme, le dijo, lo acepto con placer; pero no se lo pago á usted más que con la amistad. La finura, la delicadeza, el talento que representa, no se puede pagar con unos cuantos billetes de Banco.

—Ha adivinado Vd. mis deseos, señora; gracias, gracias.

Dolores lo presentó á su marido, y hoy el jóven artista, pensionado por Rafael á ruegos de su esposa, recorre los pintorescos valles de la Suiza y Alemania reproduciendo aquellas preciosas vistas para enriquecer el museo de nuestros amigos.

Algun dia diremos el nombre de este afortunado pintor.

Hoy solo tenemos elogios para su protectora, que siempre que da una leccion consigue hacer un beneficio.

Por estos rasgos Rafael ama á Dolores más si cabe

cada dia, y él por su parte hace cuanto puede por secundar los honrados propósitos que reconoce en su amada.

El ejemplo del bien atrae, porque es innegable que el ejercicio de la virtud conmueve siempre á todas las almas honradas, por lo mismo que es comun al habitante de la última cabaña y al morador del régio alcázar; pero más aún conmueve si la virtud aparece ejercida con prudente moderacion, como lo sabia hacer Dolores, para quien solo la virtud era la verdadera nobleza.

Así se explicará el lector cómo Rafael amaba cada dia más á su esposa; porque donde la virtud se esconde, allí es buscada, como donde se pisa una flor allí su olor despide.

La virtud une á las almas inspirándoles una confianza comun, como el vicio las desune y pone en guardia á unas contra otras.

Dolores y Rafael viven felices con su hijo, sin envidiar á nadie, sin desear otra ambicion que la paz de todos cuantos les rodean. Y es que se creen los más ricos de la tierra. ¡Inocente ilusion! Víctor Hugo explica este enigma. Él dice: «el que no es virtuoso, no es rico.» Como Rafael y Dolores poseian la virtud á tan alto grado, se creian en efecto unos Cresos.

Esta vanidad no se puede censurar, porque es muy honrosa, y no necesita disculpar.

Así viven nuestros amigos, contentos y felices, viendo pasar los dias sin nubes y las horas muy cortas, sin pesares ni torturas que amarguen su existencia.

Ayer mañana se han trasladado á su nuevo palacio de la Castellana, donde piensan vivir por ahora. Esta nueva morada la han querido inaugurar llamando anoche á sus amigos para que les acompañasen á la mesa.

Dolores tuvo en un principio aficiones á las ciencias. La geología, la botánica, la medicina y la farmacia fueron para ella predilectos motivos de estudio, y cultivó con provecho todos estos ramos del saber humano para bien de todos y para honra de sus profesores.

Pero desde el momento que contrajo matrimonio, y mayormente al sentirse despues madre, pensó solo en los deberes que su nuevo estado le imponia, y se limitó al cuidado de su casa y á las atenciones de Rafael.

En su casa las criadas eran por ella dirigidas; la doncella seguia sus órdenes, y los cocineros aprendian diariamente lecciones para confeccionar nuevos platos y mejorar suculentos manjares.

El nombre de buena cocinera lo tenia Dolores á más alto precio que el de doctora ó el de discípula del Doctor Mohr.

Nos constaba todo esto por las noticias de Rafael, que renunciaba á las comidas de fonda y á los convites de sus amigos, porque ñada le gustaba como los platos que hacia Dolores.

Ayer mañana su criado Juan llamó á nuestra puerta y nos dió una carta.

—¿De parte de D. Rafael? le preguntamos.

—No, señor, de la señorita, nos dijo.

Y mientras bajaba las escaleras, rompimos el sobre y leíamos:

«Amigo mio: esta noche á las siete en punto le aguardamos á Vd. á comer.

Le advierto que todos los platos estarán hechos por mí.

Hasta ahora, sea dicho sin ofender á Vd., hablaba de mis guisos con la misma autoridad que ciertos gacetilleros que hacen la crítica de piezas que no han

visto. En lo sucesivo podrá Vd. juzgarme con conocimiento de causa.

Me creo una verdadera cocinera, y he logrado asociar la cocina inglesa á la española y hacer así unos platos desconocidos en París, donde se sirven todos los manjares del mundo, no siempre bien arreglados.

¿Nos faltará Vd.? Sin su presencia la comida no tendrá sal.

Hasta la noche; suya afectísima amiga,

DOLORES.»

Nada mejor que estas líneas daban una idea de lo que era nuestra amiga. Estaba retratada en esta carta la mujer hacendosa, la esposa y madre que sabe levantar las glorias de la familia hasta la santidad del hogar.

Una mujer así es nuestro ideal.

¿Por qué no son todas lo mismo?

Aquí una señora no sabe dónde está la cocina de su casa; tiene á ménos componer un guisado de vaca, y no sabe cómo se frie un par de huevos.

Se cree en la necesidad de tocar muy bien el piano. en montar á caballo, en dirigir un coche, en mal hablar el francés, en soñar con millones y trajes elegantes. Esta es la mujer de buen tono; esta es la que pasea en carretela por la Castellana, la que tiene abono en el Real, la que disputa en el Hipódromo; pero es tambien la que no sabe escribir una carta, la que no entra en la cocina, la que no coge jamás á sus hijos en los brazos, la que vive para frivolidad de un marido vulgar y que se deleita leyendo los folletines de *La Correspondencia*, y renovando anualmente los escudos heráldicos de las portezuelas de sus carruajes.

Dolores no era de estas ni mucho ménos.

Por eso precisamente valia esta mujer mucho más

á nuestros ojos, y á los de todas las personas cultas.

A las seis, aunque la invitacion decia á las siete, llegábamos en un carruaje del tran-vía al extremo de la calle de Serrano.

Si Dolores no nos engaña, pensamos, la encontraremos sin duda delante del fogon; pero si está coleccionando insectos ó en su despacho escribiendo... ¡oh! entonces...

Penetramos en uno de esos hoteles de gran apariencia, rodeado de verjas de hierro; subimos una hermosa escalera, llamamos á la puerta del primer piso y entablamos el diálogo siguiente con Juan:

—¿Está D. Rafael?

—Sí, señor.

—¿Está visible?

—En este momento, no.

—Pues ¿qué hace?

—Está ayudando á la señora, no sé en qué...

—Pero, ¿está Doña Dolores en casa?

—No ha salido en todo el dia.

—¡Oh! qué bien... ¿Puedes decirle que estoy aquí?

—Sí, señor.

—Pero ante todo, ¿está visible?

—En este momento, no, señor.

—¿Qué hace?

—Está ocupado.

—¿Escribe...? ¿lee...?

—No, señor, está concluyendo de hacer una mayonesa.

Forzamos la consigna; atravesamos la antesala, y guiados por un olor delicioso llegamos hasta la cocina.

Allí, con el cuello desabrochado, el traje en desórden y las mangas remangadas hasta el codo, Dolores

ajustaba una espumadera de plata en una reluciente cacerola, dando al mismo tiempo órdenes á una cocinera y un pinche, que éstos se apresuraban á ejecutar con inteligencia y prontitud.

Cuando se comete una falta, lo mejor es confesarlo, y así, sin excusas ni preámbulos, confesamos el motivo que nos habia hecho adelantarnos á la hora de la invitacion.

Rafael, que probaba una compota, se sonreia al mirarnos, y Dolores, que era la misma indulgencia, nos perdonó, con la condicion de esperarla en el salon donde los demás convidados empezaban á llegar, y ella misma, con Rafael, se nos reunió poco despues.

¡Qué hermosa está Dolores!

A las siete, el criado abrió las dos hojas de la puerta y dijo en alta voz:

—Está la sopa en la mesa.

¡Oh, querida Dolores... por mucho que te hayas jactado de tu ciencia y de tu habilidad culinaria, te has quedado muy debajo de la verdad. ¡Qué éxito!... ¡Qué triunfo!

Fué una comida de diario, como el mismo Salamanca no come en sus dias.

Empezó por una sopa de coles, en la cual habia trabajado Dolores dos dias seguidos.

A esta maravilla, á las coles, siguió un frito de pajeles; luego un pastel de liebre, un *ragout* de carnero á la húngara; asado de faisan; cangrejos á la bordelesa y una ensalada de mayonesa.

En cuanto á los entremeses y el helado, si los pasamos por alto es porque no estaban hechos por ella.

Pero la ensalada, aderezada por Dolores, ¡qué obra maestra!

La probamos con glotonería; la comimos con respeto.

Una comida tan esquisita no se sirve en Madrid jamás.

El bueno de Perona, en sus mejores tiempos, hubiera aprendido en aquella mesa á componer manjares para él desconocidos: y Fornos, como el mismo Lardy, celebrarian muchos platos que nos dió Dolores.

El café era excelente.

Todo estaba en regla anoche. Dolores habia previsto hasta los más insignificantes detalles. Y Rafael, por su parte, habia tambien puesto cuanto pudo para que nada faltase á la mesa.

Celebrábamos los convidados los manjares que acabábamos de saborear, cuando el criado se presentó en el comedor con un parte telegráfico para Rafael.

—¿Qué ocurre? preguntó Dolores asustada.

Un telégrama siempre alarma para los que nada esperan de interés.

Rafael rompió el sobre, y leyó:

«Barcelona, 7 y 92 n.

Ha sido Vd. proclamado Diputado por inmensa mayoría.

Le felicitamos las clases productoras de Cataluña.

Puyadas.»

Este era el mejor cigarro que pudieron darnos de sobremesa.

Rafael era ya un abogado distinguido, un jóven acreditado como orador en el Ateneo, tiene una esposa modelo de jóven y de señora, vive feliz con el cariño de ella y las sonrisas de su hijo, y para coronar tanta dicha acaba de ser elegido Diputado á Córtes.

¡Quién conoce á Rafael ahora, si se compara con lo que era hace tres años!

El amor ha regenerado á este amigo nuestro; el amor de una mujer ilustrada como la que más, modesta cual ninguna, inteligente como la primera y hermosa como pocas.

¡Cuanto puede una mujer inteligente y discreta!

FIN.

ÍNDICE

de los capítulos comprendidos en esta obra.

	Páginas.
Dedicatoria..	5
Prólogo..	7
CAPÍTULO I.—*De cómo sabe meditar un español.*—La víspero de Navidad.—Tristezas del invierno.—La nieve en Madrid..	16
CAPÍTULO II.—*La fatal costumbre de la moda.*—El espíritu de imitacion.—*Los extranjerizados.*—Efectos perniciosos de la moda.—Necesidad de volver por nuestro antiguo nombre.—El termómetro..........	21
CAPÍTULO III.—*De cómo se prepara una expedicion.*—La visita de un amigo.—La niebla y la melancolía.—Una criada manchega.—Un viaje improvisado......	29
CAPÍTULO IV.—*De quién era Rafael, un héroe de este libro.*—Un modelo de nuestra aristocracia.—Una escena del *timo.*—Un héroe del pueblo................	35
CAPÍTULO V.—*De cómo principia la expedicion.*—Una buena compañera de viaje.—Las maravillas del mundo.—Las mujeres.—Los quintos del Escorial........	41
CAPÍTULO VI.—*De cómo el lector conoce San Lorenzo del Escorial.*—Ideas generales sobre el Monasterio.—Sus detentadores.—El comedor de la fonda............	47
CAPÍTULO VII.—*Lo que se sabe en una comida.*—Mr. Carver.—Una buena botánica.—Murmuraciones de Rafael..	53
CAPÍTULO VIII.—*Dolores Walke, la heroina de este li-*	

Páginas.

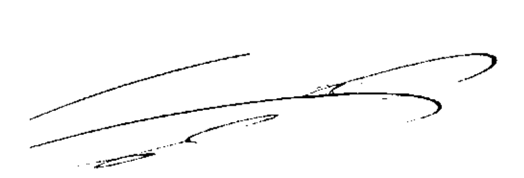
bro.—Strasburgo.—Una señorita completa.—Vida de Dolores en sus primeros años.—Sus viajes.—Llegada á Madrid.—Impresiones de Rafael............... 59
CAPÍTULO IX.—*Avila de los Caballeros.*—Lo que se vé cuando se viaja de noche.—Recuerdos históricos de Avila.—Una buena taza de café.—La manteca de Chicago y los cerdos de América.................. 67
CAPÍTULO X.—*El Rey D. Enrique IV.*—Madrigal *(El Tostado)* y Teresa de Cepeda y Ahumada.—La farsa del rey depuesto.—*La Beltraneja.*—La palabra de un rey... 73
CAPITULO XI.—*De cómo se adivina el alma.*—Vacilaciones.—¿Qué es el alma?—El espíritu y la materia.—Una decision oportuna............................. 91
CAPÍTULO XII.—*El wagon y la diligencia.*—Catorce leguas en diligencia.—Un zagal cantor y poeta.—Puente-Congosto.—Un crimen lesa-monumental.... 97
CAPÍTULO XIII.—*Béjar es el Manchester de las Castillas.* Béjar y su industria.—La lana.—Los ojos de Dolores. 105
CAPÍTULO XIV.—*Una comida de campo.*—Los sueños.—El camino de Candelario.—Historia del papel.—Una fábrica papelera.—La comida de confianza.......... 111
CAPÍTULO XV.—*Los sabios oficiales.*—Deobriga Vettonum.—Restos romanos.—¡Hebrea!... ¡Hebrea!—Una traduccion importante............................. 119
CAPÍTULO XVI.—*De cómo llegamos á Baños de Baños.*—Digresiones.—Producto de los frutales.—Las visceras de París en Candelario.—La postura del sol... 129
CAPÍTULO XVII.—*El regreso de un bañista.*—¡Buen recibimiento!—Una sorpresa agradable.—Idilio epistolar.—Desencantos de un bañista á la moderna..... 135
CAPÍTULO XVIII.—*De algunas investigaciones geológicas.*—Topografía de Baños.—El lago hirviendo.—Fenómeno sorprendente.—¡Sobre un volcan!........... 147
CAPÍTULO XIX.—*La temperatura de Baños de Baños.*—Diez y seis sobre cero.—Teoría sobre el calor.—Mr. Mohr y sus cálculos.—¡A 3.000 piés del fuego!... 153
CAPÍTULO XX.—*Baños en tiempo de los romanos,*—Fósiles ante-prehistóricos.—Los baños en la antigüedad. La *Via-lata.*—Gratitud de los romanos para las Thermas de Baños.—Restos romanos en Baños.—

Páginas.

Los tres protectores de las Thermas............... 161
CAPÍTULO XXI.—*Las aguas minerales de Baños.*—¡A 33° sobre cero de Reaumur!—Componente de las aguas. Impresiones del primer baño.—Las muchachas de Baños se divierten.................................. 175
CAPÍTULO XXII.—*La fiesta del gaitero.*—El 6 de Enero.—Un zapatero filósofo.—El gaitero inmortal.—El *fandango.*—Definiciones sobre la mujer.—Una aventura de amor conyugal................................. 183
CAPÍTULO XXIII.—*Lo que es Baños de Baños.*—Las flores y el amor.—Baños de Montemayor y Baños de Béjar.—Dos parroquiales.—Irregularidades de la division eclesiástica de España.—El Conde de España en Baños.—La vida de aldea........................ 195
CAPÍTULO XXIV.—*Impresiones del dia 7.*—El amanecer de la aldea.—Una excursion geológica.—Los espárragos.—Las plumas en la industria.—La paz....... 201
CAPÍTULO XXV.—*Los fenómenos del amor.*—Explicaciones indispensables.—La felicidad ajena.—Las trasformaciones que se obran por el amor.............. 209
CAPÍTULO XXVI.—*De las fosforescencias artificiales.*—Insomnios.—Las fosforescencias.—Los versos de un álbum.—Las pasiones............................. 215
CAPÍTULO XXVII.—*Los amores de Rafael con Dolores.*—Efectos de las aguas medicinales.—Confesiones importantes.—De cómo una rosa influye en el porvenir de dos jóvenes.—Dudas............................ 221
CAPÍTULO XXVIII.—*De cómo se conservan las flores sin marchitarse.*—En el camino de Hervás.—El alcanfor, como medio vivificador para las flores.—El estado del enamorado...................................... 229
CAPITULO XXIX.—*De cómo se recuerda la vida cortesana.*—Cansancio por lo presente.—Las coqueterías de una mujer honrada.—Un buen paso.—La cuenta del hotel.—En el extranjero......................... 235
CAPÍTULO XXX.—*Comienza el regreso.*—En la diligencia.—Efectos del espejismo.—Ante los muros de Plasencia.—En el parador............................ 241
CAPÍTULO XXXI.—*Doña María la «Brava.»*—Plasencia en dia de mercado.—La catedral.—Detalles curiosos de su coro.—Recuerdos de su autor.—Doña María

Páginas.

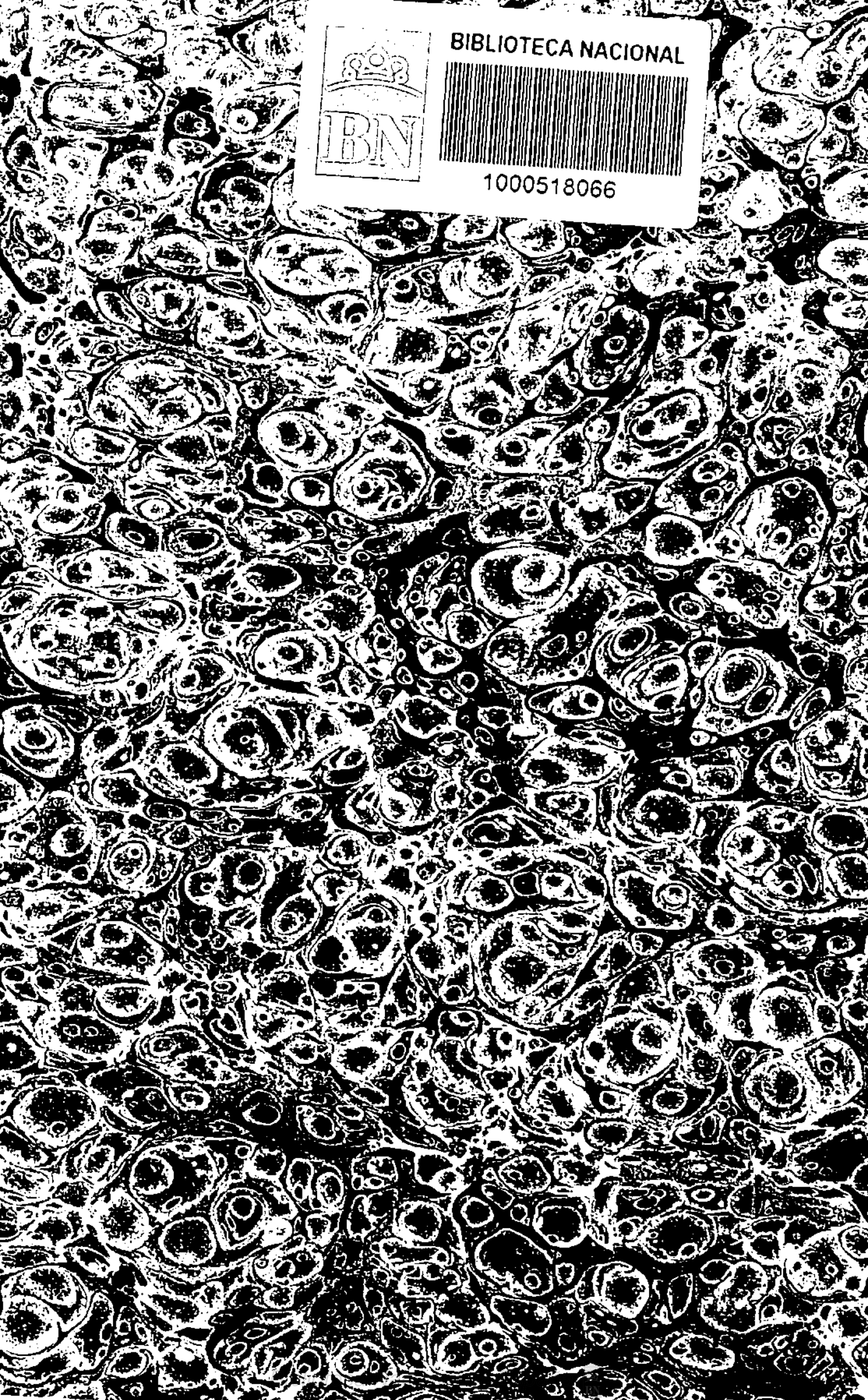
Rodriguez Monroy de Almaráz.—Una tragedia..... 247
CAPÍTULO XXXII.—*El paso más comprometido.*—El coche de dos varales.—Los lazos del amor.—¡La locomotora!—*Don Quijote.*—Miguel de Cervantes en la Mancha.—Talavera.—Parada y fonda.............. 257
CAPÍTULO XXXIII.—*Desde la estacion de Talavera.*—Las lágrimas de la mujer.—Las mujeres electoras.—La injusticia de los hombres.—Las mujeres políticas.—En marcha... 265
CAPÍTULO XXXIV.—*Un contratiempo.*—Paréntesis desagradable.—Un suicida.—El suicidio.—Consideraciones generales.—Coincidencias.................... 275
CAPÍTULO XXXV.—*De cómo llegamos al fin del viaje.*—Impaciencias.—El ideal moderno.—El amor eleva á la hermosura.—El Hotel de la Paz.................. 281
CAPÍTULO XXXVI.—*¡En Madrid!*—El arrepentimiento. Dolores visita los centros científicos.—Un secreto adivinado.—La mejor conclusion para unos amores honrados.. 289
CAPÍTULO XXXVII.—*La madre y la esposa.*—Recuerdos de una buena educacion.—Arturo es un ángel.—Rafael redimido.—Consecuencias de un buen camino.. 295
CAPÍTULO XXXVIII.—*Epílogo.*—La aristocrácia española.—Su mejor representante en Federico.—Una leccion oportuna.—Epístolas aclaratorias.—Un paseo aprovechado.—Una limosna y un cuadro.—La virtud es patrimonio de la honradez.—Una invitacion.—La cocinera desconocida.—Una comida.—La última sorpresa................................ 301



PLANTILLA PARA LA COLOCACION DE LAS LÁMINAS.

Páginas.

I. Don Nicolás Diaz y Perez........................ 4
II. Cercanías de Baños de Baños..................... 132
III. El Doctor Mohr, maestro de Dolores Walke...... 154
IV. Quinto Cecilio, fundador de Baños de Baños..... 161


BIBLIOTECA NACIONAL
BN
1000518066